

*Selecta*



# BAJO EL CIELO

LA RENDICIÓN DE UN LIBERTINO II

LAURA MERCÉ



Bajo el cielo

La rendición de un libertino II

*Laura Mercé*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Mi agradecimiento a Nieves Beltrán por su perseverancia,  
comprensión y cariño; gracias por creer en mí.*

*Dedicado a Eduardo Diego, Carlos, Marisol y Silvina...  
Para Agustina y Alessia... con todo mi cariño.*

*Todo tiene su tiempo bajo el cielo.  
Un tiempo señalado para todo y un tiempo para cada suceso: tiempo de  
nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo  
plantado...  
Eclesiastés 3:1*

## Capítulo 1

### EL BAILE DE GALA

Eran las siete de la tarde de un caluroso sábado de primeros de mayo de 1807, y en la vieja casona de los Ibáñez los criados iban y venían mientras ayudaban a sus señores en los preparativos de la gran fiesta de esa noche en el salón más elegante del Alcázar de Jerez de la Frontera, a la que asistirían altas personalidades, incluso desde Madrid.

En ese momento doña Clemencia, a la vez que miraba ansiosa a su hija, le pidió:

—Por favor, Úrsula, vístete ya. No sigas negándote a acompañarnos al baile, nos amargarás la noche. Ya sabes que, si tú no vas, nosotros tampoco asistiremos.

Los claros ojos de la joven se quedaron fijos en su madre en una mirada sombría.

Sus labios se curvaron en un gesto de disgusto al decir:

—Pero ¿por qué se empeñan en obligarme asistir a ese... baile, si yo no lo deseo? Podéis ir todos y dejarme a mí con Pastora, Serafina y Lola; además, también estará Ignacio, y juntos nos haremos compañía.

—¡No!

El grito de doña Clemencia resonó en toda la habitación hasta llegar incluso a sobresaltar a la doncella, que planchaba un regio traje de muselina azul, en

el cuarto contiguo.

La señora Ibáñez, luego de aspirar una bocanada de aire, siguió:

—Vamos, Úrsula... termina ya con estas tonterías; pareces una niña caprichosa. Hasta hace unos días estabas decidida a asistir a este baile. ¡Incluso te probaste el vestido dos veces! Y ahora... justo a la hora de vestirte, ¿sales con eso? —Mirándola con un rictus de amargura, añadió—: Realmente, tu padre y yo estamos muy angustiados por tu anómalo comportamiento; pareces una viuda.

—En cierto modo, es así como me siento —afirmó la joven con aspereza, a la vez que bajaba la cabeza.

—No digas eso, hija —le pidió su progenitora—, Dios te puede castigar; eres tan joven y tan bella... Si te lo propusieras, podrías encontrar al hombre de tu vida y olvidarte al fin de... ese fantasma del que te enamoraste siendo apenas una niña. ¿Por qué no fijas tus ojos en Carlos Temple?, el pobre lleva tanto tiempo enamorado de ti... Te quiere desde que erais pequeños. Y tú te encaprichaste de un hombre mayor que jamás reparó en ti... ¡que se casó con otra!, y que ahora está muerto... ¡muerto!, ¡pero tú estás viva! ¡Viva! —gritó con la mano en el pecho. Después de aspirar una bocanada de aire, observándola implorante, agregó—: Compláceme, aunque solo sea por esta vez. Ven con nosotros a la fiesta a lucir tu hermoso vestido. Tu hermana está muy entusiasmada con este baile. Te lo ruego, no me hagas sufrir...

Luego de unos instantes de indecisión, Úrsula asintió con la cabeza.

—Está bien madre, ya no sufra usted más. Iré con vosotros a ese baile... a lucir mi vestido... —acabó vencida.

Doña Clemencia, con un gran alivio marcado en su rostro, manifestó:

—¡Estupendo!

—Pero no me pida que acepte bailar con nadie, porque no lo haré —replicó la joven, obcecada.

La señora Ibáñez suspiró con desaliento. Sin cambiar de gesto, apostilló:

—Ahora Serafina y yo te ayudaremos a vestir. —De pronto, como si



recordara algo, llevándose las manos a la cabeza, añadió—: Y Diego, ¿dónde estará?, ¡hace rato que no lo veo! Serafina... por favor, comienza a ayudar a vestirse a Úrsula, enseguida regreso.

Al instante salió precipitadamente, y se tropezó con su hijo menor.

—Ignacio, ¿sabes dónde está tu hermano? —le preguntó ansiosa.

—No —objetó el jovencito con visible aburrimiento—. Hace ya un largo rato lo vi salir montado en su caballo, pero aún no ha regresado.

Desde la otra habitación se escuchó una voz:

—¡Madre! ¡Venga a mirarme!

—Ya va, Gertrudis... —respondió doña Clemencia dirigiéndose hacia el cuarto contiguo.

Al llegar a una puerta, que permanecía abierta, observó a su hija menor enfundada en un hermoso vestido de corte griego, de fino raso amarillo.

—¡Estás preciosa! —ponderó mirándola complacida.

—¿De verdad, me ve usted guapa? —inquirió la jovencita observándose ansiosa en la luna de un alto espejo oblongo.

—¿No lo ves tú misma? ¿A ti qué te dice tu propia imagen mientras te miras?

—¡Que se parece a un patito! —prorrumpió Ignacio desde el umbral mientras soltaba una burlona carcajada al tiempo que echaba a correr.

—¡Que malvado es...! Madre, por favor... entre y cierre la puerta.

—Mi niña, no haga caso de su hermano: está usted muy hermosa —la elogió Lola, la doncella que se ocupaba de arreglar las mangas de su vestido.

—Es verdad... te ves preciosa. Vamos a que te vea tu padre... —añadió doña Clemencia mientras abría de nuevo la puerta.

Dándose aires de princesa, la jovencita descendió las escaleras. A cada minuto crecía su excitación; en el baile estaría Wilbur, su pretendiente del que se hallaba tan enamorada, junto a su familia, que seguramente la observaría con detenimiento, y eso le provocaba un gran nerviosismo y palpitaciones en el corazón.

En ese momento don Pedro, vestido con sobria elegancia, salía del despacho en compañía de su hombre de confianza, ambos enfrascados en una animada conversación.

Al ver bajar por la escalera a su hija menor seguida de su esposa, exclamó:

—¡Gertrudis! Pero... ¡qué bonita estás! ¡Pareces una princesa!

—Gracias, padre. —Girándose hacia el administrador, con voz ansiosa, agregó—: ¿Y usted qué opina, don Sancho?

—¡Que será la más guapa del baile!, no me cabe duda —declaró el nombrado.

—Gracias —respondió Gertrudis a la vez que sonreía animada.

De pronto, en la entrada del salón hizo su aparición una gallarda figura masculina.

—¡Diego!, ¿dónde te habías metido? —preguntó doña Clemencia mirándolo aliviada—. Por favor, tienes que darte prisa.

—Tranquila madre, hay tiempo de sobra —repuso el recién llegado con gesto tranquilo.

—Las horas pasan rápidas, y aún estás sin vestir —rebatía ella.

Al posar sus ojos en Gertrudis, Diego dio un prolongado silbido de admiración.

—¡Ole! ¡Pero qué requeteguapa te ves! ¡Pareces una emperatriz!

—¿De verdad, hermanito... de verdad, te lo parezco?, por favor, dímelo con absoluta franqueza —le pidió la jovencita, mirándolo llena de ansiedad.

—Con absoluta franqueza; estás muy hermosa y muy moderna. Desde que salieron estas modas, sin tantas enaguas y sin esos abultados *panniers* de antaño, las mujeres estáis encantadoramente seductoras. Gertrudis, de verdad te ves muy bonita; palabra de hermano mayor —acabó con la mano levantada.

—¡Claro!, se ha esmerado en ponerse lo más guapa posible para conquistar a la familia del idiota de Wilbur Force —vociferó Ignacio apoyado en la baranda de la escalera.

—¡Cállate, engendro malvado! —gritó Gertrudis, mirándolo furiosa.

Don Pedro, con el ceño fruncido, preguntó:

—¿*Vilbur?*, ¿quién diablos es ese? ¡Me suena a nombre inglés!

—Y eso es justamente lo que es: ¡un soso y descolorido inglés!, sin una gota de sangre española que corra por sus congeladas venas —replicó el jovencito con mofa.

En ese momento todas las miradas se alzaron hacia lo alto de la escalera.

Como una bella imagen, seguida de su doncella y enfundada en su hermoso vestido túnica de talle alto, y guardapiés de raso, Úrsula hizo su aparición.

—¡Oh!, pero... ¿qué ven mis ojos? —exclamó Diego dando otro silbido de admiración.

—¡Por Dios! ¡Úrsula, qué bonita estás! —reiteró su madre.

Don Pedro, con notable alegría, miró alucinado a su hija mayor; era la primera vez en mucho tiempo que la veía vestida de fiesta.

—Estás... guapísima, y qué feliz me hace verte así —alcanzó a murmurar con un hilo de voz.

—Es verdad, hermanita, te ves preciosa —añadió Gertrudis, contemplándola como si la viera por primera vez.

—¡Sí! ¡Requeteguapa! ¡Ole tú! —prorrumpió Ignacio con otro silbido. A continuación, a la vez que miraba desdeñoso a Gertrudis, agregó—: ¡Mucho más guapa que ninguna otra! Realmente pareces una reina.

Doña Clemencia dirigiéndose a Serafina, que era experta en peinados, le indicó:

—Vamos a retocar el peinado de Úrsula. Después, terminaré con mi arreglo.

—¿Y yo madre?, a ver que podéis hacer con mis rizos de atrás; algunos de ellos se han escapado de las horquillas —replicó Gertrudis mientras se colgaba del brazo de Serafina.

Seguido a eso, don Pedro e Ignacio acompañaron a don Sancho hasta la puerta.

Diego se quedó solo en el salón.

El incesante tictac del enorme reloj que reposaba de pie en un rincón de la estancia le recordaba el paso del tiempo que a él le hubiera gustado detener. Su espíritu seguía revelándose contra «la prisión» de su nueva existencia. Hacía más de dos semanas que trabajaba en las bodegas, como un operario más, y ya tenía ganas de escapar de allí. Desde el primer día tuvo que soportar las bromas de los trabajadores que, al verlo aparecer con expresión soñolienta y desencantada, entre burlonas sonrisas exclamaban: «¡Ya se sabe, señorito, noches alegres... mañanas tristes!, ¿verdad?».

En medio de un resoplido se dijo: «Para peor, ahora tendré que asistir a ese aburrido baile social, lleno de niñas bobas». Aunque también estarían muchas damas que habían sido sus amantes, y otras que seguían siéndolo y a las que él, por respeto a sus maridos, trataría de no mirar.

«Por suerte, Carlos, pese a la indisposición de su padre, me ha prometido acudir; incluso aseguró que tenía una gran sorpresa que darme, espero que esta sea buena. Al menos, su presencia allí ayudará a que esa tediosa velada me resulte más llevadera», acabó diciéndose.

En ese momento, apareció la criada más vieja de la casa quien, al verlo allí de pie, exclamó:

—¡Pero mi niño!, ¿es qué no vas a vestirme aún? En tu cuarto tienes toda tu ropa preparada, y también el polvo de carbón de pan para pulir tus dientes.

—Gracias, Pastora. No te preocupes; aún hay tiempo de sobra. ¿Sabes?, en estos momentos me encantaría darme otro baño...

—¿Otro baño?, pero, mi niño... tú ya pecas de limpio. ¿No sabes que bañarse todos los días es malo? Hasta los médicos lo dicen, imagínate hacerlo dos veces al día. Además, ya es muy tarde para eso, ¿quieres que le diga a Pepín que venga a darte una mano? Al parecer, su deseo es llegar a ser tu ayudante de cámara personal.

—Sí, lo sé —replicó Diego riendo—. Pero, aunque le tengo mucho aprecio a ese muchachito, tú ya sabes que a mí me gusta vestirme solo.

Pastora, acercándose más al joven a la vez que lo miraba sonriente, le confesó:

—Mi niño, déjame decirte que... estoy muy contenta por el nuevo rumbo de tu vida. Cuando te veo acudir a las bodegas todas las mañanas, como lo ha hecho tu padre desde que era un jovencito, casi no puedo contener el llanto de emoción. Pero sincérate conmigo: aún tienes muchas... «queridas» desparramadas por ahí, ¿verdad?

Diego soltó una carcajada.

—¡Pastora! Pero ¿qué pregunta es esa en una dama tan santurrón y recatada como tú?

—No te burles de mí y, aunque no quieras contestarme, volveré a pedírtelo: apártate de esas mujeres y búscate una buena niña para casarte, tal como se lo prometiste a tu padre. Enderezándote también en ese aspecto, habrás culminado casi del todo con tu cambio.

—Sí, Pastora, te prometo que cumpliré con mis promesas. Pero, como tú misma lo has visto, ya he comenzado con mis penitencias...

—Oh, mi niño; creo que para tus expiaciones no hay suficientes *cuentas* en el rosario. De modo que, cuanto más prisa te des, más pronto acabarás transformado en un hombre de familia.

—Pero para eso tienen que darme tiempo —replicó Diego—. Y así poco a poco me encaminaré por la buena senda. Y quizás incluso hasta me transforme en santo.

—No exageres; lo único que tus padres ansían... y yo también, es verte caminar hacia el altar del brazo de una buena niña. —Tras un hondo suspiro, sonriéndole cariñosa, agregó—: Por favor, antes de partir hacia ese baile de gala, quiero ver lo guapo que estarás.

—Muy bien. En cuanto me vista, te llamaré para que me des tu imprescindible «visto bueno».

Al cabo de una hora y media, el carruaje de la familia Ibáñez se puso en marcha.

Durante el trayecto doña Clemencia, vestida con discreta elegancia, miraba a sus hijos mayores con detenimiento: Úrsula, a pesar de lo hermosa que estaba, y de que su atuendo la favorecía destacándole sus hermosos ojos azules, continuaba con su rostro marcado por la misma sombra de tristeza de los últimos tiempos.

Diego, enfundado en una elegante levita oscura de faldón largo, blusa blanca y la voluminosa corbata rematada por lazos, ¡estaba guapísimo!, pero su expresión era de completa apatía.

Solo Gertrudis parecía, a más de bella, muy feliz. Y, ante las emocionantes perspectivas de aquel baile, los ojos le brillaban con destellos chispeantes.

La señora Ibáñez, volviéndose hacia su hijo mayor, le pidió:

—Diego, espero que demostrarás tu buena educación e invitarás a bailar a las hijas de nuestros amigos, sobre todo a María Luisa, ¿verdad?

Don Pedro miró a su primogénito con fijeza, pendiente de su respuesta.

—Trataré de complacerla madre —replicó Diego con un disimulado gesto de hastío.

—¿Solo tratarás?, ¿no recuerdas la otra promesa que aún te falta cumplir? —preguntó su progenitor un tanto ceñudo.

—Sí, padre, la recuerdo... solo necesito tiempo.

El señor Ibáñez, aunque un tanto incrédulo, asintió con la cabeza. Seguido a eso, girándose a mirar a la menor de sus hijas, con gesto curioso le preguntó:

—Y a propósito, ¿ese *Vilbur* que hoy Ignacio hizo mención... y del que hace ya mucho tiempo escucho nombrar, quién es... y de dónde ha salido?

—Se pronuncia Wil-bur. Con la doble V... —silabeó su esposa—, y solo se trata de uno de los tantos admiradores de Gertrudis.

—Padre... Wilbur es un joven guapo y muy culto; espero que usted me dé su consentimiento para bailar con él... —se atrevió a decir la jovencita.

El señor Ibáñez asintió con la cabeza y le dijo:

—Tienes mi permiso, pero ten cuidado, ¡un inglés!, lo que nos faltaba. Y seguro que es ateo.

—Wilbur y su familia son católicos —rebató Diego—, conozco a ese joven y me cae muy bien, y también a sus padres, a los que he tenido el gusto de tratar.

Doña Clemencia observó ceñuda a su marido y objetó:

—Pedro, te recuerdo que los ingleses no son ateos: son anglicanos y protestantes. Y entre ellos también hay muchos católicos, pero tú no te enteras nunca. Para ti es como si ellos fueran una raza indeseable; recuerda que por mis venas, y por la de tus hijos, corre mucha de esa sangre.

Diego, con gesto serio, miró a su progenitor, y agregó:

—Es verdad, padre, tiene usted que cambiar de manera de pensar, ¿acaso se olvida de que muchos de nuestros buenos vecinos son británicos, y de que, justamente, sus mejores clientes son los ingleses?

Don Pedro respondió un tanto abochornado:

—No, claro que no me olvido, y no dirás que alguna vez dejé de atenderlos con suma cortesía. Hasta sentí mucho el reciente fallecimiento de Guillermo Pitt, que era uno de nuestros clientes más afamados, como su padre lo fue del mío. Aunque, todos sabemos que ese «honorable caballero», como primer ministro británico, antes de morir contribuyó a la reciente y arbitraria invasión en nuestras Indias. —Se volvió hacia su hijo y agregó—: Y además, tampoco olvides que todos esos estirados señorones entran a nuestras bodegas como dueños por su casa, y así comienzan a probar una copita de allí... y otra de más allá «solo para comparar». Y, cuando nos damos cuenta, ya se han bebido varios litros de *xerrez*, como lo pronuncian ellos. ¡Ah!, y al salir, la mayoría de las veces tenemos que ayudarlos porque casi todos terminan descompuestos, y cuando no, inconscientes. ¡Vaya! ¡Hay que reconocer que esos *loores* y *sires* no tienen cultura para beber!

Diego soltó una carcajada y exclamó:

—Pero eso no es motivo para que usted los aborrezca tanto.

—Es que no lo puedo evitar. ¡Nos quitaron el Peñón de Gibraltar, y siempre están hostigándonos con su arrogancia! ¡Han matado a tus tíos... sin contar

que están empeñados en tratar de quitarnos las colonias de América del Sur!

Doña Clemencia sacudió su mano en el aire e irrumpió molesta:

—Todo eso son problemas políticos, que es mejor olvidar de una vez por todas. —Tras un corto intervalo, buscó los ojos de su marido y, con expresión seria, añadió—: Y ahora, señor Ibáñez, procure no quedarse toda la noche encerrado... con sus lúdicos amigos en el salón de juego, como siempre hace en estos últimos tiempos cuando vamos a una fiesta o a un baile.

Don Pedro tocó tímidamente la mano a su esposa, dándole la callada por respuesta. Luego sacó un pañuelo del bolsillo y procedió a secarse las gotas de sudor que perlaban su frente.

Instantes después, llegaron a la Fortaleza-palacio situada frente al ángulo sudeste del recinto amurallado que daba acceso, desde la ciudad, por una entrada en arco de herradura hasta llegar a un espacio cubierto por una bóveda vaída.

Mientras bajaban del carruaje, Gertrudis, con ansiosa expectación, observó los demás coches aparcados por doquier, fijándose en todos sus emblemas y escudos. Pero, por más que buscó y buscó, no pudo hallar el de la familia Force. Con gesto de aflicción, se preguntó: «¿Y si Wilbur, por algún motivo, no pudiera venir?»; ante esa posibilidad, sintió cómo un nudo le oprimía la garganta.

Con las tarjetas en las manos, y después de pasar por la lista de invitados, los Ibáñez, al entrar al engalanado salón de fiesta del Alcázar, y como siempre sucedía incluso en misa... fueron objeto de continuas miradas y cuchicheos. Diego, al lado de sus padres y hermanas, con simultáneas inclinaciones de cabeza, fue abriéndose paso entre la muchedumbre.

La música sonaba melodiosa. En la pista algunas parejas, entre ellas el alcalde —junto al cónsul inglés y sus respectivas esposas—, danzaban un cadencioso minué.

Durante más de veinte largos minutos, la familia Ibáñez, luego de ser recibidos por sus anfitriones, se dedicó a saludar a los invitados que ya



estaban allí, entre ellos a varios aristócratas de viejo cuño, además de políticos, literatos, abogados, senadores, marinos y militares de alto rango, junto a la adinerada burguesía que representaban lo mejor de la élite social. Diego se reencontró con muchos conocidos suyos gaditanos, que a su vez le presentaron a otros invitados, entre ellos al joven médico y abogado ecuatoriano, José Mujica Lequerica.

Seguido a eso, tras acabar con las presentaciones y con los besamanos, doña Clemencia, Úrsula y Gertrudis, acompañadas de Diego y su padre, llegaron al lugar designado para ellas. Luego de saludar a las damas que serían sus vecinas, ocuparon sus asientos.

Diego, con discreción observó a todas aquellas encopetadas señoras, sentadas en una larga hilera que circundaba el espacio, dándose cuenta de que, con sus adustas caras, ponían en aquel colorido salón una nota severa. Todas ellas estaban vestidas con sedas negras, altos *peinetones* y *escofietas*, algunas con, por lo menos, catorce varas de cintas y gasas.

La mayoría de los presentes, en especial los caballeros, apenas vieron entrar a Úrsula, se quedaron mirándola con evidente admiración, a la vez que un rumor de voces se alzó como un zumbido en torno a aquella parte del salón. Úrsula, tal como si no se diera cuenta del revuelo que su presencia había causado, con ademanes llenos de finura y elegancia, tomó asiento.

Por su parte Gertrudis, tras enviarles a varias de sus amigas —sentadas muy cerca de ella al lado de sus madres y *carabinas*— gestos de complicidad entre sonrisas y guiños de ojos, luego de dar otra mirada alrededor del salón, se dejó caer en su silla.

Apenas don Pedro vio a su esposa e hijas correctamente instaladas, buscó con la mirada a sus camaradas; al instante se presentó ante él don Antonio Pimentel quien, después de saludar entre gentiles modales a las damas, y dándole un fuerte apretón de manos a Diego, dirigiéndose a su viejo amigo, con voz alegre, le dijo:

—No creo que Álvaro y José Luis tarden demasiado en llegar... pero

mientras tanto tú y yo podemos comenzar unas partidas de barajas, junto a otros caballeros que ya nos esperan, ¿estás de acuerdo?

Después de hablarle a su esposa al oído, don Pedro, seguido de su acompañante, como dos traviosos niños, se escabulleron a la sala continua. Diego se quedó allí solo, consciente de que seguía siendo el blanco de las ceñudas miradas de aquellas pomposas damas consideradas, por casi toda la sociedad, como los pilares de la Santa Religión Católica. Para peor, Diego estaba consciente de que allí, entre los jóvenes de su edad pertenecientes a la alta burguesía, él no tenía muchas amistades sinceras, y eso se notaba en la reticencia de muchos de ellos de acercársele e integrarlo a algún grupo. Por fin, desde un ángulo del salón vio venir a su amigo Carlos, y respiró aliviado.

Cuando el joven Temple acabó de saludar a todos los que se le acercaban estrechándoles las manos a los hombres y besando la de las mujeres, se reunió con su amigo. A continuación, los claros ojos del recién llegado, luego de darle una palmada en la espalda a Diego, se posaron admirativos en la hermana de este último.

—¡Doña Clemencia, Gertrudis..., Úrsula —saludó con gentil ademán mientras les besaba las manos—, están ustedes muy... pero muy guapas! —concluyó sin apartar la mirada de Úrsula.

—¿Cómo estás, Carlos? —preguntó la señora Ibáñez con una cariñosa sonrisa. Sin esperar respuesta, continuó—: Y tus padres, ¿no han venido?

—No han podido; hace dos días mi padre sufrió un golpe en la espalda al caerse de su caballo, y el médico le ha ordenado guardar cama.

—Ah, es verdad, me lo dijo Diego. Cuánto lo siento, espero que se mejore pronto —repuso doña Clemencia.

—Yo creo que en una semana estará perfectamente —respondió Carlos con sonrisa amable.

Gertrudis, sentada entre su madre y su hermana mayor, continuaba sin apartar los ojos de la entrada del salón. Mientras los minutos pasaban, sentía que cada vez se ponía más nerviosa: Wilbur y su familia no aparecían por

ningún sitio. Ante el temor de una reprimenda por parte de su madre, no se atrevió a preguntarle a Carlos Temple si había visto a sus vecinos, los Force.

Segundos después, al volver a levantar la mirada, su cara se encendió de gozoso deleite. ¡Su guapo príncipe azul acababa de entrar al salón junto a su familia!

Doña Clemencia le susurró al oído:

—Ahí tienes a tu enamorado, procura mantener una actitud natural; compórtate como toda una dama. Recuerda a las señoras que tenemos de vecinas, que no dejan de observarnos... ni dar descanso a la lengua.

Gertrudis, completamente sonrojada, asintió mientras permanecía muy quieta sin dejar de observar, con el rabillo del ojo, a su joven pretendiente que, visiblemente aliviado de ver que don Pedro no se encontraba presente, con pasos decididos se acercaba hacia ellos.

Instantes después, Wilbur, con una elegante reverencia, miró a doña Clemencia y sus hijas; en un gracioso castellano, saludó:

—¿Como está usted, *missis Ibánes*, *miss Gertrudis*... y *miss Úrsula*? — acabó mientras besaba las manos de todas. Volviéndose hacia los demás, añadió en inglés—: *¡Hello, how are you Diego, y you Carlos!*

Los nombrados, entre risas y bromas, le devolvieron el saludo. Wilbur, sin lograr esconder su nerviosismo, a la vez que se mordía los labios, volvió a mirar a doña Clemencia. Seguido a eso, en su dificultoso español, con tímida voz, le preguntó:

—¿*Missis Ibánes*, me concedería el honor de... permitirme bailar con... su hija Gertrudis?

Doña Clemencia, mientras reprimía una sonrisa, le respondió:

—Sí, claro. Tienes mi permiso. Y te adelanto que también tienes el de mi marido.

Diego guiñó un ojo a su hermana menor mientras esta, sin importarle las miradas y cuchicheos de sus vecinas de asiento, recogiendo las faldas con garbosos ademanes, dejó que Wilbur la condujera al centro de la pista de

baile.

A continuación, Diego, dándole a su madre una disculpa, cogió del brazo a Carlos y se lo llevó a un extremo del salón. Una vez allí, mientras se aflojaba en nudo de su corbatín, resopló:

—¡Ufff! Ya no podía más, esas señoras... sentadas al lado de mi madre y hermanas, no daban descanso a la lengua en malignas murmuraciones, sobre todo contra mí. De verdad me estaban despellejando vivo. Y mis padres pretenden que invite a bailar a alguna de sus hijas, nietas o sobrinas —acabó irónico.

Carlos sonrió divertido.

—A quien ellos desean realmente que invites es a la hija de don Álvaro.

—Lo sé, pero, si lo hago, esa niña creerá que estoy interesado en ella. Ya demasiado tengo que aguantarla cuando van a mi casa y me dejan deliberadamente a solas con ella a ver si yo... me dejó tentar por sus encantos.

Carlos, mirándolo burlón, señaló:

—Pero porque bailes un rato con María Luisa no significa que tengas que pedirla en matrimonio...—De pronto, en voz baja añadió—: No te des la vuelta aún, en este mismo momento eres el centro de... otras miradas que creo te conocen de manera muy... pero muy íntima, ¿me equivoco?

Al cabo de unos segundos Diego, con gesto disimulado, se volvió despacio encontrándose con algunas de sus examantes mirándolo con disimulados gestos a través de las blondas de sus grandes abanicos. Con una gentil inclinación de cabeza, Diego las saludó.

Seguido a eso, girándose hacia su amigo, le pidió:

—Mejor salgamos de aquí.

Ambos reanudaron la marcha encaminándose hacia el *buffet*, donde se sirvieron dos vasos de limonada. A continuación, se apostaron junto a uno de los balcones abiertos. Allí Carlos, apoyándose en la reja de la ventana, tras una honda inspiración con mirada melancólica, murmuró:

—Vaya, Diego, me he quedado asombrado de ver a tu hermana Úrsula. ¡Qué hermosa está! ¿Tú crees que, si la invito a bailar, me aceptará?

—Puedes intentarlo... aunque le escuché decir que no pensaba bailar con nadie, y menos querrá hacerlo contigo, porque sabe que aún suspiras por ella.

—¡Diablos!, ¿y Úrsula aún suspira por el muerto? Creo que ya es hora de que tu hermana empiece a acariciar otra ilusión. ¡Qué desperdicio de mujer!

Diego, hizo con la mano un gesto de impaciencia, y apuntó:

—Dejemos ahora de hablar de mi hermana, y cuéntame, ¿qué clase de sorpresa me tenías que dar?

—¡Ah, es verdad!, con la emoción... mejor dicho, con la conmoción de ver a Úrsula tan hermosa asistiendo a una fiesta, casi me olvido de eso. — Mirándolo a los ojos, con un gesto de visible impacto, añadió—: Es algo muy gordo, te costará creerlo... y no creo que alguna vez lograrás adivinarlo. Cógete de algo para no caerte.

Diego, mirándolo ceñudo, expresó:

—Vamos, déjate ya de rodeos... y de tantos acertijos.

—¿Sabes quién está en Jerez?

—No me digas que tu prima Janet ha llegado de improviso... pero ella me aseguró en su carta que arribarían en agosto —replicó su amigo sorprendido.

—No. No se trata de mi prima, se trata de la de ella... de Brunilda Cavaglioni; la prusiana... la recuerdas, ¿verdad? Llegó de Madrid hace dos días con su cuñada y con un matrimonio madrileño del que, por lo que me dijo, el esposo es un abogado italiano.

—¡Oh! Eso sí que es una sorpresa —musitó Diego completamente anonadado.

—La sorpresa me la llevé ayer por la tarde, cuando se presentó en mi casa acompañada de una doncella. De verdad, casi me caigo de espaldas.

El semblante de Diego se contrajo en una sonrisa incrédula.

—¿Te visitó en tu casa? ¡Vaya!, qué detalle...

—Bueno, en realidad, vino a traerme una carta de Janet. Y realmente la

noté mucho más simpática y risueña que en Londres... y más guapa, si cabe. ¿Sabes?, yo pensé que los lunares de su cara eran postizos, pero no... ¡son auténticos! Estuvimos hablando un largo rato; me contó que ella, además de su cuñada y ese matrimonio de amigos que las acompañan, estaban invitados a este baile. Ah, y me preguntó por ti...

—¿Te preguntó por mí? —inquirió Diego aún más sorprendido—. De verdad, eso me halaga mucho... a la vez que me sorprende.

—Sí, quería saber cómo estabas. También me preguntó si tenías invitación para esta noche.

—Vaya, ¿y... dices que ahora se halla aquí? ¿Dónde...? —indagó Diego con visible ansiedad, mientras comenzaba a mirar en todas direcciones.

—Aún no han llegado. Pero no creo que tarden.

La mente de Diego comenzó a cavilar, dándose cuenta de que la pronta e inesperada presencia de Brunilda en esa fiesta social le había causado gran impacto, a la vez que una extremada excitación que casi no lograba disimular.

—No puedo ocultar que... esta noticia me ha dejado asombrado —murmuró lacónico—. Bueno... y, ¿tu prima Janet, qué... te dice en su carta? —preguntó en un intento de distraer su mente.

—Que está muy entusiasmada con su próximo viaje a Cádiz, y también con volver a verte. Ya verás cómo tú y ella al fin terminaréis enamorados —acabó Carlos con una sonrisa.

Durante los minutos siguientes, Diego, mientras procuraba evitar que su ansiedad se le notara demasiado, permaneció con los ojos fijos en la puerta de entrada del salón, en espera de ver aparecer a Brunilda.

Carlos, tras una larga pausa, añadió:

—¿Te has dado cuenta? Esteban Serrano no ha perdido el tiempo y, desde que llegó, no ha dejado de cortejar a Gloria Montero. Me hace mucha gracia ver los acosos de él y los coqueteos de ella...

—Y eso que Esteban sabe que ella gustaba mucho de ti —reflexionó Diego—. ¿Ves lo que te digo? Todas las mujeres que antes te miraban con muy

buenos ojos están cansándose de tu indiferencia hacia ellas. Recuerdo que me confesaste que Gloria te gustaba, sobre todo por su manera de ser. Pero, si continúas así, muy pronto todas las demás mujeres te darán la espalda.

El joven Temple permaneció unos instantes pensativo.

Luego, levantándose de hombros, expresó:

—En realidad, eso no me importa... yo no pierdo las esperanzas de que tu hermana, algún día, descubra que también está enamorada de mí.

—Espero... que tu espera no sea demasiado larga y penosa; deberías tener más coraje y enfrentarte a ella y gritarle su amor. ¿Recuerdas la poesía del Conde de Villamedina? «Quien calla amando, solo... amando muere...».

—Sí, la recuerdo —rebató Carlos. Con mirada triste, añadió—: Y también decía: «Menos dice, y más calla quien más quiere».

—Sigo insistiendo que sería mejor para ti olvidarte de mi hermana y enamorarte de otra mujer.

—Y lo intento... créeme, pero no lo consigo. Como ves, eso que dicen que el amor es el más dulce de los venenos es la pura verdad.

Luego de unos minutos de silencio, en el que Diego aprovechó para dar una mirada en rededor, con gesto extrañado, expresó:

—¿Te has fijado?, hay muy pocos hombres en el salón de fiesta. La mayoría de ellos, a medida que llegan, van desapareciendo. Cuando llegamos, me encontré con muchos conocidos de Cádiz que incluso me presentaron a varios extranjeros... pero ahora no los veo por ningún sitio.

—Por lo que escuché decir, varios de esos extranjeros, en fusión con algunos gaditanos, han organizado una reunión política junto a muchos otros madrileños. Quizás sea por eso...

—Entonces es muy posible que sea una reunión de conspiradores —replicó Diego con aire pensativo.

—No te extrañe, tal como están las cosas ahora... bueno, al menos nosotros, que no estamos interesados en la política, tenemos a la vista a muchas bellas mujeres, la mayoría sin sus maridos —respondió Carlos chancero. A

continuación, mientras volvía a pasear la mirada por la concurrencia, exclamó —: Y hablando de mujeres... qué hermosas están todas, ¿verdad?

Diego soltó una carcajada.

—Sí, realmente, hermosas y apetecibles. Aunque con esos escotes de vértigo, a uno le cuesta mirarlas a los ojos.

El salón se hallaba atestado de gente. Los ornamentados candelabros, que rodeaban la pista de baile, resplandecían de luces. Arriba de una plataforma, la orquesta ejecutaba las clásicas *zarabandas*, minués y también danzas austriacas, muy de moda en los salones de la vieja Europa, traídas a España por ilustres afrancesados que intentaban modernizar a la península. En medio de la concurrencia, el *bastonero* organizaba el orden del baile, además de cuidar que a ninguna dama le faltaran refrescos.

Desde su lugar de observación, Diego, con los ojos fijos en la entrada del salón, de vez en cuando posaba sus ojos en un grupo de bellas jovencitas sentadas al lado de sus *carabinas*, las mismas que sus padres aspiraban a que él las invitara a bailar.

Por su parte Carlos, aun a la distancia, continuaba con la mirada fija en Úrsula observándola sin atreverse a pedirle bailar con él. De pronto, al desviar los ojos, prorrumpió por lo bajo:

—Oh, no. Ahí vienen...

—¿Quién? ¿Brunilda? —inquirió Diego con voz ansiosa, evitando darse vuelta a mirar.

—No —respondió Carlos echándose a reír—. Las que vienen son las mamás de María Luisa y de Josefina. Y se dirigen directo a nosotros; ya no tenemos escapatoria. —Con tono burlón añadió—: Vaya, fíjate... parecen dos joyeros andantes...

En medio de un rumoroso *fru-fru* ocasionado por la seda de sus vestidos y el tilín de sus alhajas, las damas se les acercaron. Al llegar frente a los jóvenes, ambas sonrieron encantadas. Una a una extendieron sus brazos recubiertos de reluciente pedrería.



—Diego... Carlos, qué elegantes estáis —replicaron al unísono.

Ambos besaron sus regordetas manos, a la vez que exclamaban:

—¿Qué tal, doña María Luisa? ¿Y usted, doña Catalina, cómo está? Pero qué hermosas y que elegantes se las ve...

—Muchas gracias... ¡Ay!, qué amables sois —respondieron ellas.

Doña María Luisa, con una sonrisa zalamera, le dijo a Diego:

—Mi marido está con tu padre en el salón de juego. —Mirándolo risueña, expresó—: Esos viejos amigos que solo piensan en jugar a las barajas... — Sin esperar respuesta, señaló con el dedo hacia el grupo de jovencitas de al lado, y continuó—: Ahí están nuestras hijas, sentadas junto a varias de sus amigas. Y tú ya sabes, Diego, tienes mi permiso para bailar con María Luisa todo el tiempo que quieras.

—¡Oh! Es un inmerecido honor el que... usted me hace —arguyó Diego irónico.

La cándida mujer, sin dejar de sonreír, añadió:

—Sabes que mi marido, mi hija y yo sentimos por ti un gran afecto, al igual que por tu familia.

Diego, obligándose a sonreír, le respondió:

—Mi querida señora, sus palabras me abruman: tenga por seguro que... el sentimiento es recíproco. —En cada frase se transparentaba una notable mofa escondida dentro de su trivial cortesía.

De pronto doña Catalina, dirigiéndose a Carlos, le preguntó:

—¿Es verdad que este verano vendrán tus parientes ingleses? ¿Qué edad tiene tu primo?, ¿está aún soltero?

—Sí, los esperamos para finales de agosto. Mi primo tiene veintitrés años. Y, en efecto, es soltero...

—Oh, qué bien; tendremos que comenzar a programar fiestas en su honor. Bueno, aquí se aburrirá de ver tantas mujeres bonitas.

—Eso ni dudarlo, doña Catalina.

Doña Luisa, tras fijar sus ojos en Diego, le preguntó:

—¿Dónde están tu madre y tus hermanas?

—Allí enfrente, sentadas junto a esas señoras vestidas de negro y con grandes abanicos... —respondió Diego, mientras señalaba con el dedo.

—Ah, ya las veo. Nosotras también tenemos ahí nuestros asientos, al lado de la marquesa de la Estrella; vamos, Catalina...

Cuando las damas se marcharon, Carlos exclamó burlón:

—No me explico cómo la madre de Josefina se ha enterado ya de la llegada de mis primos a Jerez.

—Y se la veía muy interesada; con seguridad querrán que Edward conozca a su hija —replicó Diego.

—Y qué condescendencia la de doña María Luisa, ¿la has escuchado?, te permitirá bailar con su hija el tiempo que quieras. ¡Pero si es ella la que está deseándolo!, bueno, ahora no tendrás más remedio que hacerlo. —De pronto, mientras tocaba el brazo de Diego, exclamó—: ¡Oh, mira quien acaba de entrar!

Brunilda, junto a una agraciada joven morena de regio porte y a una pareja de más edad, se hallaban en la puerta rodeados por los anfitriones además de varios nobles y políticos y otras altas personalidades de Cádiz, quienes parecían encantados de verlos.

Diego, en un esfuerzo por esconder su ansiedad, centró la mirada en Bruny, que en ese momento permanecía un tanto apartada del grupo mientras observaba, con discreto disimulo, a todas direcciones. La prusiana vestía un elegante y ceñido traje azul oscuro, de los llamados *volúbilis*, de cintura alta, que remarcaba sus bellas curvas de manera incitante, dándole a su vez un acentuado toque de gracia y distinción. El peinado de estilo griego, con algunos rizos cayéndole sobre la nuca y las sienes, confería a su rostro un perfecto marco. ¡Estaba bellísima! Quizás más de como la recordaba.

—¿Quieres que nos acerquemos a saludarla? —preguntó Carlos.

—Mejor, esperemos un poco —repuso Diego sin conseguir evitar que su incontrolable nerviosismo fuera demasiado notorio.

Un rato después, cuando Bruny y sus acompañantes cruzaban el salón, ambos les salieron al encuentro. La prusiana, al verlos, estiró los brazos hacia ellos.

—Hola, ¿cómo estáis? —los saludó con encantadora sonrisa, aunque, a opinión de Diego, un tanto forzada. Tras fijar sus claros ojos en este último, le dijo—: Me complace saludarte.

—Lo mismo digo —respondió Diego mientras, con ademán galante, besaba su mano. A continuación, mirándola a los ojos, agregó—: Estas guapísima; te confieso que aún no puedo reponerme de la sorpresa de encontrarte aquí.

Con abrumadora turbación, Diego no pudo evitar recordarla desnuda tal como la había visto aquella mañana en Londres sin que ella se hubiera dado cuenta.

—Gracias, vosotros también estáis... muy guapos —siguió Bruny—. Os voy a presentar a mi cuñada Matilde, y... a unos amigos de Madrid. —Acercándose a sus acompañantes, que los miraban con expectación, añadió risueña—: Este es Carlos Temple, sobrino de mis tíos de Inglaterra... el mismo al que ayer por la tarde visité en su casa. —Sin pausa, continuó—: Carlos, te presento al señor Giacomo Vercelli y su esposa Carlota de la Espiga, condesa de Brunetti... y a mi cuñada Matilde Orosco Villaverde. —Enseguida, volviéndose hacia Diego, sin dejar de sonreír, prosiguió—: Y aquí... os presento a un amigo de la familia, don Diego...

Al comprender que ella no recordaba sus apellidos, él, con gentil reverencia, la interrumpió:

—Diego Ibáñez Cisneros Wesley, para servirles a todos... —concluyó mientras besaba las manos de las damas. A continuación, añadió—: Me complace mucho saludarlos. Espero que puedan llevarse un buen recuerdo de nuestra ciudad...

—Sí, es muy bonita —ponderó la condesa de Brunetti con encantadora sonrisa.

—En mi caso, es la segunda vez que visito el sur. Y toda Andalucía me

parece preciosa —comentó Matilde, mirándolo risueña.

—Cádiz me gustó mucho, sobre todo su bahía —arguyó Brunilda mientras abría y cerraba su abanico—. Lástima que nuestra diligencia... hacia Barcelona, sale mañana por la tarde... y no podremos ver mucho más...

Diego observó que la prusiana, a pesar de disimularlo, se mostraba demasiado nerviosa sin dejar de observar, de manera insistente, hacia la puerta que daba al jardín. De pronto se acercó más a ella y, obligándola a mirarlo, con voz cálida le dijo:

—Lamento mucho lo que ha pasado en tu patria; me pareció un horror. — Al instante, sin esperar a que ella le respondiera, a la vez que esbozaba una sonrisa seductora, añadió—: Al mismo tiempo celebro verte tan bien... y tan guapa.

—Gracias, eres muy amable.

—¿Regresarás en seguida a Londres? —inquirió él.

—Aún no. De Barcelona... Matilde y yo embarcaremos hacia Italia. Allí... esperaré la llegada de... mi prometido, que arribará desde Puerto Rico — respondió ella vacilante.

Diego, con aire burlón, levantó una ceja e inquirió:

—De modo que... ¿sigues prometida?

—Claro, ¿acaso lo dudabas?

—No, solo que por un momento me olvidé de eso... sobre todo ahora, al verte aquí...

—No tiene nada de extraño. Mi cuñada es española emparentada con mucha gente de la alta sociedad de Madrid. Y, como ya lo sabes, no es esta la primera vez que piso tu tierra.

Tras una pausa, mirándola a los ojos, inquirió:

—¿Me permitirías invitarte a bailar?

Ante la pregunta de Diego, ella lo miró seria.

—Lo siento, aunque mi prometido... está lejos, yo le guardo absoluto respeto —replicó con sonrisa forzada—. Además, no me gusta bailar... solo

vine para acompañar a mi cuñada y... a la condesa de Brunetti. —Al ver que sus acompañantes iniciaban la marcha hacia sus exclusivos lugares, se disculpó—: Tengo que dejaros, vamos a ocupar nuestros asientos. Adiós a ambos.

—Adiós... —respondió Carlos, besándole la mano.

—Antes de marcharnos... os volveré a saludar —replicó ella, dedicándoles una última y forzada sonrisa.

Diego, con una galante reverencia en la que iba impresa un gesto irónico, le dijo:

—Por si se te olvida hacerlo... quiero que sepas que para mí ha sido un gran placer volver a verte.

Ante esas palabras, Bruny hizo un amague de sonrisa y rápida se apartó de él.

Cuando se quedaron a solas, Carlos apuntó:

—He oído el rechazo que te ha hecho tu invitación... por lo menos podría haberte aceptado un baile. Que esté comprometida no le impide danzar, vamos, creo yo. Qué niña más rara y difícil, ¿verdad?

—Sí, pero eso la hace aún más interesante —opinó Diego sin dejar de mirarla mientras ella se alejaba—. Te confieso que... Brunilda me tiene hechizado.

—Sí, ya lo he notado. Y... te comprendo, realmente es una mujer preciosa. ¿Te has fijado en lo guapa que es su cuñada?

Diego, con gesto pensativo, murmuró:

—Sí... también es muy guapa. ¿Pero sabes lo que más me ha sorprendido? He notado que Bruny se comportaba de una manera extraña, dominada de una excitación muy mal controlada. Era como si esperara y a la vez temiera la llegada de alguien. Sus ojos no se apartaban de la puerta... pero no la de la entrada principal, sino la del portal que da a los jardines.

—Pues yo no me he dado cuenta de nada —repuso Carlos—. Ayer, tal como te dije, cuando vino a verme, la noté muy simpática... y ahora, pese a

su negativa de bailar contigo, al menos no ha dejado de sonreírnos con simpatía.

«Pues a mí me ha parecido que todo era fingido. No sé... pero su actitud, y su forma de actuar eran muy extrañas», pensó Diego sin apartar sus ojos de ella que, en ese momento, junto a su grupo, tomaba asiento.

Durante varios segundos, Diego y Carlos permanecieron callados.

—Me parece que, luego de haber visto a la prusiana y sus acompañantes, nos hemos quedado muy pensativos, ¿verdad? —repuso este último a la vez que se alisaba con la mano el pelo.

—Tienes razón; no puedo negar que volver a ver a Brunilda para mí ha sido algo muy impactante; de hecho... nunca pensé que ocurriría. —Tras unos segundos de silencio, en medio de un bufido, replicó—: De verdad, su presencia me ha alterado mucho... y también me ha desconcertado...

Carlos, observándolo intrigado, insinuó:

—¿Me quieres decir con eso... que estás enamorado de ella?

—No... pero, como ya te lo dejé claro en Londres, esa mujer me fascina de una forma que... no sé cómo expresarlo; las pocas veces que he estado a su lado... incluso ahora, experimento algo extraño... algo diferente a lo que siento con las demás mujeres.

—Lo que tienes que hacer tú es pensar solo en mi prima Janet, y dejarte de fascinaciones peligrosas. Brunilda va a casarse y, luego de esta noche, con seguridad ya no volveremos a verla nunca más.

—Sí, tienes toda la razón...

Después de una corta pausa, Carlos, mirándolo serio, inquirió:

—Bueno, a ver... dime lo que deseas hacer, y te seguiré.

Diego, mientras exhalaba el aire de sus pulmones, musitó:

—Pues lo mejor que se me ocurre ahora es buscarnos un buen sitio donde podamos mirar sin que seamos demasiado visibles. Porque no me negarás que, a pesar de tanta elegancia y abolengo, este lujoso salón... es solo un «dime y cuéntame». ¿Vamos?, de paso nos beberemos algunos tragos más de

limonada; tengo la garganta completamente seca.

—En marcha entonces.

A continuación, ambos cruzaron el salón en dirección al Patio de Armas del Alcázar, muy cerca de donde estaba el bufé de bebidas y bocadillos. Al pasar junto a un grupo de jovencitas, Diego divisó a María Luisa mirándolo ruborosa. Sin detenerse, le dedicó una discreta sonrisa acompañada de una gentil inclinación de cabeza; luego de eso, se hizo el desentendido.

Minutos después, Carlos y Diego, tras servirse dos vasos de limonada, se apostaron cerca de otro amplio ventanal por donde entraba el fresco y perfumado aire del jardín. Allí permanecieron muy quietos mientras miraban distraídos a la mayoría de la concurrencia.

El baile se hallaba en su apogeo repleto de parejas que danzaban al compás de un cadencioso minué. Las niñas casaderas, acompañadas de por sus madres y *carabinas*, aguardaban a que los jóvenes solteros las invitaran a danzar. Otras consultaban su carné de baile para ver en qué turno les correspondía aceptar a los que tenían apuntados.

Cerca de la sala de juegos, varios señores mayores salían y entraban sin interrupción. Con semblante alicaído, Diego recorrió con la mirada el inmenso salón de fiesta; desde allí observó a su hermana Gertrudis que continuaba danzando con Wilbur. A continuación, de manera involuntaria, sus ojos se detuvieron en el grupo de Brunilda. En ese momento ella permanecía en actitud enigmática, sentada junto a su cuñada y a la condesa de Brunette, y a otras dos mujeres más que hablaban con discreta locuacidad.

Al cabo de un rato Diego, volviéndose hacia Carlos, le preguntó:

—Pero tú, ¿por qué no invitas a bailar a alguna dama?

—Porque con la única que desearía hacerlo es con tu hermana, y seguro me dirá que no. Ya ha rechazado al menos a media docena de caballeros.

—Con intentarlo no pierdes nada. Y, si te rechaza, inténtalo con María Luisa.

—Eso te corresponde a ti —replicó Carlos con sonrisa burlona. De pronto,

tras un gesto decidido, manifestó—: De acuerdo, seguiré tu consejo. Voy a ver si entablo conversación con Úrsula, y así quizás...

—Claro, inténtalo.

—Entonces, deséame suerte.

—¡Mucha suerte! —exclamó su amigo guiñándole un ojo.

Al quedarse a solas, mientras buscaba la manera de dominar su incontrolado nerviosismo, Diego se apartó del ventanal y optó por dirigirse al exclusivo salón donde se encontraban los jugadores, entre ellos su padre. Por allí todos permanecían con sus miradas fijas en las cartas sumidos entre una pertinaz ansiedad.

Pese a las repetidas prohibiciones conferidas por las leyes del Gobierno español, los juegos de las barajas gozaban de una gran popularidad entre los barriobajeros, los de las clases altas y los aristócratas (estos últimos eran quizás lo más viciosos).

Diego, en medio de una mueca de visible desgano, paseó su mirada por entre las mesas de jugadores, casi todos entrados en años. En completo silencio se detuvo cerca de su padre; este se hallaba tan absorbido en aquella partida que ni siquiera advirtió su presencia.

Tras unos minutos de contemplación, el joven se apartó de los empedernidos ludópatas y salió de allí. Sin detenerse, continuó su marcha por la extensa galería. De pronto escuchó voces provenientes de uno de los salones y se detuvo. Con pasos sigilosos se acercó hacia una de las ventanas internas, que se hallaba entornada, y miró: sentados unos, e inclinados otros alrededor de una gran mesa donde se veía un mapa extendido, observó a un grupo de hombres, la mayoría extranjeros, entre los que se encontraban el ecuatoriano José Mujica Lequerica y el marido de la condesa de Brunette, el señor Giacomo Vercelli. Por las expresiones de sus rostros, a Diego no le quedaron dudas de que todos ellos estaban abocados a temas muy serios. Tras permanecer unos instantes atento sin que lograra descifrar las palabras que llegaban a sus oídos en forma de murmullos, se apartó de allí y reanudó la



marcha.

## LA CONSPIRADORA

La algazara que venía del atestado salón de fiesta parecía crecer cada vez más, y las palabras sueltas, las risas junto a los plácemes y exclamaciones llegaban hasta los oídos de Diego como el zumbido de un avispero.

Al llegar a un pequeño salón, se detuvo al lado de la chimenea frente al portal que daba acceso al jardín; con gesto flemático se acodó en el reborde de mármol y así permaneció muy quieto oteando sin ser visto, con la misma circunspección de cuando había llegado.

Desde su indolente postura miró hacia donde se hallaba Brunilda; esta permanecía en la misma actitud de escuchar sin intervenir en la charla de su cuñada y las demás mujeres. Diego reconoció que le hubiera gustado mucho bailar con ella, tenerla unos instantes entre sus brazos y aspirar el perfume de su pelo. De pronto escuchó una voz femenina que lo llamaba por su nombre. Intrigado, se volvió, y se encontró frente a una hermosa mujer enfundada en un llamativo vestido verde, de generoso escote, que desde el portal lo invitaba a acercarse.

—¡Doña Lesbia!, pero... ¿qué hace usted ahí... tan sola? —preguntó mientras se aproximaba a ella a la vez que, ante el temor de que alguien los descubriera, miraba en todas direcciones.

—¿Y... tú, qué crees que hago aquí?, siguiéndote. Ven, acompáñame —le susurró la dama.

Y, tomándolo de la mano, se lo llevó hacia el jardín iluminado por la luz de la luna, además de algunas lámparas de aceite dispersadas por doquier. Mientras buscaban un lugar donde ocultarse, Diego advirtió la figura de un hombre solitario de traje oscuro, escondido detrás de un copioso magnolio. A continuación, tras desentenderse de él, Diego, sin soltar la mano de doña Lesbia, se dejó conducir por ella. Luego de dar un corto rodeo, llegaron junto a un bosquecillo de laureles en los límites del vallado que circundaba el

extenso jardín. Una vez allí, ocultos entre las altas ramas, doña Lesbia, con voz melosa, le susurró:

—Solo dispongo de unos instantes; tuve que mentir para poder escaparme sola. Hace rato te vi en compañía de tu inseparable amigo Carlos. Y ahora, al verte cruzar la galería, me atreví a seguirte. Quería que supieras, por mí misma que... el lunes mi esposo viajará de nuevo a Madrid... y estará ausente más de veinte días. Irás a visitarme, ¿verdad?

Diego soltó una cómplice risa y respondió:

—Pero qué pregunta me haces. Claro que iré; hacía tiempo que ansiaba recibir de nuevo tu invitación.

—¿Lo dices de verdad? —inquirió la dama un tanto dudosa.

—Y, ¿por qué habría de mentirte?

—Porque te conozco, señorito don Diego. Bueno, ahora debo marcharme; ojalá pudiera quedarme más tiempo contigo. ¡Si supieras... cuánto te extraño!

El joven la tomó de la cintura impidiéndole moverse. A continuación, le acarició los pechos, hasta provocar en ella un estremecimiento de placer.

—Yo también te extraño —le susurró insinuante—. Por favor no te marches aún, vamos a meternos dentro de la glorieta.

—¿Pero... qué dices? ¿No ves que allí dentro hay ya otra pareja? Además, no desearía que por mi imprudencia tuvieras que enfrentarte a mi esposo... en un duelo.

—Claro, eso sería bochornoso... y muy contraproducente —musitó él sin soltarla, mientras la besaba en el cuello.

En esos instantes lo que más deseaba Diego era sentir que su mente se nublaba por completo.

—¡Detente! Alguien, podría sorprendernos —le advirtió ella con ansiosa voz.

—Es que ahora no puedo detenerme... —rebató excitado a la vez que intentaba desnudar sus senos.

La joven mujer, abandonándose a las exigencias de su casual y fogoso

amante, musitó:

—Ay, Diego... ya han pasado tres meses desde la última vez que nos vimos a solas, ¿recuerdas? Aunque, por los rumores que escucho, estos hablan de que ahora eres un hombre de trabajo rutinario, muy ocupado... no obstante, como siempre... no has perdido el tiempo, ¿verdad? Se te ha visto por teatros y operas con varias mujeres distintas...

—Solo son pasatiempos, nada serio. Tú tendrías que preocuparte si siempre fuera con la misma dama, ¿no lo crees así? —susurró él con cándida sonrisa, sin dejar de acariciar sus senos—. Mis pensamientos solo están contigo, y más ahora, que casi no tengo tiempo de muchos placeres...

—¿Tratas de persuadirme de que estás... un poquito enamorado de mí?

—Bueno, quizás sí... —asintió mientras recorría con sus manos las curvas más pronunciadas del cuerpo de doña Lesbia, apretándola contra él.

—Pero qué descarado embustero eres —la escuchó protestar en medio de apagados suspiros de intenso placer—. Pareces olvidar que... quitando a las aldeanas que «te llevas al huerto», muchas de tus amantes son amigas mías, y que... en repetidas ocasiones hablamos de ti, y así nos enteramos de tus tantas historias de faldas. ¡Ah! Pero yo... estoy fascinada contigo, hechizada. Eres irresistible, cuando estoy a tu lado... casi no puedo pensar.

—Entonces, no pienses ahora en nada. Solo déjate llevar por tus sentidos; yo no creo que aquí alguien pueda vernos —le pidió sintiéndola temblar de gozo mientras le pellizcaba, con suave presión, los pezones a la vez que sentía cómo su virilidad, siempre falta de escape, fuera a estallar.

En ese instante se escucharon pasos amortiguados por la grava. Mientras evitaban casi respirar, ambos vieron pasar a otra pareja, que al parecer también buscaba intimidad. A continuación, doña Lesbia, arreglándose la ropa, murmuró nerviosa:

—Me marchó... antes de que cometamos una imprudencia. Te veré el lunes en mi casa, allí pasaremos unos días de puro amor.

Diego, mientras procuraba contener su propia excitación, con aire desolado,

añadió:

—Sí, el lunes por la noche... en ese cuarto encantado al que siempre me llevas, pasaremos unas horas... disfrutando del amor sin que nada más nos importe, y así durante varios días. Te haré gozar de una forma que no lo podrás creer.

—Tú siempre logras eso, Diego. Cuando me tomas en tus brazos, me haces experimentar el placer más intenso que una mujer puede sentir.

—Tú conmigo haces lo mismo.

Ella lo miró anhelante y respondió:

—Aunque sé que mientes, me gusta oírte lo decir. Bueno... te espero el lunes, por favor, no me falles.

—Sabes que no te fallaré.

—Adiós, Diego.

—Adiós —respondió él enviándole un beso.

Cuando doña Lesbia le dio la espalda, a la vez que en su rostro iba pintándose un notable gesto de insatisfacción masculina, la siguió con la mirada. Apenas logró relajarse, en el momento en que iba a salir del bosque de laureles y regresar al salón, se detuvo en seco.

Sorprendido, descubrió la figura de una curvilínea dama que, amparándose en las sombras de los árboles, se levantaba la falda para sacar de su liga algo así como un pequeño fajo de papeles.

La mujer, luego de acomodar su ropa, reanudó la marcha.

Y, al reconocerla, se quedó petrificado. ¡Era Brunilda! Diego, sin reponerse aún de su sorpresa, se escabulló rápidamente por detrás de la arboleda. Desde allí la observó con detenimiento. Ella caminaba indecisa, dando la impresión de que buscaba a alguien. De pronto, el hombre del traje oscuro que permanecía oculto detrás del espeso magnolio salió a su encuentro.

Diego escuchó la voz de la prusiana que decía:

—Señor Aranguren. Perdón por la tardanza, realmente... no me ha sido fácil... hacer esto.

—No se preocupe, la comprendo —respondió el hombre con acento norteño—, lo importante es que al fin ha logrado usted salir. Le confieso que ya comenzaba a ponerme muy nervioso.

—¿Estamos seguros aquí? ¿Se ha fijado bien en que no haya nadie cerca? —preguntó ella con visible intranquilidad.

—Creo que sí; he visto pasar a varias parejas por el frente, y algunas de ellas aún están por ahí, y también en la glorieta... pero por este lado, aunque nunca se puede estar seguro del todo, pienso que estamos a resguardo de ser vistos. Y, si nos descubren, no creo que levantemos sospechas. —Luego de una corta pausa, con voz solemne, él añadió—: Antes que nada, déjeme decirle que lamento mucho lo que pasó en su patria.

—Gracias. Sí, fue un terrible y horroroso baño de sangre... del que creo que los prusianos vamos a tardar mucho tiempo en reponernos. En la batalla de Jena, murieron muchos conocidos nuestros.

—Lo imagino —repuso el sujeto, a la vez que añadía—: Bueno, cambiando de tema y de escenario, ¿cómo están las cosas por la metrópoli?

Diego, oculto entre la espesura de las ramas, escuchó cuando ella, tras una risa que a él le pareció burlona, expresaba:

—Oh, maravillosamente bien. En apariencia Madrid es una balsa de aceite; la gente por la calle camina despreocupada y feliz. Usted tenía razón: apenas Napoleón supo que Portugal no se uniría al bloqueo contra Inglaterra, ha buscado la alianza de España para invadirlo. Y creo que para eso pretenderán entrar de lleno aquí... si es que no lo han hecho ya y aún no estamos enterados. Pero, como le decía, los madrileños... lejos de preocuparse por esa peligrosa perspectiva, no hacen más que gozar de fiestas, asistir a merenderos, verbenas, teatros, óperas, romerías, corridas de toros.... y también jugando a la Gallinita Ciega. Es increíble...

El hombre, con voz apagada, alegó:

—Es que los ciudadanos aún no saben del peligro al que podrían enfrentarse.

—Según la opinión del señor Vercelli y de todos sus camaradas —siguió Bruny—, que ahora se hallan reunidos en uno de los salones de este palacio con muchas otras personalidades de peso nacionales y extranjeros, aseguran que lo que pasa en España es muy grave. Creo que nuestro deber sería advertir, por medio de pancartas o gacetillas a toda la población del peligro que corren. Si usted me lo permite, yo enviaré a su periódico varios artículos sobre eso, y de otros asuntos... algunos de ellos mucho más terribles y amenazantes.

Las voces de Bruny y su acompañante llegaban a los oídos de Diego, aunque un tanto dispersadas por el aire, nítidas. Tras un corto silencio, el joven escuchó que el hombre, con voz ansiosa, expresaba:

—Se lo agradecería mucho. En las Vascongadas ya está formándose una gran red de espionaje, que va a prestar mucha ayuda y que, seguramente, será muy bueno para la causa —marcó un intervalo y, con entonación preocupada, agregó—: Pero... si me lo permite, quiero hacerle una advertencia sobre todo... por el afecto que usted me inspira, y en recuerdo de su hermano fallecido al que llegué a apreciar mucho... bueno, y también a su cuñada. —Tras establecer una pausa, prosiguió—: Es mi deber advertirle que... debe usted tener mucho cuidado. No olvide de que en España está muy mal visto que las damas se atrevan a meterse en cosas de hombres, y mucho menos en conspiraciones. Creo que usted... dada su edad, no debería arriesgar su prestigio ni su integridad de esta manera.

La prusiana, con tono firme, contestó:

—He prometido ayudar a la causa antinapoleónica como sea, y no pienso ahora echarme atrás. ¿Acaso las mujeres no podemos usar nuestra inteligencia para otras cosas que no sean bordar, recitar poemas, tocar el piano, sonreír como tontas... satisfacer a los hombres y criar hijos? Estamos capacitadas para atrevernos a hacer los mismos trabajos que ellos, y a veces mucho mejor... sobre todo los que requieran astucia e improvisación.

—En eso usted tiene toda la razón. Pero le repito; trabajar en algo como

esto... en España, para una mujer tan joven y además extranjera como usted, es mucho más peligroso y contraproducente, y mi deber es advertirle.

Diego, cada vez más sorprendido, intentaba no perderse ninguna sílaba de todo lo que Brunilda y su acompañante hablaban. En ese momento escuchó que ella le decía:

—Y yo le agradezco mucho su preocupación, pero ahora no me puedo volver atrás. Hace unos días conocí en Madrid a una mujer que está también integrada a los movimientos antinapoleónicos... y es española.

—Sí, ya sé a quién se refiere: su nombre es Rosa Aguado, ¿verdad?

—¿La conoce usted?

—En persona no... pero me han hablado mucho de ella.

—Es una dama, muy valiente.

—Ojalá esa valentía no se vuelva en su contra y le juegue una mala pasada. Por favor, *signorina* Cavaglioni, usted... no olvide mi consejo; cuídese mucho.

Después de unos instantes, Diego oyó que ella respondía:

—Gracias, no lo olvidaré. Ahora no perdamos el tiempo, deseaba comentarle que por donde voy escucho hablar muy mal del ministro Manuel Godoy, al que acusan de todos los desórdenes dinásticos del país. Incluso he oído a muchas personas exclamar: «Ojalá Dios le dé un toque en el corazón a don Napoleón Bonaparte para que venga a arreglar las cosas en España y nos quite del medio a Godoy junto a los reyes padres, y así logre poner en su lugar al Príncipe de Asturias». ¿Se da cuenta? Desear que ese infame *corso* venga a arreglar los problemas de España... Creo que las personas de este país o son imbéciles... o están ciegas y sordas.

—Como ya he dicho, la población no tiene ni la más remota idea de lo que podría pasar si los ejércitos napoleónicos entraran aquí. Y, como tampoco Napoleón le tiene estima al ministro, la gente espera que este sea destituido. Hace unos meses Godoy envió un mensajero a Inglaterra para tratar de adherirse a la coalición de las potencias del Norte contra Francia. Y ahora,

tras la derrota de Prusia... debe de estar asustado y temiendo la venganza del Emperador.

Después de una pausa, Diego escuchó que ella preguntaba:

—Y eso del reparto de Portugal, ¿usted qué piensa?, ¿puede llegar a ser posible?

—Eso es lo que muchos creen; según el agente que nos trajo la noticia de Francia, allí se habla de dividirla en tres partes: uno de ellos serviría para hacer un pequeño reino, y esa corona la ceñiría la cabeza de Godoy. Pero la mayoría de nosotros creemos que lo que realmente quiere el emperador de Francia es invadir nuestro país por completo. Y me temo que, tarde o temprano, intentará llevar a cabo... y al precio que sea, ese proyecto.

Brunilda, con voz alterada, replicó:

—Yo también lo creo. Y dependerá del comportamiento del propio pueblo español de no dejarse engatusar por un hombre tan despreciable como Napoleón Bonaparte.

—Bueno, tampoco olvide usted lo que el Emperador de Francia representa para todos los hijos de esta tierra... en el que me incluyo, hasta hace un tiempo atrás...

—Tiene razón; ese es el problema. Me cuesta creer que los españoles hoy por hoy... sigan confiando en un hombre tan déspota, tan cruel... y tan intrigante... y venerándolo.

Tras un prolongado silencio, desde su escondite, Diego la oyó volver a preguntar:

—¿Regresará usted ahora Santander, o se quedará un tiempo más aquí?

—Dentro de dos días me marcharé; el periódico espera mis noticias. —Tras un intervalo, el acompañante de Bruny, preguntó—: ¿El *signore* Giacomo Vercelli ha dejado las notas donde dijo?

—Exacto, me dijo que no se animaba traerlas aquí. Y tengo, además, otras acotaciones de su esposa, la condesa de Brunetti, que también está muy concientizada con nuestra causa —respondió ella un tanto agitada. Después



continuó—: Tome, aquí está todo. La parte que está separada es para que esta misma noche usted lo lea y, tras memorizarla muy bien, la destruya. Todo lo demás está en casa del *signore* Bocetti. Su esposa, *madame* Adele, los guardó muy bien y me pidió que usted fuera mañana mismo a recogerlo; de modo que tendrá que trasladarse a Cádiz. Al matrimonio Bocetti les fue imposible venir a este baile, por lo que... todo se ha complicado un poco.

—No se preocupe. De todas maneras, mañana tenía que dirigirme hacia allí desde donde luego partiré hacia el norte.

Hubo otra larga pausa.

—Y usted, ¿averiguó lo que... le pedí? —el interrogante de ella sonó ansioso.

—Sí, pero las informaciones que me dio estaban equivocadas. Ese caballero no está en Cádiz, sino en Madrid.

A los oídos de Diego llegó el sonido de estupor en la voz de Bruny al preguntar:

—¿En Madrid? ¿Está... usted seguro?

—Muy seguro, hasta hace un mes se hallaba en Chipiona de incógnito, en casa de unos amigos afrancesados. Pero ahora se encuentra en la capital, donde ha fijado su residencia. No se preocupe... en este papel que le entrego por separado, está impreso todo lo que averigüé sobre él, tenga cuidado de no perderlo. Lo he escrito con letra muy pequeña: dónde vive, qué lugares frecuenta, cuáles son sus preferencias femeninas, quiénes son sus amigos, todo lo que usted me pidió. —Seguido a eso, el misterioso acompañante de Bruny añadió—: Ahora volveré a darle otro consejo: tenga mucho cuidado con él; no se fíe de ese hombre. No tiene buena reputación, ni como persona, ni como ciudadano.

—Gracias, eso también lo tendré en cuenta.

Tras otro largo silencio, él volvió a decir:

—Por más que lo intento, no puedo explicarme el motivo de su interés en ese hombre... pero, si usted no desea contármelo, respeto su decisión.

—Gracias por su discreción, señor Aranguren; como ya lo imagina, sobre este asunto... no puedo ofrecerle más detalles...

Después de otro silencio, él añadió:

—Bueno... tengo que marcharme; he dejado a mi caballo atado detrás del vallado, y temo que alguien me descubra husmeando por ahí. Como ya le dije, han pasado varias parejas en busca de intimidad. Menos mal que pude esconderme a tiempo. *Signorina* Cavaglioni, si no volvemos a vernos, le deseo toda la suerte del mundo. Y cuídese mucho; cariños a su cuñada.

—Lo mismo digo, y gracias por su ayuda en nombre del *signore* Vercelli y de la condesa de Brunetti... no se preocupe, su amigo, el *signore* Bocetti, le entregará todo el material, espero que le sea de mucha ayuda. Y también gracias por facilitarme los datos que le pedí...

Sin moverse de su sitio, Diego oyó los pasos del hombre cuando este se alejaba hacia el fondo del parque. Seguido a eso, tras aspirar una bocanada de aire, permaneció unos instantes caviloso mientras pensaba en la manera de cómo actuar. A continuación, lentamente salió de su escondite.

Brunilda, sin saber que era espiada, volvió a levantarse la falda para guardar en una de sus ligas los papeles que su acompañante le había entregado.

Pese a lo delicado del momento el jerezano admiró gozoso sus bien torneadas piernas. Apenas ella se las cubrió, decidido a todo, dio la vuelta al magnolio y se le acercó por detrás. Con sonrisa burlona permaneció unos segundos observándola mientras Bruny, apoyada en el alto y grueso árbol, respiraba agitada.

—¡Hola, *Picolina*! —exclamó plantándose frente a ella.

Brunilda, tomada de sorpresa, dio un salto.

Mirándolo espantada, se llevó las manos a la boca y sofocó un grito.

—No temas, soy yo... —agregó él con visible ironía.

—Pero... cómo no me voy a asustar si... si surges así..., en medio de las sombras, como un salteador de caminos —balbuceó agitada.

—Déjate de comedias y cuéntame: ¿a qué estás jugando? ¿A espías y

conspiradores? —le preguntó sin circunloquios.

—¿Y tú... qué haces aquí?, ¿estabas espiándome?, debería darte vergüenza —gruñó ella de mal talante mientras intentaba recomponerse de la impresión.

—Yo no te espiaba —replicó él riendo con visible mofa—. Salí a tomar aire... estaba ahí, detrás de aquel bosquecillo de laureles del fondo. Y de pronto te vi salir y reunirte con ese hombre, al que has hecho esperar un largo rato.

—¿Y tenías que... quedarte a escuchar? —La voz de la prusiana sonó ahogada.

—¿Y qué querías que hiciera? —rebatió Diego—, ¿anunciar mi presencia y que tu mensajero, al verme, saliera huyendo despavorido? Tranquila, conmigo tu secreto está a salvo pues, aunque sé que no lo crees, soy un caballero.

Bruny lo miró pensativa. Tras suavizar la voz, le preguntó:

—¿Ni siquiera se lo contarás... a Carlos?

—No, te lo prometo —aseguró él con la mano levantada.

—¿Tampoco me pedirás nada a cambio de... tu altruista silencio? —inquirió ella desconfiada.

—Nada, palabra de honor.

—Entonces, acogiéndome a tu caballerosidad, me retiraré con la tranquilidad de saber que estoy a salvo de malas interpretaciones —replicó dando unos pasos, dispuesta a escapar de allí.

Diego, tomándola del brazo, la detuvo.

—Alto ahí, *picolina*... no tan rápido; antes tendrás que contarme en que estás metida, y no me digas que en nada porque he escuchado todo lo que tú y ese misterioso norteño hablabais... y también acabo de ver al señor Giacomo Verselli reunido en el salón de actos junto a un montón más de hombres... algunos de ellos, masones muy conocidos míos, todos confabulando en secreto. Y por si eso fuera poco... sé muy bien que en Cádiz, el señor Bocetti... al que has nombrado y su esposa Adele, que viven cerca de la casa

de mi tía, tienen las manos metidas en varios pasteles de sabor conspiratorio. En Italia estuvieron maquinando contra Napoleón y, por lo que todos sabemos, su único hijo murió en la batalla del Puente de Lodi. Además ella es francesa, y durante la Revolución estuvo presa en la Bastilla junto a Josefina, la ahora «amada» esposa del emperador francés... y a punto de ser guillotizada...

Brunilda, notablemente sorprendida, lo interrumpió:

—¡Vaya! ¡Qué bien informado estás!

—Eso no lo dudes, preciosa; no soy ningún lechuguino estúpido, tal como me catalogaste aquella vez en casa de tus tíos de Londres. Aquí, en Cádiz, yo también suelo participar en reuniones secretas de logias masónicas... y conozco a muchos de ellos; así que me gustaría saber qué se traen entre manos tú... y tu grupo de conspiradores. —Con voz susurrante en medio de una íntima sonrisa, añadió—: Cuéntamelo todo, *Picolina*, toda vuestra conversación llegó a mis oídos nítidamente; así que de nada te vale negarlo. Y da gracias a Dios que fui yo quien os escuchó... —concluyó mientras recordaba la oportuna escapada de doña Lesbia antes de que Bruny hiciera su aparición.

—Pero es que yo... no tengo nada que... contarte respecto a eso —silabeó nerviosa—. Apenas conozco... al matrimonio Bocetti, en realidad, no sé nada de ellos.

A pesar de la poca claridad, Diego pudo observar el brillo de temor en los ojos de la prusiana.

Tras unos instantes de silencio, Brunilda, en un tono resuelto, casi beligerante, le preguntó:

—¿No intentarás chantajearme ahora, después de haberme asegurado que... no me delatarías, ni me pedirías nada a cambio, verdad?

—No, de eso no tengas dudas. Solo quiero saber qué estás tramando hacer y recordarte que eres muy joven para estar metida en cosas tan peligrosas como el espionaje y la conspiración. Ya escuchaste lo que ese señor te aconsejó

antes de marcharse; querida Bruny, ya que estás tan enamorada de... tu *Sigfrido*, cástate con él, y renuncia a las intrigas y problemas de Estado... de un país ajeno al tuyo. Odias a los franceses, pero... ¿crees que los ingleses son mejores? Pues no, bonita: los británicos por siglos han intentado apoderarse de España y también de sus Indias; tienes que entender que la ambición no tiene nacionalidad. Tampoco quieras cambiar el mundo; no olvides que muchos de los que lucharon a favor de la verdad y la justicia terminaron colgados de una cruz... o de un árbol.

Brunilda bajó la cabeza. Luego, con voz serena, murmuró:

—Me has convencido, creo que... no debería haberme metido en problemas de esta índole, sobre todo ahora que voy a casarme. —Tras un corto intervalo, sin dejar de restregarse las manos, prosiguió—: De pronto... veo que la mejor decisión que puedo tomar es la de marcharme lejos de... este continente apestado de bonapartistas. —Tras establecer otra pausa, añadió bajito—: Gracias por tu discreción y por tus consejos, que prometo seguir; te doy mi palabra.

Diego, sorprendido ante el repentino tono sumiso y conciliador de ella, aunque un tanto desconfiado, murmuró:

—No tienes que darme las gracias. Bueno, respetaré tu decisión de no sincerarte conmigo y, aunque no estoy muy seguro de tu pronta cordura... ni de la promesa que acabas de hacerme, me alegra escucharte decir que mis palabras han logrado hacerte entrar...un poco en razón. —Permaneció unos minutos mirándola en silencio. Luego separándose de ella, preguntó—: ¿Quieres que te acompañe adentro?

—No. Es mejor que no nos vean juntos. Ya sabes... con tu fama, la gente se imaginaría cosas.

—Claro, te comprendo —replicó él sonriéndole entre irónico y divertido. Sin cambiar de gesto le señaló con el dedo un portalón, y añadió—: Entra por aquella otra puerta; da directo a la biblioteca y de ahí adonde está tu asiento. —Le tomó la mano y, tras una burlona reverencia, expresó—: Hermosa

Bruny, cuídate mucho y no cometas errores ni equivocaciones que puedan acabar muy mal, y sería bueno que cambiaras de amistades. Dale también este consejo a tu cuñada.

—Así lo haré —respondió ella mientras asentía con la cabeza a la vez que se alisaba la falda del vestido.

Diego, desde su postura, con voz intrigada le dijo:

—Y ahora, antes de que te marches... quiero hacerte otra pregunta: ¿por qué me odias tanto?

Ella, tomada de sorpresa, lo miró con fijeza.

Pese a la penumbra reinante, Diego pudo observar que en el rostro de Brunilda había un inequívoco gesto mezcla de inquina e indecisión.

—¿Odiarte? Oh, no, estás equivocado —la escuchó decir.

—Entonces, ¿es desprecio?

—No tampoco. Tú a mí... me eres completamente indiferente.

—Vaya... de verdad, hubiera preferido tu odio a tu indiferencia —respondió el jerezano en medio de un hondo suspiro—. Pero bueno, contra eso no se puede hacer nada. Gracias por tu sinceridad...

Tras una honda inspiración, ella se quedó silenciosa. Seguido a eso, con un extraño tono de voz, murmuró:

—Me voy... yo también te doy las gracias por tu comprensión..., y tu promesa de silencio. *Addio*. —Acabó dándole la espalda.

—*Addio* —repuso Diego mientras la miraba partir. De pronto la llamó por su nombre y, apenas ella se detuvo, añadió—: Me olvidaba decirte que... tienes unas piernas muy bonitas, me ha encantado mirártelas... más allá de los tobillos.

Brunilda se volvió hacia él, y exclamó:

—Decididamente, no eres un caballero de verdad —después, dándole de nuevo la espalda, se alejó de prisa.

Sin dejar de observarla, él se echó a reír. «¡Qué niña increíble! Realmente, ese halo de ignota seducción... tan singular que se desprende de toda su

persona me subyuga de una manera imperiosa», se dijo con notable pesadumbre.

A continuación, tras sacudir con fuerzas la cabeza, exclamó en voz alta.

—No me lo puedo creer, ¡Brunilda Cavaglioni... una conspiradora! Nunca me lo hubiera imaginado. Vaya sorpresas nos da la vida.

Instantes más tarde, Diego se dirigió a la entrada, escabulléndose hacia el mostrador de bebidas y pidió otro vaso de limonada que se bebió de un tirón.

Al cabo de unos minutos, Carlos se reunió con él.

—Oye, ¿dónde estabas metido? —le preguntó—. He estado buscándote por todas partes. Ahora acabo de salir del salón de juegos donde tu padre continúa muy entretenido sin siquiera levantar la cabeza.

—Es que... al salir al jardín, me encontré con... una amiga.

Carlos, echándose a reír chancero, prorrumpió:

—Vaya, por lo que veo el encuentro ha sido muy fogoso. Aún tienes el rostro acalorado.

—Te puedo asegurar que... no ha pasado nada de lo que te imaginas —replicó Diego.

Seguido a eso, Carlos girándose hacia su amigo, comentó:

—Durante el recorrido que di para buscarte, he descubierto en el salón de actos a la mayoría de los hombres fuertes de Jerez, acompañados de varios madrileños y otros extranjeros, entre ellos el señor Giacomo Verselli, el acompañante de Brunilda y su cuñada. También hay varios conocidos tuyos y míos de Cádiz... y, por lo que pude escuchar, la mayoría de ellos están convencidos sobre la presunta invasión de Napoleón Bonaparte... a España.

—Sí, yo también los he visto; todos parecían estar conspirando.

Carlos, con gesto de fastidio, inquirió:

—Pues... qué mal gusto confabular sobre esa eventualidad, justamente ahora... en medio de un baile social.

—Bueno, ¿y qué mejor lugar que una fiesta así para maquinarse sin despertar sospechas? Además, no te olvides de que en ese salón siempre se ha

conspirado —respondió Diego con un matiz de ironía.

Carlos, después de una corta pausa, a la vez que torcía el gesto, manifestó:

—Sí, en eso tienes toda la razón. —De pronto, acercándose más hacia su amigo, en voz baja le expresó—: Oye, ahora que lo pienso... creo que la entrada a España de tantos soldados franceses, con destino a Portugal, puede llegar a ser preocupante.

—Sin duda alguna —replicó Diego mientras recordaba la conversación de Brunilda con el espía norteño—. Pero ahora es mejor no pensar en cosas como esas, ¿verdad?

—Tienes toda la razón —repuso Carlos.

A la vez que exhalaba el aire de sus pulmones, el joven Ibáñez, girándose hacia su amigo, le preguntó—: ¿Y qué...? no has podido bailar con mi hermana, ¿verdad?

Carlos, negó con la cabeza.

—Oh, no. Si vieras con qué elegancia me dio el plantón —murmuró pesaroso—, lo único que me aceptó fue un vaso de limonada y luego me ignoró por completo. Menos mal que María Luisa accedió a bailar conmigo. Oye, de verdad es una niña encantadora. Y a propósito, tu madre está muy disgustada contigo... y la señora Sánchez Alvear, no veas lo ofendida que debe sentirse; has despreciado a su hija en público.

—Y mañana mis padres volverán a martirizarme con otros sermones a los que yo, por respeto, tal como siempre hago, tendré que aguantar... —murmuró Diego con voz cansada.

—Eso no lo dudes. Pero ¿qué te cuesta invitarla?, aprovecha ahora que pronto acabará el baile, así contentarás a todos.

Diego se quedó unos instantes pensativo. Mientras buscaba la manera de disimular su estado mental, miró a compañero; con gesto reflexivo, murmuró:

—Me has convencido; le pediré a María Luisa que me conceda un baile. Quizás se sienta tan ofendida conmigo y no me acepte. Pero para eso aún esperaré un rato más, ahora no me encuentro demasiado óptimo para



comenzar a danzar... —concluyó a la vez que dirigía los ojos hacia donde estaba Brunilda.

Desde allí observó que ella, en actitud nerviosa, se abanicaba el rostro mientras las demás mujeres seguían enfrascadas en una amena conversación.

No podía evitarlo; el fugaz encuentro con la prusiana en el jardín, y descubrir a lo que ella se dedicaba lo había dejado, además de confuso, muy excitado y lleno de interrogantes que cruzaban su cabeza en sucesivas imágenes.

Media hora después, cogida del brazo de Diego, María Luisa fue conducida hacia la pista del salón de baile. En ese momento los músicos interpretaban un cadencioso minué, y con aquel compás ternario ambos comenzaron a ejecutar, con elegante donaire, sus complicadas mudanzas.

Diego se obligaba a mantener las ojos fijos en el encendido rostro de la jovencita y, pese a su alicaído estado mental, le sonreía afectuoso. De vez en cuando, con estudiado disimulo, desviaba la mirada hacia Brunilda quien, en actitud ausente, permanecía silenciosa sin siquiera intervenir en la charla de sus acompañantes. De pronto María Luisa, con una vocecita de niña temerosa, un tanto indecisa, le preguntó:

—Me ha contado mi padre que... has empezado a trabajar en las bodegas.

Diego, al observar su cara roja como una amapola, tuvo que contenerse para no reír.

—Sí, estoy ayudándolo en el despacho con la correspondencia extranjera; bueno... al fin he decidido preocuparme por los negocios de la vitivinicultura.

—Haces bien... algún día todo eso... será tuyo, y cuando tengas hijos..., tendrás que enseñarles también cómo mantener... ese gran patrimonio... —acabó la jovencita, mucho más sonrojada.

—Claro, todo es como una cadena —contesto él riendo—: ¿Y cómo vas en tus estudios?

—Muy bien... terminaré este año. Y... ya estaré preparada para... el

matrimonio.

Con sonrisa divertida, Diego advirtió que ella a cada palabra bajaba los ojos ruborosa. Tenía que reconocer que era muy bonita, y hasta tentadora, pero la idea de que esa temblorosa niña podría llegar a ser su esposa no lo entusiasmaba en absoluto.

En el tiempo que duró el baile, Diego permaneció danzando con María Luisa. Al despedirse besó galantemente la mano de ella y de su madre y después se marchó.

—¿Ves qué fácil era? —le dijo Carlos cuando se reunió con él—. Con eso ya has dejado contenta a María Luisa, y a su madre... incluso a la tuya.

Diego asintió con la cabeza. Mientras daba un resoplido, murmuró:

—Lo que más me fastidia es pensar que nadie parece darse cuenta de que lo que intento es justamente evitar darle a esa niña falsas ilusiones.

—Reconócelo; quitando a la prusiana... que ya está comprometida, a ti te gusta más una mujer como mi prima, ¿verdad? —manifestó Carlos riendo—. Estoy seguro de que cuando venga os entenderéis de maravilla; incluso me atrevería a apostar que acabarás rendido ante ella. Y de verdad te lo digo, con Janet jamás te aburrirás.

Diego no respondió; sus pensamientos de nuevo se habían vuelto a condensar en Brunilda y en el increíble encontronazo de ambos en el jardín.

Unos minutos después, desde sala de juego comenzaron a salir todos los «ludópatas», entre ellos don Pedro. Seguido a eso, tras abrirse la puerta del salón de actos, sus ocupantes, en medio de un discordante murmullo de voces, hicieron lo mismo.

Quince minutos más tarde, Brunilda y su grupo, luego de despedirse de los anfitriones y también de ellos, entre calurosos saludos y gentiles besamanos, se marcharon.

Al verla partir, Diego sintió una extraña sensación, mezcla de extravío y ansiedad. «No ha querido mirarme a los ojos ni siquiera cuando yo, de manera deliberada, en el momento en que besaba su mano, tardé en apartar

mis labios», se dijo pensativo. Sin dejar de observarla, mientras ella y sus acompañantes desaparecían por la puerta, gritó en su interior: «¡Addio, preciosa Bruny!, ¡addio!, y quizás esta vez sí sea para siempre». En medio de una mueca de impotencia, volvió a decirse: «¡Diablos!, ahora... tendré que volver a luchar conmigo mismo para intentar quitármela de nuevo de la cabeza; con lo que me costó hacerlo la primera vez».

Durante el viaje de regreso a casa, la expresión de doña Clemencia era de total disgusto.

El señor Ibáñez, observándola entre sonriente y temeroso, le preguntó:

—Y qué... ¿os habéis... divertido? La fiesta ha estado muy animada, ¿verdad?

—¿Y tú qué sabrás? —apuntó su esposa, mirándolo ceñuda.

Gertrudis, dirigiéndose a su padre, exclamó:

—¡Oh!, yo lo pasé muy bien. Me duelen los pies de tanto bailar.

—Pero... ¿qué ha pasado? —preguntó don Pedro a la vez que tocaba el brazo de su esposa—. Clemen, ¿por qué esa cara de enfado?

—¿Y qué podía pasar? —exclamó ella disgustada—. Tú... y tus incorregibles amigos jugadores... que ya parecéis verdaderos tahúres, metidos en la sala de juego toda la santa noche. —Volviéndose hacia Úrsula, continuó—: Tu hija mayor, tiesa como una estaca sentada junto a mí, y el grupo de todas esas criticonas señoras, hasta que terminó el baile... sin aceptar danzar con nadie, ni siquiera con Carlos Temple.

—Antes de venir le advertí que no pensaba bailar con nadie... —respondió Úrsula con ademán nervioso.

La señora Ibáñez estableció una pausa. Tras mirar a Diego, agregó:

—Y para completar el panorama nuestro primogénito... se pasó toda la noche alejado del salón de baile. Gracias que en el último momento se dignó bailar con María Luisa, pero cuando ya la fiesta casi llegaba a su fin.

Don Pedro clavó a su hijo una mirada acusadora y le reprochó:

—Diego, nos prometiste que en esta fiesta comenzarías a buscarte una

determinada joven para pedirla en matrimonio.

El aludido, un tanto contrariado, replicó:

—Lo lamento, esta noche no me sentía bien; la cabeza me dolía horrores, incluso tenía náuseas, por eso salí afuera a... tomar aire —mintió a la vez que, con gesto decaído, centraba la mirada en su progenitora—. Perdóneme, madre, pero... de verdad, no tenía deseos de bailar; aunque al final lo hice, ¿no?

Don Pedro exclamó ceñudo:

—Siempre tienes una excusa para todo.

En lo que restó del viaje a casa, todos permanecieron en silencio.

Al día siguiente la familia Ibáñez, después de desayunar, se preparó para ir a misa. Diego, de pie en el salón, miraba por la ventana mientras de vez en cuando sonreía a su hermano pequeño cuando este le hacía algún gracioso comentario. De pronto sus ojos se quedaron fijos en Úrsula que, en completo silencio, bordaba en su bastidor. Con gesto pesaroso se dijo: «¿De verdad mi hermana le guardará luto eterno a un hombre que murió sin saber que ella existía?», y esa posibilidad se le antojó inconcebible, incluso tuvo que reprimir las ganas de gritarle: «¡Úrsula, deja ya de bordar tapices... y también de interpretar música sacra en el piano... y sal a comerte el mundo!».

En ese mismo momento, sentada en uno de los columpios del jardín, Gertrudis sonreía dichosa.

En cada vaivén la imagen de la hermosa cara de Wilbur pasaba ante sus ojos una y otra vez; hasta le pareció volver a oír la retahíla de ardientes palabras que le había dicho junto al oído en su gracioso castellano mientras bailaban. Palabras que ella jamás creyó que alguna vez escucharía. En ese momento, al ver salir a su hermano mayor, la jovencita saltó del columpio y corrió hacia él. Colgándose de su cuello, le pidió:

—Hola, hermanito, deseo preguntarte una cosa; pero quiero que seas muy sincero: ¿Te agrada Wilbur?

Diego se echó a reír. Mirándola cariñoso, le dijo:

—Sí, claro que me agrada; para mí es un joven con muchas cualidades ya que, al vivir cerca de Carlos, siempre nos tropezamos y también, en varias ocasiones nos encontramos en el Centro Caballista de Jerez, de modo que ambos hemos congeniado mucho...

—Cuánto me alegra saberlo. ¿Sabes?, está intentando aprender el español con rapidez y ya ha progresado bastante. Lo que a mi madre no le gusta es que estudia en Londres la carrera militar, pero Wilbur me ha dicho que es posible que el próximo año la abandone, y se venga a vivir a España para dedicarse a la cría de caballos de pura sangre. —Cogiéndose cariñosa del brazo de su hermano, siguió—: Anoche sus padres, y las dos tías que lo acompañaron al baile, no dejaban de mirarme y, según me lo ha confesado él, dice que les agrado mucho. No sé si sabes que su padre es hermano del cónsul inglés en Cádiz. —Tras una breve pausa, la jovencita, con los ojos entrecerrados, agregó—: Un día de estos su familia vendrá a hablar con nuestro padre para pedir mi mano; pero no se lo digas a nadie, ¿eh?, es preferible no dar lugar a comentarios malignos.

Diego, soltó una carcajada y, exclamó burlón:

—Pero... ese idilio tuyo es un secreto a voces; hace tiempo que Ignacio descubrió que os gustabais.

—Es verdad, y él, muy chismoso, no ha parado de machacarnos a Wilbur y a mí.

Desde el patio se escuchó la voz de don Pedro:

—¡En marcha! ¡El coche ya está listo! ¡Todos a misa!

Dos horas más tarde, al regresar a casa, Diego se encontró con Pepín, el hijo del cochero, esperándolo en la puerta. El chiquillo acercándose a él, con ademán indeciso, le dijo:

—Señorito, ¿recuerda que... prometió enseñarme a manejar las espadas?, y que... yo le dejé en claro que mi deseo era aprender los pases y entrecruces como las que usted practicó en el patio de las bodegas aquel día delante de varios... excamaradas míos. No lo habrá olvidado, ¿verdad?

Diego, guiñándole un ojo, exclamó:

—Claro que no. Y, si lo deseas, empezaremos ahora mismo.

El semblante de Pepín se iluminó con una sonrisa.

—¿De verdad? ¡Gracias, señorito!

Entraron a la casa a recoger las armas; a continuación, ambos se dirigieron al «patio de caballos». Allí Diego le entregó a Pepín una de las dos espadas que llevaba en su mano; tras eso se arremangó la camisa y, ante la fija mirada del jovencito, comenzó a templar el acero de la suya, a la vez que iba explicándole:

—Pon mucha atención a la primera regla: un caballero jamás debe sacar su espada si no es por una causa justa. Además de eso, siempre hay que batallar con la cabeza sin comprometer el corazón. —Con un grácil tirabuzón cortó el aire y enseguida prosiguió—: La espada es como un pájaro; si la oprimes demasiado, la ahogas y, si la aflojas, se te vuela; tienes que usar los dedos así, observa...

Durante dos horas, Diego se esmeró en darle a Pepín sus primeras lecciones de esgrima, las que a partir de ahí se extendieron a varias semanas. En los sucesivos días, Diego, sin mostrar agobio a sabiendas de que la principal promesa hecha a su padre estaba siendo cumplida a rajatabla, siguió ocupándose de su rutinario trabajo. Por la noche acudía al encuentro de doña Lesbia hasta que regresó el marido. Y después de eso no tuvo más remedio que reemplazarla.

De vez en cuando, el recuerdo de Brunilda acudía a su mente y le provocaba un sorpresivo e incómodo sobresalto, del que tardaba un largo rato reponerse. Hasta que un día se decidió a desterrarla por completo de su memoria. Puso tanto empeño en esa decisión que, un tiempo después, pareció que lograba sus propósitos. Y, sin que él lo sospechara, el destino estaba a punto de poner en su camino a una mujer que se convertiría en una de sus últimas amantes duraderas.

Ese fin de semana, Diego, tras dar el último recorrido por las bodegas,

decidió marcharse a Cádiz. Ante eso, don Pedro se mostró conforme; hacía varias semanas que su hijo no salía de Jerez, dedicado casi de lleno a la traducción de la correspondencia extranjera de las bodegas, lo que para él marcaba un precedente. Solo había algo que al señor Ibáñez seguía preocupándole: Diego parecía haber olvidado la promesa de buscarse una esposa. Los últimos rumores aseguraban que por las noches su primogénito visitaba a una dama mientras el marido estaba ausente. Y también que había exhibido a otra de sus amantes en el palco de un teatro, prodigándole caricias inapropiadas, sin importarle que frente a ellos estuvieran observándolos los «prohombres de la Inquisición». Y todas esas desvergonzadas acciones a él le preocupaban mucho.

Doña Clemencia aprovechó el viaje de su hijo para enviarle una carta a su hermana Natalia y otra a la prima Carmen. Apenas Diego llegó a Cádiz, tras saludar a la tía Nati, se marchó a la barraca de Dionisio para llevarle algunos víveres y de paso compartir junto a él un largo rato de charla. Luego de un rato de relajación, el jerezano se decidió a contarle a su viejo amigo el porqué de su larga ausencia. Al escuchar la confesión de Diego, el anciano abrió su desdentada boca en una amplia sonrisa; con los ojos húmedos le expresó su beneplácito:

—Me alegro de haber vivido hasta hoy para ver que por fin te preocupas de las cosas serias de la vida. ¡Enhorabuena!

—Gracias, Dionisio. Aunque... para serte sincero, debo admitir que... no se si lograré continuar con este brusco cambio de vida; solo puedo prometer que lo intentaré. —Ante el tono de sus palabras, y la expresión del rostro de su joven amigo, Dionisio se dio cuenta de que aquella perspectiva a él no lo hacía muy feliz.

El viejo marino movió la cabeza; con gesto comprensivo, le aconsejó:

—Procura no desanimarte tan pronto. Ya sabes que en la vida... todo puede llegar a suceder, hasta lo más increíble.

Mientras lo escuchaba hablar, el jerezano se dio cuenta de que el anciano se

notaba muy alicaído. Bueno, eso era comprensible; sus casi noventa años ya comenzaban a notársele. Al día siguiente, muy temprano, Diego se fue al cortijo, donde pasó la noche junto a todos sus trabajadores y arrendatarios. Apenas regresó, fue a visitar a su tía Carmen, y también a los amigos que tenía en Cádiz, con los que participó en una secreta reunión de masones.

Por la noche el jerezano se dirigió a una apartada taberna, donde gozó de unas horas de total esparcimiento entre copas y guitarreos junto a sus amigos marginales, y también con mujeres... muchas mujeres. Apenas llegó a Jerez, con expresión resignada, acudió de nuevo a sus diarios quehaceres. Durante ese «obligado» trabajo, el mejor momento para el heredero de las bodegas Ibáñez era cuando en las tempranas tardes se iba a controlar las faenas de las huertas y de las viñas.

Al llegar al cortijo de su padre, Diego se dejaba caer en un mullido asiento para disfrutar de aquella agradable calma a la vez que sus ojos se quedaban fijos en las jóvenes aldeanas viéndolas ir y venir bajo la lluvia del abrasante sol. Aquellas mozas serranas, de natural belleza, con sus cuerpos bronceados y sus faldas de alegres colores, que dejaban traslucir sus esbeltas piernas, lo embriagaban hasta provocarle imaginarios acoplamientos. En esa época del año los sarmientos esparcían sus rojizos pámpanos y las verdes uvas descansaban al ras de la ardorosa tierra caliza.

## LA NINFA DEL HUERTO

En aquella calurosa mañana, Diego entró en su escritorio de paredes estucadas y grandes ventanales, que rasgaban los muros hasta cerca del techo. Con gesto indolente comenzó a traducir algunas cartas. Cuando terminó, era pasado el mediodía; sin cambiar su abúlica expresión, a la vez que tamborileaba sus dedos sobre la mesa de trabajo, que en ese momento era un completo caos de papeles, con negligente actitud apoyó sus lustrosas botas en una esquina del escritorio y permaneció pensativo.

De pronto sintió unas incontenibles ansias de huir; alejarse de allí, aunque



solo fuera por unos minutos. Acababa de recibir carta de su primo Aníbal desde la lejana Buenos Aires, y en su mente aún repercutían algunas de sus palabras: «Realmente estas tierras son hermosas e incomparables, hay tantas cosas para ver y descubrir... Es un continente vasto y bello, bendecido por Dios con mujeres de increíble belleza. Y sus habitantes, sobre todo los nativos, gozan de un espíritu maravilloso; primo, a ver si te animas a visitarnos y así conocerías a mi nueva familia».

Y los irreprimibles deseos de seguir como un despreocupado apátrida, sin reglas ni ataduras recorriendo el mundo a su libre albedrío, lo asaltaban cada vez más, de manera alarmante. Estaba convencido de que, si continuaba afanado en llevar esa tediosa vida, acabaría transformándose en alguien que él no deseaba ser.

A través de la puerta entreabierta del salón contiguo, vio a su padre que hablaba con don Sancho y otros vitivinicultores vecinos suyos. A la vez que dejaba traslucir en su semblante un rictus de abatimiento, bajó las piernas y, poniéndose de pie, empezó a ordenar los papeles.

Cuando terminó, cogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta; apenas la abrió, el sol meridiano le dio de lleno en los ojos encandilándolo. Sin llamar la atención de nadie, se escabulló por detrás de la explanada directo a los establos; en silencio ensilló a Rayo y, segundos después, salió al galope hacia los campos, internándose por un empinado camino poblado en ambas márgenes de altos álamos.

Al llegar junto a una rumorosa acequia, bordeada de sauces llorones, desmontó. Mientras Rayo bebía agua, él se quedó en la orilla pensativo, a la vez que escuchaba el incesante murmullo del amplio cauce junto al zumbido de los insectos y al croar de las ranas.

Sin decidirse a nada, Diego volvió a montar; luego de recorrer la silenciosa huerta, repleta de árboles frutales entre higueras, cerezos nogales y avellanos, volvió a detenerse junto a un bosquecillo de naranjos. Luego de desmontar, se tumbó de espaldas sobre la reseca hojarasca y cerró los ojos hasta quedarse

adormilado con la cabeza en blanco. De pronto, rompiendo el bienhechor silencio de aquel paraje, se escucharon voces y risas femeninas. Picado por la curiosidad, se incorporó. Sin hacer ruido, apartó unas gruesas ramas para mirar; frente a él unas huerteras, en animada charla, cortaban algunas frutas y hortalizas.

Decidido a no importunarlas, Diego se puso de pie y, en silencio, a la vez que tiraba de las bridas a Rayo, optó por marcharse a pie en dirección contraria. Al llegar a las cercanías de una barraca abandonada, se detuvo de golpe. Con visible sorpresa observó a una jovencita de armonioso cuerpo y largo pelo rubio, que en ese momento salía del huerto con una cesta llena de brevas y cerezas. Ella, al verlo, se sobresaltó y por unos instantes permaneció inmóvil contemplándolo con notable asombro... hasta que al fin bajó la mirada. A continuación, a la vez que le hacía una sutil reverencia, volvió a mirarlo, esta vez con sorprendente audacia.

Diego, tras soltar las riendas de Rayo, se le acercó; sus párpados se entrecerraron mientras la repasaba lentamente desde el rostro hasta la traslúcida falda. Seguido a eso, de nuevo fijó la mirada en la cara de la muchachita. Con visible admiración observó sus pupilas de color amarillo casi como su pelo. Sumido en una indecible impresión, notó que en aquellos extraños ojos que, sin pestañear, seguían fijos en él, había un resplandor instantáneo como una llama devoradora.

En ese momento el jerezano simulaba mirar la cesta, pero en realidad atisbaba por el escote de la jovencita. Y allí, de manera inesperada los ojos entornados de Diego tropezaron con un voluptuoso ademán de ella... un ademán tramposamente femenino que consistía en henchir el pecho, dándole a este el máximo volumen. Mientras ojeaba goloso aquellos juveniles senos, dispuesto a entrar en su juego, se dijo: «Hermosos y tentadores».

—¡Hola!, ¿y tú quién eres? —le preguntó al fin.

Ella, con sonrisa enigmática, respondió:

—Soy Trinidad... pero todos me llaman *Trini*.

El sonido de su voz produjo en Diego un agradable cosquilleo. Acercándose más a ella, contempló su sonrosado rostro, salpicado de graciosas pecas, y sonrió con placer.

—Entonces, yo también te llamaré *Trini*. Me gusta tu nombre —le dijo seductor.

—Celebro que le guste, señorito.

—¿De dónde eres? Nunca antes te había visto.

Ella, sin bajar la mirada contestó:

—Pues yo en cambio... siempre lo veo a usted pasar por aquí. Somos de Medina Sidonia, llegamos a Jerez hace unos ocho meses. Y todos trabajamos en sus sembradíos; mi madre, mi hermana y yo en las huertas. Y mi padre como viñador y también segando la tierra. Diego no pudo evitar sentirse maravillado de verla hablar con tanta desenvoltura.

—¿Tú trabajas en los campos? —indagó mientras la contemplaba con fijeza—. Una niña tan guapa y delicada no debería permanecer tantas horas bajo el sol; tu piel acabará por marchitarse.

—Señorito, ¿de verdad, yo... le parezco bonita? —preguntó provocativa, sosteniéndole la mirada.

—Claro, eres hermosa. Y seguro que te lo habrán dicho más de una vez...

—Sí, pero que me lo diga usted... para mí, es mucho más importante...

Diego estaba maravillado; al contrario de lo que esperaba, la jovencita en ningún momento había bajado los ojos ruborosa; por el contrario, los mantenía fijos en los suyos contemplándolo con descarada coquetería, en la que iba impresa una innegable seducción. Consciente del hechizo que esa niña provocaba en él, cogió una cereza de la cesta y con sensual deleite, la saboreó. A continuación, mirándola a los ojos, rumoreó malicioso:

—Exquisita, confieso que también me agradaría probar... el sabor de tus labios, tan rojos y apetecibles. Presiento que deben ser igual de dulces, o quizás mucho más... que las frutas de tu cesto.

Ella se puso roja, pero no bajó la vista.

—Señorito... si quiere probarlos, puede hacerlo —rebatío con inusual desvergüenza, como incitándolo al pecado.

Diego, aturdido por su clara respuesta, a la vez que luchaba para evitar la peligrosa tentación que tan fácil se le presentaba, durante unos instantes la contempló en silencio.

—Niña, no tientes al diablo... —declaró al fin mientras procuraba no sucumbir.

La jovencita agudizó su mirada sobre él. Mientras esbozaba una sonrisa coqueta, inquirió:

—¿De verdad es usted un... diablo, como dicen todos?

Diego asintió con la cabeza.

—Tengo esa fama —confesó lacónico. A la vez que buscaba la manera de mostrarse desenfadado, añadió—: Pero no todas las cosas malas que se dicen de mí son ciertas.

—Yo también creo eso. La gente habla mucho... —apostilló sonriéndole con clara fascinación.

—Gracias por entenderlo, eres muy considerada —repuso él mientras sentía como una oleada de inusitado nerviosismo le invadía hasta provocarle un nudo en la garganta.

De pronto se dio cuenta de que su acostumbrada compostura frente a una mujer, a la que realmente no le interesaba demasiado seducir, flaqueaba.

Tras recuperar un tercio de su aplomo, le dijo:

—Lamento que seas tan niña, si tuvieras unos años más... ya estaría tratando de enamorarte.

La joven huertera se puso muy seria y frunció el ceño. Tras volver a erguirse provocativa, con indecisa crispación, le rebatió resuelta, casi beligerante:

—¿Acaso, me encuentra usted... demasiado niña?

Diego, sintiéndose desarmado, vaciló. Seguido a eso, la miró con fijeza; los ojos de ella, a pesar de su inocente aspecto, le parecieron dominantes y

experimentados.

—Por desgracia para mí... sí —musitó él con los parpados entornados.

Llena de énfasis, ella contestó:

—Pues se equivoca usted, señorito; tengo ya casi veinte años.

Al escucharla Diego, no pudo evitar reír a carcajadas.

—¡Tú no tienes todos esos años que dices! Eres una mentirosilla —  
conjeturó burlón.

—Qué malo es usted —replicó la jovencita a la vez que sacudía su larga melena. Con sonrisa coqueta, agregó—: La verdad es que... solo tengo diecisiete, pero ya me considero una mujer, en todo sentido.

En los ojos de Diego brillaba una intensa deleitación sensual.

—Eso no lo pongo en duda; una mujer muy guapa y muy seductora. Y esas pecas en tu cara son adorables.

Estaba fascinado con aquella etérea muchachita de lujuriosa belleza y, a pesar de su decisión de no dejarse arrastrar por sus encantos, se moría de ganas de darle un beso, sobre todo al percibir que ella deseaba lo mismo. Subyugado, dio unos pasos hacia Trini que, sin parpadear, lo contemplaba en silencio.

Muy despacio Diego se quitó el sombrero y la contempló fijamente. En los ojos de ella descubrió un deleite anticipado, lo que causó en su espina dorsal sucesivos estremecimientos. Iba a decirle algo, pero en ese momento se escucharon voces. Diego agitó la cabeza, tal como si saliera de un sugestivo encantamiento, y rápido se apartó de la huertera. Con ademanes nerviosos volvió a colocarse el sombrero. Tras coger las bridas, de un ágil salto subió a su caballo.

Envolviéndola en una intensa mirada, mezcla de ansias y frustración, murmuró:

—Realmente... he tenido mucho gusto en conocerte, es probable que pronto nos volvamos a ver. Adiós, hermosa Trini.

Tiró de las riendas de su cabalgadura. Y, luego de picar espuelas, Rayo

emprendió el galope alejándose veloz.

Trinidad se quedó allí sola, sumida en una auténtica desolación: en menos de un instante lo había visto acercarse a ella hasta casi sentir su aliento, retroceder, trepar a su caballo y perderse por el sendero festoneado de floridas adelfas. Furiosa, observó al grupo de mujeres que, sin dejar de hablar y reír, siguieron su camino.

—Tanto desear encontrármelo a solas... —murmuró desolada—, y ahora... que lo tenía casi a mi merced, por culpa de estas entrometidas, se me ha escapado. Él deseaba besarme... y quizás lo hubiera hecho de no ser por esas malditas mujeres que nos interrumpieron justo en ese momento. —Con los ojos abnegados de furiosas lágrimas, se preguntó—: ¿Lograré que algún día... ese hombre descubra que desde hace meses lo persigo sin que él se entere? ¿que lo quiero con toda mi alma y con todos mis sentidos?, ¿y que por él sería capaz de cometer los mayores pecados? —concluyó mientras apretaba con fuerza su canastilla repleta de fruta.

En los días siguientes, Diego, a cada instante, se quedaba absorto mientras recordaba a la niña rubia de los extraños ojos amarillos, que tanto lo había perturbado. Pero, a pesar de que la curiosidad lo empujaba a volver a verla, se obligó a no acudir a las huertas, consciente de que, si se enredaba con aquella peligrosa «ninfa del huerto», solo conseguiría aumentar aún más sus problemas de faldas.

A comienzos de julio, don Pedro tenía organizado, para su hijo mayor y Gustavo, un viaje a Marsella con un cargamento de vino. La travesía iba a efectuarse a bordo del viejo navío, el *Fernando III*, propiedad de un marino retirado, don Cristóbal Hernández, oriundo de Cádiz, y muy amigo del señor Ibáñez, quien en otros tiempos había sido dueño de un importante astillero.

Cuando se lo comunicó a Diego, este se quedó perplejo.

—Padre, pero... El *Fernando III* es casi una carabela, ¿cree usted que navegaremos tranquilos en ese vejestorio flotante, en pleno Mediterráneo? —exclamó preocupado.

Don Pedro hizo un gesto de completa confianza, y exclamó:

—Para que te enteres, el barco de Cristóbal está perfectamente equipado para navegar por todos los mares del mundo. Hace unas pocas semanas regresó de Inglaterra, donde llevó un importante cargamento de vino para uno de nuestros competidores del Puerto de Santa María; ese inglés Thomas Osborner, y sus socios *Villan* Gordon y James Duff.

—Padre, se dice: William, y no *Villan*...

—Bueno, como sea que se pronuncie. Solo quiero que recuerdes que no es la primera vez que recurro a los servicios del señor Hernández, y más ahora que el pobre hombre está pasando por serias dificultades después de haber perdido su astillero... —aclaró don Pedro con gesto serio.

Ante los argumentos tan acalorados de su padre sobre ese tema, Diego prefirió no volver a dar su opinión.

Durante el viaje hacia Marsella iban a hacer una escala de tres días en Barcelona. En esa ciudad catalana el primogénito de don Pedro tenía pensado entrevistarse con un grupo de bodegueros para concretar varios otros negocios. Y como para Gustavo, próximo a contraer nupcias, esa sería la primera vez que salía de Andalucía, Diego se había propuesto lograr que para su amigo resultara un verdadero viaje de placer, algo así como una inolvidable despedida de soltero.

Tres días después zarparon desde el puerto de Cádiz. La travesía hasta Barcelona fue tranquila.

Luego del desembarco, Diego, apenas logró entrevistarse con un grupo de bodegueros catalanes y concretar sus negocios vitivinícolas, se esmeró en enseñarle a Gustavo la vieja ciudad *condal* con paseos y visitas a emblemáticos edificios, entre estos la Catedral y las murallas romanas.

La primera noche allí, Diego se llevó a su amigo, casi a la fuerza, a una taberna cercana al puerto repleta de marineros, contrabandistas, señoritos holgazanes y mujeres de mal vivir. Gustavo se resistía a cometer alguna «locura», de las que su amigo era tan entusiasta, pero Diego lo incitaba

repitiéndole:

—Por favor, no sigas negándote al placer; pronto perderás tu preciada potestad y jamás volverás a gozar de ella. ¿No te das cuenta?, ¿cuándo se te presentará otra oportunidad de probar las delicias del sexo prohibido?

—¡Yo no soy como tú! No quiero engañar a Rosario.

—Ella no se enterará... si tú no se lo cuentas, claro está. Y si lo hicieras, serías un imbécil.

—Pero es que yo no podría disimular ante ella.

A pesar de su negativa, el inocente novio terminó en los brazos de varias mujeres, a las que Diego pagó con gusto. Cuando llegaron al barco, era casi de día. Cuatro horas después, Gustavo se despertó sintiéndose extraviado.

—¡Ay! Qué mal estoy, es como si unas tenazas me aprisionaran el cráneo —exclamó con los claros síntomas de una resaca.

Diego lo miró soñoliento.

—Aun así, dime la verdad, ¿lo pasaste bien... sí o no? —preguntó burlón.

—Sí... demasiado bien, nunca creí que fuera capaz de hacer... las locuras que hice; la culpa fue del vino.

—No solo del vino, sino de tus íntimos anhelos que dejaste aflorar en completa libertad. Las experiencias de anoche —siguió Diego mientras se levantaba— te servirán para que, cuando le hagas el amor a Rosario, puedas mostrarte más experimentado, dejándola a las mismas puertas del Cielo. Porque no me negarás que en estas pocas horas has aprendido cosas que ni siquiera sospechabas. ¡Reconócelo!

—Lo reconozco. ¡Esas mujeres son increíbles! Pero aún me siento algo confuso.

—¡Lo que tú sientes son ganas de volver a repetir, no lo niegues! —En medio de un bostezo, Diego añadió—: Ahora acaba de vestirte y vayamos a tomar algo; con seguridad don Cristóbal ya nos estará esperando. Luego seguiremos concretando nuestros negocios. —Se giró hacia su amigo y, señalándolo con el dedo, rebatió—: Pero, apenas oscurezca, regresaremos a



esa taberna, y no quiero escuchar una sola negativa.

Esa noche y la siguiente, volvieron al mismo local, donde Gustavo pasó las noches más locas y desenfundadas de toda su vida.

Al amanecer de ese cuarto día El *Fernando III* zarpó con destino a Marsella. Antes de la partida, don Cristóbal, con un humor de todos los diablos, estuvo lanzando palabrotas dirigidas a la mayoría de sus marineros que, tras haberse escapado por la noche, se hallaban en muy malas condiciones. Algunos se caían de borrachos. Cuando don Cristóbal se dio cuenta de que Diego y su «responsable y serio» amigo Gustavo llegaban en iguales condiciones, se quedó aún más cabreado.

Horas después navegaban a media vela, con buen tiempo y viento a favor. Cerca de las dos de la tarde del día siguiente, de pronto, al mirar hacia el horizonte con sus catalejos, la faz del señor Hernández cambió de color: en la lejanía acababa de descubrir un bergantín de dos palos que en ese instante izaba una inconfundible bandera...

—¡Demonios!, ¡estamos listos! ¡barco pirata a la vista! ¡Lo que nos faltaba... justo ahora! ¡Y con seguridad, por las características del navío, son franceses... y con lo perversos y retorcidos que son esos malditos galos! — exclamó pálido mientras adivinaba las intenciones de los ocupantes del tétrico navío.

Diego, con ademán preocupado, le quitó los catalejos y comenzó a otear a lo lejos.

—¿Podremos hacerles frente? —preguntó Gustavo visiblemente asustado y con los ojos fijos en la peligrosa embarcación que cada vez se acercaba más a ellos.

—Sería inútil... —repuso Diego mordiéndose los labios sin saber qué actitud tomar—. No estamos preparados para defendernos de esos bandidos. Nuestras armas son escasas y ellos, con toda seguridad, irán muy bien equipados. —A sabiendas de que iban a vivir un desagradable y peligroso abortamiento, con semblante mortificado, dirigiéndose a todos, exclamó—:

¡Mantengan la calma! ¡Pase lo que pase, lo mejor será que no nos resistamos!  
¡Yo intentaré negociar con ellos! —finalizó entregándole los catalejos al capitán.

—¡Pero no podemos dejar que nos roben! —replicó don Cristóbal rojo de furia.

—¿Y qué sugiere usted que hagamos? ¿Plantarles cara? —contrapuso Diego agobiado mientras se llevaba la mano a su frente, donde comenzaban a condensarse innumerables gotas de sudor. Tras volver a centrar la mirada en el capitán, apuntó—: ¿Acaso tenemos armas de largo alcance? Señor Hernández, sin el ánimo de ofenderlo, su barco no está equipado para una situación así. ¡Aunque usted y mi padre lo dudaban, yo sabía que corríamos ese riesgo, pero no quisieron hacerme caso!

En ese momento una explosión reventó cerca de ellos hasta levantar una montaña de agua que salpicó al *Fernando III*.

—¡Los *perros del mar* nos atacan...! —gritaron algunos grumetes empapados, a la vez que corrían de un sitio a otro, en medio de la confusión.

Diego comprendió que aquello era un aviso de advertencia.

—¡Malditos bastardos!, ¡hijos de perra! —masculló colérico el capitán.

El oleaje hacía tambalear al *Fernando III*.

—¡Por favor, mantengan la calma! ¡Esto solo ha sido un saludo! ¡Lo bueno vendrá ahora! —exclamó Diego mientras tomaba el control de la situación—. ¡Retiraos todos de esta zona del casco! ¡Y ya lo saben!, ¡por nada del mundo intenten resistirse...!

A continuación, tras una lluvia de balas que barrió literalmente una buena parte de la cubierta, la tripulación se puso a salvo. Todos comprendieron que estaban perdidos. De inmediato fueron interceptados por el tenebroso navío que, con las bocas de sus ligeros cañones amenazantes, se acercaba a ellos.

En unos minutos, ante la fuerza de unos cuarenta hombres, conscientes de sus desventajas, la dotación del *Fernando III*, sucumbió. Los *perros del mar*, portando mosquetes de largo alcance, entre amenazas y empujones, mientras

daban algunos disparos al aire, efectuaron el temido abordaje, sometiéndolos a todos.

En medio de la confusión, Diego, con sorpresa comprobó que en su mayoría, eran españoles. Don Cristóbal, al ver a toda su tripulación tan asustada, casi a punto de desmayarse, parecía próximo a un ataque de nervios. Gustavo, amedrentado, obedecía todo cuanto le ordenaban hacer, presentándose a sus ojos un caos de terror.

El único que mantenía la medida era Diego; entre aquellos piratas acababa de reconocer a diez o doce de sus antiguos amigos marginales. Y su rostro había pasado de la rabiosa impotencia, y el estupor, a una serenidad casi divertida. ¡La de recuerdos que tenía de aquellos truhanes, ahora convertidos en *perros de mar*! ¡Las veces que había jugado con ellos bajo la complicidad de su abuelo, a la vez que recorrían las marismas y los arrabales de Cádiz!

Cuando uno de aquellos bandidos que oficiaba de jefe, descubrió al heredero de las bodegas Ibáñez, se quedó pasmado. De inmediato, ante la sorpresa de sus camaradas y de toda la dotación del *Fernando III*, que miraban la escena con verdadero estupor, dio la orden de que le quitaran a Diego las ligaduras de las manos. Después, en medio de un tenso silencio, sin dejar de apuntarlo con su pistola, siguió mirándolo hasta que lentamente, a la vez que en su rostro se pintaba una sonrisa, bajó el arma. Tras dirigirse a sus hombres, prorrumpió:

—Pero ¿es que estáis ciegos, camaradas? ¿Acaso no os habéis fijado? ¡Miren a quién tenemos aquí! ¡Nada menos que a nuestro amigo y benefactor... don Diego Ibáñez!

Los asaltantes, al reconocerlo, lo contemplaron atónitos.

«¿El señorito don Diego... de Jerez de la Frontera?». «¡Es verdad! ¡Diablos, no se puede creer!». «¡Sí, es él! ¡Pero qué casualidad!», comenzaron a exclamar varios de ellos mirándolo con asombro.

El primero que lo había reconocido volvió a decir:

—¡Realmente... no se puede uno imaginar lo que esta asquerosa vida nos

depara!, ¿verdad? ¡Pero miren en las circunstancias tan insólitas y desagradables que volvemos a encontrarnos con el señorito Diego! —Su voz sonaba mansa, casi alegre.

El jerezano se echó a reír a la vez que replicaba:

—¡Para mí también es una gran sorpresa! ¡Ramón, Gonzalo, Ezequiel! ¡Batista... Daniel! —fue nombrándolos mientras procuraba no olvidarse de ninguno. Tras eso, agregó—: ¿Estoy siendo asaltado... en pleno Mediterráneo, por varios de mis mejores amigos de la infancia, convertidos en piratas? ¡Me cuesta creerlo!

En su voz no había ninguna evidencia de rencor.

—Vaya jugada de la vida, ¿verdad? —apuntó el llamado Ramón—. Jamás se nos hubiera ocurrido pensar en asaltar a nuestro amigo y benefactor.

—¡Ante todo, a Diego! —siguió otro—, y aunque ya ha pasado tiempo, todos nosotros sentimos mucho la muerte de tu abuelo! ¡Nos enteramos por mi primo Baldomero, que estuvo contigo en su entierro! ¡Ese sí que era un caballero de verdad! ¡Un verdadero *tío* de lo más gentil y cojonudo, y con mucha humanidad! —Aquí se le quebró la voz—. Derramando... generosidad y buen corazón... en todos sus actos —acabó con notable emoción.

Ramón se apresuró a replicar:

—¡Créeme que... si hubiéramos tenido la más mínima sospecha de que este era tu barco, te juro que no lo hubiéramos interceptado! ¡Pero ahora... no podemos echarnos atrás! ¡Y, aunque lo sentimos mucho, tendremos que confiscarte toda la carga!

Diego experimentó una mezcla de sentimientos en las que se mezclaban el malestar, la pesadumbre y también mucha conmoción.

Con voz serena, comenzó a decir:

—De verdad que os comprendo y...

—¡Escuchen ustedes!, ¡bribones! ¡Mal nacidos! —se oyó gritar de pronto al señor Hernández, a la vez que interrumpía a Diego—. ¡Este barco es mío!, ¡y

yo soy el capitán! ¡Tendríais que sentir bochorno de habernos abordado a sabiendas de que no éramos un galeón cargado de riquezas! ¡Porque... como ya lo veis, no tenemos nada de mucho valor!

—¿Nada de mucho valor? ¡Creo que esos toneles de vino valen su peso en oro! —prorrumpió uno de los piratas.

—¡Malditos atracadores! —siguió don Cristóbal vociferando a todo pulmón—. ¿Es que no veis que solo soy un pobre hombre tratando de ganarme la vida honradamente? ¡Y vergüenza tendría que darles a todos ustedes robarle a un amigo! ¡¿Amigos?! ¡Para tener amigos como vosotros me quedo con mis enemigos, que son más de fiar! —concluyó el capitán sofocado, a la vez que trataba de zafarse de las ligaduras que apresaban sus manos.

Los piratas comenzaron a reír. Uno de ellos, mirándolo de arriba abajo, exclamó:

—¿Así que usted es el dueño de este viejo barquito? Ya me parecía a mí que los Ibáñez no podían ser los dueños de una mísera barcaza bautizada con ese nombre de rey antiguo. Con seguridad, esta fue una de las carabelas en las que Colón realizó algunos de sus viajes a las Indias, ¿verdad?

Esas burlonas palabras se quedaron vibrando en el aire acompañadas de las carcajadas de todos los demás atracadores. Don Cristóbal, rojo de furia, miró al bandido como si quisiera fulminarlo.

—¡Miserables!, ¡palurdos ignorantes! ¡Piratas de agua dulce! ¡Qué sabéis vosotros de buenos y honorables barcos, ni de nombres ilustres de la historia! ¡Ojalá muy pronto os apresen a todos y los ahorquen uno a uno! —gritó hasta quedar casi sin voz.

Ramón, mirándolo ceñudo, le increpó:

—¡Cállese ya, viejo carcamán! ¡Cierre su boca o daré orden de que lo cuelguen en lo alto del mástil, o que lo arrojen al mar!

—Por favor, cálmese, don Cristóbal..., no les dé la réplica, y así evitaremos que las cosas empeoren más —le advirtió Diego por lo bajo.

Ante las palabras del hijo de su empleador y las amenazas del asaltante el

capitán, tragándose su rabia, optó por obedecer.

El pirata regresó al lado de Diego.

—¡Que ímpetus tiene el vejete! —apostilló divertido. Tras observar unos instantes a su amigo de la infancia, añadió—: ¡Mira, camarada, lo siento mucho, pero... dadas las circunstancias en que nos hallamos, no vamos a renunciar a llevarnos el cargamento de vino íntegro, además de las armas... y todo lo que veamos de valor!

Un silencio sepulcral siguió a esas palabras.

La tripulación del *Fernando III* pareció calibrar la gravedad de aquella situación.

Al fin Diego, con gesto entre resignado y mordaz, rebatió:

—¡Tal como están las cosas, no me queda otra salida que... la de estar de acuerdo! ¡Y, sobre todo, agradecerles que nos perdonen la vida! —Con sonrisa burlona añadió—: ¡Espero que este cargamento de jerez os dé muy buenas ganancias!

La mayoría de los salteadores miraban la escena levemente avergonzados. Uno de ellos, con voz pesarosa, exclamó:

—Por favor, Diego, perdónanos. —Y acercándose más a él añadió—: Tú mejor que nadie sabes que no somos mala gente, y mucho menos asesinos. Por largos años fuimos contrabandistas y, ahora, de forma circunstancial, piratas. Pero ninguno olvidó lo buena persona que siempre fuiste con nosotros.

—Sí, créenos —manifestó otro de los atracadores—. Tú y tu abuelo fueron los únicos que nos trataron como a verdaderos seres humanos, y eso es algo que no se puede pasar por alto. Nunca olvidaré el día que me regalaste aquellos doblones de oro para pagar el funeral de mi santa madre, y poder luego mantener a mis hermanos durante un largo tiempo.

Y otra voz exclamó:

—¡Yo aún conservo la casaca de terciopelo y las botas que me regalaste!

—¡Y yo tampoco olvido el día que me sacaste de la prisión, donde con

seguridad iban a colgarme, y que además me diste varios reales para sustentar mi huida! —replicó un tercero—. ¡Ah, y todavía conservo la mayoría de la ropa que me obsequiaste! ¡De hecho, muchos de mis hijos aún se visten con ellas!

Diego, conmovido, aseveró:

—Bueno, ya lo dice el dicho: «Es de bien nacidos ser agradecidos». De verdad me habéis emocionado mucho. Yo sigo siendo el mismo de siempre.

—Acercándose más a ellos, añadió en voz baja—: Aún continuó frecuentando a varios de vuestros amigos y parientes, ayudándolos en lo que puedo.

—Sí, eso lo sabemos de muy buena fuente; incluso que has ayudado a muchos integrantes de la banda del Pecosó —expresó Ramón—. Y hace un tiempo nos enteramos de que... de manera clandestina y muy secreta, exponiendo además tu propia integridad al tener que sobornar a varios «peces gordos» del cabildo, ayudaste a escapar a mi primo Martín, apodado «el Junco», al que ya las autoridades habían puesto fecha para ser ahorcado. ¿Qué sabes de él, aún crees que viva? —preguntó francamente interesado.

Don Cristóbal que, a pesar de su edad, tenía un oído muy fino, había escuchado buena parte de aquella charla tal como si le costara creerlo. Y, mientras observaba a Diego con el ceño fruncido, se preguntaba: «¿Cómo es posible que este joven de buena familia, casi un aristócrata, esté hablando con tanta tranquilidad... incluso emocionado con todos estos rufianes malhechores de baja estopa, recordando además a otros de peor calaña? Entonces... ¿es verdad lo que se dice de él vinculándolo a bandas de salteadores de caminos? Realmente uno ya no se puede fiar de nadie; pobre don Pedro, qué calamidad de hijo le ha tocado en suerte, siendo él tan honrado y tan buena gente».

Gustavo, pálido y desencajado, observaba la escena con notable impresión. Ramón, el jefe de los asaltantes, a la vez que miraba fijamente a Diego, exclamó:

—De verdad amigo, vuelvo a repetírtelo: de haber sabido que tú estabas en este navío, hubiéramos seguido hasta Mallorca sin detenernos. Pero... ya sabes; la vida es dura... no obstante, estoy seguro de que tu familia se repondrá enseguida de este atraco, ¿verdad? —Con aire apenado, agregó—: Antes de que se haga muy tarde tendremos que traspasar los toneles de vino a nuestra nave.

Diego asintió con la cabeza.

Enseguida, tras una señal del jefe, tres de los salteadores, a excepción del capitán, desataron a la tripulación para obligarlos a que todos ellos los ayudaran en el traspaso, mientras otros piratas los apuntaban con sus mosquetes.

Apenas Ramón, luego de dar las últimas órdenes e indicaciones a sus hombres, se sentó al lado de Diego, este le preguntó:

—¿Y cómo fue que llegasteis a convertirlos en... piratas...?

—Es una larga historia; todo comenzó tras de una sangrienta trifulca en la que logramos robar este barco a unos bribones holandeses luego de que estos se lo hubieran quitado a unos franchutes...

Por largo rato, Ramón estuvo contándole a Diego sus aventuras mientras don Cristóbal, haciéndose el disimulado, no se perdía ningún detalle de aquel relato. Al concluir el pirata, luego de centrar de nuevo los ojos en Diego, agregó:

—Ya lo ves amigo, la vida no es igual para todos. Nosotros ahora, casi sin darnos cuenta, estamos convertidos en un grupo de bucaneros... aunque siempre intentamos comportarnos con mucha clase y, sobre todo, con mucha humanidad. Y, como tú ya sabes que aún tenemos negocios con el contrabando de Gibraltar, algunas veces, después de asegurarnos de que no hay peligro, nos pasamos a España para ver a nuestras familias y amigos, y de paso llevarles toda la ayuda que podemos. Pero piensa que, apenas logren atraparnos, nos ahorcarán sin contemplaciones.

Cuando todos los toneles fueron traspasados al otro barco, los piratas



maniataron de nuevo a los marineros. Seguido a eso, después de quitarles a todos sus objetos personales de valor, entre estos las dos brújulas del capitán y el reloj de sol, además de un telescopio y... las cartas de navegación, los salteadores abandonaron la nave. Solo se quedaron en esta los «amigos» de Diego. Sin soltar las pistolas, se despidieron de él:

—¡Camarada, no olvides de que a pesar de esto... tú, para nosotros, representas algo así como un hermano! —gritó Ramón y, en voz baja, añadió—: Por favor, dales saludos a nuestros familiares y antiguos compañeros de Cádiz y, si alguno de ellos está en apuros, diles que pueden ir a Tolón y allí, en el mismo puerto, con solo preguntar por Ramón «el Chiclanero», Batista «el Marismeño» o Daniel «el Chipionero», nos encontrarán.

—Así lo haré —aseguró Diego.

Ramón, tras acabar de dar algunas órdenes, luego de centrar su mirada en la dotación del *Fernando III*, indicó:

—¡Ahí tenéis agua suficiente y algo de comida para la travesía hasta Marsella... o bien para regresar a España! —Volviéndose hacia su amigo de la infancia, tras sonreírle con cierto aire de nostalgia, adicionó—: ¡Tú espera a que nos perdamos de vista, y desátalos! ¿de acuerdo? ¡Adiós, Diego! ¡Espero que la próxima vez... si volvemos a vernos, sea en mejores circunstancias!

—¡Yo también espero eso! —gritó Diego—. ¡Suerte a todos!

Apenas los últimos bandidos regresaron al bergantín, que ya tenía las velas izadas, emprendieron la retirada en dirección Norte. Minutos después, mientras evitaba prestar oídos a las palabrotas y juramentos de don Cristóbal, Diego desató a todos. Al verse libre de las ligaduras, el capitán, sin dejar de mascullar impropiedades, frotándose las muñecas, comenzó a repartir órdenes a sus marineros.

Diego, mirándolo serio, le dijo:

—¡Tendremos que regresar a Cádiz, luego de hacer de nuevo escala en Barcelona, para abastecernos de víveres!

—¡Condenación! ¡De nuevo rumbo a Barcelona! —vociferó el capitán—. ¡Demonios de piratas de agua dulce!, ¡cerdos inmundos!, ¡y aún tienen la osadía de autoproclamarse bucaneros! ¡Creo que ni siquiera saben lo que esa palabra significa! ¡Demonios! Las pocas veces que me asaltaron en alta mar, bueno... de hace ya mucho tiempo, fueron piratas de categoría. —Con el ceño fruncido miró a Diego, y gritó—: ¡Y ahora que tenía este magnífico negocio con tu padre, me sucede esto! ¡Qué follón! ¡Malditos bandoleros, inmundos hijos de perra! ¡Se han llevado hasta mis cartas de navegación! ¡Ni siquiera nos han dejado los catalejos, ni un mísero mosquete para defendernos de otro asalto!, ¡porque tal como están los tiempos ya no estamos seguros...!

Durante largo rato siguió vociferando, mientras usaba un sinfín de palabrotas. A continuación, luego de fijar los ojos en Diego, tras imprimir en su rostro una expresión asqueada, agregó ceñudo:

—¿Y esos andrajosos *perros del mar* eran tus amiguitos? ¡Por menuda porquería de gentuza arriesgas tu pellejo y tu prestigio! —Sin cambiar de expresión, dirigiéndose a sus marineros, gruñó—: ¡Y toda esta debilucha juventud que me rodea! ¡Seguro que más de uno terminó con los pantalones mojados! ¿Adónde iré a parar el mundo con esta clase de gentuza?

Cuando vio que el amigo de su padre dejaba de despotricar, Diego se le acercó. En su afán de hacerlo entrar en razón, le dijo:

—Señor Hernández, no crea usted que yo me siento feliz con lo que nos acaba de ocurrir, pero en esta situación, aunque esos piratas... eran amigos míos de la infancia, todo intento de resistirse hubiera sido estúpido; tenían en su poder un gran arsenal y dos cañones de los llamados de *culebrina*; además, eran muchos más que nosotros, con armas de largo alcance.

Don Cristóbal resopló asintiendo:

—Sí... en eso tienes toda la razón. Me confié porque hace muy poco tiempo hice un transporte hacia Inglaterra sin ningún problema, para Thomas Osborner y sus socios. —Tras una tensa pausa con el ceño aún más arrugado,

prorrumpió furioso—: La próxima vez nos armaremos mejor. Puede que incluso vea la forma de ponerle a mi navío un gran cañón, o quizás dos. ¡Sí!, ¡es lo que haré! —Tras permanecer otros segundos pensativo, agregó colérico —: ¡Diablos! ¡Nos han robado todo el cargamento de vino!, ¿qué dirá tu padre? ¡Jamás volverá a alquilar mis servicios, y tengo muchos competidores, incluso don Vicente Almeida, dueño de uno de los mejores astilleros que... hasta hace muy poco tiempo, era mío... y del que el muy hijo de perra, se apoderó, favorecido por mis deudas!

Diego se apresuró a responder:

—No se preocupe, don Cristóbal; mi padre es un hombre justo y, si le dio su palabra de seguir con sus servicios, no la retirará por algo de lo que usted no tuvo la culpa.

Cuando el *Fernando III* atracó en el puerto de Cádiz, la noticia de lo ocurrido en alta mar se expandió por toda la ciudad. Como era domingo por la mañana, la familia Ibáñez estaba de visita en casa de Natalia; la noticia motivó la angustia de todos. Doña Clemencia se abrazó a su hermana, y ambas rompieron a llorar.

Presa de un sobresalto, don Pedro se trasladó de inmediato al puerto. Una vez allí, al comprobar que Diego y a Gustavo, junto a todos los demás, estaban sanos y salvos, sintió que recuperaba el sosiego. Seguido a eso, la mayoría de los amigos de Diego, entre ellos el viejo Dionisio, acudieron presurosos al puerto para saludar a todos los tripulantes del *Fernando III* que, por suerte, a pesar del feroz atraco en alta mar a manos de unos peligrosos piratas, regresaban sanos y salvos.

Las pérdidas económicas para don Pedro fueron cuantiosas; no obstante, le dio gracias al Cielo por que ni a Gustavo ni a su hijo, ni tampoco a ningún miembro de la tripulación, les hubiese ocurrido nada irreparable. Después, verdaderamente sorprendido, escuchó el relato de los marineros que iban dándole detalles del momento en que los *perros del mar*, al reconocer a Diego, le habían brindado reiteradas muestras de cariño.

Don Cristóbal, apenas se encontró a solas con el señor Ibáñez, mirándolo ceñudo, le dijo:

—La verdad sea dicha, don Pedro, las amistades de su hijo... dejan mucho que desear. Por menuda banda de sinvergüenzas mal nacidos expone su prestigio —concluyó con ademán severo.

El nombrado se secó el sudor de la frente. Luego, tras buscar las palabras adecuadas, expresó:

—Usted mismo ha comprobado que... esos bandoleros no son amistades de ahora. Mi hijo los conoció de pequeño cuando, junto a su abuelo salían a recorrer las marismas... incluso los arrabales. Además, tiene que reconocer que gracias a eso... en este asalto no se ha tenido que lamentar ninguna muerte. Por último: no olvide usted, señor Hernández, que esos atracadores una vez también fueron niños inocentes.

Ya en casa de tía Natalia, Diego y Gustavo le relataron a la familia, incluidos a los sirvientes, sus experiencias vividas en alta mar. Don Pedro, mostrándose curioso, les pidió más detalles sobre la reacción de don Cristóbal cuando vio que los piratas abordaban su navío. Diego, echándose a reír, le confesó:

—Oh, no sabe usted lo cabreado que se puso; un color se le iba y otro le venía mientras de su boca salían sapos y culebras. Pero al fin mantuvo la calma, y dejó que yo me las arreglara con todos ellos.

Gustavo, francamente divertido, añadió:

—Y no vea usted la cara que se le quedó al pobre hombre cuando los piratas llamaron a su navío «mísera barcaza, bautizada con nombre de rey viejo». Allí comenzó a despotricar contra ellos hasta que el jefe pirata lo mandó callar con la amenaza de arrojarlo al mar. Y, cuando todo acabó, como bien ha dicho Diego, comenzó a soltar un rosario de blasfemias, imprecaciones y bramidos, propios de un carretero.

—¿Sí?, ¿qué decía...? —preguntó el señor Ibáñez con notable recreación—. Algunos de los marineros me contaron algo de eso...

Gustavo añadió:

—Don Pedro, ese hombre dejó salir de su boca vocablos improprios para los oídos de las damas, de los que estoy seguro de que en ningún diccionario, en ninguna de sus blancas páginas deben estar escritos.

—Es la verdad —admitió Diego riendo—, hasta yo me puse rojo de vergüenza.

Don Pedro soltó una carcajada.

—Vaya, sabía que Cristóbal era muy mal hablado, pero no imaginaba que tanto.

Cuando padre e hijo se quedaron a solas, el primero de ellos, mientras meneaba la cabeza con molesta severidad, expresó:

—¿De modo que varios de esos aprendices de piratas que nos robaron un valioso cargamento de jerez eran tus amiguitos de los arrabales de Cádiz? Y seguro que son familiares de los que pertenecen a la banda de El Pecos, a los que también conoces muy bien ¿verdad? —acabó francamente contrariado.

Diego, cuidándose de que nadie lo escuchara, murmuró:

—Bueno... tengo que confesar que por desgracia... está usted en lo cierto; la mayoría de aquellos niños se han transformado en contrabandistas, bandoleros y... tal como he comprobado ahora, también en piratas. Y muchos otros ya han sido ahorcados...

—El que mal anda mal acaba. Tú cuídate las espaldas; recuerda lo que te dije un tiempo atrás sobre esta situación. Ojalá don Cristóbal no se vaya demasiado de la lengua, aunque no lo creo. Pero no olvides que, por muy buenos camaradas que hayan sido en la infancia, y por muy buenos recuerdos que tengas de ellos, ahora son peligrosos forajidos prófugos de la ley...

—Tranquilo, padre, no se preocupe... —repuso Diego.

En los días siguientes la gente continuó inmersa en los relatos y los pormenores de la malograda travesía del primogénito de don Pedro por el Mediterráneo. Y apenas esas versiones llegaron a oídos de sus camaradas de

los arrabales, en los que aseguraban que los *perros del mar* que habían asaltado al señorito Diego eran en su mayoría primos y amigos de ellos, de los que hacía tiempo no sabían nada, se quedaron con la boca abierta. Fue el propio Diego quien, en una secreta reunión programada de antemano, les explicó los detalles del asalto transmitiéndoles además los saludos y mensajes que los saqueadores les enviaban.

Semanas después, se pudieron ver impresas en los carteles de todos los salones sociales, tanto de Cádiz como de Jerez, como en una novelesca odisea, numerosas crónicas sobre la aventura del heredero de las bodegas Ibáñez en alta mar, a la vez que cada uno le agregaba un detalle diferente.

Los tradicionales *zocos* de ese verano en Jerez estaban en todo su apogeo, y la ciudad entera bullía de entusiasmo. Esa mañana las festividades religiosas, organizadas por varias cofradías, comenzaron muy temprano. Seguido a eso, todos los caballistas, Diego entre ellos, se ejercitaban sin descanso para hacer un buen papel en las exhibiciones preparadas para ese día tan especial que, por fortuna, amaneció radiante. Aquella gran exposición de destreza entre caballos y jinetes iba a realizarse en las cercanías de la Plaza de San Lucas.

La gente, desde muy temprano, comenzó a acudir para ocupar los mejores sitios. Don Pedro y los suyos, al igual que muchos de sus vecinos, tenían sus asientos en los palcos principales junto al alcalde y a las demás distinguidas personalidades.

Desde una tarima, encima de las gradas, los músicos ya estaban preparados. Y, junto a ellos, un grupo de bellas muchachas, vestidas con los típicos atuendos de esa tierra, y flores en sus melenas, repicaban sus castañuelas, ejercitándolas sin cesar.

La plaza se hallaba abarrotada de gente de todas las clases sociales. Rato después, finalizados los discursos del alcalde y demás autoridades, se dio inicio a los tan esperados festejos que comenzaron con la exhibición de los afamados caballistas.

A una orden del «director» del improvisado grupo musical, los intérpretes

ejecutaron un emotivo concierto entre bordoneos de guitarras y el repique de las castañuelas. Y junto a eso los esbeltos jinetes erguidos en sus monturas, vestidos a la usanza jerezana y acompañados por los estridentes aplausos, a más la música de fondo, dieron dos vueltas completas a la plaza. A continuación, comenzaron a exponer sus habilidades de experimentados caballistas.

Cuando llegó el turno de Diego, al igual que habían hecho los demás, a trote corto de su caballo realizó algunas vueltas. Seguido a eso, se plantó en el centro y se quitó el sombrero para saludar a las autoridades. A continuación, dándole un toque a Rayo con los talones, el animal se dobló sobre sus patas delanteras. Luego, en paso portante, comenzó a galopar en diagonal a la vez que, ante el clamor de los aplausos, el caballo se irguió apoyándose en sus cuartos traseros hasta casi tocar el suelo con las ancas. Después de esa primera exhibición, Rayo, a pasos redoblados, marcó con sus patas los acordes de la música a la vez que ejecutaba sus magistrales botes y corbetas, llenas de gracia y plasticidad. Finalmente, el jinete y su corcel acabaron entre vítores y más aplausos.

Y, como no podía ser de otra manera, se escucharon algunas voces femeninas que gritaban: «¡Guapo, más que guapo! ¡Requeteguapo!». Entre aquella exaltada multitud que vitoreaba a los caballistas, en medio de la gente de las huertas, una joven de rostro pálido, salpicado de pecas y rubia cabellera, miraba a Diego alucinada. Sus ojos amarillos ni siquiera pestañeaban delatándose en ella un recogimiento casi místico, que parecía tenerla con el alma en vilo.

Dos días después, la familia Ibáñez acudió a la feria en la Plaza del Mercado. Era la hora punta, y el zoco se veía atestado de peatones y vociferantes mercaderes. Debajo de los tenderetes de lonas, los feriantes, desparramados por el suelo y sentados a la usanza oriental, a la vez que mostraban sus objetos, ofrecían de todo: animales, potingues, talismanes, retales de finas sedas, brocados, puntillas encajes... aromas incensarios,

brazaletes de metales preciosos y también infinidad de fetiches. Compradores y vendedores se insultaban a gritos, para luego reconciliarse en aquella antiquísima parodia que significaba la oferta y la demanda.

Diego y Gustavo, después de recorrer los puestos de venta de caballos y de comprar accesorios para sus monturas, tras dejar su carga en manos de unos peones, optaron por dar una recorrida por todo el zoco. Cuando llegaron al prado de las distracciones, con risueña recreación, se detuvieron junto a un grupo de campesinos que miraban, con aire de infantil regocijo, a las marionetas que se movían manejadas por medio de hilos invisibles. Seguido a eso, ambos amigos continuaron con su paseo hasta llegar a una caseta de títeres en la que comenzaba a formarse otra apretada aglomeración de gente.

En ese instante, desde el minúsculo escenario se abrieron los cortinados, y dos muñecos comenzaron a interpretar una divertida y «tenebrosa» leyenda urbana. Gustavo y Diego, mezclados con los entusiastas espectadores, permanecían atentos mientras observaban risueños a los títeres que se movían y hablaban hasta provocar en todos los presentes alegres carcajadas, y miedo en los más pequeños.

De pronto, como atraído por una fuerza dominante, Diego se volvió hacia su derecha; al mirar por encima de los espectadores, se encontró con unos ojos dorados que lo contemplaban con fijeza... a los que él enseguida reconoció. ¡Eran de Trinidad, la jovencita del huerto! Diego la saludó con una inclinación de cabeza a la vez que ella le enviaba una lánguida sonrisa.

Gustavo, intrigado ante la actitud de su amigo, siguió la mirada de este y enseguida descubrió a una joven de melena rubia, sujeta en una larga trenza, que miraba a Diego como si este fuera un dios. Tras mover la cabeza con prontitud, murmuró:

—¿Por qué no me sorprende? Te juro que yo mismo me hice una apuesta a ver cuánto tardabas en descubrir a Trinidad Morales. Y por lo que veo, ya os habéis conocido... e incluso tú ya estás dispuesto a enamorarla, ¿verdad?

Diego, con visible turbación sonrió por lo bajo, y preguntó:



—¿Tan obvio soy?

—¿Bromeas?, pero si en este momento tus ojos tienen la mirada del «cazador al acecho». Y estoy casi seguro de que, con tu maquiavélica imaginación, tal como si ella fuera una flor, estás quitándole sus pétalos... y ya la ves desnuda ante ti; si es que aún no lo has hecho de verdad.

—No pienses mal —susurró Diego aturdido—: La conocí hace un tiempo... por casualidad, y solo hablamos un momento.

Gustavo replicó irónico:

—Por la manera en como ella te mira, se diría que ya te conoce íntimamente; la que está a su lado es su hermana menor Lidia que, como ves, no se le parece en nada. —En tono burlón, agregó—: Trinidad, a la que muchos ya comienzan a llamar «la alegría de las huertas», tiene a todos los mozos, y a varios ricos hacendados, locos por ella... pero a ninguno les hace caso. Y ahora creo que quizás el motivo seas tú. Aunque deberías tener cuidado: es casi una niña.

—¿Qué tiene que ver eso?, yo no soy tan viejo...

—En años no, pero en malicia y experiencia lo eres... vaya si lo eres — agregó Gustavo.

Diego no contestó; sus ojos entornados seguían fijos en Trini mientras ella, sin vacilación le sostenía la mirada. El jaleo de la función de títeres seguía llenando el aire de risas y gritos.

Gustavo, en medio de un murmullo, acercándose al oído de Diego, le sugirió:

—Cuidado con lo que estás tramando. Pareces un lobo al acecho, ya se te ven los colmillos. Por favor, no olvides que es una pobre campesina, y con seguridad aún es virgen; tú solo la deshonorarías y luego la desecharías.

Diego, abrumado, apartó sus ojos de la joven huertera. Seguido a eso, en voz muy baja, aseguró:

—Pues ahí te equivocas; si me enamorara de una joven como ella... no me importaría desposarla...

—Quisiera verlo —replicó Gustavo. Con sonrisa irónica, añadió—: Aunque quizás eso bien pueda llegar a pasar; porque, si continúas con esa vida de libertino la que... pese a las promesas hecha a tus padres, te empeñas en llevar, en poco tiempo dentro de ti solo quedarán los despojos de un alma hecha jirones que se conformará con lo que sea.

Diego, sin inmutarse ante las duras palabras de Gustavo, tal como si hablara consigo mismo, susurró:

—Pero sé que ella no es... la clase de mujer a la que yo podría llegar a amar...

Gustavo lo miró risueño.

—Pues, si sigues buscando esa joya, al fin te quedarás solo —replicó burlón.

Diego no contestó; de pronto ante sus ojos, como llegada desde el fondo de sus más recónditos recuerdos, apareció el bello rostro de Brunilda, arrancándole un hondo suspiro. «Sí... sé que mi ideal de mujer... siempre será ella; la única que logró poner mi mundo, y mis sentimientos del revés», pensó agobiado ante la evocación tan viva y tan imperecedera de la enigmática prusiana que había dejado en él una huella muy honda.

«¡Diablos! Otra vez vuelvo a pensar en ella, y eso no me gusta. Tengo que conseguir sacármela de la cabeza del modo que sea, y no volver a recordarla nunca más. Y para eso... qué mejor opción que emprender una nueva relación. Una relación profunda y ardiente que me aturda y me consuele, y así no pensar más en ella», acabó diciéndose.

Mientras procuraba poner en orden sus pensamientos, con aire abatido se mordió los labios. No obstante, sus ansias de perderse en medio de un apasionado y fogoso idilio con la joven huertera, Gustavo llevaba razón; no debía jugar con esa niña... que en ese momento lo miraba anhelante, como pidiéndole amor. «Si la busco no podré resistirme a su seductor coqueteo, y puedo arruinar su vida... y también complicar mucho más la mía. Para olvidar a Bruny, definitivamente lo mejor sería fijarme en otra clase de

mujer... mucho más formada», acabó diciéndose.

Sí, tenía que ser fuerte y no dejarse influenciar por el embrujo de aquella peligrosa «Eva», que continuaba observándolo fascinada. Sin embargo, pese a sus propósitos, Diego volvió a posar sus ojos en la jovencita, lanzándole un claro mensaje: al día siguiente volvería a dar un recorrido por las huertas.

El espectáculo de títeres finalizaba; el gentío empezó a dispersarse en todas direcciones. Luego de un instante de vacilación, Diego se acercó a Trinidad. Cuando estuvo a su lado, le susurró al oído:

—Mañana, por la tarde... a eso de las cuatro, iré a las huertas... solo para verte.

Ella, sonriéndole seductora, asintió con la cabeza. Después, con una sonrisa entre los labios, comenzó a caminar detrás de su hermana. Mientras la miraba alejarse, los labios de Diego se curvaron en una mueca de indecisa preocupación; ¿qué estaba a punto de hacer? ¿Y las consecuencias? Quiso meditar, pero no pudo. Con indecible estupor notó un agorero sentimiento que lo dejó extenuado: la posible conspiración de su propia naturaleza... que, en complicidad con el destino, intentaban tenderle una trampa.

La voz de Gustavo lo sacó de sus pensamientos.

—Ya la tienes para ti solito, y qué fácil: «Ha sido llegar... y besar el Santo», como bien se dice, ¿verdad? Vuelvo a repetirte que no me parece bien lo que intentas hacer, teniendo a tantas otras mujeres a tu alcance. Esa muchachita está fascinada contigo, ¿y la vas a convertir en otra de tus amantes de las huertas? Reacciona, no te compliques más la vida.

Diego bajó la mirada, dándole a su amigo la callada por respuesta.

## LA AMANTE «PERPETUA»

Al día siguiente, mientras evitaba darse a reflexiones, Diego llegó al mismo lugar de la huerta donde semanas antes se había encontrado con Trinidad, de forma casual. Por allí, a esa hora temprana de la tarde todo era tranquilidad y melancolía; los únicos sonidos que se escuchaban eran el canto perezoso de

los pájaros y el arrullo enamorado de las tórtolas.

Sin lograr aplacar su ansiedad, Diego bajó del caballo y miró los alrededores de aquel soñoliento paraje. Presa de una acuciante sensación de ambivalencia, con las bridas de Rayo en las manos, se dirigió hacia la barraca abandonada en medio de la huerta. Y, mientras la observaba, no pudo evitar pensar que ese podría ser un ocasional refugio de amor.

—Pero... ¿qué estoy pensando? —murmuró en voz alta sumido entre un visible nerviosismo—. ¡Estoy loco! Además, ¿qué derecho tengo a jugar con esa niña, para olvidarme de otra? Lo más acertado sería huir de aquí, ¡ahora ya!, pero... ¿por qué no lo hago?

Los minutos comenzaron a pasar sin que se decidiera a escapar de ahí. De repente, por un sendero cubierto de floridas adelfas, la vio aparecer hermosa y deseable. Sin pronunciar palabra, Trinidad se detuvo a su lado y, por unos instantes, se quedó observándolo de frente con estremecida fijeza. Diego quiso leer en sus ojos miedo, o algo que le hiciera retroceder, pero solo encontró una mirada cargada de intensa pasión. Cuando él extendió los brazos, ella se precipitó en ellos, quedándose aferrada a su cintura.

Y, en el momento en que sus pupilas volvieron a encontrarse, ambos comprendieron que por sus cuerpos flotaba la misma vehemencia y el mismo loco deseo que les quemaba las piel. La boca impaciente de Diego buscó el arco de su garganta, besándola con voraz apasionamiento a la vez que, con ansiosos manoseos, acariciaba su cuerpo. A continuación, levantándola en sus brazos, la transportó hasta la sombra de un copioso manzano, escondido en una pendiente. Allí, en completo silencio, la depositó sobre la hierba y, con ansiosa impetuosidad capturó sus labios en un beso... largo e intenso. Tras eso, él se despojó del chaleco y lo acomodó bajo la cabeza de Trini, que lo observaba encandilada. Diego se arrodilló a su lado y jugueteó con el lazo de su blusa.

—Qué hermosa eres —musitó pasándole los dedos desde el cuello hasta los senos.

Sin dejar de mirarla volvió a tomar el lazo, con la intención de desatarlo... pero allí de pronto, la mano de Diego se detuvo y bruscamente se apartó de ella, poniéndose de pie. Trinidad lo miró desolada.

—No. No puedo ser tan ruin —murmuró él. Mirándola consternado, añadió —: De verdad, no puedo, ni debo aprovecharme de una jovencita inocente como tú. Eso no sería correcto, ni noble, ni...

—¿Es que... no me deseas? —lo interrumpió ella crispada, a punto de llorar.

—Claro que te deseo, pero eres aún una niña... y yo no quiero hacerte daño.

Trinidad se incorporó de golpe y, luego de tirar de su camisa lo atrajo hacia ella. Cuando él volvió a agacharse, apoyó sus senos contra el pecho de él y lo abrazó. Seguido a eso le ofreció sus labios, besándolo con experimentada pasión... hasta dejar a Diego completamente abrumado.

En medio de un ansioso jadeo junto a su oído, ella le susurró:

—¿No te das cuenta de que... no soy una niña?, soy una mujer que sabe muy bien lo que quiere, y lo que hace. No me rechaces por favor.

Al escuchar esas palabras, y el tono en que fueron pronunciadas, Diego perdió del todo la cordura. El imperioso deseo de poseerla quebró la poca sensatez que le quedaba y, tras exhalar un hondo suspiro, se tumbó a su lado. Ya fuera de control, cogiéndola por el talle, la apretó con fuerza contra él.

Trini, despojada de toda vergüenza en medio de un hondo y quejumbroso suspiro, le abrió la camisa; tras meter las manos dentro, comenzó a tocar su pecho con sabias y estremecedoras caricias. A continuación, cuando él comenzó a despojarse de su ropa, Trinidad lo imitó. Allí Diego, mirándola turbado, le susurró:

—No, permítame... hacer eso a mí.

Trinidad se quedó quieta y dejó que él le quitara una a una sus prendas. Cuando la tuvo completamente desnuda entre sus brazos, acarició su cuerpo, de un blanco inmaculado, dispuesto a acoplarse al suyo con exacerbada

pasión. La esencia que ella emanaba, como un poderoso afrodisíaco, lo mareó, y le causó un voluptuoso aturdimiento.

—Estás... volviéndome loco —murmuró con voz ronca.

—Tú... a mí también —la oyó musitar agitada con estremecido abandono.

Bajo la mirada ansiosa de Trinidad, Diego acabó de quitarse toda la ropa. Tras eso puso la cara entre los pechos de ella y, loco de ansias, succionó sus erectos pezones mientras los apretaba en medio de un descontrolado frenesí.

Trinidad, dominada por una delirante lujuria, se arqueó bajo su cuerpo mientras él, a la vez que bajaba su cabeza, recorría con los labios el interior de sus muslos, deteniéndose ante el templo de su feminidad. Y allí, con apasionado tacto, besó su sexo hasta provocarle sucesivos gemidos de hondo placer, que aumentaron la pasión de Diego. Trinidad correspondía sabiamente a los estímulos de su amante, consciente de que su dura y exigente virilidad se apretaba contra ella imperiosa.

—Tómame Diego, y hazme tuya ya... —dispuso ella poniéndose encima de él, atrayéndolo hacia sus senos mientras lo acariciaba con impúdica revelación.

Ante la inesperada fogosidad de Trini, además de su evidente voluptuosidad, por unos instantes Diego se quedó cortado; era la primera vez que veía a una «virgen» tan ansiosa de ser poseída, y sin ningún temor ante las cosas ignoradas... Y aquello fue demasiado para él.

Preso de un arrebató, en su intento de prolongar aquel prelude de pasión, volvió a tumbarla boca arriba apresándola contra su cuerpo a la vez que volvía a besar sus senos como un poseído... hasta que, vencido por la fuerza de su propia urgencia Diego, con extremada delicadeza fue abriéndose camino hacia el sexo de Trinidad.

Enseguida estuvo dentro de ella... ¡Y sin que ningún obstáculo se lo impidiera! La feminidad de Trini lo recibió anhelante y complacida, y lo llenó de sensaciones placenteras y lujuriosas. Y así empujó más, penetrándola profundamente. A pesar del intenso deseo que iba llevándolo hacia las alturas

anulando casi del todo su capacidad de pensar en otra cosa, por espacio de unos instantes, Diego se quedó sorprendido de comprobar que Trinidad ya no era virgen.

Y ante ese descubrimiento no pudo evitar sentir una cierta confusión. Pero, ante la ardorosa pasión que lo embargaba, siguió poseyéndola, ahora de manera salvaje y cruda casi sin miramientos, dominado de una creciente ansiedad, sintiéndose inflamado de apremios que colmaban por completo, más allá de los límites, las locas e impensadas fantasías de cualquier mortal.

Diego le hacía el amor a la joven huertera con fogosa impiedad. Ella a su vez, sofocada por el éxtasis, igual a una experimentada meretriz, lo acariciaba convulsa mientras pasaba de una sensación a otra en medio de un delirante frenesí... hasta que ambos, arrollados por un clímax demoledor, estallaron quedándose saciados. Pasados unos instantes, él se deslizó hacia un lado y permaneció boca arriba en completo mutismo. Su semblante se tornó sombrío y lejano. Trini, lo abrazó con fuerza y expresó:

—Diego, soy tan feliz... deseaba tanto ser tuya... que aún me parece mentira.

Él se volvió lentamente y la observó en silencio; tras vacilar unos instantes, le dijo:

—¿Sabes...? hubiera jurado que aún eras virgen.

Ella bajó la mirada. Al cabo de unos instantes respondió:

—Perdóname, sé que debí decírtelo. Pero ya ves, nos entregamos al amor así..., sin revelarnos confidencias. Y yo aún estoy vibrando de ansias y deseos —recostó su cabeza sobre el pecho de Diego, y añadió—: Perdí mi virginidad...

—Por favor —le cortó él un tanto avergonzado—, perdona mi falta de tacto; de verdad... no estás obligada a rendirme cuentas. Yo no soy quien para exigirte una explicación.

—Déjame contártelo... —le pidió ella, y sin esperar a que él le contestara, prosiguió—: Fue cuando cumplí los quince años... me entregué a un joven,

hijo de un rico hacendado que juraba amarme. Pero un día... él murió en un duelo... por defender el honor de una dama rica y poderosa, con la que mantenía una oculta relación de amor paralela a la nuestra; fue todo tan terrible...

Al acabar de decir eso, ella se detuvo. Diego observó que sus ojos estaban cuajados de lágrimas. Tras exhalar un hondo suspiro, volvió a comprender la magnitud de su error obligándola a darle explicaciones.

—Tranquilízate; no tienes que avergonzarte de nada...

Trini, como si ni lo hubiera escuchado, mirándolo a los ojos con ademán estremecido, añadió:

—Y, al conocerte, ¡nunca olvidaré esa calurosa tarde en la que te vi por primera vez... montado en tu caballo blanco... con tu sombrero puesto en garboso ángulo —se abrazó a su cintura y, tras unos instantes de silencio, mientras comenzaba a jugar con el vello de su tórax, prosiguió—: Después, te miraba transitar por las calles, dejándote adorar por las mujeres, mientras tú les sonreías a todas... y eso provocaba, dentro de mi corazón, una inexplicable sensación mezcla de rabia y de dolor. Y no tardé en darme cuenta de que... ya estaba lista para otro amor... y que ese amor eras tú. Porque yo, desde el primer momento ya te pertenecía —sin dejar de acariciar su pecho a la vez que subía y bajaba sus manos, ella levantó la cabeza. Contemplándolo estremecida, murmuró suplicante—: Por favor... déjame entrar en tu vida, yo no te exigiré nada; solo que me dejes amarte. No haré preguntas, tampoco te reclamaré nunca ningún derecho... y jamás habrá otro hombre más en mi vida; ¡solo tú! Estoy perdidamente enamorada de ti, Diego, y ya nada más me importa. Olvida que he sido de otro, para mí el pasado ha muerto, y ahora en mi presente y en mi futuro solo estás tú...

Mientras escuchaba las palabras de aquella jovencita, pronunciadas con tanto apasionamiento e ímpetu, Diego se sacudió emocionalmente; fue como si una punzadura lo partiera en dos. En silencio la miró a los ojos; su belleza tan extraña e impredecible lo fascinó. Toda ella parecía estar rodeada de un



velo de misterio... casi igual a la inolvidable Brunilda.

De pronto, con gesto atormentado, apartó su mirada. Presa de un súbito desasosiego, protestó en su interior: «¡No!, no puedo ilusionarla, ni prometerle cosas que sé que no podré darle, ni tampoco cumplir. No debo sucumbir a su hechizo. Si lo hago, solo me llenaré de más problemas. Tengo que escapar ya... ahora, decirle adiós antes de que sea demasiado tarde».

El viento susurraba apagados gemidos como voces sibilinas que se dispersaban en lejanos ecos que creaban, en torno a ellos, un clima de sensual extravío como incitándolo a perderse de nuevo dentro de esa niña-mujer que acababa de hacer suya... y que ahora intentaba desechar.

Decidido a cumplir con aquella sensata decisión de cortar por lo sano, y alejarse de ella lo antes posible, se enfrentó a la mirada cargada de amor de Trini...

Pero en ese instante algo dentro de él se agitó en medio de extrañas percepciones, como si una poderosa fuerza obstruyera su voluntad de evadirse a la atracción de aquella seductora y peligrosa ninfa.

Ajena a la lucha interna entablada por su amante, ella, sin dejar un instante de acariciarlo con sus manos, en largos y estremecedores recorridos, apoyó la cabeza sobre el hombro de él. Entonces Diego, traspasado por esas nuevas sensaciones, presa de un incontenible arrebató, cerró los ojos y la estrechó contra su pecho. Ante aquel apasionado gesto de él, Trini se estremeció entre sus brazos. Con voz agitada Diego, entre un entrecortado murmullo, objetó:

—Tengo que... ser sincero, y confesarte que... has arañado mi corazón, y ahora este está sangrando. Por favor, olvida el reproche... que te hice hace unos instantes. De verdad te lo digo, no me importa cómo, ni dónde... ni con quién perdiste tu virginidad; da lo mismo. Pero aun así, con respecto a mis sentimientos, tengo que ser honesto contigo. No puedo ofrecerte nada... al menos nada duradero, y tampoco quiero engañarte con falsas promesas. Todo eso que se dice de mí... en especial la peor parte, es verdad. Estoy envilecido... soy un canalla villano, un mujeriego libertino sin escrúpulos... y

muchas otras cosas peores que tú aún ignoras. Pero bueno... lo cierto es que, a pesar de todo eso, jamás engañé a ninguna mujer, y tampoco lo haré ahora... —Después de dudar unos instantes, en un gesto sensual dirigido a ella, al tiempo que acariciaba sus senos con voluptuoso ademán, prosiguió—: Tú... me gustas mucho; sentir tu increíble ardor... y tu vehemencia al entregarte a mí... así, sin reservas y sin ninguna condición, dispuesta solo a gozar del amor físico sin miedo a nada, ni siquiera al pecado ni a la condenación eterna, realmente me ha maravillado... —estableció otra pausa y, con voz cargada de una cierta inseguridad, agregó—: Y... aunque no sé si alguna vez podré llegar a enamorarme de ti, si... tú lo deseas, y aceptas mis condiciones, seremos... amantes.

—Oh, es lo que más deseo en el mundo —exclamó ella en medio de un convulso gemido colocándose de nuevo sobre él en un ademán posesivo.

Seguido a eso, Trinidad, llena de premura, con movimientos experimentados a la vez que entrecerraba los ojos nublados por la pasión, comenzó de nuevo a acariciarlo.

—Eres... increíble —murmuró Diego sofocado por un convulso estremecimiento, mientras volvía a perderse en la profundidad de su entorno.

¿Sería posible que ella fuera la mujer de su vida? ¿La misma que el destino le tenía reservada? Sí, quizás Trinidad Morales era la Eva que él merecía. Ciego de pasión, la rodeó con sus brazos, dispuesto a amarla de nuevo.

Trinidad, entre ademanes posesivos, apoyó sus senos contra el pecho de su amante paladeándolo con excitante avidez mientras saboreaba estremecida la fogosa pasión que él le brindaba... la misma que, por un momento, pensó que había perdido.

Tras volver a amarse con delirante frenesí, a la vez que ambos se quedaban fuertemente abrazados él, con espontáneo gesto le acarició el rostro.

Luego de unos instantes de silencio, como si hablara consigo mismo, Diego expresó:

—He... pensado hacer que arreglen... esa barraca abandonada de la huerta

de enfrente. Allí podremos vernos y... amarnos sin que nadie nos descubra.

Él mismo se asombró de sus palabras, las que rozaban casi un compromiso formal haciéndole comprender que en su interior seguían floreciendo emociones nuevas y perturbadoras que no podía controlar ni tampoco manejar. En ese momento Diego tuvo la impresión de estar a punto de abrir una puerta secreta, y penetrar a otra dimensión de su vida.

Ante aquellas palabras Trinidad, loca de entusiasmo, exclamó:

—¡Eso sería estupendo!, un lugar solo para nosotros dos..., donde podamos amarnos con todas las ansias de nuestra pasión, ¿será así, verdad?

—Sí, claro. Pero... tal como te lo acabo de decir, lo que no puedo... es prometerte fidelidad absoluta; habrá días en que no sabrás dónde estoy... y puede que eso te haga sufrir, y quizás acabarás por odiarme...

Los brazos de Trinidad rodearon el cuello de Diego.

—Yo nunca podría odiarte —le susurró ella a la vez que lo besaba en los labios. Seguido a eso, mirándolo con aire triste, preguntó—: ¿Pero... aun así, con todo eso... que me acabas de decir, podré ser para ti, alguien... muy importante?

Entre ellos se formó un largo y opresor silencio.

—Claro, podrás ser... lo que tú quieras; incluso una amante... eterna, a la que jamás olvidaré —balbuceó él mientras miraba por encima de su cabeza, tal como si buscara una lejanía indecisa en la que ocupar su mente y reflexionar con acierto...

—Entonces, ¿puedo llegar a ser en tu vida, algo así como... tu amante perpetua? —inquirió ella a la vez que sonreía maravillada—. ¡Qué bien suena esa frase!, ¿verdad?

Diego la miró a los ojos.

Ya no había retroceso: acababa de darle a esa niña un rango de amante única y soberana.

—Sí, suena muy bien. Y... si eso te hace feliz, serás mi amante perpetua.

—¡Perpetua! —repitió ella riendo alborozada—. Da la sensación de

eternidad.

Cegado por la fogosidad que en esos instantes volvía a dominarlo, Diego, perdido entre las sombras de su propio desconcierto, cerró los ojos. A continuación, rodeándola con sus brazos, le susurró al oído:

—Ahora... déjame volver a amarte de nuevo. Deseo hacerte mía una vez más... hasta que ya mi vitalidad se acabe...

—Sí; yo también deseo volver a sentirte dentro de mí... lo deseo con todas mis ansias —murmuró restregándose convulsa contra su cuerpo.

Cada inspiración de ella estaba impregnada de su propio deseo, hasta lograr que la combustión de Diego fuera en aumento. Una y otra vez volvieron a amarse, ambos engullidos por una ola de ardorosa lujuria.

A esa hora de la tarde la tierra exhalaba su vaho ardiente. El azul del cielo iba diluyéndose en un tinte rojizo; el silencio de la huerta era roto solo ante los suspiros de saciedad de los amantes y el crujido de las cepas, al dilatarse su corteza resquebrajada por el sol. Para ellos, el atardecer se prolongó hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente Diego aún se sentía abrumado por la impetuosa pasión de Trinidad. Aquella niña mujer, con muchas más sombras que luces, era increíble, intensa, fascinante. Dueña de un magnetismo que llegaba a inquietar en una mezcla de mansedumbre, desparpajo y fogosidad. Diego lo tenía claro; Trinidad Morales era el pecado hecho mujer. Pero eso a él, lejos de espantarlo, lo atraía como un poderoso imán.

A partir de ese día siguieron encontrándose en las huertas, entregados a la volcánica pasión que los unía; sumidos en su propia lujuria sin reflexión, prudencia, decoro ni recato; igual que dos seres irracionales. Diego obtenía de ella el placer que buscaba, retribuyéndoselo en igual medida.

Unos días más tarde, ordenó que comenzaran a arreglar la barraca abandonada y ponerla en condiciones, con todos los enseres, para ser habitada. Y seguido a eso... la noticia de que el heredero de las bodegas Ibáñez mantenía un volcánico y pecaminoso amancebamiento con la hija de

un peón de su padre enseguida se volvió la comidilla de la gente. Así dio comienzo otra escandalosa y pública relación del primogénito de don Pedro; aunque eso a nadie le pareció demasiado extraño.

El matrimonio Ibáñez, a pesar de sentirse preocupado, optó por no hacer ninguna pregunta. Dos semanas después Diego acabó confesándose con sus dos mejores amigos Gustavo y Carlos, con la esperanza de que al menos ellos comprendieran su complicada situación... una situación que ni él mismo podía explicarse. Pero en ningún momento mencionó la palabra *amor*.

Gustavo se alegró de la nueva etapa amorosa de su amigo y lo felicitó deseándole mucha suerte y que todo fuera para bien. Por el contrario, Carlos se mostró decepcionado; él se había hecho ilusiones de que Diego terminaría casándose con su prima Janet, que muy pronto llegaría de visita a España, y esa nueva relación de su amigo, con ribetes tan tempestuosos, le produjo una gran desilusión.

Muy pronto, por todos los rincones de la ciudad empezaron a circular diversos rumores que hablaban sobre el nuevo «juguete» del señorito Diego Ibáñez: «Ese, en materia de mujeres ya no se enderezará más. Siempre ha estado “regando las huertas ajenas” y tomando a las mujeres que le gustan para luego abandonarlas sin importarle nada. Y ahora ha caído rendido ante esa insignificante mujercita, la que ha sabido tejer muy bien sus hilos hasta lograr que el tunante se enrede en ellos». «Tampoco os creáis que esa es una santa. Cuentan que allá en su pueblo, a pesar de su juventud, ha tenido también sus buenas historias, y que además posee fama de manipuladora». «Es verdad, y muchos afirman que es una aprendiz de bruja. Todas las mañanas, mientras él trabaja en las bodegas de su padre, ella visita la casa de cierta hechicera que vive en los montes. Así que... no es de extrañar que al señorito Diego le haya hecho algún conjuro de esos que no se pueden revertir». «Se lo tiene merecido. Al fin una astuta y calculadora mujer lo ha atrapado en sus redes».

A pesar de todas esas opiniones, la mayoría de la gente coincidía en afirmar

que Diego Ibáñez debía de hallarse muy enamorado de la joven huertera... ya que incluso había llevado a la barraca abandonada de la huerta de su padre a un arquitecto para que este comenzara a construir allí una confortable morada. Y todos se hacían la misma pregunta: ¿sería para que ambos siguieran dando rienda suelta a su pasión? ¿Tal vez para vivir los dos juntos, en pecado?, ¿o bien... para cuándo se casaran? Pero... ¿llegaría el primogénito de don Pedro a casarse alguna vez con la joven huertera? De lo único de lo que no había ninguna duda era que esa extraña muchachita se había convertido de la noche a la mañana en la dueña absoluta de aquel donjuán inconquistable.

No obstante, cuando ya los ardores de la pasión se calmaban, Diego, consciente de su nueva situación, parecía sentirse acometido por una notable ansiedad con estallidos de rebeldía que se acrecentaban al reconocer que él aún no estaba preparado para una relación así. Ya que Trinidad Morales... se había cruzado en su vida como un furioso vendaval.

«Si continuo así, ¿cómo acabaré? ¿En qué me estoy convirtiendo?». Se preguntaba, dándose siempre las mismas respuestas: «Justamente en alguien a quien yo siempre he evitado llegar a ser: un hombre corriente, con un trabajo rutinario... y ahora prisionero en las redes de una mujer que me domina con su hechizo».

Un mes y medio más tarde, la barraca estuvo lista para ser habitada. Y un caluroso atardecer Diego y su amante la estrenaron. Dentro de una amplia habitación, destinada para ellos, compartieron una confortable cama de cuatro columnas... hasta que la luz de la alborada iluminó la tierra.

En los siguientes días, a pesar de toda esa abrumadora situación que se les presentaba, ahora con Diego durmiendo fuera de casa, doña Clemencia y su esposo, aunque continuaban muy preocupados, siguieron sin pronunciarse.

Por el contrario, en el seno de la familia de Trinidad, la jovencita era constantemente objeto de violentas reprimendas por parte de su familia, sobre todo de su padre. El señor Morales, sintiéndose humillado de que una de sus

hijas le servía de «sensual pasatiempo» al hijo del amo, no podía soportarlo. Una noche, en medio de un estallido de furia, con gesto amenazante, le gritó:

—¡Eres una golfa pecadora! ¡Siempre has estado deshonrándonos con tus precoces libertinajes! ¡Primero en nuestro pueblo, con aquel escándalo... por el que tuvimos que salir huyendo! ¡Luego en Medina Sidonia, ¿has olvidado que fuiste la culpable casi directa de la muerte del señorito Gonzalo? Vas por ahí diciendo que él murió en un duelo por defender el honor de otra mujer, ¡y tú...! ¡Tú... fuiste la causante de su muerte, por intentar darle celos! ¡Dios bendito! Y ahora aquí, ¿volverá a pasarnos lo mismo? Nos hemos esmerado en criarte como a tu hermana, inculcándote el temor a Dios y sus Santos Mandamientos, ¿y de qué nos ha valido? ¡Eres peor que una ramera! ¡Maldita seas!, ¡estás envilecida! ¡Te ordeno que te apartes de ese hombre!

Pese a sentir miedo de la furia de su padre, Trinidad se enfrentó a él repitiéndole una y otra vez:

—¡No! ¡Nunca lo dejaré! ¡Diego es mi hombre! ¡El único...! ¡Por él sería capaz de cualquier cosa... hasta de morir!

Su progenitor, ciego de rabia, le dio una bofetada. Tras eso, señalándole la puerta, le dijo que, si no cambiaba de pensamientos, tendría que irse de la casa. Trinidad, pese a los llantos de su madre y de su hermana menor, tuvo que abandonar la barraca de sus padres e irse a vivir a la de una vecina. Diego, al enterarse de aquel suceso, se presentó ante la familia Morales. Tras pedir hablar con el padre de Trini, este lo recibió en silencio sin dejar de evidenciarle a su joven amo la vergüenza que sentía. Tras escuchar la decisión del amante de su hija de que él se haría cargo de ella, se quedó atónito.

Aquella insólita resolución dejó a la familia Morales más que conforme, sorprendida. Ese mismo día Diego le manifestó a Trinidad su decisión de que ella se trasladara a vivir definitivamente a la barraca, que ya estaba casi lista incluso con muebles y una tina de baño esmaltada, además de todo lo necesario para albergar a más de tres personas. Ante la propuesta de su

amante, la joven huertera se sintió la mujer más feliz de la Tierra.

Tres días después, Trinidad Morales, llevándose sus escasas pertenencias, y acompañada de Pura, una criada que Diego contrató para que la atendiera en todas sus necesidades, se instaló en su nuevo hogar como «reina y señora».

Diego también le llevó a Pepín para que este, luego de terminar sus horas de estudios, le sirviera de mandadero. El chiquillo, apenas el hijo del amo le hizo aquella oferta, se mostró feliz de poder servirle, aunque solo fuera como criado de su nueva amante, ya que para él eso era un verdadero honor. Y en el momento en que el señorito Diego le preguntó si estaba de acuerdo en lo que él le pedía, Pepín levantó la mano en alto y juró cumplir al pie de la letra el trabajo asignado, por el que también recibiría una paga semanal.

En muy poco tiempo los alrededores de la morada de Trinidad Morales comenzaron a llenarse de fisgones, la mayoría, mujeres... muchas de ellas antiguas amantes del primogénito de don Pedro, que de manera insistente merodeaban por allí. Algunas hasta se atrevían a llamar con la excusa de pedir agua. En esos casos siempre era Pepín quien, con cara de pocos amigos, salía a recibir a las curiosas y, sin responder a ninguna pregunta, mostrándose fastidiado, sacaba agua del pozo que, por lo general, nadie usaba. Para acabar con todos esos molestos inconvenientes, Diego enseguida mandó vallar todas las inmediaciones de la huerta.

Además de eso, el primogénito de don Pedro le regaló a su joven amante una calesa con una dócil jaca; asimismo le contrató los servicios de un viejo cochero para que este, cada vez que Trinidad lo necesitara, la llevara adonde ella quisiera.

Ante el inesperado cariz que día a día tomaban las cosas en su vida amorosa, Diego seguía debatiéndose entre un mar de dudas. Deseaba a Trini de manera increíble y, sobre todo, disfrutaba haciéndole el amor... y dejándose amar por ella. Pero aún no estaba seguro de llegar a quererla ni a necesitarla, como su mujer para toda la vida... ya que en su cabeza aún rondaba, de manera constante, el recuerdo de Brunilda. A raíz de esa



disyuntiva, además de sus constantes dudas, había comenzado a mostrarse parco y llamativamente silencioso.

Muy pronto la mayoría de sus amigos se dieron cuenta de que Diego, desde que se hallaba envuelto en ese impetuoso amorío con la huertera, iba transformándose en un hombre irritable y agobiado. Incluso muchos lo habían visto beber con desusada frecuencia a la vez que, en medio de un murmullo, lo escuchaban repetir: «Quiero emborracharme... hasta perder la conciencia y así olvidarme de ella... al menos por una noche entera». Pero a pesar de eso, Diego siempre amanecía entre los brazos de Trini.

Don Pedro y su esposa, sumidos en la incertidumbre ante aquella anómala circunstancia en la vida del mayor de sus hijos, comenzaban a temer que este, de un momento a otro, se plantara ante ellos para anunciarles: «He decidido casarme con Trinidad Morales, y nadie podrá impedir que sea mi esposa». Y, aunque ambos sabían que esa jovencita no era lo que ellos soñaban para esposa de su primogénito, ante eso no podrían hacer nada por evitarlo. Diego y esa niña vivían en pecado, y esa penosa circunstancia no era buena, ni aceptable para ninguna familia de honor. Además, muchas vecinas le habían contado a doña Clemencia que dicha jovencita estaba siempre sumida en ocultas confabulaciones con brujas y hechiceras, y que incluso utilizaba filtros de amor y exóticos perfumes para conseguir tener a Diego bajo su dominio... y, por lo que se sabía, ya lo tenía bien amarrado.

No obstante, todos esos preocupantes acontecimientos, también había varios otros sucesos que llegaban a sorprender, sobre todo a doña Clemencia, incluso a tranquilizarla; desde que Diego estaba con la joven huertera, había cambiado mucho... cambiado para bien, y en tan poco tiempo. Al menos ahora siempre dormía con la misma mujer y, lo más importante, tampoco había vuelto a meterse en ningún otro problema de faldas, ni en peligrosos duelos.

En cambio, para don Pedro lo único alentador de aquella situación era ver que su primogénito continuaba inmerso en su rutinario trabajo en las

bodegas, lo que llegaba a simplificar, en gran medida, los problemas de embarques. Y también había un sorprendente aumento de nuevos clientes. Por lo demás, no podía dejar de sentirse muy defraudado.

De esa manera, aquel largo y ardiente verano llegó a su fin. A principios de septiembre arribaron a España Janet, la prima de Carlos, junto a su madre, su hermano Edward y dos de sus criados personales. En el puerto de Cádiz fueron recibidos por la familia Temple. Ante la llamativa ausencia de Diego, Janet, que había pensado encontrárselo allí, aunque intentó disimularlo, se mostró muy desilusionada. Ya en Jerez pasaron tres días sin que este se presentara a saludarlos.

Al cuarto día Carlos le envió a su amigo un mensaje. Fue doña Clemencia quien le entregó la misiva a su hijo. Diego, con semblante serio, leyó lo que su camarada le decía: «¿Qué te pasa? ¿Es que has olvidado tu buena educación? ¿Por qué no has venido a vernos cuando sabías muy bien que todos aguardábamos tu visita? Imagino los motivos, pero eso no es excusa para comportarte de esa manera, tan impropia en ti. Te esperamos esta tarde a las siete para cenar con la familia. Yo dejé claro que tu ausencia era por razones de trabajo. Te ruego que me confirmes si vienes o no». Diego, sintiéndose avergonzado, envió a un sirviente con una nota dirigida a Carlos, prometiéndole estar allí a las siete en punto.

—¿Traerás a... esa joven inglesa para que la conozcamos? —preguntó doña Clemencia.

—Si ella acepta, con gusto os la presentaré... —respondió Diego. Y, antes de que ella le hiciera otra pregunta, dirigiéndose a la puerta, se excusó—: Perdón madre, me marcho a las bodegas, aún tengo muchos trámites que resolver allí.

La señora Ibáñez, a la vez que se quedaba con las ganas de hacerle a su hijo más preguntas, en medio de un resignado suspiró, lo observó partir. Esa tarde Diego pidió a los peones de las cuadras que a las seis en punto tuvieran a Rayo cepillado y ensillado con su mejor montura. Después de tomar un

reparador baño, y vestirse con el típico atuendo jerezano, salió al galope rumbo a casa de Carlos Temple. Mientras atravesaba las huertas, recordó la cara de tristeza de Trini cuando le dijo que quizás esa noche no podría ir a dormir con ella.

—Con toda seguridad saldré de allí muy tarde, y mañana tengo que levantarme temprano —le dijo mientras intentaba hacerle entender el serio compromiso que tenía con su amigo.

—¿Ha venido una prima de ese joven..., desde un país, más allá del Mar del Norte, verdad? —le había cuestionado ella.

—Sí, más allá de ese mar... está Inglaterra —mirándola sonriente, añadió —: Si me lo permites... yo puedo enseñarte algo de geografía, y también de historia. Así sabrás mucho mejor la ubicación de algunos países. ¿Qué dices a eso?

Ella, tras un gesto indeciso, asintió con la cabeza. Seguido a eso, volvió a preguntarle:

—¿Vas a visitarla a ella?

—Sí, claro... y también a su familia. La joven es la hija de un tío de Carlos Temple; los conocí en uno de mis viajes a Londres, donde estuve hospedado en su casa.

Trini, con gesto de aflicción, sin lograr ocultar sus celos, preguntó:

—¿Es bonita?

Diego la miró con ternura. Sonriéndole comprensivo, le susurró:

—Tú eres mucho más bonita; no temas, ya sabes que yo aún sigo... estando loco por ti.

Y, después de hacerle el amor, la dejó más tranquila. Mientras se despedían, ella le ofreció sus labios. De pronto la escuchó exclamar:

—Igual estaré esperándote ansiosa de... volver a estar entre tus brazos. Pasar una noche sin ti, sin tu calor... será un martirio.

Realmente las demostraciones de amor, y la devoción que Trinidad le brindaba provocaban en Diego un cúmulo de sentimientos contradictorios,

agravados ante el hecho de que, junto a ella, apenas la pasión se le acababa, experimentaba un gran vacío carente de emociones.

A galope, Diego atravesó los límites de la Vega. El incipiente otoño ya extendía su manto de oro sobre los campos. A esa hora los pájaros trinaban soñolientos mientras planeaban a baja altura, próximos a buscar sus nidos.

Al llegar a las tierras de los Temple, Diego aminoró la marcha hasta detener su cabalgadura. Desde allí se podían ver en toda su magnitud los extensos olivares con infinidad de ejemplares, la mayoría muy viejos de troncos retorcidos y verrugosos. Mientras los contemplaba, Diego recordó cuándo una tarde, siendo aún niños, en el momento en que Carlos y él paseaban por allí, acompañados del padre Manuel, este, deteniéndose a mirarlos con notable admiración, exclamó: «¡Qué belleza! Me aparece estar ante mismísimo Jardín de *Getsemaní*, cuando de joven visité el Monte de los Olivos en Jerusalén. En ese huerto fue donde Jesús oró la última noche antes de ser arrestado...». Y realmente aquel interminable conjunto de añosos árboles, de bíblica hermosura, conferían a ese entorno un lugar mágico; ideal para meditar y también para recuperar la paz del espíritu.

Tras permanecer unos minutos allí, luego de espirar una bocanada de aire, el joven reanudó la marcha. Cuando llegó a los portales de la casa de los Temple, Diego detuvo a su caballo. Desde ese ángulo divisó algunas personas sentadas debajo de la glorieta del jardín. Con ademán cariñoso, acarició el cuello de Rayo y le susurró:

—Bueno, amiguito, ahora vamos a saludar a los que nos esperan. Y tú ya lo sabes, ¿eh?, demuéstrales a esos extranjeros todo lo que sabe hacer un buen caballo jerezano.

Antes de llegar, a unos dos metros de separación del grupo formado por Carlos y su familia, Diego dio una orden a Rayo, y este de inmediato empezó a marchar de lado, en un trote corto. Seguido a eso, flexionó las rodillas y, en una magnífica reverencia, efectuó un gracioso saludo.

Todos comenzaron a aplaudir con gran entusiasmo. A continuación, Diego

saltó de su montura entregándole las riendas a un criado; después se quitó el sombrero y se acercó a la familia Temple, que lo aguardaba expectante. De una rápida ojeada, Diego vio que Janet, de pie, un poco más atrás de su madre, lo miraba con fijeza.

Carlos, tras coger a su tía del brazo, le dijo en inglés:

—Tía, aquí tiene usted a Diego.

—Mi querido joven, ¿cómo estás? —saludó la dama sonriéndole encantada.

—Muy bien, *lady* Margaret —respondió el recién llegado, en su mismo idioma, mientras besaba su mano—, es un placer tenerla con nosotros.

—Qué alegría saludarte. Tienes un caballo muy hermoso y muy bien adiestrado —agregó ella con los ojos puestos sobre el animal que, de la mano del mozo de cuadra, ya se alejaba.

Diego, con sonrisa amable, exclamó:

—Muchas gracias, se llama Rayo. Y sí, de verdad estoy muy orgulloso de él. —Seguido a eso, con ademán un tanto avergonzado, añadió—: Lamento no haber podido venir enseguida; en estos días he estado con mucho trabajo. Espero que España les haya dado a ustedes la mejor de las bienvenidas. Pero... ¿y *Sir* Dickon? ¿Por qué no ha venido?

La tía de Carlos, con sonrisa pesarosa, adicionó:

—No ha podido. A pesar de sus deseos, ha tenido que quedarse en Londres, por sus negocios.

—Qué lástima. Me hubiera gustado mucho verlo por aquí.

Volviéndose hacia la madre de Carlos, luego de besar su mano, le preguntó:

—¿Cómo está usted, doña María?

—Muy bien, Diego, celebro verte. Carlos me ha dicho que sigues al frente de las bodegas, sin desmayar.

El aludido, echándose a reír, en tono de chanza apuntó:

—Así es, ahora soy... lo que se dice un hombre de trabajo... muy ocupado.

Mientras hablaba, Diego notaba fijos sobre él los ojos de la joven inglesa.

Al fin, acercándose a ella con una cortés inclinación de cabeza, la saludó

sonriente:

—Hola Janet, me alegra mucho verte. ¡Estás preciosa!, veo que el aire de Andalucía te ha sentado muy bien.

Mientras le besaba la mano, ella expresó:

—Gracias. A mí también me alegra volver a verte. ¡Aunque incluso llegué a creer que eso no sucedería nunca! —Su voz había sonado un tanto irónica. A continuación, mirándolo de arriba abajo, apuntó—: Me encanta tu indumentaria...

—Celebro que te guste. Es el traje típico jerezano; me lo he puesto en vuestro honor.

—Oh, gracias... y he de reconocer que te ves muy guapo con él —murmuró con ademán exquisito. Sin cambiar de actitud, agregó—: Opino como mi madre, tu corcel es magnífico, y muy bello, además.

—Agradezco vuestros halagos; sé lo mucho que los ingleses entendéis de caballos. Este hermoso ejemplar es hijo de un soberbio semental que me robaron y de una jaca de pura sangre árabe.

Lady Margaret, acercándose a ellos, agregó:

—Tiene un aspecto imponente, además de un paso marcial pleno de elegancia. De verdad, por lo que he visto en estos días tenéis en España caballos muy hermosos.

Diego miró cariñoso a la tía de su amigo y, sonriéndole con notable complacencia, manifestó:

—Desde épocas remotas los caballos del sur español, sobre todo los de Jerez, fueron el espejo de la nobleza andaluza considerados, a más de la belleza de su porte, animales fuertes y majestuosos formados por siglos de diarias batallas. —Al ver que Janet y su madre lo escuchaban con notable atención, agregó—: Se cuenta que, cuando el emperador Carlos V para los alemanes, y Carlos I para los españoles...

Lady Margaret, mirándolo intrigada, lo interrumpió:

—¿Te refieres al hijo de Juana la Loca... y Felipe el Hermoso? —preguntó

mientras esbozaba una sonrisa—. Es que... antes de venir, hemos estado leyendo un poco de vuestra historia...

—Oh, de verdad eso para mí es un verdadero honor —expresó Diego—. Sí, Carlos I fue el hijo de doña Juana, apodada *la Loca*. Pues se dice que un día, este, al pasar por Cádiz, quiso competir en una carrera de lanzas con los jinetes más famosos de la Tierra, que no eran otros que los jerezanos. En el primer encuentro al rey emperador le rasgaron el ropaje hasta hacerle salir sangre. Y cuentan que allí su esposa, mirándolo molesta, le dijo: «¡Mejor reserva tu lanza para gentes menos diestras... que estos hombres tan expertos y hábiles!».

—Qué anécdota interesante —replicó Janet—. Espero que sepas muchas más, así podrás contármelas; me encantará escucharlas.

—Oh, para mí será un verdadero placer hacerlo —replicó Diego devolviéndole la sonrisa.

Unos metros más atrás, Edward conversaba con su tío y su primo. El joven inglés, al ver que Diego se les acercaba, con ademán afectuoso, le tendió su mano y exclamó:

—¿Cómo estás, Diego?

El joven Ibáñez se echó a reír.

—Muy bien, un gusto saludarte, Edward.

Durante unos minutos Diego se enzarzó en una animada conversación con todos ellos. Rato después, tras acercarse de nuevo a Janet, que continuaba con los ojos fijos en él, inquirió afectuoso:

—Y qué, ¿te gusta España... mejor dicho, Andalucía?

—Sí, me parece muy pintoresca —repuso ella con sonrisa coqueta; sin cambiar de gesto añadió—. Al acercarnos al puerto, nos quedamos sorprendidos ante la hermosa bahía de Cádiz, y la ciudad tan blanca contrastando con el azul del cielo y del mar...

—¿Hasta cuándo os quedaréis? —volvió a preguntar Diego.

—Quizás, hasta mediados de octubre.

—¡Estupendo! Así podréis disfrutar en varias de nuestras fiestas populares. Janet esbozó una amplia sonrisa; tras eso sugirió:

—Espero que me llevarás a tu casa; siento muchos deseos de conocer a toda tu familia.

—¡Encantado!, mi madre también me propuso lo mismo. Apenas tengáis tiempo disponible, organizaremos una cena, o un almuerzo... como os venga mejor. En nuestra casa todos estarán muy contentos de recibirlos.

En ese momento doña María, dirigiéndose al grupo, exclamó:

—¡Ya está oscureciendo, vamos adentro! Antes de cenar nos delectaremos con un rico aperitivo.

Para Diego aquella velada resultó extenuante y casi agotadora, la que incluso se acentuó más durante la cena al percibir las pupilas de Janet, de manera insistente, fijas en su persona mientras desplegaba con él un discreto, pero continuo, coqueteo.

Cuando pasaron al salón, la inglesa se las ingenió para quedarse a solas con Diego. Apenas tomaron asiento, le preguntó:

—¿De modo que mi prima Brunilda y tú os volvisteis a ver...?

Diego permaneció unos instantes en silencio mientras por su mente, como un torturante torbellino, recordaba su reencuentro con la prusiana durante el baile social.

—Si, y te confieso que... me sorprendí mucho de encontrármela aquí... justamente en esa fiesta. Para mí fue algo inesperado —respondió vacilante mientras se esforzaba por mostrarse natural.

Janet, con un gesto indiferente de su mano, manifestó:

—Mi prima, últimamente ha estado viajando mucho con su cuñada; antes de venir a España estuvieron en Portugal, ya que Matilde tiene allí una casa. Creo que ahora deben de hallarse en alguna ciudad de Italia. Como ya sabes, ella está a punto de recibir la llegada a su prometido... o quizás ya están juntos. —Mirándolo a los ojos le pidió—: Cuéntame más cosas de esa fiesta, ¿Bruny... habló contigo? ¿Te contó algo...?



—No, nada. La invité a bailar, pero se negó —confesó echándose a reír—. Ya sabes que tu prima no me tiene mucha estima. —Decidido a evitar seguir con ese tema, añadió—: Ahora, hablemos de ti.

—No, mejor hablemos de ti —replicó ella parodiándolo con una sonrisa—, ¿cómo están tus cosas?, me refiero a las personales.

Luego de una tensa pausa, Diego murmuró:

—Bueno, en estos últimos tiempos... mi vida se reduce casi totalmente al trabajo en las bodegas de mi padre.

—Pero... ¿aún no te has enamorado? Quiero decir: ¿enamorado de verdad? —volvió a preguntar Janet.

Diego, tras un nuevo intervalo, aspiró una bocanada de aire. Luego, a la vez que procuraba mostrarse completamente sincero, respondió:

—No voy a mentirte; quizás... tú ya lo sabes: desde hace unos meses estoy viviendo un romance... con una joven de la que... aún no sé si estoy realmente enamorado. Todo fue tan rápido que al día de hoy aún no logro responderme a las preguntas que yo mismo me hago sobre mi estado personal —acabó con cierta turbación.

En el rostro de Janet se marcó un gesto desilusionado, que en vano intentó disimular. Luego de tomar aire, mirándolo expectante, murmuró:

—Presiento que se trata de... algo muy complicado, y no creo que el amor tenga que ser así, puesto que una persona enseguida sabe si está... o no está enamorada. Quizás te sientes presionado por... las circunstancias —acabó evasiva.

Diego volvió a quedar pensativo.

—No estoy con ella por obligación, todo lo contrario —respondió lacónico, mientras observaba sorprendido que Janet, con semblante atormentado, se mordía los labios.

—¿Quién es la joven?, ¿tus padres están conformes?

Ante la pregunta de la inglesa, él negó con la cabeza y respondió:

—Se llama Trinidad Morales, es de condición humilde. Y... no creo que

mis padres estén muy contentos, ni muy conformes.

Con una mueca nerviosa, que procuraba enmascarar, Janet volvió a morderse los labios.

—Por favor... respóndeme a esta pregunta: ¿piensas... hacerla tu esposa?  
—Su voz denotaba una inusitada angustia, que intrigó aún más a Diego.

—Todavía... no sé lo que haré.

Janet, mostrándose cada vez más alterada, le dijo:

—¿Sabes?, todos estos meses... desde que nos despedimos en mi casa, he pensado mucho en ti. Y también he recordado el... beso que me diste. —  
Mirándolo anhelante, inquirió—: ¿Tú... no lo habrás olvidado, verdad? —Un tanto avergonzada, añadió—: Bueno, ya lo dije.

Diego, ante la abrupta confesión de la inglesa, se quedó mirándola aturdido.

—Janet, ¿qué quieres decir con eso? —preguntó con inusitada ansiedad.

Ella cerró los ojos y confesó:

—Lo que has entendido. Que estoy enamorada de ti; me di cuenta apenas tú y Carlos dejasteis Londres. Mi madre enseguida descubrió mi secreto; por eso estamos ahora aquí. Ella, a pesar de su miedo a los viajes por mar, estaba entusiasmada por acompañarme para ver si tú... y yo, nos comprometíamos.

El rostro de Diego se ensombreció. El impacto ante la confesión de Janet fue para él demasiado fuerte.

—No puedo creerlo —musitó a la vez que movía la cabeza con pesar.

Janet logró sonreír.

—Bueno, tenía que confesártelo. Pero... no te preocupes, ni te pongas mal. Sé muy bien que, cuando una partida se pierde, hay que saber retirarse a tiempo. Comprendo que he llegado demasiado tarde a tu corazón. —Aspiró una bocanada de aire, y agregó—: Quiero que sepas que tampoco soy de las mujeres que se mueren de amor; era consciente de que podía encontrarme con algo así. —Lo miró a los ojos y, con voz un tanto quebrada, prosiguió—: Deseo que... ante todo, sigamos siendo amigos; por favor... olvida lo que acabo de decirte.

Él continuaba observándola muy serio.

—Janet, ¿cómo olvidar algo así? —replicó abatido—. No me imaginaba que entre tú y yo... pudiera pasar algo como esto, después de lo que me dijiste en Londres... aquella noche en que nos despedimos tras el beso que te di... y del que no me he olvidado. Además, estaba seguro de que Carlos te había contado mi actual situación sentimental —concluyó mientras apretaba la mandíbula.

—No, mi primo no me dijo nada. Solo se mostró evasivo a mis preguntas sobre ti, y ahora comprendo el porqué. Y también de tu falta de interés ante nuestra llegada. Por favor, Diego, quédate tranquilo... yo estoy bien —se echó a reír y, mirándolo a los ojos, exclamó—: Y... como sea, quizás aún tengo tiempo de enamorarte, ¿verdad? A lo mejor enseguida descubras que... ella no es la mujer de tu vida, entonces yo... —Se calló de golpe. Después, poniéndose precipitadamente de pie, repuso—: No hablemos más de eso, vamos a reunirnos con los demás...

Durante el resto de la velada, Diego se mantuvo silencioso. Cuando salió de allí, más temprano de lo que había previsto, tuvo la sensación de que una mano le estrujaba el pecho. De pronto, mientras galopaba de regreso, sintió la necesidad de hablar con alguien.

## Capítulo 2

### ENTRE EL HASTÍO Y LA EXALTACIÓN

A trote corto Diego penetró en las bodegas, y desde ahí guio a su caballo hacia la casa de piedras blancas rodeada de árboles, donde vivía el administrador y su hijo.

Gustavo, al verlo aparecer con aquella expresión taciturna, marcada en el rostro, lo miró extrañado. No obstante, sin hacer preguntas a la vez que esbozaba una alegre sonrisa, exclamó:

—Qué milagro verte por aquí... y a estas horas.

En silencio se dirigieron a la cocina y tomaron asiento.

Gustavo, al ver que Diego seguía callado, lo interrogó:

—¿Te pasa algo? Espera, te serviré una copa de vino.

—No, deja; no deseo tomar nada.

Mirándolo chancero, Gustavo masculló:

—Oh, qué novedad. Desde un tiempo a esta parte se te ha visto beber con desusada frecuencia. Bueno... a ver, ¿qué te ocurre? Te noto muy extraño.

—Solo deseaba hablar con alguien... que me comprendiera.

Gustavo rio complacido.

—Entonces has venido al sitio adecuado. Despáchate con tranquilidad; mi padre duerme, y yo acabo de llegar de casa de Rosario. Y, como mañana es sábado, no tengo sueño ni apuro de nada.

Diego, pasándose la mano por el pelo, masculló:

—Mejor sírveme esa copa de vino que me ofreciste... del más fuerte que tengas.

Gustavo se puso de pie y cogió una botella; luego de llenar dos copas, agregó:

—Ya sabes que este jerez, aunque del barato, es un verdadero quitapenas. Como dice mi padre, un vino muy espirituoso... y también muy peleón.

Después de un brindis, ambos se bebieron todo el contenido. Diego, entregándole su copa vacía a Gustavo, le pidió:

—Sírveme otra, y para ti también.

—Claro, pero recuerda que yo no tengo tu mismo aguante.

—Aun así, acompáñame; no me dejes beber solo.

Gustavo obedeció. Rato después, tras varias rondas, el dueño de casa parecía estar ya bastante achispado.

—Dicen que borracho se ve la vida mejor —murmuró Diego a la vez que en su rostro se marcaba un rictus de notable hastío. Sin cambiar de gesto, agregó—: Y quizás tengan razón.

Gustavo, pasándose la mano por el pelo, expresó:

—Puede ser, pero a mí enseguida me perturba bastante anulándome el entendimiento. Dichoso tú que bebes con tanto arte, sin que casi nunca se te note la embriaguez.

Era verdad; el primogénito de don Pedro Ibáñez, a pesar de no poseer un paladar exquisito, ni refinado olfato en cuanto a vinos, bebía con verdadero estilo igual que aquel Anacreonte de las fábulas del que se decía alababa los placeres de la vida, del amor y del buen vino. Pero en ese momento, lo que más deseaba Diego era justamente experimentar el olvido, o alguna modificación a sus ideas y pensamientos.

Un rato después Gustavo, con voz pastosa, le pidió:

—Apresúrate a confiarme tus problemas antes de que me emborrache del todo y no pueda entender nada de lo que me cuentes. Dime, ¿qué te tiene tan

preocupado?

Diego, tras de una profunda inspiración, objetó:

—No lo sé; es algo a lo que... no logro hallar una explicación concreta. Para resumirlo, solo puedo decirte que... me siento ahogado...

Gustavo lo contempló aturdido.

—¿Ahogado?, pero... ¿de qué estamos hablando? Aclárate, que no me entero.

—Lo diré de otra manera; me siento atrapado en una situación que... no sé cómo manejar —aclaró Diego con gesto indeciso.

Gustavo, con notable sorpresa, preguntó:

—¿Atrapado?, ¿atrapado por Trinidad Morales?, ¿hablamos de ella, verdad?

—Sí, desde que estoy con Trini, tengo el corazón y los sentidos llenos de extrañas sensaciones, pero ninguna puede definirse de la manera como todos lo esperan...

Gustavo, mirándolo cejijunto, replicó.

—Aún no me entero de nada, ni tampoco entiendo lo que quieres decir.

Diego, luego de beber de su copa, murmuró:

—No te preocupes; tampoco yo me entiendo.

—A decir verdad... —comenzó a decir Gustavo—, a mí me da mucho placer verte tan cambiado... incluso ya no has vuelto a meterte en ningún otro escandaloso problema de faldas, ni tampoco en esos peligrosos duelos que tanto dolor de cabeza causaban a tu familia. Y eso, a todos los que te queremos de verdad, nos da mucha alegría. Hoy tu padre decía esto mismo... y también dejó claro que, a pesar de que aún no cumpliste tu promesa de buscarte una digna esposa, estaba bastante complacido contigo. Y que... aunque esa jovencita, con la que vives en pecado mortal, no era la mujer que tu madre y él soñaban para ti... ni para madre de sus nietos, aseguró que hasta aceptarían gustosos que te decidieras a hacerla tu esposa de una vez por todas. —Con gesto reprobador, siguió—: Porque... la verdad sea dicha, la

manera como tú y Trini estáis llevando ese amor va contra Dios y la moral de la sociedad en la que vivimos... sobre todo la tuya. Y en situaciones así la gente se escandaliza aún más.

Con un ademán despectivo, Diego prorrumpió:

—¡A mí no me importa la gente!, soy consciente de que mi nombre jamás podrá estar limpio, dentro de esta hipócrita sociedad. —Echándose a reír, añadió mordaz—: Todas las esposas de los amigos de mis padres me han retirado el saludo..., y también algunas de sus hijas. Aunque eso a mí también me tiene sin cuidado...

—Pero a Trini las murmuraciones la están despellejando viva —replicó Gustavo—, ya se escuchan injuriosas calumnias sobre su deshonroso comportamiento.

—Tampoco a ella le importa la opinión de la gente. —A la vez que levantaba el brazo en un gesto iracundo, profirió—: ¡No obstante espero que delante de mí nadie se atreva a calumniarla! Pienso protegerla como sea de esas «fieras despiadadas» que se esconden tras una máscara de falsa dignidad —estableció una pausa. Seguido a eso, tras desinflarse anímicamente, con remarcada pesadumbre, agregó—: Lo que ahora me preocupa es... esto que me sucede a mí con Trinidad. Porque, aunque debo reconocer que me tiene subyugado, sé.... que no estoy enamorado de ella; en cambio ella parece obsesionada conmigo. Y, ¿sabes una cosa? es justamente esa misma devoción tan exagerada que Trinidad siente hacia mí lo que más me asusta... y me espanta de ella... y a la vez lo que más me ata a su persona. He de confesarte que Trini es, en mi vida, algo... para lo que yo aún no estaba preparado; algo así como una ráfaga de aire caliente que ha empezado a consumirme.

—Madre mía, ¡qué comparaciones haces!, pero ella te hace feliz, ¿verdad?, y además te contiene; eso no lo puedes negar —replicó Gustavo riendo.

Tal como si hablara consigo mismo, Diego a la vez que asentía con la cabeza, comenzó a decir:

—Sí, Trinidad ha hecho de mí... lo que ninguna otra pudo lograr.

Asimismo, siempre está repitiéndome que se siente la mujer más dichosa de la Tierra... con solo ser mi amante, y que no desea otra cosa que no sea complacerme —volvió a signar otra pausa luego; tras unos instantes de vacilación, prosiguió—: Lo que a mí más me sorprende es darme cuenta... de que en nuestra relación siempre es ella la que lo controla todo. Cada noche me espera en medio de extraños rituales... que llegan a atontarme, cubierta solo con una provocativa bata; la tina de baño llena de agua caliente y perfumada con misteriosas fragancias, que parecen entorpecer aún más mis sentidos. Y lo peor es que... ¡no me deja hacer nada!

—¿Que no te deja hacer nada? —repitió Gustavo—. Cada vez te entiendo menos...

—Me refiero a... cuando yacemos juntos en la cama, ni siquiera me permite que sea yo el que inicie el cortejo, ni el momento de poseerla. En esos instantes tan delicados... siempre es ella la que siempre lo maneja todo... y todo lo hace con increíble maestría y profesionalidad, igual que una experimentada meretriz. Y ya sabes que de ese tema... yo entiendo mucho. —Mientras Gustavo lo observaba atónito, Diego bebió de su copa, que apuró hasta el fondo. A continuación, agregó—: En definitiva, los momentos en que estoy con Trini... es como si me hundiera en un loco torbellino, rodeado de extraños sortilegios. —Con expresión grave miró a su amigo y siguió—: Porque junto a ella siempre tengo espejismos, visiones eróticas que se agolpan en mi cabeza hasta adormecerme y, cuando desaparecen no logro recordar nada en concreto, solo siento desazón y un gran malestar. A veces me pregunto: ¿No estaré bajo los efectos de un hechizo? —acabó en una mezcla de hastío y mortificación.

Gustavo volvió a llenarle a Diego su copa de vino. Tras eso, con expresión confundida, confesó:

—La verdad... no sé qué decirte. Solo que... si no te sientes bien a su lado, ¿por qué no te alejas de ella?

—Ojalá pudiera hacerlo —prorrumpió Diego meciéndose el pelo con la



mano—, pero las horas que me separan de su contacto... de su presencia, son también insoportables. Y... cuando la tengo entre mis brazos experimento un goce indescriptible... de increíble exaltación.

—Vaya... esto no hay quien lo entienda. Y lo peor es que yo... a nada de lo que me has contado le veo el lado malo, al contrario —repuso Gustavo meditabundo.

Por unos instantes Diego lo contempló fijamente.

—No has comprendido nada de lo que te he explicado, ¿verdad? —inquirió ceñudo—. Lo que intento hacerte entender es que... la manera tan servil y obsesiva de Trini de velar por mí me asfixia... y me perturba de una manera que no puedo asimilarlo. Todo lo hace como si lo hubiera aprendido de memoria; es controladora y desconcertante... y también extraña y oscura. No tiene curiosidad por nada, ni por nadie. Y yo creo que una mujer sin curiosidad carece de vida interior, del sentido del humor, de la gracia... y hasta de la inocencia. Le he hecho regalos que otras estarían locas de contentas... pero ella ni los mira. Solo tiene ojos para mí, soy su obsesión y eso me abruma hasta llegar a agobiarme y desear incluso huir de su lado. — Con aire extenuado, añadió—. Hay momentos en que incluso siento miedo; nuestra relación no es normal. Trini actúa como si yo le perteneciera por completo, como si para ella no existiera en el mundo nadie más que yo.

Gustavo lo contemplaba ceñudo.

—¡Demonios, Diego!, ¿y te quejas por eso? ¡Cuántos quisieran estar en tu lugar! ¿No te das cuenta de lo afortunado que eres?, has encontrado a una mujer que te lo da todo sin pedirte nada a cambio; solo que la quieras..., ¿y te sientes insatisfecho? Esa jovencita puede llegar a ser la mujer perfecta.

Diego resopló angustiado:

—Pero... eso es justamente lo que no soporto. Quisiera que fuese más imperfecta; que me contara sus cosas, algún cotilleo... chismorreos con amigas, ¡no tiene amigas! ¿Lo puedes creer? Aún no sé lo que le gusta, ni lo que le disgusta, ni cuáles son sus sueños, ni sus anhelos. Y, cuando quiero

hacerle entender eso, ella me cierra la boca con un largo beso..., y allí yo pierdo mi capacidad de razonar y me hundo en una vorágine de ardiente lujuria en la que siempre termino quemándome. Pero luego, apenas se me acaba la pasión por ella, siento gran vacío dentro de mí, incluso mucha insatisfacción. Ya no me interesa estar con otras mujeres; eso es la más pura verdad... pero tampoco estoy seguro de querer pasar el resto de mi vida con Trini, creo que no lo soportaría. Sería como vivir de manera constante entre la exaltación y el hastío.

Gustavo le puso la mano en el hombro. Con voz entre sombría y reprobadora, exclamó:

—Pero ahora tienes con ella... una gran responsabilidad, tú fuiste su primer hombre.

—Tampoco fue así, ella ya no... —exclamó bruscamente. De pronto, a la vez que se mordía los labios, se calló de golpe. Con ademán nervioso se lamentó—: Maldición, no debí decir esto.

Su interlocutor lo observaba sorprendido.

—¿Cuando la tomaste... por primera vez ya... no era virgen...? —preguntó perplejo.

Diego continuó:

—No, antes de ser mía, ya había sido de otro hombre.

—¡Diablos!, ¿y aun así... la has hecho tu amante fija, poniéndole casa, sirvientes... incluso una calesa y cochero a su entera disposición?

—¿Y eso qué tiene que ver? No creo que la virginidad de una mujer sea lo más importante para un hombre. Ese pensamiento me parece muy primitivo.

—¿Primitivo? —prorrumpió Gustavo con expresión atónita—. Pero... ¿cómo puedes decir eso? La virtud de una mujer lo es todo para la dignidad de un hombre; lo ha sido siempre y seguirá siéndolo. De verdad, esto sí que no me lo esperaba.

Diego, señalándolo con el dedo, le pidió:

—Escúchame con atención: no quiero, por nada del mundo, que esto

trascienda. ¿Recuerdas lo que te dije un día? «Un verdadero caballero no tiene memoria cuando se trata de la moral de una dama». No era mi intención dejar al descubierto nada sobre... la intimidad de Trinidad, pero necesitaba desahogarme... y tú eres, junto a Carlos, uno de mis mejores amigos. Y justamente es contigo con el que me he confesado, de modo que espero guardes silencio...

—No te preocupes, de mi boca nadie lo sabrá nunca —le prometió Gustavo. Seguido a eso, se quedó pensativo unos segundos. A continuación, tras levantar una ceja en ademán interrogativo, preguntó—: ¿Ahora venías de ver a la inglesita, verdad?

—Sí, estuve con ella y su familia.

—Y, ¿no sentiste nada especial de volver a verla?

—No. No sentí nada. Y lo peor es que... Janet acaba de confesarme que está enamorada de mí, ¿lo puedes creer? Como ya lo ves, ahora en mi vida hay un enorme conflicto emocional, y no quiero dejar que eso me atormente.

El dueño de casa lo miró suspicaz.

—Definitivamente, eres un rompecorazones —rebatía mientras lo señalaba con el dedo—. Quizás todo esto sea un castigo por tus andanzas pasadas. Ahora tendrás que ver de qué manera puedes solucionar el conflicto que tienes con tu amante.

Diego no contestó. Luego de beberse el resto de vino, se puso de pie. Gustavo, mirándolo preocupado, le preguntó:

—¿Ya te marchas? ¿Acaso... mis palabras te han ofendido? Si es así, te pido disculpas.

—Tus reproches nunca podrán ofenderme —exclamó su amigo palmeándole la espalda en actitud desolada—, además, tienes toda la razón. Me voy porque... tanto hablar de Trini me ha entrado el deseo de estar con ella. Ya lo ves... esa mujer me tiene completamente amarrado con su hechizo.

Minutos después, Diego llegaba a la casa de su amante. Trinidad, tal como

si lo esperara, apenas él traspuso la puerta, se quitó la bata y, tirándose a sus brazos, musitó:

—Sabía que vendrías...

Él la contempló unos instantes entre anhelante y pesaroso. La mortecina luz de la lámpara de aceite le daba a su piel un resplandor de nácar. En medio de un lánguido suspiro, la besó con fuerza. Seguido a eso, Diego se desembarazó de su ropa y, levantándola en vilo, la depositó en la cama inmovilizándola con su cuerpo.

A la vez que lo miraba codiciosa, Trinidad le rodeó el cuello con sus brazos y comenzó a restregarse contra él, en insinuantes movimientos, a la vez que enroscaba sus piernas a la cintura de su amante, paladeándolo con avidez... y marcándolo como suyo, igual que una gata en celo, mientras se repetía en su interior: «¡Me perteneces! ¡Eres mío!, ¡solo mío! ¡Y nunca serás de ninguna otra! ¡Ni siquiera de esa maldita extranjera que ha venido a enamorarte!».

Diego, ebrio de exaltada ansiedad, descendió sobre ella penetrándola con fuerzas. Y, en cada jadeo de aquella salvaje cópula, a Trini le pareció sentir como si él mismo le respondiera: «¡Sí! Jamás habrá otra mujer en mi vida, solo tú... solo tú; la única, la eterna... la inmortal». Tras eso, ambos acabaron inmersos en el paroxismo de un violento fuego que amenazaba consumirlos.

La presencia de Janet no logró alterar las relaciones entre Diego y su amante. Trinidad siguió sintiéndose su dueña absoluta, dedicada por completo a complacerlo. Y, aunque sabía que él casi todos los días iba a casa de los Temple, ella, a la vez que se tragaba su rabia, permanecía imperturbable. y cada noche, cuando su amante regresaba, lo recibía con la misma apasionada mansedumbre y sin hacerle ningún reproche.

Doña Clemencia envió las invitaciones a Carlos, y a su familia inglesa, para el sábado siguiente donde pensaba agasajarlos con un gran almuerzo típico de Andalucía. En los días previos a ese evento, Diego, Carlos y sus primos salieron a dar numerosos paseos a caballo y en calesa, acompañados por un alegre grupo de jóvenes de ambos sexos amigos de los jerezanos, en los que

también organizaron meriendas campestres por las cercanías de los legendarios castillos de Gigonza y de Berroquejo, a la vez que los jerezanos les narraban las historias de sus antiguos moradores que, por lo general, dejaba a los ingleses muy sorprendidos.

Janet y Diego mantenían frecuentes y largas conversaciones en las que, la mayoría de las veces, él pasaba por alto las palabras que ella, igual a dardos encendidos, dejaba caer sobre su persona. La inglesa le coqueteaba con perturbador encanto hasta llegar a provocar en el español un inquieto nerviosismo que le costaba asimilar. Una tarde, en que ambos estaban enfrascados en sus habituales «duelos verbales» ella, a boca de jarro, con solapada sonrisa le dijo:

—Desde que estoy aquí he podido comprobar que lo que siempre había leído sobre las mujeres de España... ¡era verdad! ¡Todas son anónimas! Su virtud consiste únicamente en la austeridad, el recato, el temor de Dios... junto a la sumisión y servidumbre al esposo. ¡Es peor que en Inglaterra!, aquí solo se les permite participar en problemas hogareños y en tontas frivolidades. Su instrucción no puede ir más allá de saber leer, escribir, bordar y tocar el clavicordio... y eso, según también la entidad a la que pertenezca. Qué diferencia tan abismal con las mujeres francesas, ¿verdad? Allí todas tienen un papel más brillante en la sociedad, tomando parte activa en las tertulias literarias, políticas e influyendo incluso en asuntos de Gobierno. Diego asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo. En ese aspecto España es aún una tierra primitiva donde la mujer siempre está unos pasos detrás del hombre. Quizás sea el único legado negativo que nos dejaron los musulmanes.

—Yo acusaría más bien a vuestra Iglesia Católica.

Diego, mirándola sarcástico, replicó:

—En ese terreno es mejor no entrar; España fue, es y será católica, católica... y católica hasta la terminación de los siglos.

Como ya estaba previsto, ese sábado Carlos Temple llevó a su tía y primos

a casa de la familia Ibáñez, donde fueron recibidos con todos los honores. Don Pedro, como buen anfitrión, mantuvo un perfecto comportamiento propio de un caballero andaluz a la vez que prodigaba a sus invitados, con refinada cortesía, las debidas atenciones y, como él no sabía nada de inglés, su esposa y sus hijos se lo traducían todo.

Doña Clemencia se quedó encantada con la familia inglesa de Carlos Temple; se entabló entre todos una corriente de cordialidad y empatía. A su vez Úrsula congenió con Janet y enseguida ambas comenzaron a hablar de música y de literatura. Edward, al conocer a las hermanas de Diego, se quedó impresionado ante la belleza de ambas, sobre todo de la mayor. Pero, aunque trató de entablar una charla íntima con ella, fue en vano.

Carlos, sonriéndole con burlona tristeza, le advirtió:

—Pierdes el tiempo, primo, hace años que estoy enamorado de Úrsula, pero... ya ves, ella no le presta atención a nadie. Le guarda luto al hombre del que se enamoró siendo una niña, quien se fue de este mundo sin saber que la pobre suspiraba de amor por él. —Tras mirar fijamente a su primo, añadió—: Ese molesto rival... del que te hablo fue en vida el famoso marino y científico Cosme Damián Churruca y Elorza, que pereció en la batalla de Trafalgar, creo que justo el mismo día que vuestro almirante Nelson. Y no sabes lo difícil que es para un triste mortal enamorado como yo luchar contra un adversario tan poderoso... aunque solo se trate de un fantasma.

Edward exclamó asombrado:

—Es increíble, pero... de eso pronto se cumplirán dos años.

—Como ya lo ves, primo, existen mujeres capaces de amar a un solo hombre a través del tiempo, aun cuando este no sea más que... un espectro —acabó de decir Carlos con amarga ironía.

Gertrudis agasajó a Edward con muestras de hallarse en la gloria. Pero, en realidad, lo que realmente le interesaba la jovencita era darle celos a Wilbur ya que este, desde su regreso de Londres, hacía ya dos semanas, aún no se decidía a hablar con sus padres y acelerar el pedido de su mano, y esa

situación le provocaba un nervioso malestar.

Antes del almuerzo, Diego y su familia les mostraron a sus invitados toda la casa, además de los jardines y sus alrededores. Después los llevaron a las bodegas y, aunque no pudieron recorrerla en su totalidad, aquel antiquísimo patrimonio de los Ibáñez dejó a los ingleses muy impresionados. Por último, Diego los llevó a los establos para mostrarle los caballos de pura sangre árabe de los que don Pedro tan orgulloso se sentía.

La comida transcurrió en un clima de animada cordialidad. Los agasajados demostraron lo mucho que disfrutaban del sabor de aquellos típicos manjares, haciéndola partícipe a Pastora de sus felicitaciones y merecidos elogios.

Luego de la sobremesa, doña Clemencia y Úrsula ofrecieron a sus invitados un concierto de *pianoforte* en el que interpretaron a varios autores de moda, entre ellos a Beethoven y a Mozart. Apenas madre e hija acabaron, la familia inglesa de Carlos comenzó a aplaudir acaloradamente. *Lady* Margaret, con notable emotividad, se acercó a ellas; con sonrisa enfática, expresó:

—Hace tiempo que no me emocionaba tanto. Habéis interpretado la Sinfonía N.º 41 de Mozart de una manera magistral. ¡Oh, pero qué buenas pianistas sois ambas!

—Lo mismo digo; sois estupendas —repitió Janet maravillada.

Úrsula, con una leve inclinación de cabeza, consciente de que tanto Carlos como su primo no dejaban de mirarla, completamente sonrojada, murmuró:

—Muchas gracias...

Doña Clemencia, a la vez que se dirigía a todos, con sonrisa agradecida exclamó:

—Sois muy amables. Tanto Úrsula como Gertrudis practican piano desde niñas; comenzaron con su institutriz, que era una eximia pianista, y también conmigo, que la ayudaba durante las clases.

Gertrudis, acercándose a ellas, confesó:

—Sí, pero la que tiene mayor afinidad con la música es Úrsula. Nuestro hermano mayor también practicaba piano... pero enseguida se aburría.

—Ah, pero con la guitarra me defiendo bastante bien —replicó Diego sonriente.

Un poco más atrás, don Pedro, junto a Ignacio, observaban en silencio la escena. Antes de marcharse, los ingleses dejaron en claro lo mucho que les gustaría que la familia Ibáñez al completo visitaran su casa de Londres. Doña Clemencia y su esposo les retribuyeron la gentileza invitándolos a la fiesta de las próxima Vendimia. Sin dudarle, *lady* Margaret y sus hijos, a la vez que se mostraban encantados, prometieron asistir.

En los días que siguieron, Diego, después del trabajo, acompañaba a Carlos y sus primos a dar largos paseos, y también en amenas reuniones sociales en las que el hermano de Janet fue presentado a casi todas las niñas casaderas pertenecientes a la alta sociedad.

Al llegar la noche, incluso de madrugada Diego siempre acababa la jornada junto a Trinidad quien, llena de ansias, lo esperaba ansiosa. Durante esos mismos días previos a la vendimia, Diego tuvo que viajar a Cádiz. En las tierras que su abuelo le había dejado, iba a comenzar la siega, junto a la recolección de la aceituna y, ante el cambio de mayoral, además de algunas novedades, en el cortijo se requería su presencia.

Apenas Trinidad se enteró de la partida de Diego, su incommovible compostura de los últimos tiempos flaqueó. Con los ojos llenos de lágrimas, se abrazó a su cintura.

—¿Qué? ¿Te vas a Cádiz... con esa joven inglesa? —lo increpó con aire desfallecido.

Diego, mirándola ceñudo, le dijo:

—Pero... ¿cómo se te ocurre eso? Claro que no...

—¡Da lo mismo! ¡Yo sé que allí tienes otras... muchas amantes! —gritó con el semblante turbado—. ¡Las que con seguridad, te esperan con los brazos abiertos! ¡Por favor... no te olvides de tu Trini! Oh, siento que voy a morir... —acabó sacudida en medio de un llanto desolador.

Él le cogió las manos y exclamó:



—No entiendo tu desesperación, ¿no vengo a verte todos los días? ¿No te acabo de demostrar lo loco que... aún estoy por ti?

Ella, con aire triste, prorrumpió balbuceante:

—Sí... tú siempre me demuestras deseo carnal y para eso... solo tomas mi cuerpo, pero nunca me dices: «Te quiero». Y en estos últimos tiempos... todos los días vas a visitar a esa inglesa, y pasas largas horas con ella... las mismas que me robas a mí y a nuestra intimidad ¡Y ahora... por varios días no volveré a verte, y yo aquí... te necesito! ¡Te necesito desesperadamente!

—acabó mientras se colgaba del cuello de Diego.

Él, desprendiéndose de sus manos, con semblante frío, le reprochó:

—Ante tu infantil comportamiento has echado a perder el encanto de esta tarde.

Trinidad, al oír el tono de esas palabras, sintió que se le paralizaba el corazón.

Diego, sin cambiar de expresión, siguió:

—Entiende... de una vez por todas, que ahora no tengo otras amantes... que solo te tengo a ti. Me marcho a Cádiz por trabajo, negocios que atender; hace ya muchos meses que no voy, y allí tengo a mis tías... y a muchos amigos, entre ellos a uno muy anciano al que deseo ver. Además, no sé si lo sabes pero, desde hace varios años, casi siempre soy yo quien lleva los cargamentos de vino hacia diferentes países. Y no te extrañe que, de un momento a otro tenga que ausentarme por muchos... pero muchos días, incluso meses, y tendrás que soportarlo. Además, yo nunca te prometí nada duradero, te lo dije en un principio; pero ya ves, sigo a tu lado... —acabó mientras su voz se convertía en un murmullo.

—Entonces, dime que me quieres... pronuncia esa palabra ahora, antes de marcharte; por favor te lo pido —expresó ella con un apagado susurro.

Tras mirarla fijamente, Diego asintió:

—Claro que te quiero. Aunque aún no sé de qué manera... te quiero. —Con la mandíbula apretada, finalizó—: Por favor, Trini, no me pongas las cosas

tan difíciles; tampoco olvides que tú también prometiste no exigirme nada que yo no pudiera darte.

Desolada ante el frío tono de su voz, Trinidad contestó:

—Perdóname. Pero es que te quiero tanto... tanto... con toda mi alma.

Diego notó que se le formaba un nudo en la garganta. De pronto experimentó el deseo de gritarle: «¡Por favor, no me quieras tanto... o al menos quíereme de otra manera!». No obstante, se quedó callado mientras reconocía plenamente que la clase de amor que Trinidad le profesaba no lo hacía feliz, sino todo lo contrario.

Diego llegó a Cádiz bastante ensombrecido. Lo primero que hizo fue visitar a Dionisio. Al no encontrarlo en casa, supuso que debía de hallarse en alguna taberna. Tras descargar los víveres que le traía, y de jugar con varios de sus perros, se marchó con la intención de regresar en otro momento.

Esa noche cenó con Natalia mientras escuchaba su ininterrumpida charla entre chismes de la ciudad y demás acontecimientos sociales. Antes de las nueve y media Diego, con voz cansada, le dijo:

—Con tu permiso, tía, me voy a dormir. Mañana tengo que estar en el cortijo muy temprano... y quizás tarde dos días en regresar.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Qué..?, ¿que... te vas a dormir, tan temprano? ¿No vas a salir?, ¿acaso te encuentras mal? —lo interrogó preocupada tal como si Diego estuviera enfermo.

—No tía, es que... estoy muy cansado y, como acabo de decirte, mañana me espera una larga jornada.

—Oh, ¿tú... cansado? —preguntó Natalia anonadada—. No me lo puedo creer, ¿es por el diario trabajo en las bodegas?

—Sí, quizás sea por eso —contestó el joven a la vez que asentía con la cabeza.

Sin agregar nada más, le dio un beso en la frente y, luego de saludar a los criados, subió a su cuarto.

Girándose hacia la doncella, a la vez que la miraba sorprendida, Natalia expresó:

—Josefa, ¿no encuentras tú algo extraño en mi sobrino?

—Sí, mi niña; ahora que lo dice... el señorito Diego no parece el mismo. Además, todos en la casa nos hemos dado cuenta de que tampoco su mirada tiene el mismo brillo de antes.

—¿Qué puede haberle ocurrido?

—Quizás sea el cansancio del trabajo... como él acaba de decirle...

Natalia negó con la cabeza.

—No. No creo que sea por eso...

—Bueno, a lo mejor se ha enamorado de algún imposible.

—Tampoco, tú bien sabes que para mi sobrino en ese terreno nunca ha habido imposibles —replicó Natalia con desorientada expresión—. Pero algo extraño está ocurriéndole, y eso es evidente... —acabó de decir sin reponerse de su asombro.

Diego durmió toda la noche... y sin extrañar a Trinidad.

Muy temprano partió hacia el cortijo.

Allí los labriegos estaban preparándose para la próxima siega. Sin pérdida de tiempo, Curro, el nuevo encargado de la alquería, le mostró algunos de los progresos y mejoras que estaban llevándose a cabo en todo el establecimiento.

Al atardecer el lugar se llenó de bailarines y *cantaores*, con sus guitarras y *bandurrias* al hombro, dispuestos a gozar de una agradable velada.

Después de presenciar algunas danzas y cantos populares, Diego se marchó a caminar por los alrededores. La ansiedad y zozobra a la que desde hace tanto tiempo estaba sujeto seguía provocándole una gran inquietud.

Al llegar hasta una pendiente, desde la que se veía el enorme cortijo y parte de la vega, se detuvo. Sin moverse de allí, comenzó a evocar imágenes de su vida en los últimos tiempos: el excitante encuentro en Londres con Janet y Brunilda... y el impacto que esta última le había causado; la noche del baile

donde sorprendió a la enigmática prusiana en plena conspiración. Y, seguido a eso, la tórrida tarde en que él y Trinidad se hicieron amantes. Después la llegada de Janet a España y su refinada manera de tratar de conquistarlo... hasta llegar a provocarle una intensa confusión que, sumada a su maltrecho estado de ánimo, lo tenían en una permanente intranquilidad. Sin cambiar de postura, pensó en Trinidad y sintió una punzada en el estómago.

—Creo que he cometido la peor de las bajezas; despertar el exaltado amor de una mujer, sin tener la intención de amarla. Solo para olvidarme de otra... —murmuró en voz alta con un claro gesto de hastío. Pero para eso ya no había solución... Trinidad Morales dependía de él en todo sentido. «Ahora ella es mi responsabilidad, y tengo que cargar con eso, pase lo que pase», se dijo con el semblante abatido.

Al día siguiente muy temprano, Diego, por medio de una clave secreta, y luego de un largo trayecto se internó en las sierras para visitar la guarida de sus amigos marginales, la mayoría de ellos perseguidos por la ley, con los que se quedó hasta el día siguiente. A pesar de saber que a su amante no le atraían los regalos, le compró un collar de perlas de Oceanía y otros obsequios traídos desde Gibraltar por sus camaradas contrabandistas. A su regreso a la ciudad volvió a visitar a Dionisio, al que encontró bastante bien de salud. El reencuentro entre ambos luego de tanto tiempo fue de inmensa alegría. Aunque Diego deseaba confesarle a Dionisio la actual situación que atravesaba, a último momento prefirió no hacerlo; era mejor que su viejo amigo aún no se enterara de su complicada vida sentimental.

Por la tarde el jerezano fue a visitar a varios de sus amigos gaditanos, entre ellos a Fabián y a Roque. Diego acabó esa jornada quedándose a cenar en casa de tía Carmen. Cuatro días después, sin haber visitado tabernas ni antiguas amantes, Diego se marchó a Jerez dejando a su tía Nati sumida en un mar de preguntas. Sin lograr salir de su asombro, esta le escribió una carta a su hermana, en la que le expresaba su estupor. «Estoy maravillada con mi sobrino, creo que al fin ha empezado a enderezar su descarriada conducta»,

concluyó con evidente satisfacción.

Doña Clemencia, al leer el mensaje, se quedó pensativa: Natalia no conocía la relación amorosa que su hijo tenía con la joven huertera y, al parecer, él tampoco se lo había contado. Apenas pudo escaparse de su casa, el joven Ibáñez corrió al encuentro de Trinidad. Y, cuando la tuvo entre sus brazos, le hizo el amor hasta quedar exhausto. Días más tarde, al regresar de las bodegas, Diego se encontró con su hermana Gertrudis.

—¡Hermanito, al fin te veo! —le dijo esta riendo—. No sabes la noticia que tengo para darte. Wilbur, al verme pasear del brazo de Edward... ¡Oh! no sabes cómo se puso. Se quedó tan mal... pero tan mal que hasta ha llorado. Y aquí viene lo mejor: ¡Ha hablado con sus padres y les ha expresado el deseo de formalizar de inmediato su compromiso conmigo! Dentro de tres días vendrán a pedir mi mano. ¿Qué te parece?

Diego le pellizcó la mejilla.

—¡Te felicito! Ya estarás contenta, ¿no?

—¡Sí... sí! ¡Estoy tan contenta..., pero tan contenta que comenzaría a bailar y cantar aquí mismo! Y hay algo más increíble: hasta Ignacio se comporta mejor conmigo. Hemos hecho un pacto de no agresión y ahora ya no se burla ni de mí, ni de Wilbur; me trata con tanto respeto que incluso me abruma... hasta me ha dicho que él podría hacer, en nuestro noviazgo, el papel de *carabina*.

—Me alegro mucho de vuestra reconciliación; ya sabes que nuestro hermano pequeño, aunque es muy bromista, tiene un gran corazón. Pero eso de que Ignacio pueda actuar como «señora de compañía» de una novia que, para peor, es su propia hermana, no lo veo claro.

—Tienes razón... además no creo que mi madre acepte. A decir verdad, a mí tampoco me atrae mucho esa perspectiva. —Mirándolo seria, le confesó—: Aunque tú no lo creas, Ignacio a veces es muy malvado, ¿sabes lo que me estuvo haciendo hasta hace muy poco tiempo? ¡Pues... chantajeándome sin misericordia! Un día nos sorprendió a Wilbur y a mí besándonos... ¡Oh!, fue

bochornoso... y el muy sinvergüenza, luego de mirarnos con desalmada y burlona felonía, señalándome con el dedo, sentenció: «Bueno, ahora tendré que chivarme con mi padre...» y así nos estuvo extorsionando. Incluso hizo que Wilbur le regalara su colección de soldaditos de plomo. Y a mí estuvo obligándome a darle mis postres, y hacerle todos los trabajos que le correspondían hacer a él, además de sus deberes de historia. Hasta que al fin se compadeció de nosotros... y nos dio el indulto.

Ante el sorpresivo relato de Gertrudis, Diego soltó una carcajada.

—¡Diablos! Pero no se puede creer que Ignacio haya sido capaz de comportarse de ese modo. Claro, con la cara de santo que siempre pone, confunde a cualquiera. ¿Y a todo esto, nuestro padre qué opinión tiene de Wilbur?

—Oh, muy buena. Y no ha vuelto a decir nada malo de los ingleses, incluso ha simpatizado con los primos de Carlos, en especial con Janet. El otro día le oí decir: «A pesar de que practican otra religión, no me hubiera desagradado que Diego se fijara en esta damita inglesa, tan distinguida y culta». — Gertrudis marcó una pausa y, con expresión curiosa, añadió—: ¿De verdad, estás tan enamorado de esa tal... Trinidad Morales que ya no tienes deseos de mirar a otra? No se puede negar que es muy bonita, pero carece del fino encanto de Janet.

El rostro de Diego se ensombreció.

—Por favor, no quiero hablar de ella... —contestó evasivo.

—Diego, solo te pido que, como hermana, me digas si piensas hacerla tu esposa.

—Aún no veo con claridad cuál será mi futuro con ella.

—Pero... ¿la quieres o no? —insistió Gertrudis—. Cuando ves a Trini, ¿sientes mariposas en el estómago?

—¿Mariposas en el estómago? ¿Qué tonterías dices? —replicó Diego soltando una risotada.

—No te burles. No es una tontería —le rebatió ella—, esas cosquillas son,

ni más ni menos lo que uno siente cuando se enamora; anda, cuéntamelo.

—No, yo siento nada de eso. Pero... sí, creo que la quiero —respondió Diego a la vez que asentía con la cabeza.

—¿Solo lo crees?, esa respuesta es muy contradictoria; cuando uno quiere a alguien, pone otra cara. A ver, explícame... ¿Trinidad, te hace feliz?

—Sí —respondió con mirada inexpresiva.

—Vaya, por tu aspecto se diría que la tuya es una felicidad un tanto borrascosa. Estoy segura de que Trini te quiere a ti, más que tú a ella... y eso, sin contar que Janet también suspira por ti. —Mirándolo muy seria, agregó —: ¿Sabes lo que pienso?, creo que eres un diabólico rompecorazones.

Dos días después, los padres de Wilbur fueron a pedir la mano de Gertrudis. Don Pedro recibió a sus futuros consuegros con la misma cortesía con que había recibido a la familia de Carlos Temple. Después del opíparo almuerzo que la familia Ibáñez obsequió a sus futuros consuegros, en un clima festivo entre brindis y risas, se formalizó el compromiso que iba a festejarse el sábado siguiente, donde también fijarían la fecha de la boda.

Doña Clemencia, aunque un poco triste ante la posibilidad de que después de la boda Gertrudis y su esposo decidieran irse a vivir a Londres, se mostró muy contenta e ilusionada. ¡Al fin uno de sus hijos se comprometía en matrimonio! Una semana más tarde, en una emotiva ceremonia, después del cambio de anillos, quedó sellado el compromiso matrimonial entre Gertrudis y Wilbur. La boda se celebraría, Dios mediante, el día veintitrés de junio del año siguiente.

Trinidad Morales parecía estar pasando por el mejor momento de su vida como mujer, decidida a ser solo la amante «perpetua» de Diego Ibáñez... el hombre de su vida. Y aunque Pepín y Pura todos los días le contaban detalles de los pasos que daba su amante, cuando no estaba a su lado, ella procuraba no darle importancia. No obstante, algunas veces le costaba disimular su desesperación, sobre todo cuando le hablaban de cómo la inglesa trataba de enamorarle; en esos momentos Trini sentía que su corazón se estrujaba de

angustia y desesperación; le costaba un gran esfuerzo sofocar la rabia y celos que amenazaban nublar su mente.

Las hechiceras, a las que ella consultaba muy asiduamente, le habían aconsejado que, para conservar el interés y el apasionado amor de un hombre del temple de Diego, jamás debía de mostrarse demasiado posesiva con él. Una buena amante tenía que hacer todo lo contrario que una insufrible esposa.

Además, ella sabía que él le pertenecía por entero; incluso estaba casi segura de que, si quisiera, Diego la haría su legítima esposa con todos los cánones de la Santa Iglesia Católica. Pero ella era tan feliz siendo nada más que su amante... ¡Su amante perpetua, como le gustaba denominarse! ¡Esperándolo desbordada de ansiedad! Y allí, entre misteriosas fórmulas de hierbas junto a otros sortilegios y conjuros cabalísticos, que las brujas le enseñaban a usar para tenerlo amarrado a su persona, ella le demostraba su amor de mil formas distintas. Además de eso, desde hacía un tiempo en su mente había surgido un deseo: ¡tener un hijo suyo!, y así perpetuar su amor de una forma total.

Esa noche Diego le pidió a Trinidad que participara junto a él, y su familia, de las próximas fiestas de la vendimia. Con voz apagada añadió:

—De paso te presentaré a todos y así...

—No, yo te esperaré aquí, como siempre —lo interrumpió ella con gesto impasible.

—Quizás no pueda venir —replicó Diego.

—Sé que tú vendrás —le rebatió Trini con innegable certeza.

—Sería mejor que me acompañaras a la fiesta; todo el mundo sabe lo nuestro y...

—Ya lo sé —volvió a interrumpirlo, mientras se restregaba contra él—. Cuando voy a misa la gente me mira y cuchichea por lo bajo, pero eso a mí no me importa; yo soy muy feliz siendo solo tu amante. ¡La única!, ¡como tú mismo me dijiste aquella tarde que fui tuya por primera vez, ¿recuerdas? ¡Tu



amante perpetua..., inmortal! ¡Me gusta tanto escuchar esa palabra...! Y sé que seguiré siendo eso para ti, incluso aunque llegaras a casarte... con otra — acabó casi sin voz, a la vez que se aferraba a su cintura.

Mientras ella se explayaba de esa manera, Diego la miraba atónito.

—¡Me dejas pasmado! —gritó nervioso separándola de su lado. Con los ojos fijos en ella, añadió—: ¿Por qué eres así?, ¿es que no tienes amor propio? Cualquiera otra mujer trataría de ocupar el lugar de esposa legítima.

Trinidad, pasándole la mano sobre los labios, le dijo susurrante:

—Pero ya no sería tu amante... y tú te buscarías otra a la que le darías todo el fuego de tu pasión, como me lo das ahora a mí. —Seguido a eso, tomó la mano de su amante y, tras abrirse la bata, lo obligó a que él cogiera uno de sus senos. Mirándolo a los ojos, le susurró —: No quiero seguir hablando de esto. Ahora, lo único que quiero... es que me ames...

Cuando horas más tarde Diego salió de la vivienda de Trini, sintió que lo acometía una sensación de agobio y tormento.

La siega y la recolección de la uva estaban en todo su apogeo. Desde tiempos remotos al llegar la vendimia, junto a la adoración del Dios *Baco*, los vinateros de toda España se preocupaban de que sus fiestas fueran memorables. Y, en las bodegas Ibáñez, era una tradición ser una de las más populares.

De ese modo, por unos días los jornaleros olvidarían sus cansancios y pesares para beber del mejor vino... de aquel señorial líquido repartido generosamente por don Pedro en persona. Y junto a eso, buena comida, música, cantos y bailes populares, ¡hasta la salida del sol! La fiesta comenzó a horas tempranas de la tarde con la presencia de infinidad de aldeanos, viñadores y gitanos agregados, que fueron los primeros en presentarse luciendo sus domingueros trajes, en contrastantes coloridos.

La familia de Trinidad Morales, con el fin de evitar las murmuraciones, e incluso las burlas de sus vecinos, decidieron no asistir a la fiesta. Entre las explanadas, y debajo de los arcos del patio, estaban ya dispuestas en largas

filas las mesas. Y sobre estas, las botellas de jerez del bueno. Un numeroso tropel de mujeres, dirigidas por Pastora, en medio de alegres cuchicheos y sofocadas risas, se encargaban de distribuir la comida.

En el centro del patio ardía una gran hoguera, y sus rojizas llamas, como gigantescas lenguas, dejaban oír el murmurante chisporrotear de la leña. Ignacio y sus amigos correteaban por allí en medio de divertidos juegos. Diego atendía a los invitados que llegaban, con su habitual simpatía, en especial a la familia de Carlos y de Wilbur, ocupándose de que a ninguno de ellos le faltara nada y de que todos se sintieran cómodos y a gusto.

Pese a la actitud tan serena de Diego, Gustavo lo había descubierto bebiendo mucho más de lo habitual por lo que, en cuanto pudo acercársele, le dijo bajito:

—Oye, ten cuidado. No olvides que están los primos de Carlos, y los futuros suegros de tu hermana. Cuídate, no hagas tonterías. Disculpa que te haga esta observación.

—Te disculpo, y no te preocupes. Ya sabes que yo siempre tengo aguante —respondió el reprendido con una ligera sonrisa.

—Pero... aun así, podrías perderlo justo hoy. Recuerda que, como tú bien sueles decir: «Siempre hay una primera vez para todo».

Gertrudis se hallaba en la gloria al observar que los padres de su novio, mezclados con la gente de las huertas, se mostraban tan a gusto sin hacer ninguna diferencia. Wilbur no se apartaba del lado de su prometida a la vez que no dejaba de observar, con remarcada desconfianza, a su compatriota Edward, aun cuando este último, sin disimulos, seguía empeñado en enamorar a Úrsula, lo que provocaba en Carlos mucho malestar.

Después de la abundante comida, los músicos comenzaron a interpretar el ritmo popular. Enseguida todos los viñadores, la mayoría ya turbados por el alcohol, tomaron a sus mujeres y, de manera atropellada, salieron a bailar mientras ellas, entre sofocadas risas, trataban de seguirlos.

Don Pedro, al ver aquellas escenas, comenzó a sudar frío. Casi todos esos

hombres habían bebido ya lo suficiente como para comenzar con sus habituales disputas y peleas... y no se equivocó. Minutos más tarde, su hijo menor llegó corriendo a su encuentro.

—¡Padre! —le advirtió agitado—. ¡Pepín y yo acabamos de ver a dos viñadores a punto de enfrentarse en una pelea! ¡Y si alguien no los detiene pronto, seguro que terminarán liados a machetazos!

Era verdad; cerca de allí se había formado un gran tumulto, y dos jóvenes mozos estaban trabados en una acalorada querrela insultándose mientras cada uno tiraba del brazo de la misma mujer. El exceso de vino ingerido hacía brillar sus ojos con fuego homicida. Seguido a eso, después de mirarse como fieras al acecho, ambos soltaron a la dama en cuestión y, resueltos a finalizar esa querrela en un duelo, se dirigieron en dirección de los lagares. El señor Ibáñez tragó saliva. Don Sancho, nervioso, se acercó a él.

—Don Pedro... hay que detenerlos, han bebido demasiado. ¿Qué me ordena hacer?

Los dos sabían muy bien que esos hombres iban ahora en busca de sus pesados machetes con los que podían matarse de un solo golpe y malograr aquella magnífica celebración, tal como ya había pasado en otros años durante esas celebraciones. Por suerte, muy pocos se habían percatado del peligroso incidente.

—Hay que avisar a los encargados... ¡Caramba! —manifestó don Pedro, con la frente perlada de sudor—. Ya me parecía extraño que no se armara un jaleo de estos.

En ese momento Gustavo y Diego, acompañados por otros dos fuertes hombres, salieron detrás de los dos rivales, decididos a evitar el enfrentamiento, lo que dejó a don Pedro y a su administrador un poco más tranquilos. Por su parte, Ignacio, sin que nadie se diera cuenta, seguido de Pepín y su pandilla de amigos, corrieron también hacía los almijares, deseosos de presenciar el inicio o el fin de aquel peligroso duelo a machetazos.

La música seguía sonando estruendosa; los danzarines se retorcían al compás con el clásico estilo de los hombres y mujeres rurales, gozosos de ver cómo los ricos señores los miraban bailar aquellas danzas folklóricas, con tanto donaire. Minutos después, el hijo del amo, y sus acompañantes, regresaron con los dos antagonistas. Tras llevarlos a la parte de atrás, los obligaron a darse las manos y a beber de la misma copa, lo que puso punto final a la disputa. En lo que duró la fiesta, no se advirtieron nuevos enfrentamientos. Diego, muy serio y reservado, a la vez que disimulaba su embriaguez, permaneció todo el tiempo junto a Carlos y sus familiares.

Pasadas las dos de la mañana, sin despedirse de nadie, se marchó junto a Trinidad. Esa noche Janet se dio cuenta de que Diego estaba definitivamente perdido para ella. Cinco días después, mucho antes de lo previsto, la familia de Carlos Temple decidió zarpar de regreso a Inglaterra.

Diego, al enterarse de la precipitada decisión de los ingleses, se quedó pensativo. Seguido a eso, sin pérdida de tiempo, se ofreció acompañarlos a Cádiz a la vez que invitaba a *lady* Margaret y a sus hijos a hospedarse en casa de la tía Nati hasta el momento de embarcar; cosa que ellos aceptaron de buen agrado. Trinidad, ante la decisión de su amante de volver a partir hacia Cádiz, aunque pálida y desencajada, optó por disimular su rabia y mostrarse serena. Al despedirse lo abrazó con fuerzas y le susurró:

—Por favor... no olvides de que tu Trini estará esperando tu regreso... como siempre, llena de ansiedad y premura.

Por su parte Diego le dio un largo beso y se marchó dejándola en compañía de su criada.

Natalia recibió a la familia inglesa de Carlos encantada, prodigándoles a todos su cálida hospitalidad.

Apenas se le presentó la ocasión de hablar a solas con Janet, Diego le pidió dar un paseo por el jardín. Mientras caminaban, él le recriminó:

—Durante el viaje hacia aquí intenté entablar una conversación contigo... pero en todo momento me has ignorado, incluso evitabas mirarme.

Ella, luego de un corto intervalo, levantándose de hombros, respondió:

—Es que... no tenía ganas de hablar.

Diego, contemplándola serio, le preguntó.

—Bueno, al menos dime... ¿por qué os marcháis así, tan de repente?

—Porque mi madre no soporta estar más tiempo alejada de mi padre. —  
Tras otra larga pausa, en medio de un lánguido suspiro, manifestó—: Y para  
serte sincera... porque yo también me siento mal; tu indiferencia... me ha  
causado más daño del que podía imaginar.

—Janet, perdóname. De verdad, no fue mi intención que esto pasara —  
susurro él, apenado.

—No tengo nada que perdonarte. Tú no tienes la culpa; fui yo la que se hizo  
demasiadas ilusiones sin pensar que tu corazón podría estar ya ocupado. —  
Mientras hablaba sacó de su bolsillo un pañuelo bordeado de fino encaje y,  
secándose los ojos, añadió—: De verdad, te deseo mucha felicidad y, si algún  
día decides visitar Londres... solo o con ella, en mi casa serás siempre  
bienvenido.

—Gracias, lo mismo te digo —musitó él con voz pesarosa.

Durante unos instantes, ella lo miró en silencio. Después, con una media  
sonrisa, comunicó:

—He tenido la ocasión de verla... y es muy bonita. Me refiero a «tu...  
mujer» —acabó un tanto despectiva.

En el rostro de Diego se pintó la sorpresa.

—¿Que la viste?, ¿dónde?

—Una tarde Úrsula y yo salimos a cabalgar por las huertas, y al pasar cerca  
de... la casa con la que cohabitas con ella, la observamos mientras daba un  
paseo acompañada de su criada. Ella se volvió a mirarnos con cierta  
curiosidad, y luego nos ignoró. Tu hermana me dijo que esa era también la  
primera vez que la veía.

—Tampoco mis padres la conocen, pero es ella la que se niega. Créeme....

—Vaya, de verdad no entiendo su atípica actitud —replicó Janet. A

continuación, mirándolo con cierto aire de tristeza, prosiguió—: Bueno, espero que muy pronto... tu mujer cambie de actitud. —Mientras sonreía irónica, adicionó—: Aunque ya vuestra reputación, ante tu católica sociedad, estará muy deteriorada, ¿verdad?

Diego, sin responder, permaneció con los ojos fijos en un punto inexistente. Dos días más tarde, mientras el barco se alejaba por la bahía, Carlos, a la vez que miraba a su amigo, exclamó mordaz:

—Ya ves, Janet, al fin terminó completamente enamorada de ti. Y para que todo sea aún más dramático, mi primo Edward también sucumbió a los encantos de Úrsula; no te imaginas las cosas que hizo para enamorarla. Vaya... tú y tu hermana sois unos verdaderos rompecorazones.

—No te burles; te confieso que me siento desolado. Si al menos ella le hubiera abierto su corazón a Edward...

Carlos, observándolo ceñudo, le increpó:

—¿A ti te hubiera agradado que eso pasara? ¿Acaso no estaba yo antes que él?

—Claro... y yo estaría muy contento de que te casaras con Úrsula. No obstante, también me alegraría que ella se fijara en algún otro hombre y que al fin dejara de comportarse igual que una viuda.

—Al paso que va, tu hermana se quedará, como se dice... para «vestir santos». ¡Qué pena! ¡Qué desperdicio de mujer! —reflexionó Carlos con un hondo suspiro.

Por la tarde ambos fueron a saludar a Dionisio, al que hallaron en medio de sofocados alaridos a causa de los fuertes dolores en uno de sus pies. Sin pérdida de tiempo, mientras Carlos se quedaba con el anciano, Diego se fue en busca de un médico.

Una hora después, luego de revisar a Dionisio, el galeno le comunicó:

—El dolor se debe a un ataque de gota. ¿Usted sabe cuántos años tiene? Él dice que no se acuerda bien.

—Creo que... cerca de noventa —dijo Diego.

—Pues, considerando su edad tan avanzada, aún está muy fuerte. Aquí le dejaré apuntado todo lo que tiene que comer y unas medicinas. También lo que debe y lo que no debe hacer; mañana vendré de nuevo a verlo.

Apenas se quedaron solos, Dionisio, dirigiéndose a Diego, a la vez que intentaba soportar el dolor, con burlona sonrisa exclamó:

—¿Te das cuenta, amiguito?, me ha dado «la aristócrata gota», pero ¿por qué tiene que darme eso a mí... que solo soy un plebeyo exmarino? ¿Qué te parece?

Diego, ceñudo, le recriminó:

—Lo que a mí me parece es que en estos últimos tiempos bebes mucho, y casi no comes.

Dionisio, rascándose la calva, confesó:

—Tienes razón; últimamente no tengo mucho apetito, y este maldito dolor no me deja dormir, ni siquiera emborrachándome.

—A partir de mañana, mi tía Nati te enviará la comida todos los días — replicó Diego muy serio—. Y queda prohibido el aguardiente, ni ninguna otra bebida con alcohol; la próxima vez que venga, quiero verte repuesto del todo.

—Te lo prometo —alegó el anciano con la mano en alto—. Con tal de que ese maldito dolor se vaya, haré los sacrificios que me pidan.

Los jerezanos se quedaron en Cádiz dos días más. Al llegar a Jerez, apenas Diego logró zafarse de su familia, corrió a ver a Trini. Y, como siempre, ella lo recibió lanzándose a sus brazos. Ante la exaltada impetuosidad de su amante, él cerró los ojos... y cegado entre aquel sensual extravío, Diego se dejó amar por ella mientras comprendía que en esos momentos todas sus incertidumbres y demás conflictos personales se transformaban en ansias de seguir con esa mujer que lo tenía amarrado en el aura de su erótica y peculiar seducción.

La partida de la inglesa había alegrado el corazón de Trinidad Morales, haciéndola sentir mucho más fuerte y aliviada; incluso mucho más segura de que Diego seguiría siendo suyo... voluptuosamente suyo, para siempre.

Unos días después, llegó la boda de Gustavo y Rosario. Para esa ocasión don Pedro y su familia organizaron una gran fiesta en la que no escatimaron gastos. El regalo de Diego consistió en un romántico viaje a la ciudad de Ronda, donde la pareja gozaría de su amor en una tranquila posada rodeada de un idílico paisaje.

A finales del mes de octubre, a los pocos días del regreso de Gustavo y su esposa del viaje de novios, llegaron desde Madrid noticias bastante preocupantes, lo que le hizo exclamar a Diego: «¡Cuánta razón tenía Bruny!».

## INTRIGAS DE ESTADO

En el inicio de ese otoño varios hechos quedarían marcados a fuego en la mente de todos los ciudadanos: el reinado de Carlos IV acusaba un profundo abismo en el que, poco a poco, la España del Antiguo Régimen iba hundiéndose.

El veintisiete de octubre, al mando del emperador Napoleón y el gobierno de Madrid, precedido por el primer ministro Manuel Godoy, se firmó el tratado de Fontainebleau en el que, como ya se sospechaba, ambos países iban a «repartirse Portugal» en tres partes independientes.

Junto a eso hubo otro acontecimiento que sorprendió a toda la nación por igual, y que ya comenzaba a llamarse «La conspiración del Escorial», aunque en realidad muy pocos sabían bien su real significado.

Lo que sí se sabía con exactitud era que Napoleón Bonaparte mantenía cerrado el continente al comercio inglés. El bloqueo francés era resistido por Portugal, que se convertía en la puerta de entrada a Europa de los productos británicos. De esa forma, y con la autorización correspondiente, tropas francesas al mando del general Junot continuaban atravesando libremente, y sin control, los caminos de España... según decían: «para alcanzar Portugal».

También desde América del Sur llegaron otras novedades: durante el mes de julio la ciudad de Buenos Aires había sufrido otro frustrado intento de invasión por parte de los ingleses. Igual que el año anterior, los



sudamericanos habían luchado casa por casa, calle por calle, hasta lograr que los británicos acabaran por rendirse.

Según las noticias que continuamente llegaban a Cádiz, el siete de julio se firmó un acuerdo nacional. Y, dos días después, el militar, y ahora Virrey, Santiago de Liniers ofreció un banquete a todos los jefes ingleses derrotados.

En esas mismas fechas, don Pedro decidió realizar el viaje que desde hacía mucho tiempo tenía pendiente a Madrid para visitar a sus hermanos y sobrinos, y de paso darles personalmente la noticia de la próxima boda de Gertrudis. Doña Clemencia, que en un comienzo iba a acompañarlo, al final con gesto desganado, le confesó:

—Perdona que no tenga ilusión de viajar en estas fechas; me urge más seguir organizando la boda de nuestra hija; aunque aún falta mucho, mi hermana y yo, junto a Carmen, queremos ir haciéndolo todo muy despacio. Además, tú ya sabes que Madrid me gusta más en la primavera. —A la vez que lo miraba indecisa, en medio de una cómplice sonrisa, añadió—: Pídele a Diego que te acompañe.

El señor Ibáñez movió la cabeza desdeñoso.

—No creo que acepte; no querrá separarse tantos días de su «querida».

—Pedro, no hables así. Tú pregúntale —corroboró ella persuasiva apretándole cariñosa el brazo—. Estoy segura de que aceptará gustoso. Por lo que sabemos, ella no lo tiene atado.

—¿Que no lo tiene atado? —exclamó él molesto—. Pero... ¿no has visto lo cambiado que está? Con lo que él era; lo recuerdas, ¿verdad?, con sus constantes amoríos que llegaban a escandalizar a toda la ciudad... ahora parece un corderito. Ah, estaba seguro de que algún día terminaría enamorado de una mujer así. Creo que yo debería hacer una visita a Medina Sidonia y ver qué averiguo sobre esa muchachita y su familia.

—Pedro, deja las cosas como están —reflexionó doña Clemencia en tono molesto—. Si Diego está con ella, es porque realmente la quiere... y conoce todo su pasado.

—Si la quiere tanto, ¿por qué no se casan de una vez por todas y dejan de vivir así, amancebados?

—Él siempre asegura que es ella la que se niega.

—Una versión imposible de creer —replicó don Pedro en medio de un crispado resoplido—. Están viviendo en pecado y eso provoca más escándalos y murmuraciones, las que ensucian nuestro buen nombre.

Doña Clemencia, apenada, expresó:

—Es verdad, ninguna de mis amigas deja de restregarme por las narices esa situación. Y aunque intento no prestar atención a nada, a veces siento que la vergüenza sube a mi cara. Pero... ¿sabes lo que te digo?, a pesar de que el comportamiento actual de mi hijo no sea muy ejemplar, por lo menos ahora duermo más tranquila... y creo que a ti te pasa lo mismo, ¿verdad? Además, debemos aceptar que con ella ha encontrado la estabilidad y la sensatez. —Mirándolo sonriente, le animó—: Pídele que sea él quien te acompañe a Madrid.

Tal como lo había asegurado doña Clemencia, Diego, sin poner ninguna traba, aceptó de inmediato la invitación de su padre de viajar con él a la capital; incluso pareció encantado.

Cuando le comunicó la noticia a Trini, ella, por largos instantes, se quedó paralizada.

—¿Tardarás... en regresar? —le preguntó al fin sin esconder la angustia que la embargaba.

—Quizás más de veinte días... o tal vez un mes. Aunque hacemos siempre los cambios de caballos en las postas, con suerte lo mínimo son cinco o seis días para llegar y otros tantos para el regreso. Pero durante mi ausencia a ti no te faltará nada. Pepín vendrá todos los días, y cualquier cosa que te haga falta se lo pides a él... y también si necesitas salir a dar algún paseo, no tienes más que hacer llamar al viejo Aniceto para que te lleve en la calesa; además, estarás con Pura.

Trinidad, con el semblante pálido, prorrumpió:

—¿Dices... que no me faltará nada? ¡Me faltaras tú! ¡Oh, Dios! ¡Un largo mes... sin ti!, ¡será una eternidad! Y tú sabes bien que... siempre que te alejas, te llevas una parte mía —acabó extenuada.

—Cálmate, por favor, y controla tu ansiedad —le pidió él—. Cuando menos te des cuenta, estaré de regreso. Como ya te lo dije hace tiempo... muchas veces me toca hacer viajes al extranjero por los negocios del vino.

—Sí... y también sé que, en el último viaje... fuera de España, te asaltaron en el mar...

—Eso son los riesgos al que los viajeros, de una manera u otra, nos enfrentamos más que nada por tierra; como tú bien sabes, todos los caminos están llenos de bandoleros. En cuanto al tiempo que tardaré en regresar, tendrás que asumirlo y acostumbrarte... —acabó de decir a la vez que la besaba maquinalmente en los labios.

De pronto, sacudida por un estremecimiento, ella prorrumpió:

—¡Ah, Dios mío!, ¡acabo de tener... una rara sensación! —Con las manos en el pecho, en medio de una gran agitación, añadió—: Es como si... en este largo viaje tuyo, algo o alguien... de manera irremediable, intentará interponerse entre nosotros... ¡Ay! creo que es un mal presagio...

Diego, con visible asombro, la miró en silencio. Él también desde hacía varios días había comenzado a soñar con la figura de una mujer oculta en las sombras, acechándolo de manera encubierta. Luego, al despertar, por largo rato continuaba sumido en extrañas evocaciones como predecesoras de algo que lo atraía, a la vez que le causaba una cierta inquietud.

—¿Tú no permitirás que nadie nos separe, verdad? —la voz de Trinidad lo sacó de sus pensamientos. Abrazándose con fuerzas a su cintura, ella agregó —: Yo no dejaré que me olvides, no lo permitiré.

Unos días después, don Pedro, Diego y José, el cochero, custodiados por dos palafreneros a caballo, partieron rumbo a Madrid. Al mando de las bodegas quedaban don Sancho y su hijo Gustavo.

Luego de más de una semana de viaje, durmiendo en las casas de postas o

en las Ventas que hallaban en el camino, los jerezanos llegaron a la Villa y Corte de la gran Metrópoli... que los recibió bastante convulsionada.

De inmediato se dirigieron a la casa de la hermana de don Pedro, donde fueron recibidos con grandes muestras de alegría.

—¡Dios mío!, ¡al fin mis ruegos se han hecho realidad! ¡Ay, Pedro... Dieguito!, ¡que emoción más grande! —expresó doña Antonia abrazándolos a todos, incluido a José, a quien conocía desde niño. Tras fijar los ojos en Diego, agregó—: ¡Oh, sobrino, pero qué guapo estás!

—¡Vaya sorpresa! —prorrumpió don Benito mientras palmeaba las espaldas de los viajeros—. Realmente es una gran alegría volver a veros después de tanto tiempo.

Mientras el cochero, junto a los palafreneros, se encargaban de los caballos, la dueña de casa, tras mirar a su hermano intrigada, le preguntó:

—Pero... ¿y Clemencia, y los niños?, ¿por qué no han venido con vosotros?

—Tu cuñada te envía una carta, donde te lo explica todo; luego te la entregaré. En primavera tenemos pensado hacer un viaje toda la familia, incluida Pastora —repuso don Pedro. Seguido a eso, mirándola ceñudo, agregó—: Además, vosotros también podríais ir a visitarnos, ¿no? Hace ya una pila de años que no pisáis el sur. Y eso es algo imperdonable...

Doña Antonia miró a su hermano un tanto avergonzada, y musitó:

—Tienes razón, Pedro; pero en estos últimos tiempos, bueno... desde que nuestro hijo se marchó tan lejos, poniendo entre él y nosotros un océano por el medio, a Benito y a mí se nos fueron todas las ganas de viajar —acabó casi a punto de soltar el llanto.

Diego la abrazó afectuoso.

—Tranquila, querida tía, todos nosotros te comprendemos; pero creo que emprender un viaje a Jerez y volver a pisar tu tierra de nuevo te vendría muy bien.

—Es verdad... vamos a ver cómo vienen las cosas en los próximos meses, y quizás más adelante os hagamos una visita. —Seguido a eso, en medio de

un gesto atormentado, agregó—: Pero es que... no sabéis lo triste que es para mí tener a mi único hijo tan lejos, allende los mares. —Luego de una breve pausa, dirigiéndose a todos, prosiguió—: Hace una semana recibimos carta de Aníbal, ¿estáis enterados de que en julio los ingleses volvieron a irrumpir por aquellas tierras, dispuestos a invadirlas?

Diego, con el brazo levantado, le dijo:

—Sí, tía, yo también recibí a primeros de este mes, una carta de Aníbal y en ella me cuenta muchos detalles de lo ocurrido en Buenos Aires. Pero, igual que la primera vez que lo intentaron, los invasores volvieron a fracasar.

Don Pedro, tras un gesto de notable ansiedad, exclamó:

—Bueno, y a todo esto, ¿como están José, Ramón y toda la demás familia?

—Todos muy bien; José no hace otra cosa que hablar de sus nietos — respondió su hermana.

—Sí, hay que reconocer que se ha vuelto un abuelo baboso —replicó don Benito con sonrisa burlona.

—Y no es para menos —apostilló doña Antonia—. El pequeño de David es guapísimo, y la hija de Sergio... parece un ángel de tan hermosa. Ramón y Sol y sus hijos mayores también están locos con sus gemelas, que son guapísimas. Seguro que todos se alegrarán de volver a veros, así de golpe. ¡Seguro que se llevarán la misma sorpresa que nosotros!

El señor Ibáñez murmuró emocionado:

—Mañana mismo iremos a visitarlos. Realmente, tengo muchas ganas de abrazarlos a todos.

Después, mientras saboreaban un delicioso chocolate caliente, Diego, en medio de un gesto risueño, le recordó a su progenitor:

—Padre, ¿qué espera usted para dar la buena nueva a los tíos?

Doña Antonia exclamó exaltada:

—¿Una buena noticia? Déjame adivinar. ¡Por fin, vas a casarte!

—Yo no, tía —replicó mientras negaba con la cabeza.

—¡Ah!, entonces ¿Úrsula?

—Tampoco, la que se va a casar es Gertrudis... —le anunció Diego con una sonrisa. Sin cambiar de expresión, añadió—: De modo, tía, que... lo del viaje a Jerez no os libraréis...

—¡Oh!, vaya... qué sorpresa. Claro que estaremos presentes —aseguró doña Antonia; a continuación, un tanto intrigada, inquirió—: Pero... ¿por qué no me habíais dicho que mi sobrina pequeña estaba comprometida?

—Porque pensamos que no sería todo tan rápido —contestó don Pedro.

—¿Y con quién se casará? —quiso saber ella.

—Nada menos que con un joven inglés —remató su sobrino con una carcajada—. Ya ves, tía, Dios ha castigado a mi padre; tanto aborrecer a los ingleses, y ahora tendrá un yerno justo de esa nacionalidad.

—¡Ay, Jesús! Y con seguridad, practican otra religión —apostilló doña Antonia.

—No, todos ellos son católicos... —repuso don Pedro.

—¡Ah, qué alivio! ¿Y de qué familia es? —inquirió su hermana con ademán intrigado.

—No creo que los conozcas —volvió a responder Diego—, hace muy pocos años que viven en Jerez. Por suerte, todos nosotros hemos congeniado con ellos.

—Pues desde ya os digo que yo esa boda no me la pierdo por nada —aseguró la hermana de don Pedro con sonrisa placentera.

—Claro que sí, ambos haremos todo lo posible por estar presentes ese gran día —reafirmó don Benito.

—¿Y de Úrsula... qué me contáis? —preguntó doña Antonia.

—Que sigue igual de guapa. Y como siempre, sin aceptar a ningún hombre como su futuro esposo —replicó don Pedro.

—Qué pena de niña. Quizás, sin saberlo su misión en la vida ha sido la de ser monja —repuso doña Antonia con aire pensativo. A continuación, sin esperar respuesta, a la vez que miraba a su sobrino, preguntó—: ¿Y tú, Diego, aún no te decides a buscarte esposa?

A la pregunta de doña Antonia, padre e hijo se miraron silenciosos.

—Todavía no... pero quizás... pronto lo haga —repuso el joven un tanto vacilante.

Doña Antonia, mirándolo sonriente, preguntó:

—Entonces, ¿ya tienes a una elegida?

Al ver que su hijo no respondía, don Pedro apostilló:

—A decir verdad...

Su cuñado, a la vez que se daba cuenta de que el tema de esa conversación no era del agrado de su sobrino, de inmediato cambió de asunto.

—Bueno, y a todo esto, ya estaréis enterados de lo que pasa en nuestra querida patria, ¿verdad?

—¡Benito! ¡No empieces ahora con ese temita! —replicó su esposa.

Sin tomar en cuenta la protesta de su hermana, don Pedro asintió con la cabeza.

—Sí, sabemos que las tropas francesas están metiéndose por toda la Península para, según dicen, dirigirse a Lisboa.

—Y eso es justamente lo que nos inquieta a la mitad más uno del país; que, con el pretexto de Portugal, las legiones de Napoleón siguen entrando y entrando en España. Hace unos días estuve en casa de tu hermano José, que casualmente se hallaba acompañado de otros militares amigos suyos, y todos estaban muy preocupados con esta situación.

—Tienen razón para estar inquietos —intervino Diego—. Napoleón algo gordo se trae entre manos, esperemos que... su verdadera intención no sea la de invadir España —concluyó a la vez que recordaba las proféticas palabras de Brunilda, cuando aseguraba lo mismo.

—No lo creo, aunque... tampoco me extrañaría demasiado —respondió don Benito con semblante serio.

Diego tomó de nuevo la palabra, y agregó:

—Hay que reconocer que la maldita alianza que tenemos con Francia es muy penosa, sin contar con la debilidad de nuestros soberanos.

—Tienes toda la razón: Carlos IV es solo un títere —expuso don Benito mientras chupaba su pipa. A continuación, agregó—: Todos sabemos que nuestro monarca está manejado por la reina, y por su favorito don Manuel Godoy, ¿sabéis lo que se dice de ellos? —acabó con un gesto picaresco.

—Sí, lo sabemos... esos rumores ya han cruzado toda España y puede que hayan llegado al extranjero —apostilló el señor Ibáñez con sonrisa burlona.

Ante las palabras de su cuñado, el dueño de casa prorrumpió en carcajadas.

Doña Antonia, con cara de disgusto, exclamó:

—Benito, por favor... ya basta. Esos rumores solo son indignantes calumnias contra doña María Luisa...

El marido de doña Antonia miró a su cuñado y, con expresión comprensiva, expresó:

—Ya sabes que tu hermana es muy amiga de la reina, y también de la esposa de Godoy. Y claro, por fuerza tiene que defenderlas. —Volviéndose luego hacia su esposa, a la que miró serio, agregó—: Pero, si mal no recuerdo, hace unos días al enterarte, así... de golpe, que nuestros monarcas acababan de apropiarse del palacio de la Moncloa, que le pertenecía a doña Cayetana, duquesa de Alba... con la que te unía una estrecha y cariñosa amistad, te quedaste muy mal y comenzaste a despotricar contra ellos. Sin olvidar que muchos de los bienes de la pobre difunta duquesa, entre estos un gran número de cuadros y famosas obras, todas de un valor incalculable... además de las joyas de la colección ducal, habían pasado a manos de Manuel Godoy y su esposa, con lo que también estabas indignadísima.

Doña Antonia, en medio de un hondo suspiro, declaró:

—Sí, es verdad... y de esto último aún no puedo reponerme. Y por más que lo pienso me cuesta creer que nuestro rey haya sido capaz de permitir algo tan desagradable. Pero... ahora desearía que no hablemos más de cosas tan delicadas, ni tampoco de las dichosas tropas francesas que van a Portugal. Ni de malignos chismes palaciegos que van propagándose por ahí en perjuicio de la reina. —Dando un cariñoso abrazo a los visitantes, agregó—: Ahora



tenemos que atender a mi hermano y su hijo... que al fin, después de tanto tiempo, han venido a vernos. Y lo mejor es no llenarles la cabeza de cosas desagradables.

Ante la firme actitud de doña Antonia, la conversación se centró en la futura boda de Gertrudis.

A la mañana siguiente, Diego y su padre partieron hacia el barrio de Maravillas, donde vivían el tío José y su familia.

Cuando don Pedro y su hermano se abrazaron, después de tanto tiempo sin verse, no pudieron evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. La esposa de José y sus hijas menores, Begoña y Micaela, muy emocionadas, se unieron al abrazo. A continuación, doña Elena se lamentó de que su cuñada no hubiera podido viajar. Unos minutos más tarde, llegaron los primos mayores de Diego, junto a sus esposas e hijos. Ambos hermanos, militares como su padre, gozaban de unos días de descanso.

—¡Vaya... pero qué sorpresa más grata! —exclamó David abrazándose a los recién llegados—. Esto se merece un festejo a lo grande.

—Lo mismo digo —señaló su hermano Sergio—. Tenemos que organizar pronto una gran reunión para aprovechar que podemos estar todos juntos. Que lástima que ni la tía Clemen ni los otros primos hayan podido venir. —Seguido a eso, girándose hacia su esposa, agregó—: Gloria, ¿recuerdas a mi tío y mi primo jerezanos? Ambos vinieron a nuestra boda acompañados de la demás familia.

—Sí, claro que los recuerdo a todos; me alegra mucho volver a verlos —contestó sonriente la joven esposa de Sergio.

—Yo también me acuerdo de vuestra familia jerezana —replicó Maite, la mujer de David, acercándose a ellos.

Diego, tras los calurosos abrazos, se mostró maravillado de conocer a sus pequeños sobrinos, a los que enseguida les prodigó cariñosas palabras.

Cuando don Pedro les anunció el próximo matrimonio de Gertrudis, la familia de José se quedó gratamente sorprendida. Después de darles la

enhorabuena, todos les dejaron en claro que por nada del mundo dejarían de asistir a ese importante acontecimiento. De pronto doña Elena, plantándose frente a los visitantes, con sonrisa cariñosa manifestó:

—De aquí no os marcharéis sin antes comer con nosotros.

—Eso mismo —rebatió don José. Tras eso, con sonrisa feliz, les anunció—: Y de paso, tal como lo han sugerido mis hijos, organizaremos para mañana una gran merienda, que se prolongará en una opípara cena... —Volviéndose hacia don Pedro, añadió—: Esta tarde invitaremos también a Ramón y los suyos; será algo inolvidable. ¡De verdad, qué lástima que ni Clemen, ni tus otros hijos hayan podido venir... porque de esa manera, hubiéramos estado, con excepción de Aníbal ¡toda la familia Ibáñez al completo!

Cerca de las cuatro Diego y su padre, acompañados de don José, se dirigieron a casa del otro hermano para sorprenderlos. Don Ramón y su esposa Sol, junto a sus hijos mayores Manuel y Antonio, y las pequeñas gemelas, Maribel y Mariné, los recibieron con grandes muestras de alegría. Mientras gozaban de una exquisita merienda junto a ellos, don Pedro les comunicó la próxima boda de Gertrudis; doña Sol y su esposo se miraron asombrados:

—¿La pequeña Gertrudis se nos casa? —exclamó don Ramón mirándolos anonadado—. Virgen Santa, cómo pasa el tiempo.

—Esperamos que todos estaréis presentes —arguyó su hermano Pedro.

—Claro que sí. Desde ahora programaremos ese viaje a Jerez de la Frontera —aseguró doña Sol, con visible emoción en la voz.

—¡Oh, sí...! De verdad ese será un hermoso motivo para regresar a mi tierra, a la que hace tanto tiempo no visito, junto a toda mi familia al completo —añadió don Ramón con semblante ilusionado.

Dos horas después, mientras se despedían, don José les recordó:

—No olvidéis que mañana os esperamos a todos en mi casa para merendar. Y ya lo saben, luego gozaremos de una gran cena familiar, en la que también estarán algunos amigos nuestros.

Al día siguiente, antes de las cuatro de la tarde, Diego y su padre, junto a los tíos Antonia y Benito fueron conducidos, por el viejo cochero de la familia, a casa de don José, donde ya se encontraban presentes varios de los convidados, además de un grupo de jóvenes amigos de Sergio y de David.

Apenas los recién llegados entraron en el salón principal, el dueño de casa, tras tomar del brazo a los jerezanos, los llevó hacia un grupo formado por cuatro hombres ya mayores, entre ellos un cura. Con semblante eufórico, exclamó:

—Pedro, Diego, os voy a presentar a unos amigos... —Fue nombrándolos uno por uno mientras Diego y su padre, con ademán afectuoso, les estrechaban las manos.

Luego, sin dejar de sonreír, don José los llevó hacia donde estaban otros dos hombres, que en ese momento observaban atentos unos ornamentados sables que colgaban de una de las paredes.

—Y estos son dos de mis camaradas de armas —continuó el dueño de casa—, don Jacinto Mendoza Ruiz, y el capitán don Luis Daoiz y Torres... —Se volvió hacia los nombrados, y agregó—: Compañeros, este es Pedro, mi hermano mayor de Jerez, y su primogénito Diego, de los que siempre os estoy hablando. Bueno, a mi hermana y a su esposo ya los conocéis —acabó, mientras don Benito y su esposa se acercaban a ellos.

Los militares, luego de besar la mano de doña Antonia, extendieron las suyas a los hombres, apretándolas con amistosa cordialidad. Don Pedro, conocía de oídas al capitán Daoiz, ya que la familia de este tenía dos residencias en Cádiz; una en el Puerto de Santa María, y otra en Sanlúcar de Barrameda. Además estaba al corriente de que, como militar, este había tenido una magnífica participación durante la Guerra del Rosellón en 1793. Y también durante la batalla del Cabo de San Vicente, en 1797, en la que había muerto su cuñado Ignacio.

Segundos después, padre e hijo saludaron a doña Elena y a sus hijas, Begoña y Micaela, y también a sus nueras Gloria y Maite, que se hallaban

reunidas en el salón de invierno, mientras contemplaban risueñas los juegos de sus pequeños hijos.

Unos minutos más tarde arribaron don Ramón y su numerosa familia. Tras eso, alrededor de las cinco se presentó un compañero de armas de David y Sergio, el joven capitán Pedro Velarde Santillán, oriundo de Santander que, al igual que los primos de Diego, había entrado como cadete en la Academia de Artillería de Segovia con tan solo catorce años.

Enseguida la casa se llenó de gente, la mayoría de hombres. Las voces de los contertulios se mezclaban con los gritos y risas de los niños. Media hora después, doña Elena dio órdenes de que se sirviera chocolate caliente, churros y rosquillas cubiertas de miel, lo que provocó las delicias de los más pequeños.

La cena fue servida pasadas las ocho en un mismo clima de animación. Durante la sobremesa, luego de que las madres acostaron a sus retoños, y mientras las criadas servían café, los primos de Diego, David, Sergio y Antonio, el menor de los hijos de don Ramón, acompañados del joven Pedro Velarde, comenzaron a contar cuentos y graciosas anécdotas hasta provocar, entre toda la concurrencia, estruendosas carcajadas.

Seguido a eso, sin que casi se dieran casi cuenta, la conversación se condensó en la entrada de los ejércitos franceses a España. Begoña, una de las hijas de don José, dirigiéndose a su tía Antonia, exclamó:

—¡Ay, tía!, ¡no te puedes hacer una idea de lo guapos y gentiles que son esos franceses! El día que entraron en Madrid, mi hermana y yo estábamos reunidas en casa de una amiga nuestra, que vive en la calle Fuencarral, y desde sus balcones vimos la extraordinaria y apoteósica entrada de los imperiales... con sus sables, sus *plumachos*, sus *morriones* y sus corazas relucientes como espejos, en un desfile extraordinario.

—Mi hermana tiene razón —agregó Micaela—: ¡Son guapísimos! Y eran cientos los que pasaban frente a nosotras. Y delante de todos, venía el que los manda, de nombre *Murraz*, que era el más guapo de todos. ¡Qué apostura tan

varonil!, ¡y qué modales... tan exquisitos!

—Oye, Micaela, lo has dicho mal; se pronuncia Murat —interrumpió Gloria, la esposa de Sergio.

—Según dicen —siguió Begoña a la vez que volvía a tomar la palabra—, ese tal Murat está casado con una hermana de don Napoleón. Y lo que ha dicho mi hermana es verdad: ¡si vierais con qué descaro miraba hacia los balcones, sonriéndonos con estudiada seducción!

Doña Antonia, con sonrisa irónica, exclamó:

—Ya sabemos que los franceses son famosos por sus galanterías. Aunque será mejor no fiarse demasiado de ninguno.

—Eso mismo opino yo —reiteró Maite, la esposa de David con gesto desconfiado.

—Han estado pidiendo alojamiento en todas las casas de la ciudad —irrumpió don José a la vez que miraba ceñudo a sus hijas—. Menos mal que por aquí no se acercaron; no me gustaría tener que convivir, ni un solo día, con esos atrevidos *franchutes*.

—Lamentablemente, en casa de mi hermana —informó uno de los amigos de don José—, tienen alojados a cuatro de ellos. Y, según lo que me enteré ayer, tanto ella como mi cuñado ya están arrepentidos de haberlos dejado entrar; porque, sin que casi se dieran cuenta, esos señorones ya han comenzado a actuar como si la casa entera les perteneciera.

—Ay, ¿de verdad, don Gabriel?... ¿y luego... como harán sus familiares para sacarlos de ahí? —quiso saber doña Elena.

—Pues eso sí que va a ser difícil, por no decir imposible —replicó su compañero—, una vez que esos *franchutes* se meten en tu casa, estás perdido.

—Don Francisco tiene razón —reiteró el padre Eusebio—, yo tengo un presentimiento muy malo con respecto a la entrada de esos emplumados señorones...

El militar, don Jacinto Mendoza, tras mover la cabeza molesto, comentó:

—Yo también... la entrada de las tropas francesas me tiene cada vez más

preocupado.

—Pues ya somos varios —acotó don Ramón con semblante pétreo.

Doña Sol, visiblemente fastidiada, intervino:

—¡Por favor, no empiecen de nuevo ahora con ese molesto tema!

—Es verdad... ¡qué calamidad! —replico su cuñada Antonia mientras daba un resoplido—. Desde un tiempo a esta parte, siempre estáis con lo mismo. Ahora estamos reunidos con la familia... y amigos, en un clima de diversión, y es mejor no tocar esos temas tan desagradables.

Don José, a la vez que levantaba el brazo en alto, exclamó:

—¡Sí, claro, estamos divirtiéndonos y llenando las barrigas, y nos olvidamos de que quizás en estos momentos, se estén preparando cosas... que mañana nos podrían dejar helados!

Diego, con los ojos entornados, recordó a la bella Brunilda cuando ella le advirtió de esa misma posibilidad.

En ese momento se escuchó la voz de doña Elena que replicaba:

—¡Pues yo creo que ahora es mejor no pensar en el mañana, ni ser tan pesimistas!

—Pero... ¿tanto os preocupa la entrada de los soldados franceses a España? —preguntó doña Sol mirándolos intrigada.

Su cuñado José, atusándose el bigote, replicó:

—Claro que nos preocupa. Da miedo pensar que quizás, cuando menos nos demos cuenta, las tropas de Napoleón Bonaparte estarán extendidas por todos los rincones de la Península, eso... si es que no lo están ya.

—¡José! ¿Pero por qué supones eso? —chilló doña Antonia.

Doña Elena, luego de dirigir a su esposo una mirada reprobadora, expresó:

—Eso mismo es lo que yo me pregunto: todo el mundo sabe muy bien que esos ejércitos son amigos de España... y que van camino hacia Portugal.

—Sí, madre, eso es lo que el emperador les aseguró a nuestros reyes —comentó su hijo David—. Pero... ¿podremos fiarnos de su palabra?

En ese momento Diego levantó la mano. Con voz pausada, manifestó:

—Creo que, tal como están ahora las cosas en España... y en el resto de Europa, no debería extrañarnos que Napoleón intente apoderarse de nuestra nación. —Tras esbozar una sonrisa, continuó—: Deberíamos ser muy cautos a la hora de creernos en su palabra. ¡No hay que olvidar que el emperador francés jamás da puntada sin hilo! Y a mí, personalmente ha comenzado a invadirme, en torno a todo esto, la desconfianza.

Don Ramón asintió con la cabeza y replicó:

—Mi sobrino jerezano tiene mucha razón. Eso es lo que todos nosotros también pensamos: ese *corso* algo se trae entre manos, y creo que va a ser... algo muy gordo.

Manuel, el hijo mayor de don Ramón, poniéndose de pie, señaló:

—Mi maestro me explicó que Carlos IV y el emperador Napoleón han acordado dividir Portugal en tres partes: la del norte, para los reyes de Etruria; la del centro, para Francia. Y las provincias de Algarbes y Alemtejo servirán para hacer un pequeño reino, cuya corona la ceñirá el señor Manuel Godoy.

Todos se quedaron mirándolo pensativos.

—Las cosas no son tan simples como parecen... o como nos quieren hacer creer —se escuchó decir al joven Pedro Velarde—. Puedo asegurarles que, en estos últimos tiempos, ya no se habla de ese tal reparto. Y me temo que... lo que está ocurriendo, tal como don Diego ha dicho, sea bastante más grave.

Don Jacinto Mendoza Ruiz se puso de pie y exclamó:

—Exacto; es muy posible que muchos de los que hoy se frotan las manos de contento viendo cómo esos emplumados y arrogantes ejércitos galos entran aquí, con la excusa de Portugal, mañana llorarán.

En ese momento el Capitán Luis Daoiz, mirándolos preocupado, prorrumpió:

—Yo también creo en esa posibilidad... algo gordo se está preparando en nuestra tierra. Y no me extrañaría que muy pronto, tal como están las cosas, lleguemos a sentir miedo de perder nuestra independencia.

—¡Ay, don Luis, no nos asuste usted también! —exclamó doña Elena mirándolo compungida.

El nombrado, con sonrisa apenada, se excusó:

—Señora Ibáñez, mil perdones... pero tal como están las cosas ahora, es mejor no engañarnos. Por lo que a mí respecta, esa posibilidad existe.

Diego, sentado junto a sus primos y a los amigos de estos, observaba la escena en silencio.

En ese momento doña Antonia, con ademán disgustado, exclamó:

—Ay, por favor. Dejémonos ya de esos temas tan desagradables y escabrosos...

Su hermano José, señalándola con el dedo, afirmó:

—Pero es que... justamente son estos asuntos de los que se habla en toda España.

—Pues ahora en nuestra casa cambiaremos de cuestiones —rebatía doña Elena mientras miraba a su marido con visible fastidio—. Hablaremos de cosas más alegres y divertidas.

—Sí, hablemos de comedias, bailes y diversiones —saltó su hija Begoña riendo.

Gloria, con sonrisa cómplice, señaló a su cuñada y expresó:

—Maite y yo estamos de acuerdo con Begoña; queremos hablar solo de temas más alegres...

El dueño de casa, con semblante serio, miró a las damas y, tras arrugar en entrecejo, exclamó:

—Bueno, vosotras podéis hablar de lo que os guste. Pero nosotros no podemos evitar estar nerviosos y alertas por lo que puede llegar a pasar.

Doña Elena, plantándose ante su esposo, replicó:

—Lo que tenga que pasar... pasará sin que tú ni nadie pueda hacer nada.

Don José replicó obstinado:

—Eso no quita que estemos intranquilos, y necesitemos hablar sobre esa posible eventualidad.



—Paciencia, Elena —prorrumpió doña Sol con aire vencido—. En esta reunión estamos en desventaja: somos muy pocas las mujeres; ellos nos ganan por mayoría.

—Sol tiene razón —repuso doña Antonia—. Ya se sabe que en las reuniones de hombres el tema principal es siempre: la guerra... la caza y la política...

La entrada de unas criadas con bandejas con tazas de café, además de chocolate caliente y bebidas, interrumpió la charla. Minutos después, don Jacinto Mendoza Ruiz luego de mirar a don Benito con notable curiosidad, le preguntó:

—Usted que frecuenta tan seguido la Corte... cuéntenos algún nuevo acontecimiento, ¿qué se cuece por ahí? Nosotros percibimos cosas raras... diría que muy extrañas, pero no logramos entender nada.

El capitán Luis Daoiz, con aire de intriga, añadió:

—Sí, por favor ¿qué nuevas corren por los pasillos del palacio?

Don Benito, alzándose de hombros, confesó:

—Os puedo asegurar que de eso... no sé mucho más que vosotros. Ya sabéis que las cosas de palacio son muy secretas. Solo les puedo asegurar que... personalmente, coincido con todos los aquí presentes. A mí, a pesar de que siempre he sentido mucha admiración por Francia, y también... no voy a negarlo, por Bonaparte ahora... tal como ha dicho mi sobrino Diego hace un momento, me invade la desconfianza y la desazón. Creo que el emperador francés solo quiere a España por intereses propios.

—Sí, para sacarnos dinero, barcos, tropas... y cuanto se le dé la real gana —rebatíó su cuñado Ramón furioso.

Don Pedro tomó la palabra y agregó:

—Bueno, pero al menos quizás nos quite del medio a Godoy, que ya nos tiene hartos...

Doña Antonia, con malos aires exclamó:

—¿Ya estamos de nuevo en el mismo temita? Es increíble pensar que estos

hombres no tengan otros asuntos de que hablar.

Sin hacer caso a las palabras de su hermana, don Pedro, mostrándose intrigado, miró a los militares y les preguntó:

—¿Y... qué fue lo que realmente pasó en el Escorial, de lo que tanto se habla?

Su hermano José, atusándose el bigote, explicó:

—¡Ah! Eso fue como el principio de una revolución frustrada. Pero lo único que sabemos es que se tramaba matar a los reyes, o al menos eso es lo que nos han hecho creer.

Don Jacinto levantó el brazo y, con una mueca de disgusto, tomó la palabra:

—Y el alma de tal confabulación... ¿quién resultó ser?, pues... nada menos que el propio Príncipe de Asturias. Y desde ese día todos nos estamos preguntando: ¿cómo un príncipe puede llegar a atentar contra sus padres?, ¡qué vergüenza!

—Solo por eso el heredero de la corona tendría que ser condenado a muerte —agregó don Ramón muy serio—. Y que tiemble España, cuando en un futuro ese personaje llegué a ceñirse la corona... porque quien no es un buen hijo nunca podrá ser un buen rey.

El señor Mendoza Ruiz hizo un gesto adusto con la mano y exclamó:

—La Corte de Carlos IV... bueno, en realidad, de todos los reyes que han pasado por este sufrido país, es una corte de fantoches, que nunca se enteran de nada de lo que le pasa a su pueblo...

El Joven Capitán Pedro Velarde, echándose a reír, rebatió:

—Sí, como bien aseguró Voltaire: los reyes se parecen a los maridos traicionados... porque nunca saben lo que ocurre a su alrededor.

—¡Ah!, como bien decía mi padre, reyes eran los de antes... aquellos que se dormían en sus cortes y eran centauros en las batallas —prorrumpió don Jacinto a la vez que torcía el gesto.

Don Benito, luego de mirar a todos los presentes, tomó la palabra:

—A propósito de nuestro príncipe de Asturias... puedo confirmar que lo

que habéis dicho del heredero a la corona española, es verdad. —Mientras esquivaba la mirada reprobatoria de su esposa, con gesto asqueado agregó—: Y eso puedo atestiguarlo con veracidad porque lo conozco en persona. Es... ni más ni menos, un ser abyecto y decadente y, para peor... con muy pocas luces. Y como todos sabemos no hay nada más peligroso que... una idea ancha, en un cerebro estrecho como el suyo. De modo que el futuro que nos aguarda a los españoles no es muy halagüeño que digamos...

En ese momento, desde la puerta de entrada llegaron fuertes exclamaciones mientras una de las criadas llamaba a los hijos de don José. Minutos después, aparecieron por sorpresa varios otros amigos de David y de Sergio, entre un preludio de guitarras y alegres cánticos. El salón se llenó de risas, música y aplausos. Enseguida se unieron al bullicioso grupo Micaela, Begoña junto a Maite y Gloria, además de Diego y los dos hijos de don Ramón.

El dueño de casa, tras mirar seriamente a sus invitados, exclamó:

—¡Fijaos! Que frívola y vana juventud, no piensan más que en divertirse sin pensar que media Europa se está desangrando y que nuestra propia patria puede estar ahora incendiándose...

—¡Oh, José, cállate ya! —le increpó su esposa observándolo con enfado—. Deja ahora las intrigas a un lado y escucha cantar a los jóvenes, así relajarás tus nervios.

Cerca de la medianoche, el dueño de casa propuso un brindis.

De inmediato todos los hombres levantaron sus copas.

El anfitrión, antes de beber, vociferó risueño:

—¡Por la paz y la concordia!

Todos respondieron al unísono: «Salud».

A pesar del bullicioso retumbar de voces, sumados a los guitarreos que venían del salón contiguo, la charla del dueño de casa y de los demás hombres, entre copas de vino, continuó con encendida elocuencia. Hasta que poco a poco las velas comenzaron a gotear, próximas a extinguirse, y los párpados de muchos iban cayéndose sobre los ojos. Pasadas las dos de la

mañana, las visitas fueron marchándose.

Al llegar a la residencia de sus tíos Benito y Antonia, Diego se refugió en el dormitorio destinado para él. De pronto, mientras se preparaba para acostarse, sus pensamientos se condensaron en la figura de Trinidad. Sintiéndose sorprendido, comprobó que hasta ese instante no la había echado en falta. «Quizás, es como siempre me digo: solo la tengo metida ahí... donde nacen mis fantasías. Puede que, en realidad, Trini para mí represente nada más que el deseo de la carne», se dijo en medio de un suspiro. Luego de apagar las velas del candelabro, se acostó. Apenas logró dormirse, sus sueños volvieron a poblarse de extrañas y confusas visiones; las mismas que desde hacía tiempo lo perseguían: oculta en las sombras, sin darse a conocer, la figura de una mujer continuaba acechándolo entre una caótica amalgama de evocaciones, en las que se mezclaban la intriga, el temor y la ansiedad.

Durante los siguientes días, Diego acompañó a su tío Benito a varias reuniones secretas de masones, además de tertulias de literatos y políticos junto a sus amigos «afrancesados», entre los que se contaban el pintor Francisco de Goya, los escritores Leandro Fernández de Moratín y Juan Meléndez Valdés. En esos excitantes conclaves, Diego permanecía atento mientras observaba a su tío, junto a sus camaradas, entrar de lleno en alteradas conversaciones políticas y de los graves problemas de Estado que... por esos días aquejaban a la nación.

También por las calles se podían ver grupos de gente exaltada, en actitud conspiratoria y que siempre acababan en riñas y atropellados escapes callejeros.

Una mañana, Diego aceptó la invitación de su tío Ramón a dar un paseo por la ciudad.

—Primero iremos a la calle de Cuchilleros a comprar algunas cosas que necesito. Y luego comeremos en la posada de Botín, ¿te viene bien? —inquirió el hermano menor de su padre, mirándolo sonriente.

—De maravilla, hace tiempo que no voy por allí —respondió el jerezano

animoso.

Unas horas después, acabados ya de almorzar, mientras saboreaban un exquisito Valdepeñas, don Ramón, tras mirar con curiosidad a su sobrino, inquirió:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, tío, lo que usted quiera —repuso el joven con amplia sonrisa.

—Tu padre me ha contado que, desde hace ya un largo tiempo, en tu vida solo hay una mujer. Y... dado tu modo de ser, desde que eras un jovencito, eso me ha complacido mucho. Y en estos días he estado preguntándome: ¿el motivo de tu expresión nostálgica se debe a que la extrañas?, ¿piensas casarte con ella?

Diego se quedó unos instantes pensativo. Con apenas un hilo de voz, respondió:

—No lo sé, tío; mi situación amorosa actual está algo complicada —estableció una pausa. Después, tras mirar de frente a su interlocutor, exclamó —: Ahora que estamos aquí los dos juntos, se lo contaré todo desde el principio. Y así podrá comprenderme mejor, y de paso yo mismo me desahogaré. Y quiero que sepa que... esta será la primera vez que me explayaré sobre este tema con tanta sinceridad.

Don Ramón, con sonrisa encantada, expresó:

—Gracias, sobrino, me alegra saber que confías en mí. Te escucho...

Diego, exhaló el aire de sus pulmones, y comenzó a decir:

—Hace tiempo, de manera imprevista, conocí a una joven de la que...

Sin omitir detalles, salvo los demasiado íntimos, Diego le confesó a su tío todo lo que pasaba en torno a su vida sentimental, en los últimos tiempos.

Cuando finalizó, tras sonreír al hermano menor de su padre, con aire desalentado, masculló:

—Como ya lo ve, tío, la mía es una relación muy complicada; aunque estoy junto a ella por propia voluntad... hay veces en que me siento completamente atrapado. Lo que más me impresiona es que... Trinidad Morales tiene el

poder de la transmutación y, la mayoría de las veces, logra convertirse en lo que quiere y también... en lo que yo mismo ansío. Y todo eso me llena de algo así como... hipnóticas fantasías.

Don Ramón, mirándolo muy serio, le dijo:

—Ten cuidado: las fantasías, por carecer de imperfecciones, resultan muy peligrosas; sin olvidar que la mente, muchas veces, puede distorsionar la realidad. —Tras establecer una corta pausa, mientras lo miraba a los ojos, añadió—: Sobrino, por lo que me has contado, veo que no solo estás viviendo en pecado... sino que, tal como tú mismo lo has dicho, también estás inmerso en una complicada situación de la que no sabes cómo salir. Yo no creo que estés enamorado de esa jovencita... solo la deseas. Además, me parece que una joven como ella nunca podría llegar a ser la esposa ideal para alguien como tú. Reconoce que a su lado solo encuentras alivio a tu sexualidad. Pero eso de ninguna manera es amor; cuando una pareja se ama de verdad, además de la comprensión, de la ternura y de la tolerancia... sus almas tienen que tener una gran afinidad entre sí. El amor es algo que compromete la esencia de un hombre y una mujer, más allá de sus pasiones carnales... porque el verdadero amor no pasa solo por el lecho, hay cosas más importantes que eso —reiteró persuasivo. Poniéndole una mano en el hombro, agregó—: Sobrino, sé sincero contigo mismo... y también con esa niña. Recuerda lo que dice la Biblia: «Solo la verdad te hará libre».

Diego se quedó pensativo. A continuación, mirándolo a los ojos, admitió pesaroso.

—Usted tiene razón, tío; después de poseerla... cuando al fin se me agota la pasión, siento que nada más me une a ella. Lo peor de todo es que... no logro conocerla bien. Trinidad está llena de zonas oscuras e insondables, a las que nunca puedo llegar.

Don Ramón, ante las palabras de su sobrino, asintió con la cabeza y señaló:

—Si aprecias mi consejo, apártate de esa muchacha de inmediato. Estoy seguro de que ella solo tiene un propósito: lograr que te acostumbres a su

seducción y así poder dominarte por completo. Después no podrás prescindir de ella, y eso para ti se transformará en un veneno. Abandónala antes de que sea demasiado tarde y ya no puedas hacer nada. —Al ver que Diego, se quedaba callado, agregó—: Si continúas con esa relación, te harás mucho daño y la dañarás también a ella. No te mientas más ni le mientas a esa joven... y tampoco te llenes la cabeza de conflictos ni de remordimientos.

En la mente de Diego se formó un caos. «¿Dejarla?, ¿qué sería de ella si yo la abandonara a su suerte?», se dijo consternado.

—Lamentablemente, no puedo hacer eso, tío —murmuró con notable aflicción—. Trini no tiene a nadie más que a mí; su familia la ha repudiado; ni siquiera la visitan nunca. Además, Trinidad siempre me repite que, si yo la dejara, ella se moriría. Incluso ha hablado de quitarse la vida...

Don Ramón, mirándolo alarmado, objetó:

—Por favor, no creas en sus amenazas de suicidio. No caigas en algo así; eso solo es chantaje. Regálale la casa, la huerta... todo, y ya verás cómo cambia de pensamientos y de actitud. Y luego tú márchate a un largo viaje.

Por unos instantes Diego permaneció callado.

Seguido a eso, con expresión apesadumbrada, murmuró:

—Tío, ella no quiere nada material; solo me quiere a mí.

Don Ramón permaneció unos segundos en silencio.

—Sobrino... realmente, no sé qué consejo darte. Solo volveré a repetirte que tengas mucho cuidado, no malogres tu vida. Esa clase de mujeres son como arañas: una vez que te atrapan en sus hilos, ya no te sueltan.

Durante unos minutos más, tío y sobrino siguieron envueltos en esa conversación, en la que el más joven permaneció en silencio.

En los siguientes dos días Diego se dedicó a dar largos paseos en solitario por los alrededores de la ciudad, a la vez que recorría los populares barrios de la Latina, Lavapiés y el Barquillo, mientras rememoraba los tiempos en los que su primo Aníbal (antes de que este se marchara a Buenos Aires), lo llevaba a jugar al billar y a cantar con sus amigos de la *Tuna*.

Algunas noches junto a su padre, acompañaban a los tíos al teatro y a la ópera y también a numerosas cenas y bailes de sociedad. Ese día, tras asistir con su tío Benito a una reunión de camaradas en la que también había compartido un agradable almuerzo, se marchó a jugar algunas partidas de billar. Cerca de las tres de la tarde, antes de regresar a la casa de sus tíos, mientras aprovechaba el buen tiempo reinante, se decidió a dar un recorrido a lo largo de la abarrotada calle de Alcalá.

Para el jerezano, Madrid, aunque pueblera y carente del mismo brillo de París y Roma, también tenía lo suyo, provista de un brillo castizo y único que representaba un móvil y bullicioso espejo de muchas historias y culturas, donde la monarquía y la plebe compartían el mismo espacio, con sus calles airoas, repletas de visitantes que iban y venían como en un perpetuo paseo. Allí también se podían admirar hermosos palacios y parques; magníficas esculturas, puertas monumentales y espléndidos jardines. Además de eso, la Villa y Corte de Madrid se caracterizaba por ser una ciudad alegre, con una predisposición a la farándula y al jolgorio, por lo que a sus visitantes les resultaba muy difícil resistirse a esa manera de vivir.

Esa tarde Diego, mientras caminaba entre la muchedumbre, de tanto en tanto se detenía para elogiar, con graciosas reverencias, y descarados guiños de ojos, a las floristas y también a las damas que paseaban en literas o en sillas de manos, las que a su vez respondían a sus saludos con lánguidas y seductoras sonrisas.

Luego de dar un rodeo, llegó a la Plaza Mayor, atestada de vendedores ambulantes entre aguadores, castañeras, cigarreras, floristas... y un sinfín de otros mercaderes mezclados con mendigos que buscaban los rayos del sol otoñal, para calentar sus cuerpos.

Con sonrisa divertida, Diego se detuvo frente a unos mozalbetes que intentaban llamar la atención de varias mujeres que ofrecían sus sonrisas y coqueteos a los caballeros elegidos de antemano. El jerezano se dejó adular por varias de ellas, para luego seguir su marcha hasta detenerse junto a un



grupo de hombres que, al amparo de uno de los enormes pilares que daban a la Calle Nueva, jugaban a los dados. Al ver que varios de ellos le propusieron unirse para echar unas partidas, sin pensárselo demasiado, comenzó a apostar con ellos.

Cuando llevaba ganando y perdiendo varias jugadas, en el instante en que le tocaba hacer la tirada... la figura de una joven mujer, enfundada en un abrigo azul oscuro atrajo su atención.

Sobrecogido por el estupor, Diego dejó caer los dados al suelo y se puso de pie.

Sus compañeros de juego le gritaron:

—¡Hey, señorito!, ¿tan pronto nos abandona?

Sin responderles, el jerezano se acercó a la mujer y la observó con detenimiento.

Ella permanecía inmóvil sin quitar ojo a un grupo de hombres que en ese momento salían de una concurrida taberna frente a ellos.

Diego, sin que ella se percatara, se puso a su lado. «¿Es posible?», pensó anonadado mientras observaba el bello perfil de la joven, peinada a la moda, en el que se destacaba un lunar sobre el labio y otro en la mejilla. «Es ella, no cabe duda. Pero... ¿qué hace Brunilda Cavaglioni, en Madrid... en plena Plaza Mayor, y sin escolta? ¿A quién está espiando? ¿a ese grupo de hombres?», acabó preguntándose mientras ella, en actitud absorta y ajena a todo lo que pasaba a su alrededor, continuaba con la mirada fija en los caballeros que seguían allí detenidos enfrascados en una conversación.

Diego le tocó el hombro y, sin preámbulos la saludó:

—Hola, *bellissima piccolina*, qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

Brunilda se volvió bruscamente... y, al descubrirlo frente suyo, su rostro cambió de color a la vez que sus ojos se abrían asombrados.

—Oh, Diego... ¿qué... haces aquí? —preguntó balbuceante.

El jerezano no pudo evitar soltar una carcajada al notar que a ella, de la impresión, parecía habersele descolgado la mandíbula.

Sin dejar de reír con evidente sarcasmo, replicó:

—Eso tendría que preguntártelo a ti, ¿no crees? Por si te has olvidado, yo vivo en este país y tú, según Carlos... por una carta que recibió de vuestra prima Janet, te hallabas en Italia esperando la llegada de tu *Sigfredo*... para casarte con él, y luego partir juntos hacia el Nuevo Mundo.

Diego, ante la actitud cómicamente nerviosa de la bella prusiana, volvió a reír.

—Es... lo que... —la escuchó decir—, pensábamos hacer mi... mi cuñada y yo. —Roja de cólera, tartamudeó antes de poder coordinar las palabras. Mientras él la observaba burlón, prosiguió—: Pero... aún no pudimos viajar. Matilde tenía cosas... que hacer aquí, varios trámites por... una herencia en Portugal. Mañana salimos para Barcelona desde donde embarcaremos con... con destino a Italia.

Por el temblor de sus manos y de su boca, Diego dudó de que estuviera diciéndole la verdad.

Mientras la contemplaba burlón, le preguntó:

—¿Y qué haces aquí sola, sin escolta?

—Paseaba, ¿hay algún problema en que... una mujer camine sola por Madrid? —replicó ella con sonrisa mordaz.

Por unos segundos los ojos de Diego se quedaron fijos en el pecho de ella mientras observaba cómo subía y bajaba a impulsos de su incontrolada agitación.

—Pues... fíjate que sí —respondió él mientras desviaba la vista hacia el ruboroso rostro de la joven prusiana—. Aquí, en mi tierra resulta muy extraño, y muy poco recomendable, que una mujer de tu condición decida salir sin compañía a deambular por las calles. Y, por lo que me pareció, espías a alguien. ¿Aún sigues en tu papel de conspiradora?

Diego, a la vez que reía desdeñoso, soportó la colérica mirada de la joven hasta que ella, tras lograr controlarse, bajó los ojos. Con los labios apretados, expresó:

—Qué imaginación tienes. No, nada de eso... solo me detuve a mirar porque... me pareció ver a una amiga con..., con su marido, pero ya me iba.

—Entonces permíteme que te acompañe. ¿Dónde vives? —inquirió él, sin dejar de mirarla con aire burlón.

—Vivo... muy cerca de aquí. Y no es necesario que me acompañes —rebatía ella alargándole la mano a modo de saludo—: Adiós, ha sido un... verdadero placer volver a verte.

Diego besó su mano y, sin soltarla, en medio de una risotada, exclamó:

—Que mal mientes, *piccolina*, creo que más bien ha sido un disgusto encontrarme aquí.

—Puedes pensar lo que quieras. Tengo que irme ya, no quiero que... se me haga tarde.

Los oscuros ojos de Diego se posaron en los labios de ella.

—Al menos, déjame invitarte esta noche al teatro, o a la ópera —le pidió galante—. Yo estoy de paseo con mi padre en casa de mis tíos. Conozco una famosa Corrala en donde esta noche estrenan una bonita obra...

Bruny volvió a bajar la mirada a la vez que, con notable ansiedad, se mordía los labios.

—Gracias, pero no puedo aceptar —se apresuró a responder—. Recuerda que... estoy comprometida.

—¿Y eso que tiene que ver? —replicó el jerezano con una carcajada—. Perdona mi risa... pero es que me asombra tu comportamiento; eres tan liberal para unas cosas y tan mojigata para otras. Por que aceptes compartir un momento de diversión con un amigo de tu familia no creo que tu reputación se dañe. Además, puedes venir con tu cuñada.

Mientras el jerezano hablaba, Brunilda no dejaba de mirar con el rabillo del ojo al grupo de hombres del frente que, en ese momento, se alejaban por la Calle Nueva. Visiblemente contrariada, se volvió hacia Diego. Sin lograr esconder su furia, le espetó:

—De verdad... eres muy pesado. Por favor... ya no insistas. Adiós, me

marcho... mi cuñada y yo tenemos que acabar de empacar.

El jerezano la retuvo del brazo.

—Bruny, ¿no estarás jugando de nuevo al espionaje, verdad? No hagas tonterías que puedan acarrearle serios problemas. Recuerda que, en el baile de Jerez, te vi muy enfrascada con ese tema. —Mirándola ceñudo, inquirió —: ¿No lo habrás olvidado, verdad?

Poniéndose a la defensiva, Brunilda se giró hacia él y prorrumpió agitada:

—¿Cómo olvidarlo? Espero que... no se lo habrás contado a nadie.

—A nadie, de eso puedes estar tranquila —aseguró Diego. Con tono de guasa, agregó—: Pero en este momento tengo la sensación de que estás obrando de una manera muy extraña, y eso me hace pensar que quizás aún sigues en tu papel de conspiradora.

Ella le echó una mirada oblicua, por debajo de las pestañas, y murmuró:

—Oh, no, de verdad... no estoy metida en ningún papel, y menos de... espionaje. Aquella noche solo... ayudé a un periodista a pasar información, nada más. —Con aire desdeñoso indagó—: Y... a todo esto, ¿estás enterado de que tu patria corre serio peligro? Creo que estarás al tanto de que los ejércitos napoleónicos continúan traspasando los Pirineos... sin que nadie los controle.

Diego, mirándola perplejo, le dijo:

—¿Y tú... y tu grupo de ingenuos, y soñadores amigos, queréis impedirlo? ¡Ay, bonita!, ¿es que no te das cuenta de que, tal como están las cosas, nadie podrá cambiar nada? Además, por lo que todos sabemos los franceses van camino a Portugal...

Brunilda le dirigió una mirada de desprecio.

—¿Y tú te crees eso?, ¿tantos miles y miles de franceses entrando a España, solo para la campaña de Portugal? A mí me daría vergüenza pertenecer a este país. ¿Qué clase de sociedad es la vuestra que lo único que les interesa es divertirse en fiestas jugando a la Gallina Ciega, bailando fandangos y asistiendo a fiestas y romerías... mientras las plazas fuertes del país van

cayendo una a una en poder de los galos? —acabó ceñuda mientras dejaba que el hielo de su voz calara hondo en él.

Diego, la volvió a coger del brazo; mirándola cejijunto, le dijo:

—¿Ves cómo yo tenía razón? No me caben dudas de que estás metida en algún complot conspiratorio —acercó su cara a la de ella y buscándole los ojos agregó—: Sea lo que sea que pretendes hacer, ten cuidado... ¿me das tu palabra de que mañana vas a marcharte definitivamente de aquí?

La prusiana, apartándose de manera brusca de él, inquirió:

—¿Eso es tan importante para ti?

Sospesándole la mirada, el jerezano respondió:

—Importante no es la palabra; quizás... sea algo así como... una cierta preocupación.

Ella soltó una nerviosa carcajada.

—¿Preocupación? —ironizó—. Vaya, no entiendo por qué. ¿Me lo puedes explicar?

Los ojos de Diego la recorrieron de arriba abajo y, con gesto meditabundo, murmuró:

—Confieso que... tampoco lo sé. Quizás el motivo sea... porque conozco a tu familia, que a la vez es la de mi amigo Carlos, al que aprecio mucho... —acabó mientras pensaba: «Y porque me gustas... me gustas a rabiar. Y porque desde que te conocí te tengo metida en mi cabeza».

Brunilda, tras unos instantes de silencio, mordiéndose los labios con gesto contrariado, musitó:

—Si te sirve de algo, puedes quedarte tranquilo, mañana dejaremos esta ciudad... que muy pronto ya no será española. Y apelando de nuevo a tu caballerosa discreción, ¿podría pedirte que tampoco le cuentes a nadie... que me has visto aquí?

—Tranquila, de mi boca nunca nadie sabrá nada de... todo esto —murmuró Diego con la mano levantada.

Poco a poco el rostro de la prusiana se dulcificó. Tras exhalar un hondo

suspiro, centró su mirada en Diego y dijo:

—Reconozco que a pesar de todo eres un hombre de honor. Bueno... ahora debo irme; por favor no insistas en acompañarme, evítame la incomodidad de volver a rechazarte. Adiós, te deseo suerte.

—Y yo también a ti... y muchas felicidades en tu matrimonio —exclamó con aire serio—, saluda de mi parte a tu cuñada.

—Gracias, se lo haré saber —replicó ella alejándose rápida.

Diego la vio perderse de vista entre la multitud que colmaba la Plaza Mayor. «¡Demonios! Tenías que volver a cruzarte en mi camino... justo ahora que comenzaba a verme libre de tu malsano recuerdo... o al menos eso pensaba», se dijo en medio de un hondo suspiro. «No me creo nada de lo que ha dicho; cuando la descubrí ella espiaba con gran interés, y de manera insistente, a un grupo de hombres. Incluso en el momento cuando ellos se marchaban los siguió con una mirada centellante», volvió a decirse contrariado. Mientras caminaba de regreso al barrio de sus tíos, sin lograr quitarse de la mente a Brunilda, siguió diciéndose: «Tampoco creo lo de su próximo viaje a Barcelona; mañana volveré a pasar por aquí. No sé por qué, pero presiento que me ha mentado. Y si es así... seguro regresará de nuevo a este lugar».

Al día siguiente, antes de las tres de la tarde, Diego, embozado en una capa negra y con el sombrero calado hasta los ojos, se encaminó de nuevo a la Plaza Mayor. Después de mirar a su alrededor, se metió en una taberna justo al frente de donde el día anterior se hallaba el grupo de hombres a los que Bruny no dejaba de observar con tanta insistencia. Tras despojarse de la capa y del sombrero, eligió la única mesa libre cerca del ventanal. «Si ella regresa, desde aquí podré verla sin ser visto, y seguro que de algo me enteraré», se dijo mientras pedía un café bien cargado.

Los minutos de espera comenzaron a pasar; cuando se dio cuenta, se escucharon las campanadas que daban las cuatro de la tarde... y sin que Brunilda hiciera acto de presencia. En ese momento, desde el bar del enfrente

vio salir a un grupo de hombres bien vestidos.

Observándolos con atención, se dijo: «Vaya... estoy casi seguro de que son los mismos sujetos de ayer a los que Bruny espiaba». Mientras los contemplaba, observó que estos, sin dejar de hablar entre ellos, se detenían justo frente a él. «Entonces, ¿quiere decir que de verdad ella se ha marchado?», pensó a la vez que notaba una súbita sensación de zozobra en todo el cuerpo.

Apenas aquellos elegantes caballeros reanudaron la marcha, Diego, luego de pagar su consumición, decidido a descubrir algo, salió tras ellos, siguiéndolos de manera discreta a lo largo de la Plaza Mayor. Cuando aquel grupo de hombres llegó a la calle de Bordadores, el jerezano los perdió de vista. Sin haber logrado enterarse de nada, Diego dio por terminada su pesquisa. A continuación, emprendió la marcha a casa de su tía Antonia.

Esa noche, después de pasar una animada velada junto a su padre y sus tíos, además de varios invitados, tras disculparse con todos ellos, Diego se retiró a su dormitorio. Pero ni siquiera cuando se desvestía, ni tampoco cuando se acostó logró dejar de pensar en Brunilda. Por más intentos que hacía, no lograba apartarla de su mente. «Sé que para mí... va a ser imposible salir indemne de este maldito reencuentro. ¡Demonios!, y yo que supuse que jamás volvería cruzarme de nuevo con ella», pensó malhumorado. De pronto frente a sus ojos pareció condensarse la imagen de Trinidad mirándolo angustiada; ante esa visión Diego se mordió los labios. «Qué contrariedad; realmente, no me esperaba esto. Debo desterrarla del todo de mi cabeza... ahora solo tengo que centrarme en Trini y no dejar que el recuerdo de Brunilda vuelva a transformarse en una malsana obsesión para mí», se dijo a la vez que cerraba los ojos.

Cuando al fin Diego logró dormirse, la figura de la misma mujer, que desde hacía ya tiempo se le aparecía en sueños, volvió a presentarse ante él. Y, mientras la miraba fijamente, ella, oculta en las sombras, permanecía al acecho... sin decidirse a salir de su escondite. De pronto, acercándose un

poco más hacia el oscuro espacio en el que ella se ocultaba, dominado por la ansiedad, le gritó: «¡Me parece que ya deberías mostrarme tu cara!, ¿no lo crees así? ¡Sal... ya de ahí!, por favor, quiero verte; saber quién eres y qué quieres de mí», acabó pidiéndole conmocionado. A continuación, tras varios minutos de espera, la misteriosa mujer comenzó a dar unos pasos... y, de forma inesperada ante él se plantó Brunilda... una Brunilda seductora, sonriéndole enigmática a la vez que muy despacio se le acercaba. Cuando la tuvo a su lado, Diego sin palabras, embriagado de pasión, la cogió por la cintura atrayéndola hacia su pecho. Entonces ella le rodeó el cuello con sus brazos y, mientras le acariciaba la nuca, lo besó con exaltado ardor... y allí se despertó aturdido. Mientras intentaba controlar su agitación, se dijo en voz alta:

—Lo que me faltaba! —A la vez que saltaba del lecho, agregó—: ¿Qué significado tendrá este sorprendente e inusual sueño? Diablos, nunca... hasta hoy, la sombra de una mujer había logrado trastornarme tanto, y de manera tan confusa y torturadora —concluyó sofocado mientras sentía que un gran vacío se apoderaba de él provocándole una sensación de rabiosa impotencia.

A la vez que comenzaba a vestirse de manera apresurada, enfrascado en sus pensamientos continuó diciéndose: «Hoy regresaré a la Plaza Mayor bien temprano. No sé por qué, tengo la sensación de que Bruny no se ha marchado aún; algo me dice que ayer evitó acercarse al mismo lugar por temor a que yo la descubriera. Y puede que hoy, al hallarse más confiada, regrese. Y, si es así, averiguaré en qué está metida, porque ahí ya no me quedará ninguna duda de que trama algo».

Tras unos instantes de meditación, se atrevió a preguntarse: «¿Tanto me importa lo que haga o deje de hacer... esa altiva niña?». Con los puños cerrados, a la vez que sacudía frenético la cabeza, volvió a decirse: «Claro que me importa; no puedo mentirme a mí mismo. Y ahora con esto, lamentablemente, de nuevo volveré a tenerla presente... quizás con más ímpetu, día y noche impidiéndome vivir con tranquilidad».



A las once del mediodía don Pedro y su hijo, acompañados de doña Antonia y de don Benito fueron a recorrer algunos bazares para comprar regalos a la familia de Jerez. Seguido a eso Diego, luego de rechazar almorzar con ellos, se marchó de nuevo a la Plaza Mayor. Sin llamar la atención de nadie, entró en el mismo local de la tarde anterior. Tras despojarse de la capa y del sombrero, eligió la misma mesa junto al ventanal que desde allí le ofrecía una buena visión. Después de pedir un vino de la casa, se quedó a la espera.

Cerca de las dos, Diego vio a un grupo de hombres bien vestidos que entraban al bar del frente; mientras sonreía entre dientes, se dijo exaltado: «Vaya, Sí. Son los mismo de ayer y, estoy seguro de que también eran los mismos que Bruny espiaba la otra tarde, con tanta fijeza. Bueno, de aquí no me moveré hasta descubrir algo», acabó diciéndose a la vez que se acomodaba mejor en su asiento.

Los minutos comenzaron a pasar... sin que la prusiana hiciera acto de presencia. Agujoneado por el hambre, pidió al mesero un bocadillo de queso y otra copa de vino. Tras más de una hora de espera el jerezano, en medio de un hondo suspiro, se cuestionó: «¿Pero... que estoy haciendo? Quizás ella, tal como me aseguró, ha partido con su cuñada hacia Italia. Además, ¿qué derecho tengo de meterme en su vida? De verdad... no acabo de comprender muy bien lo que me pasa. A pesar de mi fatal fascinación por ella, creo que estoy obrando de una manera muy poco sensata; lo mejor que podría hacer ahora... es salir pitando de aquí», acabó de decirse.

Pero a pesar de su determinación de marcharse, permaneció sentado.

## CRIMEN Y... PASIÓN

En el momento en que el reloj de la plaza daba las tres y media de la tarde, justo cuando Diego se disponía a marcharse... sus ojos se quedaron fijos en una joven mujer vestida a la usanza española: traje estrecho de paño que se abría abajo en volantes y, sobre este un abrigo corto gris oscuro. En la cabeza lucía una mantilla de encaje apretada con una alta peineta; todo normal si no

fuera por su sospechosa actitud mientras miraba, con notable desconfianza, a un lado y otro de la plaza a la vez que ocultaba su rostro detrás de las negras blondas de su velo.

De pronto, en el momento en que la joven pasaba junto al ventanal, donde el jerezano la espiaba, una ráfaga de viento le levantó la mantilla de su cara. Y allí Diego, de manera precipitada, tras una ahogada exclamación, se puso de pie. Luego de pagarle al mesero, colocándose la capa y el sombrero salió a la plaza.

Oculto detrás de las anchas columnas, la siguió. «Tal como lo imaginaba; esta inconsciente niñata me ha mentido... y algún oscuro propósito se trae entre manos. Y yo... aunque sé que no debería hacerlo, voy a descubrirlo», se dijo sin dejar de mirarla.

En ese momento la prusiana, tapándose el rostro con las blondas de su negra mantilla, se encaminó resuelta a la taberna del frente. Después de mirar el interior, con actitud desinhibida, Diego la vio entrar al local.

Sin salir de su asombro, el jerezano, embozado detrás de su sombrero, se aproximó a la puerta. Desde allí observó a Brunilda de pie, dándole la mano a un caballero, lo que provocó en Diego un gesto de mayor incredulidad.

Unos minutos después, mezclada con varias personas, la vio ir en dirección a la puerta. En el momento en que iba a salir de su escondite y sorprenderla, se quedó inmóvil: Bruny no venía sola. A su lado un hombre de mediana edad y porte arrogante, con un parche negro en uno de sus ojos, la cogía del brazo mientras ella le sonreía coqueta. A Diego le costaba creer lo que sus ojos veían. Cuando la pareja pasó por su lado, mientras él les daba la espalda, oyó que el hombre, en un dificultoso castellano, le decía:

—Siempre pensé que las españolas erais demasiado recatadas y muy puritanas, pero he comprobado con gran satisfacción que sois divertidas, fogosas y... muy apasionadas.

Mientras Diego los seguía a corta distancia escuchó que ella, en perfecto francés, le sugirió:

—Si lo prefieres... puedes hablarme en tu idioma. Por suerte lo hablo y lo entiendo muy bien.

—Ah, maravilloso... —replicó él sonriéndole encantado—. Sí, hablaremos en mi lengua; así me podré expresar mejor. Qué suerte he tenido contigo. ¿Cómo te llamas?

—Elvira... —respondió ella—. ¿Y tú?

—Pierre, pero si lo deseas, puedes llamarme solamente *cariño*.

El jerezano se quedó aún más confuso. ¿Ninguno de los dos sabía el nombre del otro? ¿Y por qué ella le daba uno falso? «¿Brunilda se marcha del brazo con un hombre que no conoce, igual que si fuera una cortesana? No lo entiendo. ¿Qué estará tramando?, ¿quién será ese sujeto?», volvió a preguntarse sin lograr comprender lo que ocurría.

De pronto, a la vez que daba un respingo, recordó el día en que la conoció en Londres cuando la tía de Carlos les relató el asesinato de su cuñado y sobrino, ocurrido en el Reino de Prusia, a manos de un agente de Napoleón, a lo que Brunilda, con el rostro congestionado de furia, había exclamado: «Pero mi hermano... antes de morir luchó con su asesino hasta hundirle un estilete en uno de sus ojos, dejándolo tuerto para siempre. Lamentablemente, a pesar de eso... *monsieur* Pierre Lafeuille d'Etaples logró escapar a Francia».

—¡Diablos! Entonces... ¿Brunilda está con el asesino de su padre y hermano? —exclamó Diego en voz alta con los ojos desorbitados—. Claro... es él, todo coincide, hasta la conversación que tuvo con aquel misterioso hombre durante el baile de Jerez... —acabó mientras rememoraba el momento cuando ella le preguntó: «¿Y usted, averiguó lo que le pedí?», a lo que el sujeto le respondió: «Sí, pero usted estaba equivocada; ese caballero no está en Cádiz, sino en Madrid». «¿En Madrid? ¿Está seguro?». «Muy seguro; no se preocupe, en este papel está escrito todo lo que averigüé sobre él, dónde vive, qué lugares frecuenta y quiénes son sus amigos, todo lo que usted necesita para encontrarlo. Pero he de darle un consejo, no se fíe de ese hombre, no tiene buena reputación». «Gracias, lo tendré en cuenta».

En la mente de Diego se formó una aplastante confusión. «¿Pero... y ahora, qué intentará hacer Brunilda?, ¿por qué se deja acompañar por ese hombre tan odiado por ella? ¿Y yo, qué papel represento en esto? ¿Por qué no me marchó y me olvido de todo?», comenzó a cuestionarse. «¿Por qué tengo siempre que buscarme problemas...? Por qué... por qué?» siguió preguntándose mientras caminaba detrás de ellos, ocultándose entre los gruesos pilares.

Bruny y su acompañante salieron de la Plaza Mayor para luego seguir por la calle Toledo, hasta llegar a un antiguo edificio, donde ambos se escabulleron por una discreta puerta.

Diego, estupefacto, descubrió que era la misma posada a la que él, cuando visitaba Madrid, solía llevar a sus conquistas. ¿Brunilda quería seducir al asesino de su familia yéndose con él a un parador, que a su vez también era una disimulada mancebía?, ¿con qué finalidad? ¿Sería para matarlo? ¿Pero... cómo?

Aprovechándose que a esa hora no casi había gente, el jerezano penetró en la posada por la misma puerta que ellos habían usado. Desde el estrecho corredor vio cómo la pareja, acompañada de una mujer, subía las escaleras. Apenas la encargada se retiró, Diego, mientras procuraba no llamar la atención, siguió detrás de ellos justo cuando la prusiana y el francés cerraban la puerta de uno de los cuartos.

«Esto cada vez se pone más oscuro e insondable... y creo que también más peligroso. Pero... y yo, ¿qué estoy haciendo?», volvió a preguntarse a la vez que notaba cómo un espasmo de rabiosa ansiedad subía a su garganta impidiéndole casi respirar. «Si alguien me encuentra ahora aquí... y me reconocen, ¿qué excusa podré dar? No debí meterme en lo que no me importa... ¿o sí me importa?», acabó por cuestionarse mientras buscaba un lugar seguro donde esconderse.

«No creo que ella deje que ese hombre le ponga una mano encima... eso no tiene lógica. Pero estoy seguro de que ha tramado algo... algo que no puedo

entender. ¿Cómo ha consentido que el asesino de su padre y hermano la traiga aquí? Si deseaba vengarse de él, ¿por qué no lo llevó a un sitio donde, ayudada por alguien, pudiera darle su merecido?».

A ninguna de esas preguntas logró hallar una respuesta convincente. En ese momento se escucharon voces provenientes de la escalera. Decidido a esconderse, Diego se escabulló por un largo pasillo y allí se quedó agazapado detrás de un alto armario. Tras unos quince minutos de espera, apenas comprobó que ya no había peligro, se aventuró a salir de su escondite. Luego de caminar en puntillas, se colocó al lado de la puerta, donde estaba la pareja. Y, justo en ese mismo instante, se escuchó un estridente grito.

—Mierda —masculló el jerezano, y siguió repitiendo—. Mierda... mierda.

Con el corazón acelerado se aproximó más a la puerta. Desde allí oyó un largo y estremecedor lamento junto a un ruido sordo, como la caída de un cuerpo al suelo y a continuación nuevos gemidos. Diego, sorprendido, a la vez que dominado por la preocupación, se dijo: «Joder, ¿qué habrá pasado ahí dentro?, ¿qué hago ahora?». Sin pensárselo dos veces, a pesar de suponer que estaría cerrada por dentro, cogió con fuerzas el pomo de la puerta... no hizo falta empujar; la hoja se abrió desde dentro.

Con los ojos desorbitados, el jerezano vio aparecer al acompañante de la prusiana, con una mano en la garganta en la que se veía la empuñadura de una daga.

El hombre, sin dejar de echar sangre por la herida y por la boca, lo miró mientras intentaba hablar; pero de sus labios solo salía un escalofriante plañido junto a más borbotones de sangre. Y al instante cayó desplomado en el umbral, justo a los pies de Diego. En medio de un fuerte estremecimiento, y con el rostro desencajado, se agachó hacia el herido, y comprobó que estaba muerto.

No obstante, su conmoción, a más de sus nervios, cogió el cuerpo sin vida del francés y lo arrastró hacia dentro de la habitación. Luego de cerrar la puerta, descubrió a Brunilda semiinconsciente en el suelo, tal como si hubiera

recibido un fuerte golpe y corrió a su lado.

—¿Qué has hecho? —le preguntó con expresión de espanto.

Ella, con la ropa en desorden, lo miró entre aturdida y estupefacta.

—Oh, ¿Diego...?, ¿qué..., qué haces aquí? —inquirió, a la vez que intentaba ponerse de pie.

Mientras la ayudaba a incorporarse, él replicó exaltado:

—¿Que... qué hago aquí? Buena pregunta; porque yo también estoy haciéndomela... y realmente aún no lo sé. Os he seguido, al verte con... ese hombre tuve la certeza de que tramabas... algo espantoso. Y no estaba equivocado. ¿Cómo has sido capaz...? —Girándose hacia la puerta la abrió despacio y, después de mirar fuera, añadió—: Ahora no podemos perder tiempo en hablar. —Mirándola furibundo, le ordenó—: Rápido... sujeta bien la mantilla a tu pelo y abróchate los botones del vestido... hay que salir de aquí antes de que alguien nos descubra porque, si lo hacen, nos veremos en graves dificultades. Vamos... de prisa ponte de pie; te ayudaré a escapar — volvió a repetir mientras regresaba al lado de Bruny.

Cogiéndole de la mano, tiró de ella y se dirigió a la puerta. Pero en ese momento la prusiana, soltándose de él, se agachó hacia el cadáver y, ante la atónita mirada de Diego, tras levantarle una mano cogió uno de sus dedos... con la clara intención de quitarle un anillo.

—¿Qué haces?, ¿estás loca? —exclamó el jerezano alucinado, sin dar crédito a lo que veía—. Realmente... no me lo puedo creer. No solo tienes los arrestos de matarlo... sino que, ¿también quieres robarle? ¡Diablos! Pero... ¿qué clase de mujer eres tú?

Sin responder Brunilda rescató la sortija y, luego de limpiarla con la chaqueta del difunto, la guardó en el bolsillo de su abrigo; tras eso, en medio de un gesto desesperado de repulsa, se llevó la mano a la cabeza y comenzó a murmurar apagados balbuceos en un claro indicio de la agitada perturbación que la dominaba. Por varios segundos, continuó en la misma situación, sin dejar de hablar consigo misma. Su soliloquio desconcertó aún más a Diego,

que no supo qué hacer.

—¡Vámonos ya! ¡Van a acabar por descubrirnos! ¡No me lo pongas más difícil! —le ordenó él mirándola con aversión.

De pronto ella, girándose hacia él, murmuró titubeante:

—¡Oh!, siento que... que no... podré dar... un solo paso. Estoy mareada.

—Ah, ¿ahora estás mareada? ¡Maldita niñata del demonio! Huyamos inmediatamente, de lo contrario... te dejaré aquí sola. Sola a merced de la justicia. Juro que lo haré, y sin siquiera sentir remordimientos. Y... luego me olvidaré de que existes —prorrumpió Diego a la vez que tiraba furioso de su mano.

Ella volvió a balbucear:

—Todo... todo me da vueltas... siento que voy a desmayarme otra vez.

En ese momento una de las doncellas se acercó a la puerta entreabierta, y preguntó:

—¿Están bien los señores?, ¿necesitan algo...? —y al observar en el suelo el cuerpo ensangrentado del francés, abrió los ojos con espanto y, mientras pedía auxilio, salió disparada.

—¡Ay, Dios bendito! ¡Socorro! ¡Que han matado a un pobre señor!

—¡Mierda! ¡Lo que faltaba! —masculló Diego mientras cogía a Brunilda del brazo y echaba a correr arrastrándola—. Escapemos de aquí... por favor, no te detengas.

—No puedo, no puedo...

—¡Maldición! Corre o... tendré que dejarte sola. ¡Y tal como te dije, ni siquiera sentiré remordimientos! —volvió a gritarle.

Sin soltarla siguió tirando de ella en dirección a la escalera. En el momento en que llegaban al final de la sala, dos hombres les cortaron el paso; uno de ellos, armado con una navaja, les ordenó:

—¡Quietos! ¡No den un paso más!

Al verse acorralado, Diego miró a Bruny y soltó su mano.

—¡Rápido, ve hacia aquella puerta de atrás y... huye! ¡Desaparece de aquí!

—le ordenó.

Ella le obedeció y salió tan deprisa como sus piernas se lo permitían mientras él, con rápidos movimientos, se despojaba del sombrero y de la capa, tirándolas al suelo.

En menos de un instante el jerezano se vio inmerso, entre un reducido espacio, en medio de una furiosa lucha contra los dos sujetos que intentaban reducirlo. El que llevaba la navaja la blandía amenazante ante los ojos de Diego a la vez que este, mientras sorteaba sus acometidas, procuraba no descuidarse del otro individuo que intentaba cogerlo por detrás. Hasta que, viéndose perdido, dio un ágil salto, cogió un pesado adorno de mármol, que reposaba sobre uno de los muebles de la angosta sala y le asestó un golpe en la cabeza al que tenía más cerca... dejándolo fuera de combate.

El de la navaja soltó una maldición y se le echó encima. Diego, luego de esquivar la embestida, tras un violento forcejeo, lo tomó de la muñeca y se la retorció hasta lograr que el sujeto soltara el arma. Después dirigió su puño a la mandíbula de su contrincante tumbándolo en el suelo. Seguido a eso, corrió hacia la salida trasera, donde encontró a Brunilda, visiblemente conmocionada, apoyada en la pared.

—¿Qué haces ahí? ¡Te pedí que huyeras! —le gritó sin detenerse a la vez que la cogía del brazo arrastrándola hacia un estrecho pasillo con una sola salida.

A continuación, sin soltar a Bruny, de un puntapié abrió la puerta, detrás de la cual encontraron una empinada escalera de madera. En el momento que bajaban, se escuchó la voz de la doncella, que seguía chillando:

—¡Ayuda! ¡Han matado a un hombre... y malherido a otros dos! ¡El asesino y su cómplice aún se hallan por aquí arriba!

Y a continuación otra sonora voz exclamó:

—¡Ya vienen los guardias! ¡No los dejéis escapar! ¡Cerrar la puerta de entrada... y buscad en todos los cuartos y demás dependencias!

Diego y Brunilda llegaron a una cuadra de caballos, donde se quedaron



agazapados detrás de una de las columnas, que sostenían el arco del portalón; desde allí vieron entrar a tres hombres más, armados de mosquetes los que, sin mirar a ningún sitio, subieron a toda prisa las escaleras.

El jerezano tiró de la mano de Bruny y, en silencio, ambos salieron por el mismo portón en el que habían entrado los guardas, hasta un estrecho callejón. Seguido a eso, tras alcanzar la calle, ambos comenzaron a correr sin parar.

Minutos después ella, jadeante y desfallecida, se detuvo quedándose apoyada en una pared. Diego a su lado permaneció unos segundos observándola furioso.

—¡Sigue corriendo!, ¡aún estamos en peligro! —la increpó sacudiéndola, sin miramientos por los hombros.

Bruny, extenuada, se debatió entre sus brazos y murmuró:

—No puedo. Huye... tú...

—Claro que puedes, ¡vamos, corre!

—Creo que voy a vomitar —advirtió ella en medio de una arcada, llevándose las manos al estómago.

Diego, observándola crispado, replicó:

—Ahora no te pongas en el papel de pobre víctima, trágate los vómitos y ¡corre! —le ordenó áspero, obligándola a seguirlo.

Tan deprisa como podían, volvieron a cruzar la Plaza Mayor para salir por la Calle Nueva hasta la Cava de San Miguel. Rato después, agitados, casi a punto de desfallecer, consiguieron llegar a las cercanías de la Plaza de Oriente, donde Diego al fin se detuvo.

Mientras arreglaba su vestimenta, el jerezano, a la vez que miraba a Brunilda, que en ese momento se arreglaba el peinado junto a la mantilla, con malquistado semblante, le espetó:

—Ahora, si lo deseas... puedes vomitar todo lo quieras.

Al observar que ella se quedaba inmóvil, con la mirada perdida, Diego, tras suavizar un poco la voz, agregó:

—Arréglate mejor la ropa y cógete de mi brazo... como si fuéramos una pareja bien avenida, y camina con disimulo. —Con el ceño fruncido, sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió los rastros de sangre que manchaban su cara, a la vez que añadía—: Por suerte en tu ropa oscura no se notan demasiado las huellas... de tu horroroso delito.

Ella, sin responder, comenzó a poner en orden su vestido. Tras eso lo tomó del brazo y empezaron a caminar despacio para no llamar la atención.

—Mira... ahí pasa un carruaje de alquiler, vamos a cogerlo —indicó Diego haciéndole señas al cochero.

Con ademanes nerviosos, a la vez que le pedía al *auriga* que los llevara hacia el Parque del Retiro, ayudó a Brunilda a subir al coche. Dejándose caer en el asiento, Diego respiró con profundidad. De reojo miró a Brunilda y observó que ella permanecía pálida y temblorosa, con el rostro desencajado y la mirada fija en actitud desolada... tal como si no se diera cuenta de dónde estaba, ni de lo que había hecho.

Cuando llegaron al parque, Diego tuvo que ayudar a Bruny a bajar del vehículo. Allí se dio cuenta de que la prusiana temblaba como una hoja a merced del viento. A continuación, sin hablar, caminaron mezclándose entre la gente que paseaba por allí bajo los cálidos rayos del sol otoñal que poco a poco comenzaba a expirar. En completo silencio llegaron a un bosquecillo; allí Diego se acercó a una fuente, donde bebió agua. Brunilda lo siguió y, ante la torva mirada del jerezano, sacó la sortija del bolsillo y la lavó juntamente con sus manos manchadas de sangre.

En medio de un hondo resoplido, mezcla de agobio y frustración, Diego le dio la espalda y se tumbó sobre la hierba. Allí permaneció boca arriba con los ojos fuertemente cerrados, dándose cuenta de que dentro de él había sufrido una fractura... y de que la fascinante atracción que sentía por la prusiana, pese al hermoso sueño de esa misma noche con ella, acababa de evaporarse. «Quizás esto tan horrible que la he visto hacer ayude a librarme de su pernicioso hechizo», se dijo mientras intentaba tranquilizarse.

Ajena a los hostiles pensamientos del jerezano, al cabo de unos segundos Brunilda, dejándose caer a su lado, comenzó a llorar. Él se giró hacia ella y, por unos instantes, permaneció mirándola con una acentuada mezcla de rabia y repulsa.

—Sí, llora, guapa... llora todo lo que quieras y desahógate a tus anchas — exclamó irónico a la vez que agregaba—: Sobre todo, procura serenar tu conciencia, que bien lo necesitas.

—Me siento mal... he manchado mis manos con sangre.

—¡Ah!, ¿y ahora te lamentas? —inquirió con sonrisa sarcástica. De pronto, llevándose las manos a la cabeza, prorrumpió—: ¡Es que... por más que intento justificarte, incluso poniéndome en tu lugar... no puedo!

Ante el tono de aquellas palabras, el rostro de Bruny se contrajo en una mueca de desesperación. Sacudida por un entrecortado llanto, murmuró:

—Aunque ese hombre era... el asesino de mi padre y de mi hermano... créeme, no quería matarlo; pero al final... tuve que defenderme, no me quedó más remedio... que hacerlo.

—Y después tuviste la suficiente sangre fría para robarle el anillo. Es que, como acabo de decírtelo, cuanto más lo pienso, más sorprendido... y más asqueado me siento —apostilló Diego, soltándole esas palabras como un latigazo.

Brunilda, abatida, metió la mano en el bolsillo y sacó la enorme sortija. Mostrándosela a Diego, murmuró:

—Era de... mi padre, como puedes ver... es un precioso y original anillo *Signet*. —Luego de levantar el soporte que sostenía una piedra azul, siguió—: Lleva el sello de los Cavaglioni desde el siglo XVI, trabajada en oro y lapislázuli, y un zafiro engarzado entre las garras de un águila. Mi abuelo... que era miembro de una sociedad secreta, se lo regaló a mi padre cuando cumplió los veinte años. Ha pertenecido a su familia por varias generaciones y mi hermano... era quien debía heredarlo, pero ese malvado asesino... se lo robó a mi padre... después de matarlo de la manera más cobarde...

El jerezano se quedó unos instantes pensativo. Seguido a eso, tras menear la cabeza con reprobación, exclamó:

—Y ahora tú lo has imitado. Lo siento, pero... lo que te he visto hacer ha perturbado mi poder de comprensión... incluso de tolerancia.

Ella, con aire compungido, guardó la sortija y murmuró:

—Te comprendo; es natural que pienses tan mal de mí. No obstante... quiero darte las gracias por ayudarme... a escapar, exponiendo tu propia vida.

—Sí, a menudo hago cosas muy estúpidas —aseguró él a la vez que daba un resoplido.

Ella, luego de unos instantes, tras incorporarse, buscó la mirada de Diego y le dijo:

—Es verdad lo que acabo de decirte: cuando esta tarde decidí engañar a ese hombre... a ese asesino despiadado... que luego de matar a mi padre, y herir mortalmente a mi hermano, intentó quemar la imprenta, que tanto sacrificio le costó a mi familia levantar... —Allí se detuvo y permaneció unos instantes pensativa con la vista baja. Luego, sin cambiar de semblante, añadió—: No tenía en mente matarlo, solo... quería recuperar el anillo de mi padre.

—¿Por qué será que no te creo? —replicó él mirándola iracundo. Sin cambiar de actitud, a continuación agregó—: A mí no me negarás que lo programaste todo muy bien.... porque aquella noche, en los jardines del Alcázar de Jerez, te escuché hablar con tu acompañante, quien te facilitó todos sus datos y, aunque no lo nombraste, sé que era el asesino de tu familia. Y por eso intuyo que, durante meses, mejor dicho, años, estuviste al acecho; querías vengarte y lo hiciste sin la menor vacilación. —Tras un corto intervalo, añadió—: Aunque... también tengo que confesar que... en cierto modo, te comprendo.

—Gracias, pero te repito: no pensaba matarlo.

Diego apoyó los codos en el suelo, y levantó la cabeza para mirarla.

—Entonces, ¿por qué aceptaste ir con el asesino de tu familia... a esa casa? ¿Nada menos que a una posada que en realidad es una *mancebía*?, ¿es que no

lo sabías? ¿Cómo has podido cometer semejante error? —masculló impertérrito—. ¿Acaso pensabas... dejar que el hombre que mató a tu padre y a tu hermano te hiciera el amor mientras tú tranquilamente... le clavabas la daga por la espalda? —acabó la pregunta con una marcada expresión sarcástica.

Brunilda negó con la cabeza y prosiguió con su relato:

—Fue él quien me llevó allí... y yo... lo único que deseaba... era justamente estar en un lugar a solas... con el asesino de mi familia... mirarle a la cara, escupirle mi desprecio. Pero nunca pensé dejar que ese hombre me poseyera... antes hubiera preferido morir.

—¿Y no sentiste nada de miedo? Me cuesta creer que no pensaste en las consecuencias que tu actitud podría acarrear... —la interrogó Diego con malquistado semblante.

—No. De verdad... créeme; yo también estoy sorprendida por mi imprudente actitud. Realmente... no sé qué me pasó, pero te aseguro que, cuando ese hombre me propuso marcharnos juntos, no sentí nada de miedo; al contrario: dentro de mí experimenté mucho coraje.

—Por casualidad, ¿el puñal lo tenías escondido en tu liga? —cuestionó él desdeñoso.

—Sí, lo llevaba escondido ahí...

—Muy propio de ti —replicó mordaz. En el mismo tono, volvió a preguntarle—: ¿De modo que no tenías intención de matarlo?

—¡No! ¡no!, créeme —exclamó Brunilda con visible afectación ante el frío e intransigente talante de él. Luego de meter las manos en su bolsillo y sacar un pañuelito de organdí con el que se limpió las lágrimas, prosiguió—: Cuando al fin encontré el paradero de ese hombre, después de buscarlo... como bien has dicho tú, durante años... aprovechando que mi cuñada tenía que viajar a España para tramitar varios documentos sobre la herencia que su abuela le dejó en Portugal... yo decidí acompañarla. Y como ya había descubierto todo sobre él, dónde vivía y dónde se reunía con sus amigos... comencé a seguirlo. Y... uno de esos días, al verlo lucir el anillo de mi padre... sentí que el deseo de darle su merecido y borrarle de la cara toda su arrogancia, se hacía cada vez más fuerte en mí. Unos días antes de encontrarme contigo, estuve barajando la posibilidad de pagar a alguien... para capturarlo, pero no me encontré con suficientes fuerzas para buscar a la

persona adecuada, ni tampoco tener que contar mis propósitos. De modo que al fin decidí hacerlo todo sola. No sé por qué tenía la seguridad de que, de alguna manera, yo podría vencerlo... acabar con él. Pero hoy, tras pasar la noche en vela meditando y meditando... me prometí que solo intentaría recuperar la sortija y nada más, créeme. —Después de una breve pausa, Brunilda, continuó—: Llevé el puñal para... defenderme en caso de agresión; mi plan era que, una vez a solas con él, apenas la oportunidad se me presentara, yo aprovecharía para obligarlo a entregarme el anillo de mi padre.

El jerezano, observándola burlón, prorrumpió incrédulo:

—¿Y pensabas que él te lo entregaría... así, por las buenas, apenas tú se lo pidieras?, o eres muy cándida o muy tonta. Realmente, te creía más inteligente.

Bruny bajó la mirada. Luego, tras exhalar el aire de sus pulmones, continuó:

—Sí, como ya lo he dejado claro... quizás pequé de ingenua, y también de estúpida; mi principal propósito era el de engatusarlo... y para eso me hice pasar por una cortesana; sabía que a *Monsieur* Pierre Lafeuille d'Étaples le gustan mucho esa clase de mujeres. —Restregándose las manos, ante la hosca mirada de Diego, con la cara sonrojada, ella continuó—: No me costó casi nada camelarlo, apenas me vio... me sonrió y... yo hice lo mismo. Enseguida él, con actitud galante, se puso de pie y comenzó a decirme un montón de bonitas palabras, con la clara intención de seducirme. Y... yo ahí, sin importarme nada de lo que pensarán todos sus acompañantes, que nos miraban sonrientes, me las arreglé para que él me propusiera irnos juntos... a un lugar discreto. Luego... una vez dentro de esa habitación, antes de que intentara acercarse a mí... me coloqué cerca de la puerta y, en un momento de descuido, mientras él se quitaba el abrigo, con disimulo saqué mi daga. Luego de eso, en su propio idioma le confesé quién era... y por qué había aceptado su ofrecimiento. Él me miraba perplejo; incluso por unos minutos llegué a sentirme dueña de la situación... y, con ánimos combativos le pedí

que me devolviera el anillo, asegurándole que después dejaría de acecharlo. Recuerdo que le dije: «Creo que Dios ya le dará a usted el castigo que se merece por el crimen de mi padre y de mi hermano... y de todas las demás personas que, con seguridad, usted mató sin contemplaciones». Él continuaba observándome turbado... y yo ahí pensé que al fin aceptaría mis condiciones. Pero de pronto, riendo a carcajadas exclamó: «¿Pero...qué es esto?, ¿una broma?, ¿quieres que te entregue mi sortija, porque dices que era de tu padre al que... según tú, yo asesiné? Y para eso te has hecho pasar por una puta española; mira, chiquilla, no me gustan estos juegos, ni que me amenacen con ese juguete. Te he traído aquí para pasar unas horas de placer contigo, y no pienso renunciar a eso. Así que desnúdate ya... o lo haré yo». Sus groseras palabras y su hilarante risa causaron en mí un efecto destructor, y... cuando vi que se me acercaba... justo por el lado del picaporte de la puerta con la intención de quitarme el puñal, me vi obligada a retroceder hacia dentro del cuarto... a la vez que volvía a pedirle: «Se lo ruego, entrégueme el anillo, es lo único que quiero. Luego saldré de aquí y usted jamás volverá a verme, se lo prometo». Él volvió a reír burlón, y de golpe... se abalanzó sobre mí, me cogió con fuerzas de los brazos... y la daga salió disparada... y ahí ya me vi perdida. Seguido a eso, me arrojó con violencia sobre el lecho y exclamó furioso: «Entonces, si es cierto lo que dices, me vengaré de tu hermano, que me vació el ojo. Voy a tomarte, y cuando me canse de ti, te llevaré a las autoridades, acusada de intentar robarme y de acabar con mi vida; ya verás lo que les ocurre en la cárcel a las rameras como tú». Con extremada rudeza intentó desnudarme, y yo entonces... al ver que el puñal, que momentos antes había saltado de mi mano, se hallaba junto a la otra almohada, me quedé muy quieta... como dándole a entender que estaba a su merced. Entonces... apenas él aflojó la fuerza de sus brazos... para quitarme la ropa, yo, con disimulo, busqué el arma... hasta que logré agarrarla y... no sé cómo, con todas las fuerzas de las que fui capaz, se la clavé en la garganta, y rápida salté del lecho. Lo que no me imaginé fue que él... incluso con la daga clavada en



su cuello hasta la empuñadura, lograría ponerse de pie... tal como lo hizo. Desde su postura me miró vacilante..., alucinado. Quiso gritar, pero no pudo; aunque... aún tuvo fuerzas para darme un violento empujón lanzándome al suelo. Al caer me golpeé en la cabeza con el mármol del tocador y perdí conocimiento; lo que pasó después... ya lo sabes —concluyó sacudida por los sollozos.

Diego la dejó desahogarse. Poco a poco la repentina sensación de rechazo que el jerezano había comenzado a sentir por Brunilda hacía unos momentos fue desapareciendo. Y, sumido entre una inquieta desazón, dentro de él volvió a imperar la intensa fascinación del primer día que la conoció.

Minutos después, a la vez que movía con desesperación la cabeza, ella agregó:

—Me siento muy mal... y justo ahora que... que estoy a punto de casarme; no sé cómo podré fingir ante Víctor que soy la misma mujer intachable que él conoció. Tampoco tengo claro cómo... podré conducirme con naturalidad y decoro, luego de haber cometido tan horrendo crimen... —Tapándose la cara con las manos, prosiguió—: Realmente no pensé que... tras mi venganza, llegaría a sentirme... de este modo.

Diego, mirándola entre serio y apenado, murmuró:

—Es normal que te sientas así: has dado muerte a otro ser humano. Y, aunque este fuera la peor de las personas, por un largo tiempo tu conciencia te lo hará pasar muy mal. —Con ademán desgano, le preguntó—: ¿Tu cuñada sabía lo que tramabas hacer?

—No, ella no tiene idea de nada. Matilde solo está interesada en acabar con los asuntos de su herencia. Y, aunque también descubrió que *Monsieur* Pierre d'Étaples estaba en España... justamente aquí en Madrid, no pensó en vengarse de él.

—Ella es más sensata que tú —le rebatió Diego con la mirada fija en el cielo.

—¡No!, lo que sucede es que a Matilde la muerte de mi hermano... y de mi

padre no le duele de la misma manera... —contrapuso Brunilda sacudida por los sollozos—, y tampoco el valor que ese anillo tiene para mí. No... para ella nada de eso tiene el mismo significado.

Diego se incorporó a medias. Mirándola a los ojos con gesto grave, le cuestionó:

—Bruny, has sido una insensata, en estos momentos podrías estar muerta... o en prisión.

Mientras se secaba los ojos con el pañuelo, ella confesó:

—Sí, ahora lo comprendo... y, gracias a ti he podido salir indemne de esa horrible situación. Pero créeme: necesitaba recuperar el anillo de mi padre... y sin llegar a proponérmelo del todo, he vengado a mi familia. Aunque... como acabo de decírtelo, en vez de sentirme feliz me siento muy mal... casi deshecha; esto ha sido demoledor. Mi padre solía decir que... hay segundos en la vida de las personas que marcan un antes y un después y que cuando pasan... ya nada es igual. Ya no hay retroceso posible... —Su voz se quebró ahogada por otro ataque de llanto.

Diego la dejó llorar un largo rato más. A continuación, tras un espontáneo y compasivo ademán, a la vez que se dejaba caer de nuevo sobre la hierba, la apretó contra su pecho. Seguido a eso, le acarició la espalda mientras el trémulo cuerpo de Bruny se pegaba al suyo.

Ante ese contacto tan íntimo y perturbador, Diego, a su pesar se estremeció. Dejándose envolver por un sinfín de contrapuestas sensaciones, algunas desconocidas para él, se quedó muy quieto... hasta que de pronto el súbito deseo de besarla le aceleró el pulso provocándole una excitación erótica, demasiado intensa y voluptuosa para mostrarse natural. El impacto de aquella objetividad repercutió de manera negativa en el ánimo de Diego.

«No. No puedo permitir que Brunilda vuelva a poner mi vida patas arriba», pensó a la vez que ante él volvía a perfilarse el angustioso rostro de Trinidad pidiéndole: «Por favor... no te olvides de tu Trini». Tras cerrar los ojos con fuerzas, en un intento de convencerse a sí mismo, volvió a decirse: «Es

normal que su contacto me excite... como el de cualquier otra mujer. No obstante, tengo que desterrar a Bruny de mi cabeza... hacer que ella no roce mi corazón; que solo me inspire sentimientos de pena y compasión».

Brunilda, ajena a la batalla interna de su acompañante, continuaba sumida en un agónico llanto sobre el pecho de Diego mientras su cuerpo, de manera involuntaria, en cada espasmo de sus sollozos, se restregaba contra el suyo. Para el jerezano, aquella delicada situación comenzó a tornarse demasiado peligrosa e impredecible. Después de luchar con sus instintos más primarios, y recuperar un trozo de sensatez, con la impaciencia del que quiere huir de sí mismo, se apartó de Bruny. Con un rictus mezcla de ansiedad y preocupación marcado en su semblante, expresó:

—Deberíamos... marcharnos, o el frío nos cogerá desprevenidos. Y como ves... yo no pude recuperar ni mi capa, ni mi sombrero... y estoy desprotegido, ambos lo estamos. —Poniéndose de pie, le extendió la mano y agregó—: Te acompañaré hasta tu casa para que te refugies allí a meditar; te aconsejo que hables con tu cuñada y le cuentes todo lo que ha pasado, sin omitirle nada. Lo mejor para ambas sería que os marchaseis de aquí lo antes posible. —Al ver que ella seguía sin moverse, repitió—: Vamos, pronto se ocultará el sol.

Brunilda, con presteza se puso de pie; entre ademanes nerviosos, comenzó a poner en orden su ropa y su pelo. Diego, tomándola del brazo, musitó:

—Pongámonos en marcha ya; tardaremos un buen trecho hasta lograr encontrar un coche que nos lleve al centro...

La voz entrecortada de ella lo interrumpió:

—La casa... donde vivimos está en la... orilla derecha del río Manzanares, es... una casa quinta.

—Igual tendremos que coger un coche y... —Mirándola sorprendido, agregó—: Pero... ¿no me dijiste esa tarde en la Plaza Mayor que vivías por ahí cerca?, entonces... ¿me mentiste?

Brunilda, bajó la mirada y repuso:

—Sí... ese día yo no quería que tú... descubrieras nada más sobre mi situación en Madrid. En ese momento no imaginé... que ibas a involucrarte... en mi tragedia de esta manera... —acabó con apenas un hilo de voz.

Sin responder Diego tiró de su mano y comenzaron a caminar. Unos minutos después, al salir del parque vieron pasar un carruaje. El cochero les comunicó que solo podía llevarlos hasta las cercanías del Palacio Real, donde debía recoger a un pasajero.

—De acuerdo, de todas maneras vamos en la misma dirección —respondió Diego mientras ayudaba a subir a Brunilda.

Al llegar al Palacio Real se bajaron. En silencio ambos emprendieron el camino que descendía hacia el río.

—Aquella es nuestra casa quinta —explicó Brunilda señalándole a lo lejos una antigua casona llena de troneras y rodeada de una abundante arboleda—. Le pertenece a Matilde...

Diego, mostrándose gentil en un intento de recuperar la normalidad, le dijo:

—Sois vecinas del pintor don Francisco de Goya; su quinta está muy cerca de aquí.

—Sí, la conozco... creo que la llaman «La quinta del sordo», ¿verdad?

Él asintió con la cabeza y le explicó:

—Hace unos días estuve con él en una reunión; lo conocí de niño cuando estuvo de visita en Cádiz; fue allí donde, luego de enfermar de gravedad, se quedó sordo. Es muy amigo de mis tíos, en cuya casa estoy alojado; Goya los pintó en varios retratos, y también a mi primo Aníbal, que ahora vive en América del Sur. Mi tía Antonia aprecia mucho a su esposa doña Josefa.

Sin casi darse cuenta, ambos habían iniciado una trivial charla.

—Matilde también es muy amiga de ella... —manifestó Bruny con apenas un hilo de voz. Y, tal como si deseara olvidarse de su desesperada situación, a la vez que daba un hondo suspiro, siguió—: Pero en estos últimos tiempos... por lo que dicen, el señor Goya ya no vive con ella; la ha reemplazado por

otra mujer mucho más joven... creo que con una sobrina de su propia esposa. En mi segundo viaje a Madrid... luego de la muerte de mi madre, que murió de tristeza tras el asesinato de su hijo y su esposo, mi cuñada me llevó a la boda del hijo de ese pintor... fue una fiesta muy pintoresca...

—Qué casualidad —acotó Diego con aire ausente—, mis tíos también estuvieron invitados a ella.

Sin agregar nada más, llegaron hasta el jardín de entrada. Al ir a abrir el portón, él se detuvo a leer una inscripción que, con letras en relieve, se hallaban impresas en el arco de entrada: «*Maison: Olimpia Gouges*».

—¿Casa: Olimpia Gouges? —inquirió intrigado.

Bruny, con una tenue sonrisa, le explicó:

—Esta casona pertenecía a unos antepasados franceses de Matilde, por la rama familiar de su padre... y, según lo que me contó mi cuñada, Olimpia Gouges era una mujer muy famosa en París; fue la autora de «La Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadanía». Y tras la Revolución Francesa murió en la guillotina.

—Qué interesante —musitó Diego mientras iniciaba de nuevo la marcha. Al llegar cerca de la puerta de entrada, se detuvo. Con ademán parsimonioso, esbozó una media sonrisa. Tras tomarle la mano, agregó—: Adiós Bruny, te deseo... la mejor de las suertes. Escapa cuanto antes de Madrid. Y por favor no cometas otra nueva locura, ¿me lo prometes?

Por unos instantes en el rostro de la joven se marcó un gesto de angustia. Seguido a eso, luego de un fracasado intento por sonreír, asintió:

—Sí, te lo prometo. Mañana... apenas mi cuñada regrese... nos marcharemos de inmediato.

—Cuídate mucho... —murmuró él a la vez que besaba su mano.

—Tú también. Gracias por todo, Diego... he tenido la gran suerte de que... decidieras seguirme y, al igual que... un ángel de la guarda, velar por mi seguridad. Creo que eso nunca podré agradecértelo del todo y... mucho menos olvidarlo —susurró mientras fijaba sus ojos en los de él. Con voz

balbuceante, añadió—: Antes de que te vayas quiero pedirte perdón por... los desprecios que te hice en Londres cuando nos conocimos. Te aseguro que solo era una manera tonta... de escudarme contra ti; porque en realidad... sentía mucha atracción... pero eso, de ninguna manera, podía permitírmelo. Yo solo quería convencerme de que tú eras el hombre más descarado, fatuo... libertino y maleducado que existía. Incapaz de respetar a ninguna mujer... con el que no deseaba tener ninguna relación. —Mientras Bruny seguía expresándose, Diego la contemplaba atónito. Tras una honda inspiración, ella acabó susurrante—: Y cuán equivocada estaba...

El jerezano no quiso interpretar el significado real de todas sus palabras; lo único que deseaba era escapar de allí. Alejarse de ella lo antes posible y poner en orden sus licenciosos pensamientos que continuaban entrecruzándose en su cerebro.

—No tienes que disculparte de... nada —respondió lacónico—, pero... me alegra saber que no me desprecias tal como dabas a entender. Adiós, Bruny, te deseo suerte en tu matrimonio.

Ella se le acercó más y, empujándose sobre la punta de los pies, le besó la mejilla.

—Adiós, nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Para Diego, aquel nuevo contacto de la mujer que tanto lo fascinaba representó una tortura.

Sin lograr sostenerle la mirada, musitó:

—Sería mejor que... trates de olvidarte de todo lo que has vivido hoy... incluso de mí. Procura relajarte y también perdonarte a ti misma. Adiós... — volvió a saludarla con formalidad.

Tras brindarle una gentil inclinación de cabeza, sin agregar nada más, Diego le dio la espalda.

Y de nuevo, con la impaciencia del que quiere huir de sí mismo, se alejó rápidamente.

Antes de llegar al portalón de la finca, el jerezano sintió que una mano lo

cogía del brazo.

Al volverse encontró a Brunilda mirándolo con los ojos arrasados de lágrimas.

—Por favor... no te marches aún. No quiero estar sola... —musitó ella sujetándole la mano.

Diego contuvo el aliento y la miró conmovido.

¡Estaba tan hermosa con aquella expresión vulnerable de completo desamparo!

«No puedo creerlo... la fría y enigmática Brunilda Cavaglioni está pidiéndome que no la deje sola. Oh, Dios mío, si esto me lo hubiera dicho hace un tiempo atrás», se dijo mientras luchaba por mantenerse sereno y firme en su postura.

En un intento de resistirse a la subyugante atracción que ella le provocaba, se excusó:

—De verdad lo siento, no puedo... quedarme.

—Te lo ruego —volvió a pedirte ella—, quédate a mi lado un poco de tiempo más... y hazme compañía; en estos momentos no podría estar sola conmigo misma; sé que no voy a soportarlo. Ven... acompáñame al interior de la casa y una vez allí te conduciré... a un lugar donde nadie nos podrá ver... ni escuchar.

Sin esperar respuesta, Bruny tiró de él llevándoselo hasta la galería de la silenciosa casona, parcialmente oculta por las plantas. Allí lo miró indecisa y, tras volver a ponerse de puntillas, se abrazó con fuerza a su cuello. A continuación, en medio de un entrecortado sollozo, sin mediar palabra, le cogió la cara y le dio un cándido beso en los labios.

Diego no pudo hacer nada para evitar aquella súbita arremetida de Brunilda. A pesar de encontrarse en esa situación tan atípica y comprometedora en una casa ajena, abrazado a una mujer extranjera que acababa de matar al asesino de su familia, él respondió al beso con sensual deleite... mientras comprendía que su fascinación por Brunilda Cavaglioni Sullivan cada vez era más grande

y mucho más difícil de disimular.

La lengua de Diego recorrió estremecido aquella candorosa boca, mientras ella intentaba hacer lo mismo en un inequívoco deseo de fundirse con ese hombre que había expuesto su integridad para salvarla. De pronto el jerezano, tras varios instantes de luchar contra sus irreprimibles impulsos de seguir devorándola sin pensar en nada ni en nadie, apartó sus labios de los de ella.

—Esto... no está bien, ni para ti... ni para mí. En estos momentos estás sugestionada por tu crimen. Además... como tú siempre dices: le perteneces a otro hombre... —balbuceó agitado mientras se decía: «No... no. No puedo permitir que Bruny vuelva a sacudir mi tranquilidad. Si ahora sucumbo a ella... luego no podré recuperarme y mi vida será mucho más difícil de sobrellevar».

En ese instante Brunilda se abrazó a su cintura. Con voz entrecortada, susurró:

—Por favor... no me recuerdes eso ahora; ni tampoco me juzgues de antemano... ni me condenes por lo... que acabo de hacer.

Diego negó con la cabeza.

—¡Oh, no!, yo no soy quien para condenarte ni tampoco para juzgarte; pero vas a casarte... y en Jerez a mí también me espera... una mujer a la que... quiero, y a la... que no deseo engañar —repuso vacilante—. En este momento ambos estamos jugando con fuego... y de verdad, no quiero quemarme en él... — «Ni sufrir luego un calvario... cuando tú te marches», pensó a la vez que procuraba contener la ardorosa pasión que amenazaba nublar su mente.

—Sí, es verdad... muy pronto voy a casarme con un hombre mayor, al que no amo... y del que solo siento agradecimiento; Víctor fue muy bueno con mi familia... y también conmigo luego de la tragedia que nos enlutó a todos. — Cogiéndole la cara con sus manos, en medio de un gesto convulso, añadió—: Pero... no quiero brindarle a él mi virginidad... quiero ofrecértela a ti. Aunque te cueste creerlo, tú, me atraes mucho... acabas de salvarme de una



horrible situación, y eso ha provocado en mí... deseos de ser tuya, de entregarte algo mío... lo más preciado que tengo; por eso quiero que seas tú el primero que me convierta en mujer. Por favor, no me rechaces... o romperás mi corazón. —Brunilda bajó la cabeza apoyándola en el pecho de Diego. Y abrazada a su cintura permaneció unos instantes silenciosa. Luego, volvió a levantar los ojos cuajados de lágrimas, y musitó—: Quizás... después de haberme visto matar a un hombre y... robarle... te repugne estar conmigo, ¿es eso, verdad? —expresó dolida.

Diego la miraba alucinado. Continuaba pareciéndole mentira que la bella y enigmática prusiana... la inconquistable y siempre distante Brunilda Cavaglioni estuviera pidiéndole unas horas de amor, dispuesta a entregarle... justamente a él su virtud. «Ah, si esto me lo hubieras confesado el mismo día del baile; qué diferente hubiera sido todo entre ella y yo...», volvió a decirse a la vez que sentía un estremecimiento recorrerle el espinazo.

Sofocado por la intensa pasión que amenazaba tumbarlo, tragó saliva y murmuró:

—No, por favor... no pienses eso. Tú jamás... podrías provocarme repugnancia, al contrario...

Al ver que él se quedaba callado en actitud un tanto distante, Brunilda, observándolo con visible ansiedad, inquirió:

—Entonces... ¿lo que tienes es... miedo?

El jerezano, enlazándola por el talle, asintió:

—Sí, tengo miedo... un miedo enorme de tener que justificarme cualquier barbaridad en perjuicio tuyo. Sobre todo, de sentir que estoy aprovechándome del trance tan delicado que estás viviendo. —En medio de una imparable agitación, musitó—: Bruny... ahora, como acabo de decirte, en estos momentos te encuentras confundida y conmocionada, y por eso quieres brindarte a mí. Pero... aunque te cueste creerlo, yo soy un caballero... y no puedo aprovecharme de tu actual situación. —Tras unos instantes de lucha interior, Diego la rodeó con sus brazos y le dijo—: Te

confieso que yo... también te deseo... te deseo tanto que no sé cómo hacer para contenerme y lograr reflexionar con cordura... —La emoción de su voz lo colocó casi al borde del éxtasis. Enseguida, tal como si obedeciera a la voz de la sensatez, se apartó unos pasos de ella. Con expresión atormentada, añadió—: Pero como acabo de expresarte: no quiero beneficiarme de tu desesperación porque sé que mañana te arrepentirás... y puede que incluso llegues a odiarme de verdad. Además, ahora en mi vida hay una mujer que... aunque no es mi esposa, me necesita... y que está esperándome...

Bruny, con los ojos anegados de lágrimas, lo miró anhelante.

—Te lo ruego... por unas horas no pensemos en nadie... ni en nada. Ahora soy yo la que te necesita y, aunque ya has hecho mucho por mí... quizás demasiado, te ruego que prolongues un poco más tu magnanimidad... por favor, no me abandones justo ahora. Y ten por seguro que yo no voy a arrepentirme de ser tuya, ni tampoco podría llegar a odiarte —susurró apretándose más a él—. Por favor, ven conmigo... en la casa solo está una de las criadas, que no se enterará de nada. Entraremos por una *poterna* camuflada que da a los sótanos donde hay un cuarto oculto, y allí... podré ser tuya y nadie lo sabrá nunca... solo tú y yo. Mañana partiré hacia Barcelona... para embarcarme y ya nunca más volveremos a vernos. Solo nos quedará el recuerdo de estos momentos juntos...

Mirándola a través de las sombras del ocaso, que ya comenzaba en envolverlos, él le preguntó:

—¿Y si después de tenerte... yo, no quisiera marcharme de tu lado? Incluso podría suceder que tú también acabes enamorada de mí. ¿No has pensado que... algo así pueda llegar a pasar?

En ese mismo instante, junto a su oído le pareció escuchar una voz que le susurraba: «¿Pero qué haces...? olvídate ya de tus tontos escrúpulos, de tu repentina prudencia y de tu caballerosidad. Aunque el temor hacia el mañana te invada, aunque después llegues a arrepentirte... dile que aceptas poseerla. Porque sabes muy bien que, si ahora la rechazas, toda tu vida te sentirás

arrepentido». Diego, dominado por un estremecimiento, cerró los ojos.

En ese momento su cerebro libidinoso pareció transmitirle a todo su cuerpo una oleada de sensual aturdimiento a la vez que sentía cómo su virilidad, siempre falta de escape, amenazaba explotar.

—Eso no sucederá. —La ansiosa voz de ella, en respuesta a su cuestionamiento, lo volvió a la realidad—. Ni tú ni yo... seríamos capaces de hacer daño a otras personas que... a su vez nos aman. Yo solo deseo vivir junto a ti... unas horas inmersa en una locura pasional que me nuble el pensamiento... alejándome de la cruel realidad y sin pensar en el mañana. Quiero que seas tú mi primer hombre; de verdad, Diego, lo deseo... lo deseo con toda mi alma...

Él no contestó. En lugar de eso, con el pulso acelerado, tomó entre sus manos el rostro de Bruny y la atrajo hacia sí. Su boca, como una ardorosa caricia, se fundió en la de ella arrancándole un largo suspiro de placer. Luego la miró a los ojos; con voz ronca le susurró:

—Sé que mi deber... como caballero de honor, sería negarme a la locura que me pides... y salir huyendo de aquí sin escucharte... ni mirar atrás. Pero en estos instantes ya no puedo razonar con cordura; solo tengo en mente hacerte el amor... una y otra vez hasta morir.

Seguido a eso, la mano dura y caliente de Diego se cerró sobre uno de sus pechos palpándolos ansioso a través de la tela del vestido a la vez que con la otra rodeaba su cintura.

Brunilda, ante la pasional respuesta de él, dejó escapar una nueva exclamación de sofocado deleite. Entonces... la boca del jerezano volvió a apresar sus labios en un interminable beso que fue haciéndose cada vez más profundo... no poco a poco, sino a pasos agigantados en una ciega carrera como el de una búsqueda, sin resuello, del placer.

Cuando aquel beso disminuyó de intensidad, Diego, casi sin despegar los labios de los de ella, musitó:

—Vamos, llévame donde tú quieras; contigo soy capaz de ir hasta el fin del

mundo... incluso hasta el mismo Infierno, y quemarnos juntos en él... — acabó de decir mientras comprendía que había perdido por completo la capacidad de raciocinio y de la reflexión, y que ya nada más le importaba.

Sumidos en la misma exaltación, se miraron a los ojos. Los dos tenían la respiración agitada, cada uno concentrado en el otro. Seguido a eso, ella se giró hacia un tinajón de barro esmaltado, que reposaba junto a la entrada y, tras meter la mano en este, sacó una ornamentada llave.

A continuación, la metió en la cerradura, y abrió la puerta. Sin palabras Bruny lo tomó de la mano y entraron a la casa.

Luego de penetrar en la oscura y silenciosa entrada de carruajes, bajaron una escalera llena de telarañas para seguir por un largo pasillo hasta llegar a un cuarto repleto de toneles de vino junto a una antigua armadura. En silencio Brunilda se dirigió hacia un vetusto armario y accionó un resorte oculto.

Muy despacio, en medio de un imperceptible chirrido, el mueble se movió para dar acceso a una entrada camuflada. Mientras el armario volvía a su sitio, Bruny abrió una puerta y ambos penetraron en un oscuro cuarto. Una vez dentro de aquella estancia, con solo una entrada de aire desde un alto ventanuco, ella cogió un candil de cuatro mecheros y lo encendió. Al instante la luz de las velas se tragó las sombras e iluminó la estancia.

Los ojos de Diego recorrieron aquel oculto aposento con curiosidad; en medio de infinidad de objetos, entre los que se encontraban arcones y antiguos muebles, además de hachas y mosquetes colgados de las paredes, había una antiquísima cama con baldaquín cubierta por un edredón de damasco azul desteñido, que Diego se quedó mirando con fijeza.

—Este cuarto secreto... se usa de escondite; una vez que entras aquí nadie puede descubrirte —manifestó Brunilda con la palmatoria en la mano buscándole los ojos, a la vez que trataba de interpretar el prolongado silencio de Diego. Luego de colocar las velas sobre una cómoda, con voz queda, agregó—: Si... no quieres amarme, de verdad... no importa; solo hazme compañía un largo rato... o, si lo deseas abrázame y dame tu calor. Créeme,

te aseguro que... me siento muy mal anímicamente, y también muy asustada.

Él se giró hacia Bruny y la miró.

—¿Que no deseo amarte? Preferiría morir a tener que permanecer junto a ti sin tocarte, ni poseerte... —expresó recorriéndola de arriba abajo.

Con los ojos fijos en ella, se acercó a la puerta cerrándola despacio. Después, en silencio volvió a aproximársele; entre suaves ademanes le quitó el abrigo y a continuación la peineta junto a la mantilla arrancándole una a una las horquillas hasta liberar su pelo el que, como una oscura cascada, cayó sobre los hombros.

Observándola embelesado, le acarició la cara, el hombro... y la zona sombría de la garganta. Luego le desabrochó el corpiño del vestido hasta dejar al descubierto sus senos, que acarició y besó una y otra vez con exaltado deleite. Por último, sin dejar de mirarla, se agachó para quitarle los botines y las ligas que, con lentos y sensuales ademanes hizo resbalar, junto a la seda de las medias, hasta los pies.

Después procedió a despojarla de toda su ropa. Cuando la tuvo desnuda ante él, se apartó unos pasos y, contemplándola embriagado de pasión, murmuró:

—Eres tan hermosa... me parece un sueño poder tenerte así... —acabó en medio de un estremecimiento de anticipado placer mientras iba diciéndose: «La primera vez que te vi desnuda... sin que tú te dieras cuenta, no imaginé que un día yo... iba a lograr quitarte una a una todas tus prendas... mientras tú me miras estremecida de ansias».

A la vez que exhalaba un hondo suspiro, Diego la abrazó apretándola con fuerzas. Por largos instantes permaneció así, tal como si quisiera fundirla en su pecho. Brunilda cerró los ojos y, cuando él volvió a besarla en la boca, avasallándola con su lengua en exquisito y estremecedor recorrido, sintió que moría de placer.

Tras dejar libres los labios de Bruny, la boca del jerezano volvió a apoderarse de uno de sus erectos pezones y comenzó a libarlo con lujurioso

ardor. En el momento en que él aflojó su abrazo ella, con el rostro encendido, temblándole la voz, musitó:

—Solo... te pido que... seas tierno y considerado conmigo. Y, sobre todo, por ser esta mi primera vez... que me tengas paciencia. Deseo recordar estos momentos como... los más hermosos de mi vida... y así poder borrar todo lo horrible de este día...

Diego le puso la mano sobre la barbilla, obligándola a levantar la cabeza:

—Siempre soy tierno y considerado con las mujeres, y contigo lo seré aún más. Mañana, en tu cabeza solo estará el recuerdo de una loca y apasionada entrega de amor... que no dejará lugar a ningún otro pensamiento. —Y, en medio de un exaltado arrebató, volvió a besarla vorazmente, dando la impresión de querer succionarla al interior de su boca.

Segundos después, con ademanes apresurados, Diego se quitó la ropa. Bruny lo miró indecisa; era la primera vez que veía un hombre desnudo, y sus ojos se quedaron fijos en la erecta espada de su virilidad con una contrapuesta sensación, mezcla de miedo y excitantes anhelos.

—No te inquietes por nada... deja que sea tu cuerpo el que hable —le susurró él mientras la besaba en el cuello—. Tú solo haz... lo que te dicten el corazón y los sentidos —acabó entre una retahíla de otras apasionadas palabras.

Al fin Diego, levantándola en brazos, la llevó hacia el lecho. Después de recostarla sobre el cobertor, en un arranque de irreflexiva pasión, con ansiosos ademanes recorrió gozoso todo su cuerpo, deteniéndose largo rato en la curva de sus caderas para luego volver a capturar su boca regodeándose en ella. Seguido a eso, posó una de sus manos muy cerca del sexo de Bruny y lo acarició en atrevidos manoseos... hasta llegar al interior junto a los suaves rizos que había en su base.

Ella, ante aquellas osadas caricias sintió que se sonrojaba de vergüenza; abrió la boca para protestar, pero al instante olvidó la protesta... se olvidó de todo, menos de aquellos dedos largos y seguros que se deslizaban entre sus

piernas provocándole tanto placer que creyó volverse loca.

En medio de un sugestivo ademán, Bruny echó la cabeza hacia atrás animándolo a seguir.

Y Diego sin pausa, lenta y tortuosamente... continuó con su cometido.

A continuación, su boca alcanzó el templo de la feminidad de Bruny, y allí comenzó a besar sus partes más sensibles mientras ella se arqueaba convulsa, apretándose con más fuerza contra él en busca de alivio a la aguda sensación que iba traspasándola. El juego apasionado de la lengua de Diego provocó en Brunilda nuevos gemidos de hondo goce, incitándolo a continuar con aquellas procaces caricias.

Sumida casi en la inconciencia de aquel delirio demoledor que la abrasaba por dentro, Bruny se resistía cediendo... consciente de que la imperiosa virilidad de ese hombre, que ella había elegido para transformarla en mujer, intentaba abrirse camino hacia su sexo. El jerezano, con sumo cuidado, le separó las piernas y... lentamente la penetró.

Ante esa primera embestida, Brunilda se puso tensa y exhaló un débil gemido de dolor que la hizo retroceder en un intento por apartarse. Allí Diego se detuvo unos instantes; apenas vio que ella se relajaba, con acompasado y a la vez intenso desenfreno, la levantó por las nalgas y, luego de vencer la resistencia de su virginidad, la penetró del todo.

Bruny, tras superar la incomodidad de los primeros instantes, aferrada con fuerzas al cuerpo de su amante, poco a poco comenzó a acelerar el ritmo de sus movimientos a la vez que sentía como si mil fuegos se encendieran dentro de ella, en una explosión de lujuriosa ansiedad.

Mientras despertaba los secretos de su feminidad, Diego la amó con apasionado y loco delirio. Aun en medio de aquel prolongado éxtasis, que parecía mantenerlo apresado en un limbo de desquiciadas sensaciones, se dio cuenta de que en cada beso y en cada caricia que le prodigaba a esa mujer tan deseada... a la que acababa de desvirgar, iba impresa una parte suya... una parte muy íntima y secreta, como nunca antes le había sucedido.

Cuando se quedaron quietos, Diego rodeó con sus brazos el trémulo cuerpo de Brunilda y la besó largamente en los labios, tal como si deseara prolongar el placer de aquel clímax arrollador.

No recordaba haber quedado nunca tan plenamente saciado, ni haber sentido una ternura semejante mezcla de fuego y anhelos después de hacerle al amor a una mujer... ni de querer seguir abrazado a ella para siempre. Realmente le hubiera gustado tener la capacidad de poder fundirse en ella y no soltarla nunca más.

Mientras la retenía junto a su pecho, Diego comenzó a susurrarle al oído palabras de amor y ternura, que incluso hicieron sonreír a Bruny en una mezcla de alborozado placer. Entonces él, mirándola con irreprimible adoración, le dijo:

—Qué bella eres, ¿sabes una cosa?, es la primera vez que te veo reír así, de esta manera tan espontánea y deliciosa... y he de decirte que tienes una sonrisa increíblemente hermosa; esos hoyuelos de tus mejillas son adorables...

—Gracias —musitó ella mientras sepultaba su rostro en el torso de Diego.

De pronto... tras romper el hechizo de aquellos sublimes instantes ante los ojos del jerezano surgió el lloroso y atormentado rostro de Trinidad... y su semblante se contrajo en un gesto sombrío. Pero ya era demasiado tarde para los remordimientos; acababa de hacerle el amor a la hermosa prusiana, con verdadera exaltación y sin sentirse arrepentido.

En ese momento Brunilda, tras una corta vacilación, le acarició la espalda y el tórax de arriba abajo mientras con los dedos exploraba la suave textura del vello de su pecho. En cada gesto de ella, Diego se estremecía de gozo.

Durante varios segundos Bruny continuó concentrada en sus caricias para después deslizar sus manos hacia el plano vientre de él... y allí de pronto se detuvo y lo miró.

—Este día... ha sido tan extraño... es como haber pasado del Infierno a la Gloria sin casi escalas —confesó con un ligero estremecimiento.



Diego la miró en silencio, tal como si buscara dar forma a un pensamiento descabellado.

—¿Te ha gustado? ¿Has podido gozar? —le preguntó acariciándole los senos en prolongados manoseos. Sin esperar respuesta, a la vez que sentía que el deseo volvía a acometerlo, con voz ronca, añadió—: La primera vez... no es muy placentero; pero a partir de ahora...

—Sí. Me ha gustado mucho —lo interrumpió ella agitada—. A un comienzo... fue doloroso, pero tú has logrado que todo culminara con mucho placer y... mucho deleite. —Mientras se abrazaba a su cintura, sacudida por un estremecimiento, agregó—: Creo que... el recuerdo de estos momentos que he pasado a tu lado... aquí, en este hermético y misterioso cuarto de *maison* Olimpia, opacarán el terrible crimen... que cometí, y harán que mi vida sea más llevadera...

Diego, con el pulgar levantó la cara de ella. Dándole un beso en los labios, le susurró:

—Ahora... trata de olvidar todo lo malo que has hecho. Y a partir de hoy libérate del rencor y de la venganza y, sobre todo, de las conspiraciones —acabó mientras volvía a besarla. «Ah, si yo pudiera olvidarme también de todo, y no recordar que me espera otra mujer... a la que prometí cuidar y proteger. ¿Cómo será mi vida a partir de ahora?, no quiero ni imaginármelo», acabó diciéndose en medio de un hondo estremecimiento.

Mientras buscaba la manera de no pensar en nada que no fuera lo que vivía en ese momento, sin dejar de acariciar íntegramente el cuerpo de Bruny, le susurró:

—Quiero volver a amarte; hacerte gozar mucho... mucho, hasta que tú me pidas que pare.

Mirándolo sonrojada ella, con voz agitada, le confesó:

—Yo también lo deseo. Pero no esperes que te pida... que pares...

Seguido a eso, inclinó la cabeza y lo besó anhelante mientras dejaba que su cuerpo expresara todo lo que no podía manifestar con palabras. En medio de

un tenue murmullo de excitantes susurros de amor, y de atrevidas y prolongadas caricias, él la excitó, la llenó... y volvió a amarla con delirante pasión. Y también se rindió a ella.

Esa noche Diego tomó todo lo que Brunilda sin palabras, dejándose guiar solo por sus instintos, le ofrecía. De ese modo él fue abriendo puertas... y más puertas, las que hasta ese momento habían permanecido cerradas. Y penetró en todas como único dueño; manteniéndola por horas fuera del mundo real... un mundo de voluptuosas sensaciones y de un indescriptible erotismo que lo calentaba hasta los huesos.

Al llegar la madrugada, sin haber logrado pegar los ojos, Diego, con semblante entre perezoso y atormentado, se levantó. Sabía que su padre estaría sumido en la desesperación preguntándose qué le había ocurrido.

El jerezano se volvió hacia Bruny y, ante la opaca luz de las candelas, observó que ella lo miraba en silencio mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas. Arrodillándose a su lado, le acarició el rostro.

—¿Por qué lloras? Por favor... no quiero que lo hagas. Al menos, no ahora.

—¿Ya te marchas? —inquirió ella, con apenas un hilo de voz.

—Sí, aunque desearía quedarme a tu lado para siempre, amándote día y noche sin cansarme, lamentablemente debo irme ya; mi familia estará muy preocupada ante mi larga ausencia.

Tras un corto silencio, ella musitó:

—Siento no tener ningún abrigo de hombre para ofrecerte, y seguro que al salir tendrás mucho frío... —acabó como si le costara modular las palabras.

—No te preocupes, estoy acostumbrado —respondió Diego atrayéndola hacia él. Luego de volver a besarla en los labios, junto a su oído, murmuró—: Bruny, recuerda que aquí no estás segura... y por favor hazme caso, olvídate de la política y de las intrigas. Y nada de papeles conspiratorios... ni puñales en las ligas, ¿me lo prometes?

Ella le tomó la cara entre las manos y, con los ojos arrasados de lágrimas, asintió:

—Te lo prometo. Y tú, ¿prometes recordarme... siempre?

Mirándola embelesado, la besó en la boca. Después, sobre sus labios, le susurró:

—¿Cómo no hacerlo? Esta noche ha sido maravillosa... única e irrepetible. Aunque viviera mil años, no podría olvidarla, y mucho menos olvidarte a ti. Porque... tú eres inolvidable...

Sin dejar de repetir su nombre, volvió a besarla en la boca, los ojos, la frente y el cuello.

A continuación, la abrazó con fuerza reteniéndola contra su pecho, cual si fuera una niña desvalida. Tras permanecer unos instantes más unido a ella, al fin se apartó de su lado.

En silencio, después de recoger su ropa, se vistió.

Ella, tapada con el cobertor, abandonó la cama y caminó hacia un mueble. Allí abrió un cajón, cogió unas tijeras y, sin palabras, se cortó un largo mechón de pelo; luego de atarlo con una fina cinta de raso blanco, que extrajo de su ropa interior, se acercó a Diego.

—Toma, para ti —le ofreció—. Es lo único que puedo darte que sea realmente mío... para que nunca me olvides del todo. Guárdalo bien; ante todo desearía que siempre que me recuerdes lo mires, y no que cuando lo mires... recién me recuerdes.

Él le sonrió enternecido.

—Gracias, prometo conservarlo como algo muy preciado para mí. Y créeme que siempre será el constante recuerdo de una noche de amor... inolvidable y única —musitó mientras besaba los oscuros rizos metiéndolos luego en el bolsillo de su chaleco.

Bruny le extendió la tijera y le pidió:

—¿Me darías uno tuyo? Así ambos tendremos un recuerdo... de esta noche.

—Claro que sí. Por favor, quítalo tú misma —respondió agachándose hacia ella.

Brunilda le cortó un mechón y lo guardó dentro de un antiguo cofre que

reposaba sobre la cómoda. A continuación, observándolo con un dejo de tristeza, le pidió:

—Antes de despedirnos, ¿podrías... contarme algo de... la mujer con la que vives?

Por largos instantes Diego la miró indeciso.

Tras negar con la cabeza, visiblemente perturbado, musitó:

—Preferiría... no hablar de ella. En estos momentos en mi cabeza solo estás tú... y nadie más que tú. Y no quiero saber lo mucho que me pesará a partir de ahora estar tan lejos de ti. —Apretándola contra su cuerpo, le manifestó—: Debo marcharme, y al mismo tiempo no quiero apartarme de tu lado. Ya ves... lo que te dije a un comienzo ha sucedido; ahora... desearía quedarme contigo para siempre.

—Yo tampoco quiero que te marches; pero ambos sabemos que... no podemos hacer otra cosa que seguir caminos diferentes —repuso ella con apenas un hilo de voz.

Diego asintió con la cabeza; recostándose en el pecho de Brunilda, murmuró:

—Sí, eso... lo sé. Lo que no sé es... cómo haré para vivir con el recuerdo de esta mágica noche de amor metida en mi cabeza, en mis pensamientos, añorándote a todas horas.

—A mí me pasará lo mismo; mi vida, a partir de ahora, va a ser muy dura de sobrellevar; recordándote a cada instante... saber que ya no te volveré a ver. Sin olvidar que sobre mi cabeza pesará siempre la acción... de lo que hice ayer. Porque también me va a costar olvidar que tengo las manos manchadas de sangre —confesó Brunilda sacudida por un escalofrío.

Diego le tomó la cara entre las manos y la besó en los labios. A continuación, con voz queda a la vez que la apretaba contra él, le pidió:

—Intenta olvidar. Todo pasará... el tiempo te ayudará a lograrlo, ya lo verás. Recuerda que incluso la noche más oscura tiene siempre un claro amanecer.

Bruny apoyó la cabeza sobre el hombro de Diego y murmuró:

—Gracias, realmente tus palabras y tu comprensión me hacen mucho bien; nunca olvidaré que, de no haber sido por ti, que te arriesgaste... sin tener en cuenta tu propia integridad, no sé cómo estaría yo ahora.

Diego, con gesto pensativo, expresó:

—Creo que nuestro encuentro estaba predestinado. —Tomándola por los hombros, a la vez que fijaba sus ojos en los de ella, agregó—: ¿Sabes?, desde hacía unas semanas... mucho antes de venir a Madrid, soñaba con una mujer que me acechaba entre las sombras sin darse a conocer. Hasta que... tras nuestro primer encuentro en la Plaza Mayor, a la noche... descubrí que eras tú.

Brunilda, mirándolo asombrada, preguntó:

—¿Yo? ¿Lo dices de verdad?

—Te doy mi palabra.

—¿Y cómo sabías que era yo? —inquirió mirándolo intrigada.

—Porque te vi... te vi así como te veo ahora, con exacta nitidez... pletórica de belleza y seducción. Por eso creo que esto que hemos vivido juntos ha sido una maniobra del destino.

—¿Y todo... para qué? —reflexionó ella con amargura—. ¿Qué sentido tiene pensar que el destino nos ha unido, para enseguida separarnos?

El jerezano, apretándola contra su pecho, le acarició la cabeza, y manifestó:

—Aunque dicen que en la vida todo tiene una finalidad... para eso no tengo respuesta. —Tras una corta pausa, mirándola muy serio, añadió—: ¿Sabes lo que acabo de pensar?, creo que, si la primera vez que nos vimos, yo hubiera adivinado que tú no me despreciabas como me hiciste creer, habría intentado seducirte hasta doblegar tu resistencia. Y ahora quizás yo sería tu *Sigfrido*... y puede que no habrías llegado a manchar tus manos con sangre...

Brunilda, mirándolo apenada, musitó:

—Es muy bonito lo que dices, pero creo que eso no hubiera sido posible. Lamentablemente, hasta ayer a la tarde... yo estaba cegada... sedienta de

venganza; dominada por la pena, el odio y el rencor. —En medio de un sollozo, se abrazó a su cintura. Después, mientras él le secaba con sus manos las mejillas, ella añadió—: Pero... ahora, ya ves; gracias a ti lo único que hay dentro de mí es amor, ternura y agradecimiento. Y espero que todo eso pueda ayudarme a continuar con mi vida.

—Oh, Bruny... tus palabras me han emocionado mucho. Pero al mismo tiempo me entristece pensar que he llegado muy tarde a despertar en ti esos nobles sentimientos.

De pronto ella, colgándose de su cuello, exclamó:

—Ten mucho cuidado... no olvides que tu patria está en peligro.

El jerezano, mirándola a los ojos, le pidió:

—Por favor... pase lo que pase, no te metas en conflictos que ni tú, ni yo... ni nadie podremos remediar. Durante mucho tiempo has estado nadando en aguas muy profundas... y muy peligrosas, y creo que ha llegado el momento de parar.

Cerca de las cinco de la mañana, Diego, de la mano de Brunilda, subió las escaleras. Al llegar arriba, él le quitó el candil que ella llevaba en una de sus manos; tras dejarlo sobre el pescante de uno de los carruajes aparcados allí, la tomó por la cintura y volvió a besarla en la boca con ansiosa avidez. Luego, sin soltarla, le susurró:

—Despídeme aquí... no salgas, que hace mucho frío. De verdad, va a costarme un gran esfuerzo apartarme de ti. —Apretándola más contra su pecho, añadió—: Y pensar en que quizás ya no volveré a verte... y que muy pronto serás de otro se me hace intolerable.

—A mí me sucede lo mismo... —musitó Brunilda—. Por favor, no dejes de pensar en mí. Yo te prometo que... dondequiera que me encuentre no habrá un solo día... un solo instante, en que no te recuerde. Y créeme... nunca podré darle a otro lo que te he dado a ti.

Diego, mirándola conmovido, musitó:

—Oh, Bruny... esta despedida es demasiado cruel. Ten por seguro que para

mí... a partir de ahora, ya nada volverá a ser lo mismo... —Acariciándole la mejilla repuso—: Esta ha sido la noche de amor más hermosa de mi vida... y me hubiera gustado que no tuviera final.

Brunilda le rodeó el cuello con sus brazos y, en medio de un sollozo, expresó:

—Quizás... continúes viéndome en tus sueños.

Diego la miró con adoración.

—Sí, de eso estoy seguro... también es muy posible que mis recuerdos y mis ansias de volver a tenerte te persigan a ti en los tuyos. Y ten presente que... cada vez que te sueñe te haré el amor con loca pasión. Y pondré tanto de mí en eso que... dondequiera que te encuentres, me sentirás dentro de ti...

—Entonces, si eso sucediera... tú también sentirás mis caricias y... —De manera imprevista Brunilda se apartó de él. Con gesto desesperado se tapó la cara con las manos y, sacudida en amargo llanto, le pidió—: Por favor... vete... vete ya. Adiós...

Diego apretó los puños. Temblándole la voz, le dijo:

—Siempre estarás en mi corazón. —De pronto, a la vez que sacudía con fuerza la cabeza, exclamó—: ¡No!, me niego a decirte adiós. Te diré mejor, hasta... cuando volvamos a encontrarnos.

Bruny, sofocada por un incontrolado llanto, tomó la palmatoria en una de sus manos y echó a correr hasta perderse en el interior de la casa. Entonces él, tras exhalar un hondo suspiro, con pasos lentos llegó al portalón de salida, y lo abrió.

Una vez fuera de la vivienda, Diego sintió que el aire frío le provocaba un violento estremecimiento. Después de unos metros de camino, presa de una súbita amargura recorriéndole todo el cuerpo, el jerezano se detuvo y durante unos instantes permaneció sumido en la contemplación de las oscuras aguas del río. Mientras, por Oriente empezaban a vislumbrarse los claros resplandores de la aurora.

Al llegar a casa de sus tíos, Diego encontró a su padre despierto,

esperándolo con grandes muestras de ansiedad.

—Hijo... ¡por fin!, ¿dónde estabas? Dios mío, qué noche más larga y penosa me has hecho pasar.

El joven, dándole un cálido abrazo, le dijo:

—Perdón padre, me entretuve con... unos amigos del... primo Aníbal que conocí antes de que él se marchara a Buenos Aires. Y realmente... no me di cuenta de la hora —mintió a la vez que intentaba sonreír despreocupado.

—Pero... ¿cómo vienes así? sin abrigo, con el frío que hace. ¿Dónde están tu capa y tu sombrero?

—Los dejé olvidados. Cuando salí no me acordé...

Don Pedro, mirándolo con reprobación, replicó:

—Seguro que has bebido más de lo que deberías, ¿verdad?, y por eso ni siquiera sentiste frío. —Sin esperar respuesta, sofocando un bostezo, añadió —: Bueno, al menos ahora estás en casa sano y salvo, y yo con eso ya me encuentro más tranquilo. Mejor será que me acueste y duerma un rato. Y tú haz lo mismo, tienes muy mala cara.

—Sí, es lo que haré. Hasta luego, padre.

Cuando Diego llegó a su cuarto, sin desvestirse, se tiró en la cama.

Pero, por más que lo intentó, y a pesar de su cansancio, no pudo pegar un ojo; las horas de apasionado amor que había vivido junto a Brunilda lo tenían con el alma en suspenso; le parecían un hermoso sueño del que hubiera deseado no despertar.

—Estoy perdido, acabo de despedirme de ella... y ya la echo de menos — exclamó compungido—. Y aunque Brunilda no me ha dicho «Te quiero»... ni tampoco yo pronuncié esa palabra, es inútil mentirme más: ¡la quiero! Sí, pese a que ayer por la tarde por un momento creí que la fascinación que antaño sentía por ella se había transformado de pronto en una mezcla de repulsa y piedad... ¡la verdad es que... estoy completamente loco de amor por Bruny! Estoy enamorado de ella desde el primer día que la vi. Es la mujer de mi vida... la única que de verdad ha entrado en mi corazón, para no salir



jamás. —Sentándose en el lecho, se tomó la cabeza entre las manos. A continuación, con semblante decidido, exclamó—: Tengo que volver a verla antes de que sea demasiado tarde, obligarla a romper su compromiso matrimonial con el indiano. ¡Al diablo con todo lo demás...!

De pronto recordó las proféticas palabras de Trini en el momento cuando él le anunció que se marchaba con su padre a Madrid: «¡Dios mío!, acabo de sentir... una rara sensación; como si en este viaje algo o alguien fuera a interponerse entre nosotros, de manera irremediable».

Y una desgarradura en su interior pareció acometerlo. Tras varios instantes de lucha interior, con los dientes apretados, expresó:

—Lo siento por Trinidad... pero ella tendrá que comprenderlo; es peor vivir en el engaño. —A la vez que se mordía los labios con ansiedad, añadió —: Además... no quiero sufrir ningún drama de conciencia que enturbie lo que siento ahora. Ya está decidido; iré a hablar con Bruny y le propondré huir juntos adonde ella me lo pida.

De manera apresurada se cambió de ropa y, tras sacar del armario una cazadora, se la colocó.

Eran las ocho de la mañana cuando salió de su habitación. Apenas traspuso la sala, en dirección a la cocina, el mayordomo de sus tíos le salió al encuentro. Con ademanes disimulados le hizo señas de que entrara a la biblioteca. Diego, intrigado, asintió con la cabeza y en silencio lo siguió. Una vez a solas, el mucamo le dijo:

—Perdón, señorito, quería advertirle en privado que ayer por la tarde... cerca de las siete y media, se apersonaron aquí... cuatro individuos que preguntaron por usted; no quise decirles nada a su padre, ni a sus tíos sin antes contárselo.

Diego sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Gracias, Agustín —murmuró sofocado por una ola de nerviosa inquietud. Aspiró una bocanada de aire y, con mirada vacilante, inquirió—: Pero... ¿quiénes eran esos hombres y... qué querían?

—No me lo dijeron, señorito, pero estoy seguro de que pertenecían a la Superintendencia de Policía... o puede que, aunque iban vestidos de civil, fueran militares franceses porque solo dos de ellos hablaban el español. La única que estaba en la casa era doña Antonia, reunida en el salón pequeño en compañía de algunas damas y, por suerte, no se enteró de nada. Mi patrón y su señor padre aún no habían regresado de una reunión a la que don Benito tuvo que asistir.

—¿Y qué te preguntaron? —cuestionó Diego con ansiedad.

—Querían saber dónde estaba usted; cuando les comuniqué que no se encontraba en casa... enseguida me interrogaron a qué hora había salido, y también hacia dónde. Yo les dije que... había partido con su padre y su tío, pero que no sabía más.

—Has hecho muy bien, Agustín, gracias por tu lealtad y discreción. Si esos hombres vuelven, diles que estoy en casa de unos amigos fuera de Madrid, y que no sabes nada más.

—De acuerdo, señorito, así lo haré —apostilló el sirviente con un gesto de complicidad.

—¿Mi padre... y mis tíos ya se levantaron? —preguntó Diego meditabundo.

—Aún no, señorito... las criadas están en la cocina preparando el desayuno...

—¿Podrías... traerme alguna fruta que encuentres a mano? Tengo que salir de inmediato... y no quiero que nadie de la casa se entere.

—Enseguida se la traigo, señorito.

Minutos después, el sirviente regresó con una manzana en la mano.

—Gracias, Agustín... me marchó. Si preguntan por mí... tú no me has visto. Y... si por alguna razón yo no regresara, dile a mi padre que no se preocupe, que... estaré bien y, que apenas pueda, le enviaré noticias mías, ¿de acuerdo?

—Muy de acuerdo, señorito; vaya usted con Dios. Y cuídese mucho.

Diego, sin pérdida de tiempo, salió de allí precipitadamente.

Mientras caminaba tan de prisa como sus pies se lo permitían, a la vez que mordisqueaba la manzana, comenzó a cavilar: «Esto quiere decir que ya están sobre mi pista; ¡Diablos!, no pensé que me reconocerían tan de prisa. Y... si Brunilda no escapa, pronto también darán con ella. Tengo que alertarla... y sobre todo hablarle de mis sentimientos, y de mi irrevocable decisión de seguir con ella. Lo mejor para ambos será escapar juntos esta misma tarde». Tras un hondo suspiro, razonó pesaroso: «Sé que con esta actitud mía le daré a mi padre... y a toda la familia otro gran disgusto. Y lo peor es que también destrozaré el corazón de Trini; pero lo siento por todos ellos, esto no es algo que yo haya programado».

Minutos después, Diego llegó a las márgenes del río Manzanares y caminó en dirección a la cancela del jardín de la silenciosa casona. Con manos temblorosas abrió el portalón y entró. Después de dar dos golpes con el aldabón de la puerta, se quedó a esperar. A continuación, la hoja se abrió muy despacio y apareció una doncella, que lo miró con desconfianza.

Diego, esbozó una amable sonrisa y le preguntó:

—¿Podría hablar con... la señorita Brunilda Cavaglioni?

La criada, mirándolo con innegable extrañeza a la vez que temerosa, exclamó:

—No está... las dos señoras de la casa partieron... esta mañana muy temprano.

Diego, incapaz de disimular su estado de ánimo, la miró compungido.

—¿Se han... marchado?, ¿a dónde... a Barcelona?

—Lo ignoro —repuso la criada y a continuación cerró la puerta.

El jerezano permaneció unos instantes como clavado en el suelo.

Había llegado demasiado tarde.

De pronto todo el cansancio de su cuerpo pareció acometerlo dejándolo deshecho.

«Ha sido una decisión tardía, y la he perdido para siempre. Pero... ¿cómo

es posible que hayan salido tan pronto? ¿Qué habrá pasado? ¿De verdad habrán partido?», meditó con notable consternación. Indeciso, y con el corazón oprimido sin saber muy bien lo que debía hacer, miró hacia la casa. «Tengo la sensación de que Bruny y su cuñada están escondidas dentro, no pueden haberse marchado con tanta precipitación. Me quedaré cerca de la cancela de entrada, a vigilar la casa... a ver si descubro algo», se dijo mientras, con pasos lentos, se encaminaba hacia la salida.

Apenas traspuso el portal, sintió que varias manos lo sujetaron por detrás, mientras una voz gruesa y cascada le ordenaba:

—¡Alto ahí! Queda usted detenido por el asesinato de *Monsieur* Pierre Lafeuille d'Étaples.

Tomado de sorpresa, Diego intentó resistirse. De manera rápida, antes de que se diera cuenta, a la vez que lo encañonaban con sus armas, dos de aquellos hombres lo maniataron.

—Pero... ¿qué hacen? Puedo asegurar... que no tengo nada que ver con... esa muerte —se defendió a la vez que procuraba darle a su voz un tono de calma.

—Eso lo decidirá la justicia —replicó el policía—. Ahora, mientras mis hombres van a arrestar a la mujer que fue su cómplice, se quedará aquí muy quieto... sin cometer ninguna tontería, ¿de acuerdo? Ella vive en esa casa, ¿verdad?, no lo niegue, apenas usted salió de la suya, lo seguimos; estábamos seguros de que nos guiaría hasta el domicilio de su colaboradora en este asesinato. Y, si fuera un buen ciudadano, nos ayudaría a prenderla también a ella sin ocasionar problemas —mirándolo inquisidor, el policía, con tono airado, adicionó—: Queremos que nos cuente todo lo que sabe de esa dama, y no trate de ocultarnos nada sobre el complot para asesinar a ese agente francés...

Diego, a la vez que daba un resoplido, apeló iracundo:

—Está usted equivocado; no hubo ningún complot, y no sé nada de la dama que vive aquí.

El policía lo miró con sorna, y se echó a reír.

—¡Caramba! ¿Así que... viene ahora de hacerle una visita, y no sabe nada de ella?

—No la he visto... y si usted dice que me han seguido habrán comprobado que no llegué a entrar; solo hablé con la doncella, y esta me dijo que... la dueña de la casa había partido muy temprano —prorrumpió Diego mientras intentaba desatar sus manos. ...

—Ah, ¿de modo que la cómplice de asesinato no está en su domicilio? ¡Qué casualidad! —replicó el policía furioso. Volviéndose hacia los demás hombres, gritó—: ¡Busquen por toda la casa!, ¡no dejen un solo rincón sin registrar! ¡Interroguen a los criados, háganlos hablar de la forma que sea! ¡Yo me llevaré al sospechoso directo a la Superintendencia de Policía! —Dicho eso, empujó a Diego dentro del carro a la vez que, en tono amenazante, le advertía—: Ya verá cómo una vez allí lo obligarán a cantar todo.

Al llegar al cuartel de policía, Diego fue trasladado a una salita donde, luego de quitarle las ligaduras de las manos, por más de dos horas lo dejaron en compañía de varios guardias armados.

Cuando al fin fue llevado al despacho del comisario, el jerezano se encontró frente a dos hombres. Uno de ellos, de mediana edad, lucía una anticuada peluca empolvada. El otro, un poco más viejo y vestido a la típica usanza española, le ordenó que tomara asiento. El de la peluca con gestos parsimoniosos abrió una cajita esmaltada; tras sacar con la uña del dedo meñique una dosis de *rapé*, lo aspiró por la nariz. Después de estornudar repetidas veces, miró con fijeza a Diego. Finalmente, con sonrisa mordaz, en un español chapurreado, le dijo:

—Señor Ibáñez, soy Armand Lacouse y pertenezco a la policía francesa — señaló a su compañero y, sin dejar de sonreír sarcástico, añadió—: Y este es el Corregidor Julio Martos. No me voy a ir con rodeos... su situación es muy delicada; lo mejor para usted, y para nosotros sería que empiece a cantar. Queremos saber todo lo que pasó ayer en esa casa pública, y por qué el

ciudadano francés, conocido bajo el nombre de *Monsieur* Lafeuille d'Étaples, ha sido asesinado. Tenemos constancia de que quizás no fue usted quien le dio muerte; el puñal que encontramos clavado... hasta la empuñadura en la garganta de ese agente francés era un arma de mujer; de hecho, si se la hubiera clavado en el pecho, no le habría causado demasiado daño; pero en la garganta... resultó fatal. Por favor, colabore con nosotros, ¿qué relación hay entre usted y... la supuesta asesina? No nos oculte nada; sabemos cómo se llama la dama en cuestión y su nacionalidad y nos urge saber dónde se oculta en estos momentos, ya que, en su casa, por más que la han buscado y registrado todos los rincones, no estaba. Según los tres criados de esa casa, ella ha partido de viaje sin revelar a qué lugar, y nosotros queremos saber hacia dónde escaparon... antes de que sea demasiado tarde.

Diego, al escuchar las últimas palabras del policía francés, respiró aliviado: al menos ahora sabía con certeza que Bruny se hallaba a salvo y, con seguridad en un lugar bien seguro. *Monsieur* Lacouse, al ver que el jerezano continuaba en silencio, agregó:

—Me olvidaba decirle que... además, tenemos en nuestro poder un hermoso sombrero junto a una capa, de fino paño negro que dejó usted olvidados en el prostíbulo donde se cometió el crimen... y luego de herir en la cabeza a uno de los empleados. Debo reconocer que el abrigo es de buen corte y muy exclusivo ya que su sastre bordó con hilos de oro el nombre de su cliente, o sea el suyo... y también el de su ciudad. De modo que no tenemos dudas de quién es usted. Además, en el prostíbulo lo conocen muy bien.

—Hablando de su capa —agregó el corregidor Martos—, se ve que en Cádiz hay muy buenos *alfayates* —acabó en tono burlón.

Diego, tras meditar unos instantes, exclamó sonriente:

—Vaya... me tranquiliza saber que mi hermoso sombrero y mi elegante capa están en vuestras manos; espero que me los devolverán. Tuve que quitármelos para poder defenderme de dos iracundos caballeros que

intentaban matarme... sin siquiera permitirme hablar a pesar de que, como ustedes acaban de decir, soy muy buen cliente de esa casa. —Sin cambiar de gesto, dirigiéndose hacia el corregidor, añadió—: Sí, en mi ciudad, hay muy buenos sastres...

—Estamos esperando a que se decida hablarnos de *madeimoselle* Cavaglioni —lo interrumpió el francés mirándolo serio—. Díganos qué lazos lo unen con ella...

El jerezano, con expresión cansada, declaró:

—Como ya se lo dije a los que me apresaron... yo, de esa dama... aunque les cueste creerlo, no sé mucho más que ustedes. Esta mañana fui a buscarla al mismo lugar donde ayer tarde gentilmente la acompañé... porque deseaba saber cómo se encontraba, puesto que al despedirme de ella la noté muy mal. Pero ya *madeimoselle* Cavaglioni se había marchado.

El Corregidor, tal como si se impacientara, replicó de mal talante:

—Responda con sinceridad, por favor. ¿Cuánto hace que la conoce?

Diego se removió en su asiento.

—Le repito que no la conozco. Ayer fue... la primera vez que nos vimos. Y, como soy muy sensible a la belleza femenina, sentí curiosidad... y, no voy a mentirles, deseos de conquistarla. Luego, cuando la vi acompañada de ese hombre, me eché para atrás. No obstante, eso, enseguida me llamó la atención su actitud; la bella joven... parecía ir junto a él obligada, incluso escuché que ese caballero francés la amenazaba con palabras, a mi parecer, muy inapropiadas —mintió sin que su rostro se alterara—. Y... dada mi afición a salvar a damas en apuros, cosa que ustedes podrán constatar apenas averigüen mis antecedentes, los seguí. Cuando llegaron a esa casa pública, apenas el portero se descuidó, penetré agazapado y, apenas llegué arriba, pude observar que él, de un empujón, la obligaba a entrar a uno de los cuartos. Luego, tras unos quince o veinte minutos... sin saber qué hacer, escuché los gritos de ella..., junto al ruido de un cuerpo al caer al suelo. Realmente todo pasó tan deprisa que me es imposible recordarlo bien.

Después la puerta se abrió y... el hombre apareció en el umbral con las manos en la garganta, barbotando sangre de la boca y, al instante... cayó a mi lado. Al mirar dentro, descubrí a la joven tumbada en el suelo sollozando; me confesó que tuvo que defenderse, puesto que ese hombre la había golpeado brutalmente para obligarla a doblegarse ante él. —Diego se calló de golpe. Al ver que los dos hombres lo observaban expectantes, tras un titubeo, continuó —: También... me contó que... desde hacía un largo tiempo... ese hombre la rondaba por donde quiera que ella transitaba, y que por eso llevaba la daga escondida en una de sus ligas, ya que... aparte del constante acoso de ese hombre, había sufrido también la de otros... y de ahí, ya no sé nada más. — Mirándolos muy serio, añadió—: De lo único que pueden acusarme es de intentar salvar a una bella e indefensa dama en apuros; la ayudé a escapar, eso no lo niego... luego la acompañé a su casa, donde la dejé en muy mal estado. Esta mañana decidí volver a verla para saber cómo estaba. Eso es todo lo que puedo decirles.

El policía francés y el Corregidor Martos cambiaron una mirada.

El primero de ellos exclamó:

—Solo tenemos su palabra. Y la palabra de un galanteador español no es garantía de nada.

—Y para desgracia suya—agregó el Corregidor—, usted está en apuros por esa dama; la ayudó a escapar, aun a sabiendas de que acababa de matar a un distinguido ciudadano francés que, para peor... era un agente de Napoleón, muy estimado por él. Y, como no la tenemos a ella, usted tendrá que asumir parte de las consecuencias.

Diego emitió un bufido de contenida rabia. Tras mirar ceñudo a los dos hombres, les pidió:

—Entonces, permítanme que avise a mi familia para ponerlos al tanto de mi delicada situación, y de paso para ver si pueden prestarme alguna clase de ayuda.

—De acuerdo, escriba aquí la dirección y...todo lo que usted necesite decir



—aceptó el Corregidor a la vez que le daba un papel—. Y así de inmediato lo podremos enviar con un mensajero —concluyó poniéndose en pie seguido del policía francés.

Diego, tras meter la pluma en el tintero, le escribió a su tío Benito contándole parte de lo que le había ocurrido; en la posdata, le pidió: «Ya se lo explicaré todo mejor dándole más detalles de mi injustificada detención. Pero por favor, tío, evite que mi padre y la tía se preocupen demasiado; solo vea si puede conseguirme un buen abogado».

Tres horas más tarde, mientras Diego permanecía en una sala, custodiado por un guardián armado de una bayoneta, apareció su tío en compañía de un caballero, ambos enfundados en una negra capa.

Al llegar al lado de su sobrino, don Benito, mirándolo entre ceñudo y acalorado, le susurró:

—Diego, pero... ¿en qué lío te has metido? Tu padre se ha quedado fuera, no he podido evitar que me siguiera.

El joven murmuró lacónico:

—Puedo asegurarle, tío, que... no soy culpable de nada de lo que se me acusa; solo soy culpable de ayudar a una dama en apuros.

—Oh, vaya... ¿por qué no me sorprende? Siempre el buen samaritano galanteador metiéndose en líos de faldas —replicó don Benito con visible irritación—. Y ¿puedo saber qué ha hecho esa angelical dama a la que tú tan gentilmente has ayudado?

Tras unos segundos de silencio, Diego confesó:

—Está acusada de dar muerte a... un ciudadano francés. Pero de verdad, tío, ella se vio obligada a defenderse.

—¡La Virgen! —exclamó don Benito llevándose las manos a la cabeza—. Y tú, ¿qué demonios pintas en todo eso?

—La ayudé a escapar... nada más que eso —susurró el jerezano mientras tragaba saliva.

—¿Nada más?, ¿y hablamos del asesinato de un ciudadano francés?, Dios

mío, solo nos faltaba esto. Bueno, tendré que confiar en tu palabra de que no estás implicado en ese asesinato. —Con expresión malhumorada, don Benito le informó—: He venido con un abogado amigo, que espero pueda sacarte enseguida de aquí.

Después de más de otras dos horas de deliberaciones, el hombre de leyes logró que Diego fuera puesto en libertad con la condición de que no saliera de Madrid.

El abogado, acercándose a él, le informó:

—Por un tiempo tendrá usted que comparecer ante la justicia, hasta que se aclare todo. Pero no se preocupe; en cada llamado yo lo acompañaré e intentaré que muy pronto quede usted libre de sospechas.

Mientras trasponían la puerta, don Benito, mirándolo ceñudo, le dijo:

—Vaya Diego... la que has liado. Nunca escarmentarás, ¿verdad?

Apenas don Pedro estuvo a solas con su hijo, con semblante crispado, vociferó:

—¡Demonios!, ¡vas a matarme a disgustos! Ayer, todo el día y toda la noche, sin saber nada de ti... hasta que por fin apareces en condiciones no muy buenas y... ¿qué excusa me das?, que has pasado la noche con unos amigos. Después, luego de dormir un rato me levanto... y tú ya no estabas, a continuación me entero de que... ¡estás arrestado! Diego, ¿cómo es posible que donde quiera que vayas te mezcles en problemas por culpa de las mujeres? Está bien que seas caballeroso con ellas... y, que también las defiendas, ¿pero llegar a ser cómplice de un asesinato? ¡Realmente, no sé qué hacer contigo! Ojalá tu madre nunca llegue a enterarse.

—Sobrino, la verdad es que tampoco yo ya sé que pensar ya de ti —replicó don Benito.

Diego aguantó los reproches en silencio.

Cuando se hallaban sentados en el coche, don Benito, con visible gesto de hastío, a la vez que miraba a su sobrino, añadió:

—Tu tía no sabe nada de todo este desagradable asunto... así que ten

cuidado con lo que dices y haces.

El joven asintió en silencio. En esos momentos lo único que ocupaba la mente de Diego era Brunilda. «¿Dónde estará?, espero que ya bien lejos de aquí». Y al pensar que quizás pronto se hallaría al lado de su prometido, sintió un desgarró interior a la vez que una punzadura le atravesaba el corazón. «Ojalá encuentre la paz que necesita... y yo, el modo de olvidarla y recuperar la tranquilidad y el sosiego que ella me ha quitado», acabó diciéndose.

En los días siguientes los pensamientos de Diego continuaron ocupados en Bruny. A la vez que angustiado se daba cuenta de que sus sentimientos de amor hacia ella iban cada día en aumento.

Luego de tener que comparecer varias veces en calidad de testigo directo en el asesinato de un agente francés y sin que hubiera ninguna otra evidencia que lo inculpara, salvo por el hecho de haberla socorrido, ante la eficiente defensa del abogado de su tío Benito, Diego quedó libre de sospechas. Por suerte doña Antonia, al estar tan ocupada con sus constantes visitas y paseo con amigas, no se enteró de nada.

Cuatro días antes de que padre e hijo regresaran a Cádiz, don Benito y su esposa los llevaron a la finca de Alcalá de Henares. Pero, ni siquiera en aquel paraje lleno de paz, Diego se libró de la tortura de continuar con sus pensamientos fijos en Brunilda, ni en la complicada situación de su vida actual, repitiéndose sin cesar: «Ah, si pudiera traerte de nuevo a mi lado con solo añorarte», se repetía una y otra vez. «¿Y ahora... cómo haré para continuar con mi vida sin ti?».

Para peor, como doña Antonia, con fama de buena anfitriona, allí, igual que en su casa de Madrid, al llegar la tarde siempre tenía visitas a las que agasajar. De ese modo sus invitados, casi todos pertenecientes a la aristocracia, gozaban de la buena comida, además de toda clase de entretenimientos que algunas veces se prolongaban hasta el amanecer. Y en ese clima de constante jolgorio Diego no encontraba un instante de sosiego

interior. Tampoco su tía Antonia contribuía a eso ya que, apenas lo veía solo, enseguida se le acercaba para hacerle preguntas o hablarle de su hijo Aníbal, de los nietos que tenía allende los mares... y de lo tristes que su marido y ella se hallaban.

Una tarde, en que el sol casi invernal parecía expirar, Diego, sentado en la glorieta del jardín, sintió una mano sobre el hombro; al girarse vio que era su tía.

—¿Qué haces aquí tan pensativo? ¿Por qué no entras y te reúnes con todos nosotros? Mi querido sobrino... es que te veo tan mal que me preocupa mucho. A ver, sincérate conmigo de una vez por todas: extrañas a alguna niña, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, ella siguió—: Por favor, tienes que pensar bien a quién escogerás para ser la madre de tus hijos. ¿Puedo saber cómo se llama la joven de la que estás tan enamorado? Porque al observarte tan melancólico no me cabe duda de que lo estás.

Diego, esforzándose por sonreír, le dijo:

—La verdad es que no sé si realmente estoy enamorado —murmuró mientras pensaba en Trini.

—¿No lo sabes? —prorrumpió ella con los ojos muy abiertos.

—No... aún no logro saber si... esa mujer, que ocupa mi mente, me gusta tanto como para desposarme con ella. Al día de hoy sigo tratando de discernir esa cuestión... y también la de entenderme a mí mismo.

Doña Antonia, mirándolo entre sorprendida y preocupada, pensó: «¡Vaya por Dios! ¡Pobre de mi hermano! Qué calamidad de primogénito le ha tocado en suerte».

Padre e hijo llegaron a Jerez un frío anochecer de diciembre. Después de los cariñosos saludos a la familia, y a los sirvientes de la casa, Diego se refugió en su cuarto. Allí, luego de apretar entre sus manos el mechón de pelo de Bruny y, aspirar su perfume, con una emoción casi insoportable lo guardó en un compartimiento de su arcón, junto a varias de sus pertenencias personales. Sin lograr apartar de su mente la imagen de Brunilda, se recostó en la cama y

trató de ordenar las ideas.

«No tengo otra opción más... que la de tratar de olvidarla y proyectar mi vida... de la manera que sea... ¿al lado de Trinidad?», se preguntó con una mueca de amargura. «¿No me importará engañarla... fingirle que ella es mi amante “perpetua” como siempre me repite? Bueno, de todas maneras... qué más da ya; he perdido para siempre a la única mujer de la que he llegado a enamorarme de verdad. Y para mí, a partir de ahora, no tendrá real importancia si es Trini... o si es otra. Al menos intentaré hacerla feliz y también protegerla... y, sobre todo procurar que no sufra», acabó diciéndose en medio de un hondo suspiro de pesar.

Esa noche se quedó a cenar en familia mientras respondía, junto a su padre, a las preguntas que toda la familia, incluida Pastora, les hacían sobre los tíos y también de la complicada situación en Madrid en los últimos tiempos.

Al día siguiente muy temprano se dirigió a las bodegas; después de saludar a los operarios y demás trabajadores, se enfrascó en una amena charla con Gustavo a la vez que este lo ponía al tanto de todo lo que había pasado durante su ausencia. Por su parte, el recién llegado le transmitió los saludos y cariño de sus tíos. Después le contó los inquietantes sucesos que empezaban a preocupar a los españoles. A las diez de la mañana Diego se encerró en su despacho para agilizar parte del trabajo atrasado, y así tener la mente ocupada. Ese mediodía, volvió a marcharse a comer a su casa.

Al llegar la tarde, en medio de un gran nerviosismo, se preparó para ir a al encuentro de Trini.

Después de coger los regalos que tenía para ella, montado en Rayo, se alejó al galope hacia las huertas. Por el camino se topó con Pepín quien, al verlo, se detuvo a la espera de que su amo le preguntara algo.

Diego, con sonrisa cariñosa, le dijo:

—¡Hola, compañero!

—¡Que alegría verlo, señorito! —contestó el jovencito.

—¿Y... qué, cómo va todo?

—¡Creo que muy bien!, aunque... he de advertirle que mi señora, doña Trini, está muy rara. Desde anoche está esperándolo; me ha mareado de tanto preguntarme por usted, y de verdad se halla muy extrañada de que usted no hubiera venido a verla apenas llegó de su viaje. Yo ya terminé con mi trabajo; hice los mandados, llevé la leña, encendí el fuego. Luego llené los cantaros y la tina de agua y...

—Oye... —lo interrumpió Diego—, uno de estos días continuaremos con las prácticas de esgrima, ¿qué dices a eso?

Al escuchar esas palabras, la cara de Pepín se iluminó de sonrisas.

—¿De verdad, señorito?

—Claro, ¿acaso pensabas que me había olvidado? Mañana mismo, antes de comer, las reanudaremos...

—¡Gracias, señorito! ¡Hasta mañana! ¡Corra, que doña Trini está casi ciega ya de tanto mirar el camino a ver si usted aparece! —gritó guiñándole un ojo.

Diego lo saludó con la mano mientras el descarado jovencito echaba a correr.

## AMARGURA Y DECEPCIÓN

Trinidad lo esperaba vestida con la translúcida bata, que sabía que a su amante tanto le gustaba.

Apenas él abrió la puerta, corrió a sus brazos; luego de besarlo con apasionado frenesí, exclamó:

—¡Al fin, amado mío! ¡Oh!, cuánto has tardado en venir; el tiempo me ha parecido interminable, y todo eso me ha puesto muy... pero muy nerviosa. Pepín me dijo que llegaste anoche, y he estado esperándote impaciente. ¡No sabes cómo te he extrañado! ¿Y tú?, ¿has extrañado a tu Trini? —inquirió mientras ponía sobre el fuego de la chimenea el perol en el que siempre filtraba sus hierbas.

Tras unos instantes de silencio, él respondió:

—Anoche no pude venir... y, hoy tuve que adelantar mucho trabajo. —

Entregándole dos paquetes, agregó—: Te traje estos regalos.

Trinidad los cogió y, sin apartar los ojos de él, los dejó en la mesa.

—Gracias, luego los veré; ahora solo me interesa mirarte a ti... y también paladearte todo... todo... llenarme de ti —repuso a la vez que los dejaba sobre la mesa. Seguido a eso, acercándose a Diego, se apretó contra su pecho y añadió—: Soy tan feliz... tenía mucho miedo de que no regresaras; ha sido una larga ausencia en la que he creído morir varias veces. He tenido sueños espantosos; otra mujer intentaba apartarte de mi lado, pero... al final ganaba yo.

Al escucharla, Diego sintió que se le erizaba la piel.

Ella prosiguió:

—No logro acostumbrarme a tus largos viajes... tus largas ausencias. Ven, tengo agua caliente perfumada, ¿deseas tomar un baño... de esos que tanto te gustan?

Diego, aturdido, negó con la cabeza.

—No, ahora... no... —susurró mientras aspiraba el dulce perfume que emanaba del cuerpo de Trinidad, el cual se mezclaba con los aromas de las hierbas que destilaba en la marmita.

—Entonces... deseas amarme, ¿verdad? Yo, también lo deseo... no sabes cómo lo ansío —la oyó musitar con apasionado acento.

Enseguida ella se despojó de su bata y, con voluptuosos ademanes, procedió a quitarle a él la ropa. A pesar de que Diego todavía tenía en su boca el sabor de los labios de Bruny, cerró los ojos y dejó que ella volviera a besarlo con loca pasión.

Trinidad, sedienta de amor, le acarició todo el cuerpo deteniéndose en las zonas que sabía que lograban enloquecerlo. Luego llegó a su virilidad, que aprisionó con su mano en experimentados manoseos.

Diego gimió de placer... el mismo placer que le impidió pensar en nada más. Poseído por un incontenible anhelo de perderse en la inmensidad del olvido, la levantó en brazos, depositándola sobre el lecho, donde se unieron

hasta quedar fuera del mundo terrenal. Tras eso, ambos acabaron juntos en un estallido de fuego.

Rato después, los pensamientos de Diego volvieron del limbo de sus desquiciadas sensaciones.

Sin moverse, escuchó los suspiros de saciedad de su amante, y de pronto le pareció que se encontraba en medio de un perturbador y oscuro vacío. Con ganas de escapar de allí, se apartó de ella y miró a través del ventanal; el sol, entre un rojo resplandor, empezaba a ocultarse. «El amor es algo que compromete la esencia de un hombre y una mujer, más allá de sus pasiones carnales». Las palabras que su tío Ramón le había dicho en Madrid llegaron a su mente. «Eso es justamente lo que sentí por Bruny cuando la hice mía. Esa noche, a más de hacerle el amor... con verdadero amor, le entregué la esencia de mi espíritu», reconoció en medio de un suspiro.

—¿En quién piensas? —oyó que le preguntaba Trinidad—. ¿Te quedarás esta noche conmigo, verdad?

—No podré —respondió él con expresión maquinal—. Aún tengo cosas que arreglar en mi despacho. Enseguida me marcharé para acabar de contestar la correspondencia extranjera retrasada. Mañana quizás me quede... toda la noche.

Su voz había sonado lejana, casi fría. Ella, sin percatarse, le sonrió. Abrazándolo con fuerzas, replicó enfática:

—Yo sé que te quedarás a pasar la noche conmigo. ¿Acaso no quieres seguir amándome?, yo sí deseo amarte mucho más... hasta dejarte exhausto, tanto que terminarás durmiendo a mi lado.

Esas palabras, junto a su persistente y embriagador perfume que nublaban sus sentidos, produjeron en Diego un nuevo aceleramiento de su sangre. Y, cuando sintió que las manos de ella volvían a acariciar su sexo, terminó vencido. Tomándola entre sus brazos, la subió sobre su pecho y dejó que ella siguiera jugueteando con él.

A continuación, en el momento en que el cuerpo de Trini se ondulaba sobre



el suyo, sumido entre el voluptuoso apremio de la pasión medio de un hondo suspiro, volvió a cerrar los ojos. Una hora más tarde y, sin que el sueño lograra vencerlo, Diego se quedó meditabundo: «Acabada la pasión, solo queda el hastío», pensó abrumado. Volviéndose hacia Trinidad, que dormitaba sobre su pecho, la observó en silencio: le parecía una completa desconocida. Ni siquiera le había preguntado nada de su viaje, ni de su familia.

«Ni tampoco siente curiosidad por saber las cosas que vi, las cosas que me pasaron. Y con seguridad los regalos que le traje los dejaré sin abrirlos, como siempre. Desde que la conozco los únicos comentarios que me hace son sobre mi persona, no se interesa por nada más. ¿A qué clase de mujer estoy amarrado?», se preguntó confundido mientras su mente se perdía en el reciente recuerdo de la noche de amor junto a Brunilda. En ese momento Trini se giró hacia él.

—Quiero que te quedes... —La voz de ella lo trajo a la realidad. —A juzgar por la inexpresiva mirada de sus ojos, él parecía estar muy lejos de allí. Luego de abrazarlo, Trinidad volvió a decirle—: No sabes toda la angustia que he pasado durante tu larga ausencia; sobre todo, al soñar tantas veces que me dejabas por otra, por suerte solo eran imaginaciones mías... Completamente abrumado, Diego saltó de la cama y empezó a vestirse.

Ella, desde el lecho, mirándolo sorprendida, protestó:

—Pero... ¿de verdad, vas a irte? Por favor quédate, no me dejes sola.

—Es mejor que me vaya; mañana tengo que estar muy temprano en el despacho. Te prometo que... por la noche me quedaré contigo —prometió él mientras intentaba deshacerse del continuo recuerdo de Bruny.

Trinidad, con gesto contrariado, exclamó:

—¡Desde hace un largo tiempo siempre estás con los ojos fijos en la puerta, tratando de escaparte! Acabas de regresar de un largo viaje... de una larga ausencia... en la que me sentí morir de tanto añorarte, y ahora que al fin regresas en vez de amanecer entre mis brazos, solo deseas alejarte de mí. Tu

obligación en estos momentos es estar conmigo, ¿no crees?

Diego, acabó de vestirse y, secamente, replicó:

—Mañana por la tarde vendré temprano.

—¡No me importa mañana! Quiero que te quedes ahora; deseo tenerte a mi lado toda la noche.

El semblante de Diego se endureció.

—Trinidad, no me sofoques —exclamó con gélida voz.

Ella lo miró incrédula.

—¿Yo te sofoco? ¡No! —gritó—. ¡Yo te quiero! ¡No te marches!, ¡siento que me dejas fuera de tu vida!

Él le rebatió ofuscado:

—Eres tú quien, con tu indiferente actitud hacia todas las cosas que rodean mi vida... lejos de estas paredes, la que me obliga a dejarte fuera.

—¿Cómo tienes valor de decir eso? —prorrumpió ella a la vez que saltaba del lecho—. ¡Vivo por ti... y para ti! ¡En mi vida solo existes tú!

Diego la miró en silencio. Luego, tras menear la cabeza con aire desolado, le reprochó:

—Esa forma que tienes de quererme no es buena... ni tampoco normal; nunca te pedí que te arrastraras a mis pies, ni que me transformes en el culto de tu devoción. No soy un *fetiché*, soy un hombre de carne y hueso, y como tal me tienes que tratar; deja la adoración para Dios, además, comprende que yo tengo otros asuntos que atender.

—¡Eso es lo más cruel que escuché de ti jamás! —volvió a gritar ella en medio de un sollozo—. Tus palabras me han dolido mucho. Pretextos ruines que salen de tus labios. Si te demuestro adoración, es porque así lo siento. ¡Tú no me quieres! ¡Soy tuya, más que tú mío! Incluso cuando llegaste y yo te besé... tuve la sensación de que intentabas evitarme...

Diego, deseoso de tranquilizarla, se acercó a ella y la cogió por el talle.

—Cálmate, perdona... no quise ofenderte. Y... por favor, no digas más tonterías.

Ella, con los ojos arrasados de lágrimas, expresó:

—Pues lo has hecho —rebatió ella mientras golpeaba el pie contra el suelo—. Y de verdad... lo que acabo de decirte no son tonterías; cuando te besé, tú no me respondiste como siempre. —Mirándolo casi a punto de llorar, añadió—: ¿No te das cuenta de que hace ya mucho tiempo, incluso antes de marcharte a Madrid que estás extraño? Unos días atrás... un amigo tuyo, Esteban Serrano... hasta se atrevió a faltarme al respeto con sus insinuaciones. Claro, como todos ven que me dejas abandonada tanto tiempo, quizás piensan que... ya te has cansado de mí.

Diego la miró sorprendido.

—¿Esteban Serrano te ha faltado al respeto? —inquirió con el ceño fruncido.

—¡Sí!, yo venía por la plaza del Mercado en compañía de Pura y... me crucé con ese joven. Entonces él, tras besar mi mano... me dijo que le parecía muy bonita, y... me dejó claro que con gusto daría un buen puñado de reales, por obtener mis «favores».

Las pupilas de Diego, como dos ascuas, fosforecieron en la penumbra.

—¿Estas segura de que te dijo eso? —preguntó aparentando serenidad.

—¡Claro que estoy segura!, ¡todos... todos saben que me dejas demasiado tiempo sola! ¡Completamente abandonada! —vociferó ella fuera de sí.

—Trinidad, espero que esto que acabas de decirme esté apoyado en una evidencia firme, de lo contrario... —masculló Diego con la mandíbula apretada.

Después se dirigió hacia la puerta y gritó:

—¡Pura! ¡Pura!

Al instante apareció la criada envuelta en un largo chal de lana.

—Mande... usted, mi señor —balbuceó con visible inquietud.

—Tu ama me ha contado que... el señorito Esteban Serrano se atrevió a faltarle al respeto, ¿es eso verdad?

La *fámula* miró aturdida a su ama.

—Yo... no sé nada... de eso, señor —respondió confusa.

—¿No estabas tú con ella?

—Sí...

—¿Entonces, don Esteban le faltó... o no le faltó al respeto?

Pura, retorciéndose las manos, con apenas un hilo de voz, repuso:

—Bueno... eso creo... mi señor don Diego.

—¿En qué quedamos?, ¿eso pasó realmente... o no pasó? —replicó Diego crispado.

—Sí, algo de eso hubo.

—Gracias, puedes volver a tu habitación.

Pura, tras dirigirle una significativa mirada a su ama, tras una reverencia, salió de la estancia.

—¿Acaso... no crees en mi palabra? —preguntó Trini nerviosa.

Él, dándole la callada por respuesta, acabó de anudarse los cordones de la blusa.

Con un gesto adusto marcado en su rostro, ante la atónita mirada de su amante, Diego buscó su daga y se la colocó en la cintura.

—¿Qué... haces? —inquirió ella con apenas un hilo de voz.

Diego, sin responderle, tras cubrirse con su capa, caminó hacia la puerta.

Antes de salir le dirigió una grave mirada al tiempo que decía:

—Esta misma noche arreglaré todo esto con don Esteban de hombre a hombre. Y puedes estar segura de que jamás volverá a faltarte al respeto. Mañana vendré a verte.

Trinidad lo observó indecisa. La expresión demudada de su cara demostraba miedo.

—¿A... a dónde vas? ¿Qué... piensas hacer? —balbuceó aterrada.

—Tú no te preocupes. Adiós. —Y, sin agregar nada más, salió de allí precipitadamente.

Ella corrió detrás de él llamándolo. Al llegar a la puerta, vio que Diego saltaba sobre su caballo perdiéndose entre los árboles del camino. Trinidad se

echó a llorar desesperada. En ese instante apareció Pura. Con gesto alarmado, prorrumpió:

—¿Se da usted cuenta de lo que ha hecho, mi señora?, ahora don Diego irá a buscar a su amigo y lo retará a un duelo... y todo por nada. Ambas sabemos que eso que le contó, y que me obligó a mentir a mí con esas señas que me hizo, no era cierto. El señorito Esteban no le faltó al respeto.

—¡Sí que lo hizo! —gritó Trini perturbada.

—No, él solo la saludó con un gentil requiebro, sin ninguna malicia... y nada más. Y recuerde que Pepín también estaba allí, y lo vio todo.

Trinidad se mordió los labios. De pronto, al tomar conciencia de la situación, llevándose las manos a la cabeza, pensó por qué había dicho esa mentira. ¡Un duelo! ¿Y si Diego moría por defender su honor? «No, eso no puede volver a suceder», se dijo retorciéndose las manos. «¡Dios mío, ¿qué he hecho...!», gritó en su interior a la vez que a su mente acudía el recuerdo de aquella terrible noche, años atrás, cuando también por «defender su honor» basado en una ominosa mentira, su antiguo amante quedó tendido en medio de un gran charco de sangre.

«Yo arrastré a Gonzalo a la muerte. Y ahora... con Diego, ¿volverá a pasar lo mismo?», se dijo.

Mientras galopaba por el solitario camino, Diego sentía que un nudo le oprimía el pecho. Le costaba creer lo que Trinidad le había insinuado, pero no podía dudar de su palabra. «¿Cómo es posible que Esteban se haya atrevido a hacer una cosa así? Aunque en el pasado le quité algunas novias, siempre nos respetamos el uno al otro. ¡Y ahora tendré que darle un escarmiento! ¡Lo obligaré a retractarse delante de todos... y también a que se disculpe ante Trini!». En medio de su ofuscación, exclamó en voz alta:

—¡Tengo que tranquilizarme, o la furia me cegará obligándome a no razonar con sensatez!

Y, sin pensar en lo que hacía, dirigió su caballo a casa de Gustavo.

Cuando este lo vio aparecer en aquel estado, se lo llevó a la cocina, donde

ardía un fuego acogedor. Sin decir una palabra, le sirvió una copa de vino, que Diego se bebió de golpe.

—Por lo que veo... sigues con tus problemas... —aseveró Gustavo pesaroso—. «Esa», ¿ya no te alegra las noches, verdad? Reconócelo...

Diego no respondió; sin quitarse la capa, él mismo se sirvió otro trago. Al acabar de bebérselo, murmuró:

—Espero que el venir a tu casa a estas horas no te acarreará problemas con Rosario.

—Tranquilo, ambos te vimos llegar por la ventana del dormitorio. Ella se ha quedado leyendo una novela que le prestó tu hermana Úrsula. Y hace rato que mi padre duerme.

Diego, dándole la copa vacía le pidió:

—Entonces, bebe conmigo.

—De acuerdo, pero cuéntame qué te pasa —exclamó a la vez que se servía una copa de vino.

—No quiero hablar ahora. Apenas me note más sereno, me marcharé —expresó Diego un tanto parco, aunque de verdad en esos momentos le hubiera gustado mucho contarle a su amigo de la infancia, casi un hermano, todo lo que realmente sentía dentro y expresarle a viva voz: «¡Estoy sufriendo los embates de un amor imposible! ¡Me siento locamente enamorado de la única mujer a la que nunca podré tener... y eso me causa mucha ansiedad y un gran abatimiento que incluso me nubla la mente!». No obstante, sus deseos de echar fuera todo aquello que le quemaba por dentro, permaneció callado, envuelto en un pertinaz silencio.

Tras varias rondas de vino, Gustavo, un tanto afectado ya por el alcohol, le dijo:

—¿Así que no vas a contarme lo que te ocurre? Oye, no puedes dejarme así.

Diego, como si hablara consigo mismo, murmuró:

—Me siento muy mal íntimamente —de nuevo estuvo a punto de confesarse con Gustavo y hablarle de Brunilda y de su reencuentro con ella

en Madrid... junto a la noche de amor que ambos habían pasado juntos; pero a último momento volvió a desistir de eso. En medio de una mueca de congoja, apostilló—: Mi situación personal está volviéndose insoportable. Y ahora esto... si no hago algo para remediarlo jamás volveré a sentirme bien conmigo mismo.

Gustavo lo miró compungido.

—No sé lo que quieres decir, pero no me gusta verte tan mal. Hasta preferiría que siguieras siendo como antes; en esa época se te veía tan feliz, con una alegría que contagiaba.

—Ese tiempo ya no podrá volver —replicó Diego. Poniéndose de pie, añadió—: Me voy.

—¿Me vas a dejar así, con la intriga, sin contarme lo que te ocurre? —replicó Gustavo levantándose de su silla un tanto vacilante.

—Perdona... pero no creo que deba decírtelo...

—Ah, entonces... ¿ya no necesitas mis consejos? ¿No confías más en mí? Intuyo que algo malo te sucede, tu cara te traiciona; vamos dímelo, de lo contrario no me quedaré tranquilo.

Diego exhaló una bocanada de aire. Con expresión furiosa, confesó:

—Lo que ahora me pasa es que... lamentablemente, tendré que romperle la cara a Esteban Serrano.

En la faz de Gustavo se marcó una graciosa expresión, como si no hubiera entendido bien sus palabras. Tras volver a tomar asiento, preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído: voy a darle a ese canalla su merecido.

—Pero... ¿qué pleitos tienes ahora con él? Esteban siempre fue muy respetuoso contigo.

—Se ha propasado con Trini, ella misma me lo ha confesado, y soy el único que puede hacer que la respeten.

—¡Madre de Dios!, no lo puedo creer —rebatía Gustavo.

—Ni yo, pero es así; voy a buscarlo al Circulo de Caballistas y lo desafiare

a un duelo de honor. Y si no acepta, ni se retracta, allí mismo... delante de todos, lo derribaré a puñetazos.

Gustavo resopló disgustado; incluso pareció que hasta la abundante ingesta de vino se evaporara de golpe de sus venas, dejándole la cabeza lúcida. De ninguna manera podía dejar que Diego hiciera una locura como esa: ¿un nuevo duelo? ¿Y con uno de sus vecinos, otro señorito de su misma condición social?

—Estás ofuscado, recapacita por favor. No puedes hacer algo así, reflexiona y no seas tan lanzado.

Diego, sin responder, permaneció quieto.

Gustavo agregó jocoso:

—Ven, vuelve a sentarte. ¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir?, podemos quedarnos a beber hasta que estemos completamente borrachos, y si lo deseas te quedas a dormir aquí. Estoy seguro de que mañana verás las cosas de otra manera. —Su voz sonaba animosa.

Diego, con aire contrito, negó con la cabeza y exclamó:

—No me convencerás; de verdad, me arrepiento de haber venido a tu casa. Mejor hubiera sido ir en busca de ese patán... con mi sangre aún caliente. Adiós, nos veremos mañana.

—No... detente. No te dejaré marchar... —replicó Gustavo cogiéndolo del brazo.

—Aparta, amigo, suéltame. Voy a enfrentarme... cara a cara con el hombre que ha ofendido a Trinidad y... ni tú, ni nadie podrá impedirlo...

A su pesar, Diego notaba que las fuerzas lo abandonaban. No podía negarlo, se sentía muy cansado, y el vino ingerido estaba produciéndole un efecto demasiado relajante... pero por nada del mundo dejaría de cumplir como un caballero en defensa de Trini.

Gustavo, dándose cuenta de que no podría detenerlo, le gritó:

—¡Espera! Iré contigo.

—No, me marcharé solo. No quiero que por mi culpa tengas problemas con



Rosario.

—No te preocupes por eso, ella comprenderá; por favor, espérame, no me hagas ir corriendo detrás de ti. —Sin esperar respuesta subió las escaleras.

Minutos después Gustavo se colocó su capa y, luego de mirar a su amigo muy serio, exclamó secamente:

—Ya podemos irnos.

En silencio Diego asintió con la cabeza y tomó la delantera. Al llegar al patio, se volvió hacia Gustavo.

—Dejaré mi caballo aquí e iremos andando —le comunicó.

—Es lo mejor. Espero que el paseo hasta allí, bajo el aire frío de la noche, despeje tu alterado cerebro —alegó el joven con malquistado gesto.

Cuando llegaron al Círculo de Caballistas, un salón destinado para los jóvenes de la alta sociedad de Jerez, eran más de las once de la noche. Una noche de diciembre, fría y desapacible.

Dentro todo estaba caldeado. En la chimenea ardía un fuego acogedor.

En aquel local, grande y espacioso, se podía jugar a toda clase de entretenimientos; hablar o discutir de caballos, mujeres, toros, perros de caza, armas y de política, además de cuentos picarescos... y hasta de algún que otro malicioso chisme o murmuraciones que luego iban de boca en boca, casi siempre en perjuicio de alguna desafortunada dama.

De una ojeada Diego divisó a Esteban Serrano, que jugaba a las cartas en compañía de otros jóvenes, entre los que se encontraban Carlos Temple y Wilbur Force, el prometido de Gertrudis.

Apenas estos últimos los vieron entrar, todos comenzaron a gritarles gentiles saludos.

—Pero... ¿qué ven mis ojos? —exclamó Carlos con alegre expresión—. ¿Ustedes por aquí y, a estas horas? ¿Qué tal, Diego?, ¿cómo están de revueltas las cosas por Madrid? —Y, poniéndose en pie, agregó sonriente—: Llegáis justo a tiempo. A ver, tú, Diego, únete a mí, así podremos ganarles a estos gañanes, que me están desplumando! Gustavo, tú también puedes

sentarte y...

Al ver la expresión de los recién llegados, la sonrisa de Carlos fue desdibujándose.

—¿Qué pasa...? —preguntó intrigado con la mirada fija en Diego.

Los ojos de todos los presentes se quedaron clavados en el joven Ibáñez que, sin responder a los saludos, permaneció con las mandíbulas apretadas y con los ojos fijos en Esteban Serrano mirándolo ceñudo a la vez que este, desconcertado, lo observaba en silencio.

Al instante, mientras Diego se despojaba de su capa, comenzaron a escucharse cuchicheos y susurros llenos de interrogantes que llenaron el ambiente...

Nadie tenía idea de lo que pasaba. Cuando Diego volvió a dirigir su fría y despectiva mirada hacia donde se encontraba el «acusado», el salón entero enmudeció. Todos pudieron ver y escuchar al recién llegado que, tras señalarlo con el dedo, exclamaba hostil:

—¡Hey, tú! ¡Elige las armas, el lugar y la hora! O, si lo prefieres, nos enfrentaremos aquí mismo.

El murmullo de voces volvió a ensordecir el caldeado ambiente del salón.

—¿Enfrentarnos... tú y yo, en un combate? Pero... ¿por qué? No entiendo las causas de tu desafío —replicó el aludido, poniéndose de pie.

—¡Sabes muy bien cuáles son los motivos! —La voz de Diego era de total desprecio—: ¡Acabo de retarte a un duelo!, ¿necesitas que te dé un guantazo en la cara? ¡Vamos, acabemos esto cuanto antes! ¡Yo te enseñaré a respetar a las damas, sobre todo a la mía!

Esteban protestó desconcertado:

—¡De verdad créeme... no sé de lo que me acusas! ¡Y no pienso pelearme contigo por tontas calumnias!, ¡siempre respeté a las damas... y también a la tuya!

—¿Te atreves a asegurar eso? ¡Eres un falso...!

El injuriado, rojo de vergüenza, dio unos pasos hacia Diego.

Carlos y Gustavo, rápidos, se interpusieron entre ambos. El primero de ellos miró ceñudo a su amigo y, mientras le ponía la mano sobre el hombro, lo increpó:

—¡Diego! ¿Qué te pasa, has perdido el juicio? Por favor, recobra la templanza. Éstas actuando de una manera muy extraña. ¿Acaso estás borracho?

Diego contestó secamente:

—Y si lo estoy, ¿qué? Eso no quita que sepa lo que digo.

—¡Estas acusando a Esteban de algo que ninguno de nosotros entiende! ¿No escuchas lo que él dice? —protestó Carlos.

—¡Él puede decir lo que quiera!, ¡incluso misa! ¡Eso no quita que yo sepa lo que digo... y de qué lo acuso! —Mientras se volvía hacia los demás parroquianos, mirándolos con notable desprecio, siguió vociferante—: ¿O acaso... malditos hipócritas, creéis que no me entero de las cosas que habláis de mí y de ella en este exclusivo salón? —Volviéndose de nuevo hacia Esteban, vociferó—: ¡Y tú... conoces muy bien los motivos de mi acusación! —Mirándolo a los ojos, en tono más grave, repitió—. ¿Sabes a lo que me refiero, verdad? ¡Contéstame!

—¡No! ¡No sé nada, ni tampoco entiendo de lo que me imputas! ¡Y nunca le he faltado el respeto a tu mujer!

Diego, con rabia contenida en la voz, le gritó:

—¿Vas a negarme que hace unos días te cruzaste con Trinidad... la mujer con la que convivo, en la plaza del Mercado?, ¡al menos ten los arrestos de admitirlo!

Tras quedarse unos instantes pensativo, Esteban asintió:

—No, eso no lo negaré, pero...

—¡Tú la ofendiste!, ¡y yo no puedo dejar que actos tan infames como este manchen su buen nombre! porque, aunque Trinidad Morales esté conmigo... conviviendo sin estar casada, es una mujer intachable que merece todo el respeto del mundo. —Con semblante perturbado, añadió—: ¡Exijo una

reparación, o de lo contrario nos batiremos, aquí y ahora... como cualquier viñador!

—¡No me pelearé contigo! ¡Y en ningún momento ofendí a tu mujer, ni le dije nada deshonoroso! ¡Solo la saludé cordialmente!

Diego, con el rostro rojo de furia, empezó a caminar hacia el joven Serrano quien, sintiéndose insultado, retrocedió unos pasos.

—¡Maldito embustero! —rugió Diego abalanzándose sobre Esteban, con tal ímpetu que los vasos y botellas de las mesas cercanas temblaron a la vez que varias sillas cayeron al suelo.

El agredido, cogido de sorpresa, vaciló ante el peso del cuerpo de su atacante, que lo impulsó hacia atrás. Y allí, el puño de Diego se disparó contra su cara. Esteban cayó sobre una mesa que, pese al impacto, aguantó sin romperse. A continuación, mientras se incorporaba Diego, a la vez que se soltaba de sus amigos, que intentaban detenerlo, extrajo su daga.

—¡Vamos! ¡Defiéndete! —le ordenó amenazante—. ¡Saca ya tu navaja! ¡Y así podré hacerte pagar tu atrevimiento!

El joven Serrano se limpió la sangre que manaba de su nariz, y masculló:

—No llevo navaja...

Uno de sus amigos, acercándole la suya, le dijo:

—Aquí tienes la mía, ve a darle a ese arrogante cretino lo que se merece.

Esteban, sin responder, la cogió.

Gustavo, Carlos y Wilbur, junto a otros camaradas más, procuraban hacer que Diego entrara en razón; pero este no los escuchaba. Ninguno de los que lo conocían recordaban haberlo visto en ese estado de total enajenación.

Gustavo, acercándose a Carlos, con evidente preocupación, le pidió:

—Por favor... háblale tú, quizás a ti te haga caso y logres hacerlo entrar en razón.

El joven Temple asintió con la cabeza; dirigiéndose a su exaltado amigo, le rogó:

—¡Por lo que más quieras, Diego, reflexiona!, sabes que los hombres

inteligentes se entienden mejor hablando que con un duelo que no conduce a nada bueno. Te confieso que, por más que intento comprenderte, no entiendo qué te pasa...

Un rumor de voces lo interrumpió; la gente hacía apuestas a la vez que los camareros apartaban mesas y sillas. Gustavo, mostrándose intranquilo, observó a Diego, que en ese momento, con el semblante entre perturbado e impasible, y sin escuchar a nadie se quitaba la casaca envolviéndosela en el brazo.

Esteban, tras un gesto de impotencia, hizo lo mismo. Después, luego de mirar a Diego con visible antagonismo, exclamó:

—¡De acuerdo... si ese es tu deseo, te daré el gusto!

Uno de los encargados, dirigiéndose a los contrincantes, exclamó:

—¡Les recuerdo que ambos tendrán que pagar todos los daños infringidos al local!

Seguido a eso, dio comienzo la pelea.

Después de algunos lances y embestidas, que ambos esquivaban con pericia, la riña se agudizó, con lo cual se tornó peligrosa.

Los que conocían la manera de batirse de Diego observaban sorprendidos cómo éste, aunque había tenido varias oportunidades de herir a su adversario, pasaba por alto la mayoría de las coyunturas. Hasta que luego de algunos giros y ataques, acabó por herir ligeramente a Esteban en el pecho. Seguido a eso, ambos se miraron con cierto resquemor. En ese momento todos los presentes pudieron contemplar a Diego que, tras morderse los labios, vacilaba descorazonado mientras le gritaba:

—¡Retráctate!

—¡Yo no tengo nada de que retractarme! —replicó Esteban—. ¡Tú eres el que tendrías que pedirme perdón!

—¡Si continúas negándolo, no me quedará más remedio que seguir!

—¡De acuerdo! ¡Sigamos! —aceptó Esteban, claramente crispado. Y, sin darle importancia a su lesión, se puso en guardia.

La pelea prosiguió; la suerte ya estaba echada. De pronto Esteban, tras dar una hábil acometida en el brazo de su contrincante, obligó a que este se volviera hacia un lado... y allí le hundi6 la daga en el vientre.

Al instante, con visible gesto de mortificaci6n, retir6 la mano y, paralizado, observ6 la filosa hoja teñida en sangre... a la vez que Diego, ante las at6nitas miradas de todos, luego de caminar unos pasos tambaleantes, cay6 de bruces sobre una mesa con gran estrépito de botellas y copas que lo siguieron en su caída. Esteban, en medio de una maldici6n, dej6 caer la daga al suelo. Todos corrieron a socorrer a Diego, que seguía consciente. Gustavo, dominado por los nervios, le mir6 la herida.

—¡De prisa!, ¡que alguien vaya en busca de un m6dico! —grit6.

Los dem6s intentaban levantar al herido a la vez que proferían palabras de aliento.

De pronto Diego, con voz ag6nica, haciéndoles señas con la mano, rebati6:

—No, nada de m6dicos.

—¡Tú, cállate! ¡no opines! ¡Eres un insensato y un maldito necio...! —replic6 Gustavo furioso.

Carlos, luego de observar la herida, con ademán tranquilizador, aclar6:

—Es profunda pero, por fortuna, no reviste gravedad.

—¿Y c6mo lo sabes? Tú no eres m6dico... —observ6 Gustavo de mal talante.

Diego, a la vez que levantaba un poco la cabeza, les dijo:

—No os preocupéis, estoy... bien. —Y, dirigiéndose a Gustavo, agreg6 balbuceante—: Por lo que m6s quieras, llévame a casa de Trinidad... de inmediato.

—¿Estás loco? —demand6 Gustavo fuera de sí.

—Por favor, tú llévame allí... y luego, sin que nadie de mi casa se entere, ve en busca de Pastora; ella me curará. Seguro... a esta hora, la hallarás en el cuarto donde destila sus hierbas. Si duerme, despiértala... pero no la asustes. Y pídele que no diga nada a nadie... no quiero que mis padres se preocupen.

—A buena hora te acuerdas de no preocupar a tu familia —masculló Gustavo mirándolo con furiosa reprobación.

Carlos le puso la mano sobre el hombro y exclamó:

—Iremos en mi carruaje.

Gustavo, después mirar de nuevo a Diego, le increpó nervioso:

—¿No pensaste que la versión de Esteban podía ser la verdadera?

Diego cerró los ojos. Con voz entrecortada, musitó:

—Ahora de nada... vale lamentarse; lo hecho... hecho está. La verdad... no sé qué me pasó, ha sido algo... impensado.

Esteban, presa de un ataque de nervios, era atendido por sus amigos. En su descontrolado estado no dejaba de repetir:

—¡Vosotros sois testigos... no quise herirlo!, lo juro por Dios. ¿Cómo está?, ¿es grave la herida?

—¡Cálmate, que tú también estas lesionado! Y no te preocupes: ese aún no se morirá; su herida no es grave —se escuchó decir a alguien.

—¡Debo hablar con él! —siguió Esteban—, y hacerle entender que yo no le falté al respeto a su mujer.

—Tranquilo, amigo, todos te creemos —le dijo uno de sus camaradas—, por ahora es mejor que esperes a que Diego recapacite y se dé cuenta de su error; seguro él mismo te pedirá disculpas.

Carlos, Gustavo, Wilbur y dos jóvenes más trasladaron a Diego al coche.

Fuera el aire frío les dio de lleno en la cara. La luna se mostraba en toda su magnitud; era una bonita noche de plenilunio. El herido fue transportado a casa de su amante. Apenas Trinidad vio el estado en que llegaba Diego, se desplomó en el suelo. Cuando volvió en sí, se hallaba acostada en el sofá de la sala. Pura iba reanimándola mientras le decía:

—Mi señora, recóbrese... don Diego se encuentra bien, ha tenido suerte y su herida no es muy grave; ahora está en la cama junto al señorito Carlos. —Tras signar una breve pausa, agregó—: Y Gustavo... y ese joven tan rubio que los acompaña, han ido en busca de Pastora, la criada de su casa. Y todos

dicen que es la mejor curandera en varias leguas a la redonda.

Trinidad empezó a llorar desconsolada.

—Entonces, ¿se ha batido a duelo?

—Claro, ya se lo advertí; se lio a navajazos con el señorito Esteban, que también terminó herido, y todo por su mentira.

—¡Dios mío! —sollozó Trini.

De un salto se levantó y corrió hacia el cuarto contiguo, donde estaba Diego. Este permanecía acostado en compañía de Carlos, que le apretaba con fuerza la herida. Al verla aparecer, ambos la miraron sin pronunciar palabra.

Trinidad cayó de rodillas en el suelo junto a su amante y, con expresión mortificada, prorrumpió:

—¡Amor mío! ¡Perdóname! ¡Estás herido por mi culpa! ¡Virgen Santa! —Mientras elevaba sus ojos hacia el Cristo que colgaba de la pared, en medio de un mar de lágrimas, prorrumpió—: ¡Dios mío!, que no le pase nada malo... por favor... —Su voz fue transformándose en un gemido.

Diego la miró fríamente. Seguido a eso, murmuró:

—Cálmate, Trini... estoy bien; pero por favor... ahora déjanos solos.

En ese instante se abrió la puerta, y entraron Gustavo y Wilbur acompañados de Pastora, envuelta en un grueso chal de lana negra quien, con visible susto, se acercó al herido.

—¿Pero... qué te han hecho...? —exclamó al destaparlo—: ¡Jesús, cuánta sangre!, ¡necesito vendas y agua hirviendo, rápido! ¡Calma, mi niño, Pastora te curará enseguida! Tú muerde este trapo... y aguanta el dolor —acabó mientras le ponía en la boca un pañuelo.

Pura, sin pérdida de tiempo, rasgó en tiras una sábana limpia y se las entregó a Pastora.

Trinidad, agazapada en un rincón, rezaba entre sollozos. ¿Por qué había dicho aquella mentira?, ¿por qué había vuelto a cometer el mismo error?, ¿y si Diego hubiera muerto? ¿Qué sería de ella? «Si eso hubiera ocurrido, yo no podría seguir con mi vida tal como hice tras la muerte de Gonzalo; porque



ahora amo a este hombre... como nunca pensé que se podía amar. ¡Dios mío!, ¡perdóname!, dije esa mentira porque... deseaba darle celos. Y ahora tengo miedo de que decida abandonarme», terminó entre sollozos.

Pastora trabajó en la herida de su niño hasta que esta dejó de sangrar. Diego aguantó las curaciones sin casi quejarse. Cuando acabó, el rostro de ella reflejó cierto alivio, que tranquilizó a los presentes. Luego, a la vez que miraba fríamente a la criada, le entregó un envoltorio de hierbas.

—Prepárele esta infusión —le ordenó—, y que se la beba de inmediato; eso lo hará dormir bien profundamente. Es mejor que no se mueva mucho y, sobre todo que nadie lo moleste... —de pronto, con dura expresión observó a Trinidad, que permanecía muy quieta con el rosario entre los dedos y, volviéndose hacia Gustavo, añadió—: Mejor sería que lleváramos a mi niño a casa.

—Pastora, no creo que eso sea prudente —contrapuso Carlos—, usted misma acaba de decir que es mejor que no se mueva.

Desde la cama Diego se removió inquieto.

—Pastora... —dijo vacilante—, debo quedarme... es mejor que... mi madre no me vea así. Trini y Pura... me atenderán, estoy seguro... de que enseguida... estaré bien.

La criada resopló disgustada:

—Sí, es necesario que permanezcas en reposo absoluto. Por favor, mi niño... no dejes que nadie te moleste; mañana regresaré a verte. Trataré de que mi señora doña Clemencia no se entere de nada... aunque seguro que a don Pedro mañana, apenas ponga un pie en las bodegas, se lo contarán todo; además por unos días no podrás ir a trabajar. Bueno... ahora, apenas bebas esa infusión que también tiene amapolas, te dormirás profundamente sin sentir nada de dolor.

Después de recoger sus cosas, volvió a fijar sus ojos en Trini con notable desagrado; dirigiéndose a Gustavo, le dijo bajito:

—Sácame de aquí, esa mujer me da muy mal *fario*.

Carlos y el prometido de Gertrudis se acercaron a Diego; el primero de ellos dijo:

—Nosotros llevaremos a Gustavo y a Pastora a sus casas, y luego nos iremos a dormir. Celebro que esto no haya sido tan trágico, como se temió a un principio. Pero tú y yo tenemos una conversación pendiente. Cuídate.

Wilbur replicó:

—*Do not worry*, no... le diré nada a Gertrudis... es más, yo no estuve en ese *living room*, ¿verdad? —manifestó con un gracioso castellano.

—No, al menos yo no te vi —respondió Diego a la vez que, con una mueca de dolor, trataba de no reír. Enseguida, mordiéndose los labios miró a Gustavo; en medio de una gran agitación, le pidió—: Cuida de Rayo... apenas llegues... quítale la montura... y mételo en la cuadra para que descansa.

—No te preocupes, lo atenderé muy bien —aseguró Gustavo—. Mañana cuando tus padres pregunten por ti les diré que anoche te emborrachaste, y que... no sé nada más. Descansa, todo saldrá bien.

—*Goodbye Diego, good luck* —saludó Wilbur con la mano levantada.

Rato después, luego de beberse el brebaje que le ofreció Pura, Diego poco a poco fue quedándose sumido en un fuerte sopor que le impedía darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Además de eso los densos vapores de las hierbas que se desprendían de la chimenea

llegaban hasta su nariz, acentuando su letargo en medio de extrañas visiones que se interponían con la figura de Brunilda, tal como si ella jugara a las escondidas mientras él la llamaba.

Horas más tarde, pese a su abotargamiento, percibió unas manos suaves acariciándolo a la vez que una voz desesperada repetía su nombre. Aunque casi sumido en la inconsciencia, ante el perfume que emanaba de su cuerpo delatándola, supo que era Trinidad. Mientras ella besaba su cara y su pecho, Diego se removió inquieto tal como si tratara de quitársela de encima, dándole a entender que en ese momento no deseaba su contacto. Hasta que al fin Trini, presa de un sollozo, se apartó de él. Diego soñó toda la noche con

Brunilda mientras repetía su nombre en voz alta, lo que dejó a su amante sumida en el peor de los tormentos.

Como lo había predicho Pastora, apenas don Pedro puso un pie en las bodegas, se enteró de lo ocurrido. De nada le valió a Gustavo tratar de hacerse el desentendido; por último, ante la insistencia del padre de su amigo, este terminó por contárselo todo.

Por último, con sonrisa un tanto forzada, lo tranquilizó:

—Pero no se preocupe, Diego se encuentra muy bien. Pastora asegura que... en menos de una semana, estará completamente restablecido.

—Quiero verlo, le pediré a José que me lleve a esa casa —expresó don Pedro mientras cogía su sombrero.

Cuando Diego, sintiéndose aún muy confuso, vio a su padre a los pies de la cama, intentó sonreír, pero solo logró esbozar una mueca. Don Pedro, con expresión demudada en voz baja, le reprochó:

—¿Por qué hijo?, ¿será posible que nunca escarmientes? Hace pocas semanas en Madrid estuviste a punto de perder la libertad por una mujer. Y ahora, acabado de llegar... ¿te enfrentas a un duelo con un amigo tuyo... por defender a tu amante, que quien sabe si no se escudó detrás de una mentira? Realmente no comprendo qué pasa por tu cabeza, es increíble que siempre estés metido en esta clase de problemas tan peligrosos, propios de un inconsciente... y ahora, ¿qué le diremos a tu madre cuando se entere de esto?

—Por favor... procure que... eso no suceda... al menos no aún —murmuró Diego vacilante.

—Sabes que eso será imposible. Pudimos evitar que no se enterara de lo que pasó en Madrid, pero no creo que sea posible esconder esto... tan grave que has protagonizado anoche —replicó don Pedro. A la vez que dirigía su mirada hacia la joven, que permanecía apartada de ellos, con notable malestar, añadió por lo bajo—: Desde que me enteré de los motivos de tu duelo, he estado preguntándome: ¿estás tan seguro de lo que ella te ha dicho sobre Esteban... sea la verdad? Por lo que a mí me han contado, él lo niega

de manera absoluta.

Diego, con aire agotado cerró los ojos y, murmuró:

—No hablemos más de eso; es mejor olvidarnos de todo. Pronto me restableceré y será como si no hubiera ocurrido nada.

Don Pedro volvió a sorprenderse de lo fáciles y racionales que en boca de su vástago sonaban todas sus acciones, aun las más descabelladas.

—¿Tú crees? —preguntó desanimado.

—Tendrá que ser así —expresó el joven con voz débil.

El señor Ibáñez iba a añadir algo más, pero en ese momento llegó Pastora a examinar la herida de Diego y se apartó.

Después de hacerle las curaciones ella, con semblante animado, opinó:

—Ya está casi cerrada y, sobre todo, tiene muy buen aspecto. Mi niño, si sigues así, pronto podrás regresar a casa.

Esa misma tarde Gustavo y los demás amigos visitaron a Diego; cuando el herido preguntó por Esteban Serrano, Carlos lo tranquilizó:

—Él está bien, su herida fue muy superficial. —Mirándolo pesaroso, le recriminó—: Pero Diego, la que has armado. Me cuesta creer que Esteban haya sido capaz de hacer... lo que Trini te contó; incluso tu padre lo duda.

—Por favor, no toquemos ahora ese tema —murmuró Diego con agobio.

—Pero al menos explícame, ¿por qué reaccionaste así? —insistió Carlos—, esa noche no parecías ser tú; tenías una mirada distinta... como el de un homicida. Era como si estuvieras poseído por el demonio...

—Sí, quizás es eso lo que me pasó... porque la verdad ni yo mismo puedo explicarme qué me sucedió. No podía controlarme... me sentía furioso... —reflexionó Diego con mirada errante, a la vez que comprendía que su execrable comportamiento había sido como un estallido mental a toda la presión vivida en los últimos tiempos.

Cuando Carlos y Wilbur se marcharon, Gustavo, tras ponerlo al corriente de los trabajos de las bodegas, añadió:

—Aunque tus hermanas están al tanto de lo ocurrido, por suerte, tu

madre... creo que tampoco Ignacio, aún no se han enterado de nada. Ella cree que te emborrachaste hasta caer enfermo, y que ahora estás bajo los cuidados de tu amante, con la que... luego de tantos días de ausencia, os volvisteis a reencontrar. —Seguido a eso, después de hacer una seña hacia el rincón del cuarto, con voz queda prosiguió—: En la puerta está Pepín... quiere verte; dice que tiene algo muy importante que contarte.

El convaleciente se volvió hacia el jovencito. Sonriéndole cariñoso, le dijo: —Hola, camarada, acércate sin miedo. Siento que... por un tiempo, no podremos... proseguir con las lecciones de esgrima.

Pepín observó a su patrón con detenimiento. Después, en respetuoso ademán, expresó:

—Señorito, me alegro de que ya esté mucho mejor. Y no se preocupe por las lecciones...

—¿De qué quieres hablarme? —le preguntó Diego.

—Es que yo...

Al ver que se quedaba callado, Gustavo lo animó a seguir.

—Habla sin miedo; nadie más te escuchará... y el señorito Diego creerá lo que tú le digas.

Tras asentir con la cabeza, Pepín confesó:

—Yo... ese día también estaba en la plaza del Mercado... y puedo asegurarle, que... don Esteban no le faltó el respeto... a mi señora, doña Trini. Él solo la saludó quitándose el sombrero y, sonriéndole muy amable, le besó la mano.

Gustavo miró a Diego.

—Como ves, Trinidad te mintió maquinándolo todo. Y por esa mentira casi pierdes la vida al tratar de defenderla. Y lo peor es que has lastimado a Esteban. Es como dice el refrán: «Fíate del agua mansa...».

Diego, sintiéndose perplejo, se preguntó: «Pero... ¿por qué Trinidad ha urdido esa mentira tan ruin?». En seguida supo la respuesta: «Ha sido para darme celos... sin advertir que con eso, podía desencadenar una tragedia».

—Pepín está muy nervioso... —siguió Gustavo—, será mejor que no le digas nada a ella de lo que él te ha confesado de lo contrario ya no podrá venir a servirle. Bueno, por lo que se ve, Trinidad está bastante arrepentida... no hace otra cosa más que llorar y llorar.

El herido asintió con la cabeza y cerró los ojos. No, él no le diría nada. Para el mal causado ya no había remedio. Estaba decidido: apenas sus fuerzas se lo permitieran, le pediría disculpas a Esteban, pero no martirizaría a Trinidad con reproches... se sentía en deuda con ella; la había engañado con otra mujer... una mujer a la que amaba sin esperanzas y, aunque pareciera muy egoísta de su parte, sabía que la única persona que podría ayudarlo a mitigar, en parte, su dolor ante la irremediable pérdida de Bruny... era justamente Trinidad. Además... ella aún despertaba en él una atracción morbosa que, aunque desprovista de amor, le era necesaria para seguir con su vida. Sus pensamientos se interrumpieron con la presencia de Pastora, que venía a cambiarle las vendas.

Al día siguiente, al volver a hacerle sus curaciones, la vieja herbolaria le colocó a Diego una faja bien apretada contra la herida. Tras eso lo hizo levantar de la cama. Con una mueca de dolor el joven logró mantenerse erguido y dar un paseo por el dormitorio. Rato después, cuando volvió a echarse sobre la cama Pastora, satisfecha de los logros de su niño, le habló de su madre.

—Mi señora quería venir a verte, pero tu padre la atajó diciéndole: «Déjalo tranquilo, Diego está muy bien atendido de su “descompostura” en brazos de... su amante» —Mirándolo cejijunta, agregó—: Mi niño, esta vida que llevas... al convivir con esa muchacha en pecado, hace sufrir mucho a tu pobre madre. Imagínate si se entera de esto.

El joven no contestó, quedándose sumido en sus pensamientos. Tres días después Diego mandó a llamar a Pepín. Cuando el muchachito acudió, sonriéndole amistoso, le pidió:

—Dile a tu padre que hoy puede venir en el coche... para llevarme a casa.

—Sí, señorito, voy de inmediato.

Ya estaba decidido; había llegado el momento de regresar al lado de su familia. La herida no casi le molestaba; le permitía incluso caminar erguido. De ese modo su madre no sospecharía nada.

Trinidad, demacrada y ojerosa, seguía apartada de él, mirándolo desde la distancia a la vez que, al notar la frialdad de su amado, sufría un tormento. Diego en ningún momento había hecho acción de hablarle, ni siquiera por las noches, cuando silenciosa se dejaba caer tímidamente a su lado. Y lo más mortificante para ella era escucharlo repetir durante el sueño un extraño nombre de mujer que moría en sus labios tras un gemido.

¿Serían reales sus miedos? ¿Diego tenía otra mujer a la que adorar, y a la que podría hacer su esposa? «Y de ser así, ¿continuaré siendo su amante... como me lo prometió?, ahora va a marcharse a su casa, ¿será para siempre?», se preguntó mientras sentía que se le desgarraba el alma. Sumida en esas reflexiones, Trinidad no se dio cuenta de que Diego la miraba fijamente.

Y, cuando escuchó su voz, le pareció que soñaba. En ese momento Diego, de pie junto la columna de la cama, le extendió el brazo al tiempo que le pedía:

—Por favor, acércate. Ven junto a mí.

Trini corrió hacia su encuentro y le cogió la mano. Tras llenárselas de besos, mojados de lágrimas, cayó de rodillas a sus pies.

—¡Perdóname! —le suplicó—. ¡Solo quería darte celos... hacer que me tomaras más en cuenta y que... te quedaras más tiempo a mi lado! ¡Te quiero tanto que a veces... pierdo la cabeza, y ya no distingo el bien del mal! ¡Juro que te querré hasta el momento de mi muerte... que ojalá sea primero que la tuya! ¡Eres mi vida, y gustosa la daría por ti!

Mientras ella se expresaba de aquella manera, Diego la observaba sin parpadear a la vez que, con la mandíbula apretada, se preguntaba por qué, cuando Trinidad le declaraba su amor, de esa forma tan servil, con tanta adoración y mansedumbre él, en vez de sentirse halagado, experimentaba

ahogo y rechazo.

Con gesto serio le pidió:

—Trini, levántate ya... no te humilles de esa manera, y no hagas esto más penoso para mí.

—¿Me perdonas?, no puedo imaginar la vida sin ti.

—Sí, te perdono. Pero nunca más vuelvas a hacerlo.

—¡No, te lo prometo!, ¡nunca más! Ahora... por favor, dime la verdad: ¿vas a casarte con otra? Todas las noches te oigo pronunciar en sueños un nombre de mujer, y eso me espanta... me hace mucho daño. ¿En Madrid... tus tíos te han presentado a una joven con la que te has prometido... o estás a punto de hacerlo? Y si eso es verdad, ¿yo... seguiré siendo tu amante?

Al escuchar esas palabras, Diego, sintió que se le secaba la garganta.

—No digas... tonterías. No hay nada de eso —murmuró casi sin voz, a la vez que bajaba la mirada.

Ella respiró hondo. Con semblante pálido, le cuestionó:

—Entonces, ¿quién es la mujer... con la que sueñas?

—No lo sé... yo no recuerdo... haber soñado nada —respondió bajito.

Mirándolo implorante, ella volvió a preguntar:

—¿Seguiré siendo para ti... lo que tú me dijiste la primera vez que nos amamos: tu amante... perpetua?

—Sí... entre tú y yo, todo seguirá igual... —manifestó Diego con voz inexpresiva.

Trinidad se puso de pie y lo abrazó por la cintura. Tras mirarlo entre risueña y atormentada, exclamó:

—¡Oh, qué feliz me haces! ¿Cuándo regresarás... a mí?

—En cuanto me reponga del todo. Apenas me sienta más fuerte, volveré.

Trinidad levantó los ojos hacia él, y le dijo:

—Amor... gracias por tu perdón. Estoy muy feliz de haberte recuperado... siento que vuelvo a renacer. Contaré las horas y los días que nos separan.

En su casa a Diego lo esperaba una desagradable sorpresa: su madre



acababa de enterarse de su herida, y del motivo de esta, y eso le había causado un gran quebranto.

Pero, cuando vio a su hijo caminar casi erguido hacia ella, la angustia se transformó en jubilosa tranquilidad y, en medio de un sollozo, se abrazó con fuerzas a su cintura.

—Perdón, madre —le dijo él besándole en la frente.

—Hijo mío... por lo que más quieras, procura no volver a repetir esos desagradables conflictos que solo te acarrearán disgustos y a nosotros mucho miedo —le pidió ella—. De verdad, estaba tan ilusionada de que ya no habías vuelto a involucrarte en peligrosas querellas. Y lo has vuelto a hacer... y con un amigo... —acabó con la voz desgarrada.

—Sí, reconozco que fue... una locura; le prometo que no volveré a repetirlo.

—Por favor, intenta no defraudarnos más —suplicó doña Clemencia, volviéndolo a abrazar.

En muy pocos días, bajo los cuidados de su familia y de Pastora, Diego se recuperó físicamente del todo. Solo su mente continuó en un constante batallar; el recuerdo de Bruny no se apartaba de sus pensamientos un solo instante, mientras continuaba haciéndose las mismas preguntas: ¿Se habría casado ya... y ahora navegaba rumbo al Nuevo Mundo?

«Sé que, si no consigo dejar de pensar en ella, acabaré loco. Debo aceptar el hecho de que la he perdido para siempre... y lograr olvidarla; procurar ante todo que su recuerdo no se transforme en una obsesión que me impida vivir», se dijo una mañana decidido a reorganizar su vida de la mejor manera posible.

En vísperas de las fiestas de fin de año, Diego programó en su casa una reunión de camaradas en la que se reconcilió con Esteban Serrano. Frente a todos los amigos, le pidió perdón, a la vez que reconoció su error. Luego de eso, ambos, tras un brindis se juraron recíproca lealtad.

Y de pronto llegó la Navidad; como todos los años la familia Ibáñez al

completo se reunió en Cádiz junto a Natalia, además de doña Carmen y su familia.

Luego de eso, el dos de enero de aquel nuevo año de 1808, apenas regresados a Jerez, Diego, con su herida prácticamente cerrada, decidió ir a visitar a Trinidad. Realmente, estaba ansioso de volver a estar a su lado y ahogarse en el torbellino de su arrolladora pasión... y así al menos, por unas horas, dejar de pensar en Brunilda. Los únicos contactos que Diego y Trini habían mantenido en ese tiempo sin verse eran los mensajes de palabra que Pepín llevaba y traía. Y fue el mismo jovencito quien le hizo saber a ella que ese día por la tarde, el señorito Diego iría a verla. Trinidad, radiante de felicidad, se preparó para recibirlo. Doña Clemencia, con visible preocupación, vio cuando su hijo, ayudado por José, el cochero, subía al carruaje. Llena de congoja, exhaló un hondo suspiro. Al volverse se encontró con Pastora quien, mirándola disgustada, manifestó:

—No me gusta nada... esa tal Trinidad; me da mal *farío*. Además, no tiene buena luz...

—¿Buena luz? —inquirió doña Clemencia con extrañeza.

—Sí, es el resplandor que todos irradiamos, y que solo unos pocos podemos percibir. La luz varía según la calidad de las almas que la habitan. Y la de ella no es buena, está completamente en tinieblas. Una mujer así no puede hacer feliz a mi niño; lo tiene amarrado por medio de la brujería.

—¡Pastora!, no me asustes.

—Siento tener que preocuparla, pero es la verdad. Esa mujer está usando, con él, filtros mágicos además de hierbas y hongos alucinógenos; apenas entré a esa casa noté el inconfundible olor a brujería y a magia negra. Y, por lo que mucha gente comenta, ella siempre consulta a una hechicera en las cercanías de las huertas; sin contar que también ha estado visitando a otra que vive cerca del puente de la Cartuja. —Al ver la expresión de doña Clemencia, Pastora, en medio de un suspiro, añadió—: Todo eso lo sé de muy buena fuente porque hace tiempo, a una hermana del cochero que mi niño le puso a

esa mujer, yo le curé un herpes y un día, mientras conversábamos, ella me contó que la tal... Trinidad, en varias oportunidades le había pedido a su hermano que la llevara a esa avezada nigromántica. Esa bruja... le ofrece todos los elementos y demás brebajes para mantener a mi niño amarrado a ella, sin que él se dé cuenta.

Doña Clemencia, llevándose las manos al pecho, exclamó:

—Ay, Pastora... de verdad, estoy muy asustada. Y... ¿no hay nada que podamos hacer para evitar eso?

—Lamentablemente, ya es muy tarde para revertir ese daño. No obstante, conozco una vieja hechicera, que era muy amiga de mi madre, que solía ser muy buena en esto de romper hechizos. Ella vive a las afueras de Conil. Voy a intentar contactar con ella y, si usted me lo permite, le pediré a José que me lleve hasta su barraca.

—Claro, Pastora... puedes hacerlo. Aunque yo no tengo nada contra esa niña, no me gusta su actitud y, sobre todo, me aterra pensar que ella le esté dando a mi hijo esas extrañas pócimas y demás elixires que incluso puedan llegar a dañarlo.

Trinidad esperaba ansiosa la llegada de su amante. En el momento en que este apareció en el umbral de la puerta, con una salvaje embestida, sin siquiera recordar la reciente herida de su amante, se le echó encima.

Diego, a la vez que aspiraba un extraño y penetrante perfume que se mezclaba con otros que él ya reconocía, decidido a entregarse a ella y olvidarse de todo, cerró los ojos y la rodeó con sus brazos. Trini lo besó largamente en los labios tal como si deseara succionarlo al interior de su boca... y así fue como de repente a Diego le pareció descender hacia las profundidades de un insondable abismo. Sacudido por aquel sorprendente estallido de lujuria, percibió que la noción del tiempo comenzaba a distorsionarse en medio de diversas visiones.

Quiso reaccionar... pero no pudo; era como si una densa niebla, o una nube oscura lo rodeara permitiéndole solo vislumbrar diversas alucinaciones igual

a burlones duendes y seres estafalarios que danzaban impúdicamente en torno suyo.

«Todo esto... ¿tendrá qué ver con las olorosas hierbas que Trini quema en la chimenea?», llegó a preguntarse antes de perder por completo la conciencia de su objetividad. Lo que siguió luego fue algo tan increíble que incluso rayó la fantasía. El reencuentro entre ambos, en aquella fiesta de sensualidad compartida, pareció despojarlos de todos los valores, recatos y tabúes adquiridos desde el comienzo de sus vidas.

Durante algunos cortos intervalos en los que Diego lograba salir de aquella vertiginosa ensoñación, tuvo la impresión de hallarse sumergido en las turbulencias de una interminable orgía de placer. Cuando horas después la pasión, junto a los embriagadores filtros de las hierbas que hervían en la marmita, fueron extinguiéndose, y mientras sus pensamientos regresaban del todo a la realidad de nuevo, experimentó el inmenso vacío de su corazón, que le provocó un demoledor quebranto anímico.

Pasada la medianoche, Diego se despertó de golpe. A su lado, apoyada sobre su pecho, Trini dormía plácidamente. Con los ojos muy abiertos intentó mirar a través de la oscuridad. Dominado por la desazón, comprendió que necesitaba recuperar su identidad, abandonar aquella sensación de constante ambivalencia que lo rodeaba y comenzar a creer que en su vida personal muy pronto volvería de nuevo la claridad. El calor asfixiante del lecho lo obligó a destaparse.

Seguido a eso, luego de apartar la cabeza y los brazos de su amante con suavidad, tras dejarla arropada, se levantó. Sin importarle su desnudez, llegó a la puerta y salió afuera.

Aquel contraste con el ambiente sofocado del interior de la vivienda lo serenó hasta enfriar su caldeado cerebro. De pronto una ráfaga de aire helado le fustigó el cuerpo, y su aliento se convirtió en bruma... pero él se quedó allí muy quieto, sin moverse. A partir de ese día, y durante los meses siguientes, el heredero de don Pedro Ibáñez volvió a repartirse entre su amante, su

trabajo y su familia.

Doña Clemencia, pese a la pecaminosa conducta de su hijo mayor, y de los rumores sobre la misteriosa vida de Trinidad Morales siempre sumida en confabulaciones con brujas, a lo que Pastora seguía intentando inútilmente deshacer, no dejaba de asombrarse de que su hijo mayor siguiera al lado de la misma mujer, incluso siéndole fiel... y lo más increíble, sin mostrar hastío.

Por el contrario, sus amigas, de manera constante, no dejaban de recordarle el vergonzoso amancebamiento de su primogénito, sin olvidarse de que, si se descuidaba, pronto tendría varios nietos bastardos puesto que, tal como estaban las cosas, Diego nunca se casaría con la huertera.

En esos mismos días la señora Ibáñez se hallaba abocada a los preparativos de la próxima boda de su hija Gertrudis. Incluso ya le había escrito a su prima Pilar de Sevilla para anunciarle la buena nueva y que esta, junto a sus familias, fuera preparándose. Aunque sabía que doña Amaranta de Córdoba no asistiría, también le envió una invitación.

Por esos días Diego se trasladaba periódicamente a Cádiz para verificar la marcha de sus negocios allí, en los que aprovechaba para participar con sus amigos gaditanos de numerosas reuniones. Aunque a Trini aquellos frecuentes viajes la dejaban muy apesadumbrada, se esforzaba en permanecer serena.

Las que más se alegraban de aquellas visitas de Diego eran Natalia y Carmen, que enseguida le preparaban amenas tertulias las que, por lo general, se prolongaban hasta muy entrada la noche.

Durante esas escapadas a Cádiz, Diego siempre pasaba unas horas junto a Dionisio; por suerte este último se encontraba bastante bien de sus achaques. No obstante, al hallarse aún muy débil, casi no salía de su casa y aguardaba impaciente a que el tiempo mejorara. El jerezano había optado por no contarle a su viejo amigo la historia de su perdido gran amor, ni tampoco de su tormentosa relación con Trini... ni de su último duelo.

De esa manera el tiempo comenzó a pasar. Marzo llegó cargado con los

fragantes aromas de la primavera y el cálido sol. El cumpleaños de Diego se festejó en su casa con un gran almuerzo, junto a Gustavo, y toda su familia, además de Carlos, Wilbur y varios amigos de las huertas. Y por la noche, junto a Trinidad Morales.

## Capítulo 3

### VIENTOS DE GUERRA

Y de pronto, cual un viento huracanado, comenzaron a escucharse los constantes rumores que advertían a los ciudadanos, de todas las clases sociales de España, que la patria se hallaba en verdadero peligro... completamente cercada por los ejércitos de Napoleón Bonaparte. Ese nuevo año de 1808 había llegado lleno de incertidumbres; el comienzo de casi un lustro que, para el pueblo español, sería traumático... casi perverso.

Francia e Inglaterra, separadas por el Paso de Caláis, seguían siendo cabezas de dos mundos contrapuestos. La primera había comenzado a levantar coaliciones mientras apoyaba movimientos de liberación, frente a la soberanía marítima de la segunda. Y Napoleón, que no dejaba de acariciar el sueño de cruzar el canal, y resolver la situación mediante un golpe directo a la metrópoli inglesa, decidió recurrir a la guerra económica. Y para eso había cerrado a Inglaterra los puertos y mercados del continente, lo que les impedía a los británicos la entrada y salida de productos.

Esa política se llamó *bloqueo continental*, lo que ocasionó, a «los dueños de los mares», una gran crisis económica. Durante el tratado de *Fontainebleau*, acordado hacía unos meses, el Gobierno español y el francés habían pactado la división de Portugal, y la mayor parte del pueblo español acogió con verdadero entusiasmo a los franceses... «que solo venían a ocuparse de

Portugal».

Pero lo que muy pocos sabían, y otros solo lo sospechaban, era que, en la astuta mente de Bonaparte, el proyecto portugués, tal como la prusiana Brunilda Cavaglioni Sullivan, había pronosticado que sucedería... iba convirtiéndose en el proyecto peninsular.

Mucho antes de la firma del mencionado tratado, las tropas francesas, comandadas por el general Junot, duque de Abrantes, se habían introducido por el norte hasta dominar, casi por entero, las vascongadas. Y ahora, todos los demás ejércitos se hallaban a lo largo y ancho del país.

Días después, desde Madrid comenzaron a llegar un sinfín de otras noticias mucho más preocupantes: el diecisiete de marzo, en Aranjuez, en un intento por derribar al primer ministro Manuel Godoy y al monarca Carlos IV, se había producido un sonado motín a la vez que una gran turba, formada por enardecidos ciudadanos, tras lanzar amenazas y gritos de protesta, se desparramaron en todas direcciones. Las gacetillas imprimían las alarmantes crónicas, donde relataban los detalles de esos peligrosos acontecimientos: «A consecuencias del furor, y ante tanto rencor acumulado, las cornetas militares han comenzado a sonar estruendosas. A continuación, se han alzado infinidad de antorchas, garrotes y disparos de escopetas mientras una abundancia de piedras despedazaron los cristales de una gran casa; nada menos que la del primer ministro Godoy y su familia. Por si esto fuera poco, los cuerpos de los ejércitos franceses siguen y siguen entrando a España como por su propia casa. El de DuPont y el de Moncey se han acantonado respectivamente en Valladolid y en Burgos, aunque muchos siguen creyendo que solo se trata de la proyectada expedición portuguesa».

Días más tarde, los españoles, impotentes, recibieron la noticia de que otro ejército imperial había penetrado a Barcelona, tomándola por asalto. Y así, poco a poco las plazas claves para la defensa fueron cayendo en poder de los franceses. Aquella arbitraria ocupación fue llevada a cabo rápida y sistemáticamente mientras buscaban los principales puntos estratégicos como



eran los puertos de Barcelona y Lisboa en un evidente intento de llegar a Cádiz.

A continuación, llegaron también otras nuevas noticias sobre los recientes sucesos de Aranjuez, en el que el propio Príncipe de Asturias había tenido que hacer uso de toda su ascendencia con el pueblo a fin de que no molieran a palos al primer ministro. De ese modo el rey, para calmar los ánimos, tuvo que destituir de inmediato a Manuel Godoy y desterrarlo a Granada con toda su familia. Al día siguiente el monarca a su vez abdicó en favor de su hijo. El joven príncipe, ahora rey, fue aclamado con jubiloso placer por toda la nación, como Fernando, el VII.

Por esos días don Pedro recibió carta de su hermana Antonia en la que, con todo lujo de detalles, los puso al corriente de lo ocurrido durante el famoso Motín de Aranjuez, centrándose en el asalto a la casa del primer ministro Manuel Godoy y su familia, en la que decía: «No os podéis hacer una idea de cómo está Madrid por estos últimos tiempos. La chusma al fin pudo vengarse de nuestro ministro; esa salvaje multitud, a la vez que profería gritos, se precipitó hacia el palacio de don Manuel, creyendo que él y su familia estaban dentro. Y la rabia entre ellos aumentó cuando se corrió la voz: “El maldito hijo de perra, se ha escapado”, y así subían y bajaban recorriendo las salas, abriendo alacenas, rompiendo tapices, volcando sofás y violentando puertas a puñetazos mientras hacían trizas a puntapiés bellos biombos orientales y todo lo que encontraban por delante. Asimismo, desahogaban su indignación con los suntuosos vestidos y trajes de los dueños de casa y también con hermosos vasos chinos, espejos y cuadros de Goya y de otros prestigiosos pintores, que desgarraban y pisoteaban sin consideración. Y mientras seguían rompiendo cosas se llevaban a la boca restos de comida... y todo por el simple placer de descargar su furia en alguna parte. De ese modo, “los conjurados”, convencidos de que no podrían coger entre sus manos, ni un solo pelo de la familia Godoy, tuvieron el “heroico” pensamiento de quemar todas las preciosidades del recinto recién saqueado. Y con la

embriaguez del triunfo comenzaron “los nuevos huéspedes de aquel palacio” a arrojar por los balcones sillas, sofás, tapices, vasos... cuadros, candelabros, espejos, ropas, vajillas... y hasta el piano, junto a otras cosas más...».

La indignación de doña Antonia no tenía contención. Don Pedro leyó la carta en voz alta, y todos se quedaron impresionados, dándose cuenta de que aquellos relatos les parecían, salvando las drásticas diferencias, el inicio de algo similar a los acontecimientos ocurridos durante la revolución en París años atrás. Luego de eso, las noticias que día a día aparecían en las gacetillas relataban que el veintitrés de marzo, vísperas del cumpleaños de Diego, el nuevo soberano ante las aclamaciones entusiastas de todo el pueblo, hizo su triunfal entrada en Madrid. Pero los protagonistas del sonado «Motín de Aranjuez», Fernando VII por un lado, junto a sus padres, el exrey Carlos IV y su esposa doña María Luisa, además de Godoy, seguían con afán la búsqueda del apoyo francés.

De ese modo Napoleón se había convertido no solo en árbitro de la situación militar, sino también en árbitro del conflicto dinástico planteado en la Corte española. Al emperador de Francia, lo ocurrido en Aranjuez le hizo decidir dar el paso decisivo: La sustitución de los Borbones españoles por uno de sus hermanos en un claro objeto de incorporar a España al sistema de Estados franceses.

Con el correr de los días las noticias que venían desde la Capital eran cada vez más preocupantes hasta llegar a iniciarse allí una de las más tenebrosas intrigas que hasta ese momento había conocido la historia de este convulsionado país. Los agentes que Napoleón tenía en Madrid propagaron la noticia de que el Emperador en persona se disponía a visitar la Corte española. Y, sin pérdida de tiempo, le prepararon un especial alojamiento. Luego, de manera insidiosa, los mismos agentes indicaron al nuevo e «inocente» rey la conveniencia de que este se desplazara hacia los caminos para recibir a su ilustre «huésped». Y Fernando VII cayó en la trampa. Unos pocos días después toda España se hizo eco de cómo había sido burlado el

nuevo rey por el emperador de Francia.

El diez de abril, Fernando VII, decidido a seguir al pie de la letra los consejos de los agentes de Bonaparte, salió de Madrid junto a su nuevo ministro de Estado y a algunos nobles. Y el día doce arribó a Burgos donde como era de esperar... Napoleón no estaba. Allí le aconsejaron que se acercara a Victoria y, el joven rey, sin sospechar nada, continuó el viaje hasta llegar a la capital Alavesa... donde tampoco estaba el Emperador. ¡Se trataba de un vil engaño! Pero ya era demasiado tarde.

La ciudad estaba circundada por cuarenta mil soldados imperiales, por lo que Fernando VII no tuvo más remedio que seguir el camino que los franceses le señalaban. El día veinte, cuando atravesaba la frontera, el jefe de la policía francesa le manifestó que el Emperador Bonaparte había decidido destronar a los Borbones de España. Entonces el rey, cabizbajo, llegó a Bayona donde, además del emperador francés, se hallaban también sus padres... y el primer ministro Manuel Godoy. El soberano español había sucumbido a las intrigas de Bonaparte, y ahora estaba cautivo en Bayona junto a su familia. ¡La monarquía española había capitulado ante un Napoleón triunfante y victorioso!

Fernando VII ya no era más rey de España; ¡acababa de ceder sus derechos al emperador francés, lo mismo que un mes antes su padre Carlos IV, se los había cedido a él! Al tener plena conciencia de esos hechos tan graves, el pueblo español pareció dejar de respirar, a sabiendas de que se vivirían terribles días... de esos días que se anuncian en la imaginación de las personas repletas de catástrofes temidas, pero a la vez inevitables. La población entera se preguntaba: «¿Se atrevería Napoleón Bonaparte a invadirnos?». Todos sabían muy bien que ese hombre, que ya tenía sometida a casi toda Europa, dejaba claro que ante todo era un enemigo de cuidado, lo que para el mundo, significaba una gran amenaza.

Sin reponerse aún del susto por casi la total invasión francesa a España y la posibilidad de que los ejércitos napoleónicos llegaran al sur, doña Clemencia

y su familia rezaban para que nada enturbiara la paz de Andalucía.

Gertrudis y Wilbur se miraban preocupados; ambos comprendían que, de llegar a empeorar la situación de España, tendrían que posponer la boda hasta que el conflicto se calmara. Por su parte, Diego, sin que dejara de pensar en Brunilda un solo instante, a la vez que recordaba sus pronósticos respecto de las verdaderas intenciones de Napoleón Bonaparte, lleno de rabiosa amargura, se decía: «Adorada Bruny, no sé el tiempo que tardarás en enterarte, allí donde estés, de que, lamentablemente... tus vaticinios se han cumplido. Y ahora todos sospechamos que las cosas, para nuestra patria, se pondrán cada vez peor». Y bajo esa agorera sensación, llegó el fatídico mes de mayo.

Los deseos del emperador de sentar en el trono de España a su hermano José Bonaparte fue entorpecido por la inesperada insurrección de los madrileños que no aceptaban esa idea. La molesta presencia de las tropas francesas y la marcha a Bayona de Fernando VII había alterado el ánimo de los ciudadanos que, sumado a la ocupación de los puertos y plazas más importantes, acabaron por incitarlos a una rebelión. Y con la llegada de mayo la señal de guerra movilizó a todos los españoles.

En un gesto puramente patriótico, el pueblo de Madrid, deseoso de quebrar una larga cadena de abusos y mezquindades, se levantó en armas. A continuación, el Capitán Luis Daoiz arengó a sus soldados a unirse a él y a su par, el capitán de artillería Pedro Velarde. Y junto a varios voluntarios más decidieron plantar cara a los ejércitos usurpadores.

El levantamiento en armas estaba encabezado por numerosos oficiales de artillería, entre ellos don Jacinto Mendoza Ruiz, don Manuel Almira, don Juan Malasaña, don Domingo Rojo Martínez... y el tío y los primos de Diego, don José Ibáñez Carmona y sus hijos Sergio y David, además de otros cientos más, acompañados de unos dieciséis artilleros auxiliares, treinta y tres fusileros y Voluntarios del Estado. Todos ellos se recluyeron en el Parque de Artillería situado en el barrio de las Maravillas, en el que vivían don José

Ibáñez y familia. Con ellos se encerraron también los barriobajeros de Lavapiés, Rastro, calle de Toledo, Barquillo, y San Antón.

La lucha fue encarnizada: los Guardias Imperiales acuchillaban a los grupos de patriotas; los lanceros y «mamelucos egipcios», leales a los franceses, forzaban las casas donde suponían que habían disparado y, sin misericordia, degollaban a sus habitantes. Después vinieron las ejecuciones en masa, lo que estremeció al país más allá de sus fronteras.

Tras esos sangrientos sucesos del dos y tres de mayo España, región por región y de forma unánime, se irguió en armas. Esa fue la señal de guerra que despertó a toda la nación... una nación que, según la opinión de muchos, dormía una larga siesta de siglos. Tras los fusilamientos de Madrid en toda la península se levantó un tumultuoso odio a las familias francesas.

La ciudad de Jerez de la Frontera también se vio inmersa en esa animadversión contra los galos, en especial contra los propietarios de bodegas, viñas y almacenes. Don Pedro y su hijo mayor, acompañados de Carlos Temple y el padre de este, junto a muchos otros vecinos más, de inmediato se echaron a las calles para intentar calmar a la enardecida plebe que, con ánimos vengativos y en actitud endemoniada, intentaba saquear y apedrear a todos los ciudadanos franceses residentes allí. Por suerte, con ayuda del clero y de los capuchinos, y de más vecinos pacifistas, lograron disipar a los amotinados, haciéndolos entrar en razón, para así evitar una verdadera tragedia.

Unos días después, las noticias que llegaron a Jerez fueron terribles para la familia Ibáñez. Doña Antonia, a través de un ciudadano, que junto a su familia habían huido de Madrid con destino a Cádiz, envió una carta a su hermano y cuñada comunicándoles que, a raíz de la represión de las tropas francesas contra la población madrileña, entre los cientos de muertos se encontraban los nombres de don José Ibáñez Carmona y de sus dos hijos; los oficiales de artillería David y Sergio junto al de Pedro Velarde, Luis Daoiz, Juan Malazaña... y numerosos militares más.

La hermana de don Pedro, dominada por la angustia, también les anunciaba que Ramón y Sol, junto a sus hijos, iban ya camino a Granada: «Tienen miedo por los niños, y yo los comprendo, ahora es muy difícil vivir aquí. ¡Pedro! tú no sabes lo que fue para nosotros ver a nuestro hermano José y sus dos jóvenes hijos... masacrados por las bayonetas francesas. Según cuentan los que sobrevivieron a este horror, el capitán Luis Daoiz, jefe del Parque de Artillería, cayó herido el día dos por la mañana y murió sobre las dos de la tarde, junto al pobre José. Aún no sabemos a qué hora los mataron a nuestros sobrinos David y Sergio, que luchaban al lado de Pedro Velarde. Ya os daréis cuenta de cómo está Elena; no sé si podrá recuperarse, todos tememos por ella; perder así de golpe a su esposo y a sus hijos ha sido terrible. El día tres los franceses fusilaron a otros cientos de civiles más, a los que habían encontrado con armas, sin respetar la edad ni el sexo. Lo que se ha vivido también en nuestro barrio ha sido horroroso. En la Puerta del Sol la lucha fue una carnicería... en una palabra: la guardia polaca y los «mamelucos» cayeron sobre Madrid a sablazos; la matanza de patriotas en el paseo del Prado también fue espeluznante. Las iglesias y los conventos están derruidos. A la vez que el pueblo presentaba la primera resistencia al invasor, dentro del templo del Buen Suceso se refugiaron cientos de niños, mujeres y ancianos. Ahora las tropas francesas se han instalado en El Retiro; el museo del Prado está siendo utilizado como cuartel de caballería y el Observatorio Astronómico, como polvorín. Querida familia, Madrid es una caldera; hace unos días pusieron cartelones por las calles que decían: «Franceses... verdugos de España», y un traidor denunció al autor del mensaje, que resultó ser el hijo de un amigo del pintor Goya, el que enseguida fue fusilado...», explicaba doña Antonia en aquella carta.

La cruel realidad de aquella tragedia golpeó a la familia Ibáñez de manera brutal. En el momento de leer la noticia de la muerte de su hermano y sobrinos, don Pedro sintió que la vista se le desenfocaba, a la vez que todo el salón daba vueltas a su alrededor... hasta que, ante el doloroso impacto de

todos, cayó al suelo. Por su parte Diego durante varios días deambuló atontado, sin encontrar sosiego ni siquiera en los brazos de Trinidad.

Ignacio, entre perplejo y conmovido, desde la sensibilidad de sus casi catorce años, escuchaba los relatos de toda aquella situación y en su cabeza solo había un pensamiento: «¡Estamos en guerra contra el gran Napoleón Bonaparte... el mismo que está intentando apoderarse de toda España! ¡Y pensar que yo le tenía tanta simpatía y admiración!».

Días después se firmó la renuncia del trono español en favor del emperador Bonaparte a la vez que Carlos IV, su esposa doña María Luisa además de una de sus hijas, la reina de Etruria y también Manuel Godoy, junto a su familia, se refugiaron en Campigne. Por su parte Fernando, el destronado rey, junto a su hermano Carlos, fueron enviados a Valencey. Napoleón ya había designado, de manera definitiva, a su hermano mayor José Bonaparte como rey de España y de sus Indias. El país entero consideró aquello otro vergonzoso ultraje.

De forma sorprendente, el primero en declararle la guerra a la República de Francia fue don Andrés Torrejón, ciudadano del pueblo de Móstoles que acababa de ser elegido alcalde. A su lado estaba don Jacinto Mendoza Ruiz, uno de los camaradas del fallecido don José Ibáñez que, después de la muerte de sus amigos, se hizo cargo de la defensa de la Puerta del Parque de Madrid y que ahora, junto con muchos otros patriotas sobrevivientes, se hallaban en plena lucha contra las fuerzas invasoras.

La mayoría de todos los ciudadanos, al tomar conciencia de ese singular suceso, exclamaban perplejos: «¡Esto es inaudito! ¿Una guerra entre un recién proclamado alcalde... de un pueblecito que ni siquiera figura en el mapa... y el gran Napoleón? ¡Imposible de creerlo! ¡Es tan absurdo que hasta causa risa! ¡Algo así como David contra Goliat!». Y muchos otros opinaban: «¡Pues a lo mejor sucede lo mismo que al bíblico David... y logramos ganarles! ¡Ya lo dice el dicho: más vale maña que fuerza!».

Fuera como fuera... aquel alzamiento tuvo en toda España, una repercusión

inmediata, por lo que de manera rápida la resistencia se agudizó. En seguida comenzaron a dibujarse los primeros ensayos entre Gobiernos locales, constituidos por las provincias sublevadas.

Los fusilamientos de mayo no habían amedrentado para nada a los españoles; por el contrario, todas las provincias estaban irguiéndose en «asambleas de defensas» confiriéndoseles la autoridad suprema. Los españoles y sus colonias también eligieron juntas de gobierno, que solo reconocían, como único rey de España, a Fernando VII... ahora «tristemente prisionero» de los franceses. Sin pérdida de tiempo, se enviaron emisarios a Inglaterra en demanda de auxilio para pactar una alianza con esta nación... la misma nación que hasta hacía poco tiempo había sido la ancestral enemiga de España.

Tal como estaban las cosas, muy pronto las dos potencias, Francia e Inglaterra, con la avasallada península ibérica en medio, iban a estar frente a frente dispuestas a aniquilarse. Y, según aseguraban expertos, eso iba a ser algo así como el choque de dos mundos. La noticia de que las tropas francesas imparables, avanzaban hacia el Sur decididas a invadir Andalucía, causó rabia y estupor entre los andaluces. Cada región fue levantándose en armas con sus propios ejércitos financiados por los mismos ciudadanos para la resistencia contra el invasor. «¡Andalucía nunca será francesa!», se escuchaba gritar a la gente con evidente excitación mientras veían llegar a cientos de voluntarios de todos los rangos entre campesinos, señoritos y truhanes mezclados entre sí, dispuestos a luchar hasta morir en defensa de la patria.

Diego, ante el cariz que día a día tomaban las cosas, se mostraba taciturno; sabía que la ocupación francesa pronto llegaría a Cádiz: «¿qué pasaría entonces?», se preguntaba consciente de que todos los jóvenes, incluso los no tan jóvenes, tendrían que plantar cara al enemigo y salir a defender Andalucía. El ritmo calmo y feliz de sus vidas había llegado a su fin. Los acontecimientos fueron sucediéndose con demasiada rapidez. La mayoría de



los mozos andaluces se mostraban animados, dispuestos a entrar en la lucha hasta morir llevándose con ellos al otro mundo, a varios franceses.

Por el contrario, a Diego la idea de tener que salir a «matar franceses» no le provocaba satisfacción, muy por el contrario. No obstante, tendría que apoyar la defensa de su patria de la manera que fuera... ya que en esos días se daba por cierto que un gran ejército imperial, al mando del general Dupont, se acercaba cada vez más a ellos.

Doña Clemencia, sumida entre agoreros pensamientos, comprendía que la guerra se llevaría a su hijo mayor y no podía mitigar el dolor que sentía. En su desesperación le pedía a Diego que aceptara ocupar el cargo público que el gobernador de Cádiz, don Francisco Solano y Ortiz de Rozas acababa de proponerle, ya que este opinaba que ahora, tal como estaba la patria, se necesitaban hombres cultos e inteligentes para hacer la guerra también desde los Cabildos. Pero Diego se negaba a aceptar un empleo que no creía merecer. Él era un joven fuerte dispuesto a dar la cara al enemigo, y no parapetarse detrás de un escritorio.

Gertrudis se hallaba deshecha; su boda iba a tener que ser aplazada, ya que Wilbur estaba a punto de enrolarse al ejército inglés, en defensa de España y tanto él como su familia preferían esperar a que el conflicto terminara para la celebración del matrimonio.

—No creo que esto dure demasiado —le había susurrado Wilbur, mientras la abrazaba—. Pero, como no deseo dejarte viuda tan joven, nos casaremos cuando todo acabe.

Ella se tiró a sus brazos y rompió a llorar. Aún en su mentalidad de inocente niña, sentía que aquella guerra iba a ser dolorosamente larga.

Trinidad Morales también pasaba por el peor momento de su vida. En las horas de intimidad junto a Diego no le hacía ninguna pregunta. Él tampoco tocaba el tema de la guerra. Pero Pepín y Pura cada día le contaban las novedades que iban sucediéndose, las cuales muchas veces le ponían los pelos de punta. De esa manera el temor más grande que sentía era que su

amante, de un momento a otro le anunciara su decisión de alistarse a las tropas que empezaban a formarse en defensa de Andalucía.

A Diego sus íntimos encuentros con Trinidad solo le servían para borrar tensiones y, por unas horas, alejarse de la cruel realidad a la que desde hacía tantos meses estaba sujeto; después se marchaba a su casa sin hacer ningún comentario. Lo peor para Trinidad era verlo tan abatido... casi ausente. Y no era para menos: ¡los malditos franceses le habían matado a un tío y a dos primos! Trini no dejaba de recordar cuando esa noche, luego de recibir la triste noticia, ella misma tuvo que consolarlo en los momentos en que él, completamente derrumbado, se presentó allí para dar rienda suelta a su dolor. Entonces ella, luego de pasar un largo rato susurrándole palabras de amor y consuelo, le dio a beber una de sus tisanas y, a los pocos minutos, Diego se quedó dormido. Al día siguiente amaneció extenuado y, por más que lo intentó, no pudo levantarse para ir a las bodegas; de ese modo Trini pudo tenerlo todo para ella sola, y sentirse la mujer más feliz de la Tierra.

Aquel día de finales de mayo, después de comer Diego y su padre se reunieron en la biblioteca para fumar un cigarro. Mientras hablaban sobre la delicada situación que atravesaban, el señor Ibáñez, tras cambiar bruscamente de tema, mirándolo serio le preguntó:

—¿Y cómo va... tu relación con esa... joven?

—Bien... —respondió Diego lacónico.

—Pero a ver, dime... ¿piensas casarte con ella de una vez por todas?

El joven dejó pasar unos segundos para responder:

—No lo sé.

—Hijo, la vida que llevas ahora, si bien es mucho más tranquila que antaño, no por eso deja de ser censurable. Me prometiste buscarte una esposa y solo te has buscado una concubina. —Tras una breve pausa, con aire cansado, agregó—: Quiero que sepas que, a pesar de que la moral de ella y las circunstancias que la rodean, dejan mucho que desear... tu madre y yo estamos dispuestos a aceptarla como nuera; el padre Manuel, gustoso,

bendecirá vuestra unión.

Diego, con mirada ausente murmuró:

—Por ahora, tal como están las cosas, no tengo pensado casarme.

Don Pedro se quedó pensativo. Después, mostrándose preocupado, expuso:

—Bueno... sí, en eso ahora... te doy la razón. ¿Te has hecho a la idea de que, llegado el momento, tendrás que salir a defender tu patria?

Luego de mirarlo detenidamente, Diego respondió:

—Claro, padre, desde hace días estoy buscando la manera de decirle a usted y a mi madre que, en cuanto las tropas se pongan en marcha, me uniré a ellas. Dentro de unos días tengo pensado ir a Cádiz para ver cómo está todo por allí.

Entre ambos se formó un largo silencio.

—Yo te acompañaré —replicó don Pedro en medio de un triste suspiro—. Dios mío, esta situación es como una pesadilla; tu madre y yo casi no dormimos. ¡Ese maldito Napoleón está empeinado en transformar a España en un satélite de Francia! Cuando pienso que vamos a luchar contra un ejército que se pavonea triunfante por toda Europa, me estremezco de miedo. Es que... nuestra patria ya no tiene nada... ni siquiera un rey. —Don Pedro se quedó callado. Después de mirar a su hijo de frente, le preguntó—: Diego, ¿por qué te niegas a aceptar ese cargo público en Cádiz? Al menos, trabajando allí, no estarías obligado a marchar a un inhóspito y peligroso campo de batalla; no olvides de que las guerras también se hacen desde los cabildos.

—Padre, ya les dejé claro que no iba a eludir mi responsabilidad como soldado.

En ese momento la puerta se abrió de golpe y ante ellos apareció Ignacio quien, claramente excitado, les anunció:

—¡Se acerca un gran carruaje!, ¡y viene custodiado por varios hombres a caballo! Pero no sabemos a quién pertenece.

El señor Ibáñez miró a Diego, y ambos se pusieron de pie. Desde los

ventanales observaron que, por el ondulante camino, que conducía directo a la casa, bajaba un coche tirado por cuatro percherones y cinco palafreneros armados con mosquetes. En el momento que don Pedro y su hijo salían afuera, el vehículo se detuvo en el patio. Mientras los perros de la casa ladraban enloquecidos, a la vez que daban saltos alrededor del carruaje, Diego les salió al encuentro. Y, al reconocer a uno de aquellos hombres que bajaba del carruaje, exclamó:

—¡Es el tío Ramón!

—¿Ramón aquí? —replicó don Pedro, a la vez que gritaba—: ¡Clemencia!, ¡ven, rápido! ¡Mi hermano Ramón acaba de llegar! —Tras eso salió a toda prisa hacia el coche.

La señora Ibáñez se asomó a la baranda del balcón.

—¡Virgen Santa! —manifestó con asombro y, seguida de sus hijas, bajó las escaleras dirigiéndose al patio.

Don Pedro abrazó con fuerza a su hermano. Tras una honda exclamación, ambos rompieron a llorar. Al instante Diego se unió a ellos. Del coche bajaron dos personas más que se quedaron de pie, mirándolos en solemne silencio. Después de tranquilizarse don Ramón, luego de saludar a su cuñada y sobrinos, señaló a sus compañeros de viaje; dirigiéndose a su hermano y a la familia de este, apostilló:

—Os voy a presentar a mi cuñado Gabriel Molina Estrada, el hermano mayor de Sol, y a un amigo mío de Madrid, don Lorenzo Iglesias; ambos escapamos juntos de allí...

Los nombrados besaron la mano de doña Clemencia. Diego y su padre respondieron a los saludos con su cortesía habitual.

—Estos son mis hijos más jóvenes —exclamó don Pedro a la vez que señalaba a toda su progenie.

Terminada las presentaciones, la dueña de casa, dirigiéndose hacia las visitas, les pidió:

—Entremos al patio interno allí podrán tomar asiento, y así descansar del

viaje. —Y, mientras se recogía las faldas, comenzó a caminar delante de ellos.

Don Pedro se acercó al grupo de curiosos, que permanecían apostados por doquier y, luego de señalar a Pepín, le ordenó:

—¡Corre a las bodegas y dile a don Sancho que venga!

—¡Sí, mi señor don Pedro! —repuso el muchachito.

—Y de paso llama también a Gustavo —agregó Diego. Acercándose al oído de Pepín, le susurró—: Explícale a Trini que quizás hoy no podré ir a verla.

—¡No se preocupe, señorito, así lo haré! —exclamó el chiquillo a la vez que echaba a correr.

Los visitantes, junto a los dueños de casa, tomaron asiento en los bancos del patio trasero, bajo la fresca sombra de varios árboles, en las que se destacaban cuatro altas palmeras plantadas en cada esquina.

Mientras las criadas servían bebidas y entremeses, don Pedro puso la mano en el hombro de su hermano. Con voz quebrada por la emoción, musitó:

—Ramón, no sabes lo que pasamos... al enterarnos de la tragedia ocurrida a nuestro hermano, y sobrinos.

—Fue horroroso... horroroso —repitió el nombrado mientras volvía a dejar caer las lágrimas.

Cuando se calmaron, doña Clemencia le preguntó:

—¿Y cómo se quedó Elena?

—Muy mal, hasta pensamos que puede llegar a perder la cordura.

—¡No es para menos!, se ha quedado sin hijos varones... y sin esposo —exclamó don Pedro con un dejo de pesar.

—Por suerte, tiene dos hijas que valen su peso en oro —continuó don Ramón—, ambas han tomado las riendas de la casa. Micaela y Begoña se encargan de Elena, atendiéndola en todas sus necesidades. Estamos seguros de que, junto a ellas, además de sus nueras y nietos, la ayudarán a soportar esta penosa fatalidad.

—Lo que ha pasado en nuestra familia es espantoso. ¡Qué barbaridad! —expresó doña Clemencia apesadumbrada—. Tampoco se puede creer cómo están las cosas en España, da horror pensarlo.

El señor Iglesias, mirándola consternado, tras tomar la palabra, prorrumpió con énfasis:

—¡Mi querida señora! ¡Como ya lo ve usted... a los españoles ahora ni el miedo, ni la desconfianza... ni tampoco los escándalos, nos son desconocidos! Imagínese cómo está el panorama con las repugnantes inmoralidades de la última Corte, la conspiración del Escorial, los tumultos de Aranjuez, las torpezas de Godoy, los tratos con Bonaparte, las vergonzosas escenas de Bayona... con la abdicación de los reyes padres. Sin contar la estupidez de nuestro nuevo rey... además de los convenios indignos que han permitido esta devastadora invasión que ha dejado, en toda esta sufrida tierra, un verdadero horizonte de terror.

La señora Ibáñez asintió con la cabeza y expresó:

—Y creo que al paso que vamos aún veremos muchos más horrores,

El madrileño, visiblemente alarmado, manifestó:

—No lo dude usted, mi querida señora.

Don Ramón, con gesto cordial a la vez que señalaba a su amigo, expresó:

—El señor Iglesias ha vivido muchos años en París, de modo que conoce muy bien a casi todos los súbditos de Napoleón, sobre todo los que lo acompañan en sus invasiones, por buena parte del mundo.

En ese momento llegaron don Sancho y su hijo, además de los amigos de don Pedro, entre ellos don Álvaro Sánchez Alvear, don Antonio Pimentel y don José Luis Torrijos. Todos abrazaron afectuosos a Ramón dándoles sus las condolencias por las trágicas muertes de su hermano y sobrinos.

—Apenas vi a vuestro coche venir en esta dirección, no sé por qué tuve la corazonada de que podrías ser tú —confesó el señor Sánchez Alvear mirándolo emocionado.

A continuación, el dueño de casa les presentó a los acompañantes de su

hermano. Rato después, luego de tomar asiento, don José Luis Torrijos, a la vez que miraba con ansiosa expresión a los recién llegados, les pidió:

—¡Por favor, ustedes que vienen de Madrid cuéntenos cómo está todo por allí! ¡Nosotros aquí estamos ansiosos de saber noticias frescas!

Don Ramón, en medio de un doloroso gesto, comenzó a decir:

—¡Aquello está muy mal! Nosotros, apenas tuvimos la oportunidad, salimos de allí pitando. Hace solo seis días que llegamos a Granada...

De pronto doña Clemencia profirió compungida:

—¡Oh, Ramón!, pero qué torpeza la mía. Perdóname; ni siquiera te pregunté, ¿cómo están Sol y los niños?

—No te preocupes, Clemen. Todos ellos, a pesar de que se quedaron muy impresionados con los sucesos de Madrid, ahora están ya mucho más tranquilos —le confesó su cuñado—: A decir verdad, todos nos asustamos mucho al ver a las tropas francesas matando gente sin miramientos. Daba terror verlos entrar a las iglesias sobre sus caballos mientras buscaban cabecillas que se ocultaban por allí. Menos mal que Benito y Antonia nos ayudaron a escapar de ese infierno.

—¿Y ellos cómo están? —quiso saber don Pedro.

—Bastante bien, dentro de lo que cabe. Por suerte, por ahora no corren peligros.

—Ojalá continúen así... hasta que acabe toda esta pesadilla —murmuró doña Clemencia con alicaído ánimo. Sin dejar de dirigirse a su cuñado le preguntó—: ¿Os quedareis muchos días?

—Desgraciadamente, mañana muy temprano, hemos de partir de nuevo —apostilló don Ramón—. Apenas llegamos de Madrid, aprovechando que mi cuñado tenía que viajar hacia aquí por negocios, que por suerte hace unas horas logró concretar sin problemas... yo tomé la decisión de venir a verlos. Al regreso, el señor Iglesias se quedará en Antequera y nosotros regresaremos a Granada.

—¿Y qué otras nuevas traen ustedes? —quiso saber el señor Sánchez

Alvear dirigiéndose a los visitantes.

Sin esperar respuesta, don José Luis Torrijos les hizo otra pregunta:

—Sí, ¿qué se dice de su intrusa majestad?

El señor Iglesias, muy suelto de palabras, adelantándose a Ramón, comenzó a decir:

—¡Pues no creo que a don José Bonaparte las cosas en España le vayan a ir muy bien! ¡El pueblo madrileño solo le demuestra repudio y él, por lo que sabemos, tiene mucho miedo!

En ese momento llegaron otros vecinos y más amigos de don Pedro junto al padre Manuel.

Enseguida el patio de la casa de los Ibáñez se llenó de gente. Todos deseaban saber, por boca de los madrileños, noticias recientes de cómo estaban las cosas por la capital. Los criados continuaban sirviéndoles a todos vino fresco y limonadas. Diego, dirigiéndose al grupo con un gesto de impaciencia, replicó:

—Dejemos ahora de lado a nuestro rey postizo. —A la vez que miraba al hermano de su padre, añadió—: Tío, creo que a todos nos gustaría saber cómo ocurrieron las cosas a comienzos de mayo.

Don Ramón, tras asentir con la cabeza, a la vez que apretaba los puños, exclamó:

—¡Ah!, ¡lo que hicieron los franceses esos días en Madrid fue una despiadada y salvaje ejecución de inocentes! ¡No se pueden creer tantas muertes! Una de las doncellas de Antonia nos contó que frente a ella mataron a una bordadora de quince años, de nombre Manuela Malazaña Oñoro, muy querida de nuestra hermana a quien solía hacerle diversos trabajos de aguja. ¡La asesinaron porque en su canastilla le encontraron unas tijeras!, y hay cientos de historias parecidas. También hay que destacar el gran valor de los ciudadanos... incluso niños, quienes desde azoteas y balcones les arrojaban cazuelas y sartenes de aceite y agua hirviendo, además de palos, piedras y hasta muebles.



—Sí, hubo actos de verdadero coraje y valor patriótico —intervino el señor Iglesias con notable sarcasmo. Y en el mismo tono, añadió—: bastante exaltados a mi entender, y con eso solo lograron encolerizar aún más a los franceses.

Don Ramón, tras volver a tomar la palabra, agregó:

—Los nombres de Daoiz, Velarde... y todos los demás patriotas, junto al de nuestro pobre hermano y sus hijos, quedarán vivos en la memoria de sus compañeros de Monteleón, que juraron vengarlos. Y los ciudadanos que han quedado vivos están uniéndose a los ejércitos con admirable valentía.

El sombreado patio de los Ibáñez estaba ya casi colmado de personas que seguían arrimándose, mientras los criados seguían convidándolos con vasos de limonada. En ese momento llegaron Carlos Temple, Esteban Serrano y otros amigos más de Diego, incluidos los de las huertas, todos ansiosos de escuchar las últimas novedades que los visitantes les relataban.

—¡Lo que se vivió en Madrid durante los primeros días de mayo fue una horrible orgía de sangre! —expresó don Ramón con la mirada puesta sobre la concurrencia. Al observar que en torno a él se formaba un gran silencio, continuó—: En el mes de abril los ciudadanos recibimos la noticia de que nuestro soberano se hallaba cautivo en Bayona... bueno, y allí ya todos nos dimos cuenta de las verdaderas intenciones de Napoleón... y de inmediato el odio y la rabia fueron tan grandes que ya nadie podía contenerse. El día uno de mayo el general Murat... el cuñadísimo de Napoleón, fue apedreado en la Puerta del Sol por un montón de gente, de eso fui testigo presencial. Y seguido a eso, desde un balcón un grupo de rabiosas damas madrileñas... las mismas que hace unos meses aplaudieron eufóricas la llegada de las tropas francesas, arrojaron una pesada maceta repleta de claveles a la cabeza de otro general francés; el golpe fue tan certero que este cayó de su caballo herido de muerte. ¡Y la venganza por eso fue terrible! El día dos de mayo... muy temprano, al ver que dos carruajes se detenían en la Puerta del Príncipe, del Palacio Real, la gente comenzó a dar la voz de alarma alertando a los

ciudadanos que los franceses intentaban secuestrar a los príncipes. Y a partir de ahí... todo se transformó en un caos. Los granaderos del ejército imperial abrieron fuego contra la multitud, y se produjeron las primeras bajas mortales... Eso desató aún más la furia de los madrileños. De ese modo, como una ráfaga de pólvora, la mecha se expandió hasta el Parque de Artillería de Monteleón. —Ante el sublime silencio de todos los presentes, don Ramón estableció una breve pausa. A la vez que dejaba correr el llanto, prosiguió—: no obstante, al llegar la tarde... de ese día, ya no quedaba ningún foco de resistencia.... —Secándose los ojos, en medio de un desborde emocional, añadió—: Fue allí donde murieron... nuestro hermano y sobrinos junto a Daoiz y Velarde, y cientos más. Y en la madrugada del día tres comenzaron los fusilamientos en masa de los rebeldes y también la de innumerables civiles; muchos de los cadáveres de esos mártires permanecieron varios días al aire libre, insepultos.

El señor Iglesias adicionó:

—Es verdad, el día doce se encontraron cuarenta y cuatro cadáveres más, ejecutados en la montaña del Príncipe Pío...

—Los franceses se vengaron cobardemente del levantamiento. No tenéis idea —siguió don Ramón— del aspecto que ofrecía Madrid cuando lo dejamos. ¡Toda la gente caminaba confusa y aturdida mientras buscaba a sus familiares a la vez que muchos otros comenzaban a sepultar a sus muertos...! ¡y los fusilamientos en masa, continuaban sin descanso! ¡Muchos de esos asesinatos, que el general Murat justificó por medio de un bando insolente, fueron ejecutados en la oscuridad de la noche!

El señor Iglesias, tras tomar de nuevo la palabra, apostilló:

—Ahora el odio a los franceses... ya no es solo odio, ¡es fanatismo puro!, y ese sentimiento es el único que ocupa los corazones de la población entera.

Don Ramón, con expresión desmoralizada, añadió:

—El día que escapamos lo hicimos a escondidas; las calles estaban desiertas, y la gente se ocultaba incluso para pedir o cambiar noticias del

levantamiento.

Don Álvaro caminó unos pasos hacia el centro de la concurrencia; a continuación, luego de mirarlos a todos muy serio, con voz grave exclamó:

—¡Yo os traigo también una noticia... bastante desagradable! ¡Acabo de saber que en Cádiz... han asesinado al gobernador!

A esas palabras le siguieron un largo silencio. Todos se miraron asombrados.

—¡Vaya... qué tragedia! Pero... ¿esa noticia es verdadera? —inquirió don Pedro.

—Lamentablemente, muy cierta —repuso don Álvaro—. Según me han contado, como don Francisco Solano se negaba a hacerle la guerra a Francia, fue acusado de traidor. Los comentarios hablan de que ese día el gobernador salió al balcón para dirigirse al pueblo y explicar sus medidas... pero nadie lo escuchó. Lo único que deseaba la turba enfurecida era entrar para apresarlo. Bueno... todo es aún muy confuso; solo se sabe que a último momento los militares que debían protegerlo acabaron por dejarlo solo ante la exaltada y vociferante muchedumbre, con sed de sangre. Y, cuando el señor Solano estaba a punto de huir, el populacho lo hizo víctima de su furia. Dicen que encontraron su cadáver tendido en una plaza.

—No me lo puedo creer —murmuró Diego mientras movía la cabeza con estupor.

—¿Pero como es posible que una dotación de militares abandone a su jefe? —inquirió el señor Iglesias con visible asombro.

—Eso es lo que nos preguntamos todos... y aunque corren muchas versiones, nadie lo sabe a ciencia cierta —replicó don Álvaro con ademán inquieto.

Uno de los amigos del dueño de casa, don José Luis Torrijos, agregó:

—Bueno... y junto a esa lamentable noticia que nos acaba de revelar nuestro amigo Álvaro, os puedo asegurar que en el día de hoy... ¡toda Andalucía está ya en pie de guerra! ¡Además de eso la Junta de Sevilla ha

comenzado a armar un gran ejército!

Esteban Serrano, con voz excitada, comentó:

—¡Nosotros acabamos de recibir una carta del hermano de mi madre, que vive en Madrid, y dice que allí todos los oficiales se han fugado de sus cuarteles sin que ni en sus casas sepan nada de ellos!

—¡Sí, se piensa que todos se han unido a los ejércitos de Valladolid! — explicó el señor Iglesias—. Justo el día que escapamos de Madrid supimos que las familias de las víctimas, luego de jurar venganza sobre sus cadáveres, comenzaron a escoger a jornaleros y jóvenes de todas las clases sociales para engrosar las partidas de Toledo y de La Mancha. ¡Y a pesar del peligro aseguran que en ninguna casa faltan armas! ¡Todos se las ingenian para esconderlas y no ser descubiertos!

—Muchos mueren al tratar de escapar —rebatía don Ramón—. Pero la mayoría va lográndolo.

—Entonces, tal como están las cosas, tendremos que alistarnos nosotros también —exclamó don Álvaro.

—¡Claro! —gritó don José Luis Torrijos, excitado a la vez que levantaba el puño—. ¡Aunque seamos mayores, juraremos cumplir con nuestro deber!, ¡matar a todos los franceses que se nos pongan por delante!

En ese momento el señor Iglesias se puso de pie. Mirándolos a todos con semblante serio, tras mover negativamente la cabeza, les advirtió:

—¡Hay que tener mucho cuidado! ¡Los españoles estamos bastante ciegos y desquiciados por los sucesos de Madrid! Pero creo que ahora lo único que debería importarnos es pensar en cómo vamos a luchar contra las tropas más aguerridas del mundo.

—¡Con nuestros ejércitos! —gritó don Antonio Pimentel, otro de los amigos del dueño de casa.

—Pero... ¿acaso existen esos ejércitos? —inquirió con visible ironía el señor Iglesias.

—Tiene usted mucha razón —admitió el padre Manuel, quien hasta ahora

había permanecido en silencio—. No podemos ignorar que hoy... por hoy, no podemos decir que tengamos ejércitos.

—¡Pero muy pronto los tendremos! —volvió a vociferar el señor Pimentel.

En medio del rumor de voces discordantes de los presentes, el señor Iglesias movió la cabeza.

Apenas los ánimos se calmaron, sin perder su ecuanimidad, el madrileño replicó:

—¡Aun así, recuerden que esas milicias estarán compuestas solo por campesinos, toreros, picadores, chulillos, presidiarios, truhanes, contrabandistas..., y algún que otro soldadito sin instrucción. ¿Y creen que con ese precario y desorganizado «ejército» vamos a hacer frente a los franceses?, vaya necedad. ¡Señores míos!, ¡hemos de darnos cuenta de que... además de eso, con toda seguridad estaremos muy mal instruidos al mando de ignorantes paisanos! Y lo digo sin el ánimo de bajarles la moral; pero yo, que he vivido tantos años en Francia, puedo mejor que nadie hacer comparaciones...

—¡Pues... lucharemos como podamos! —rebatió furioso el señor Torrijos mientras volvía a levantar el puño.

—¡Sí, de la manera como nos sea posible! ¡Sobre todo con valor y valentía!, ¡y sin demostrar una pizca de miedo! —prorrumpió don Antonio Pimentel.

Por un largo rato siguieron las calurosas deliberaciones. El señor Iglesias miraba aquel grupo de exaltados vecinos sin interrumpirlos. Cuando vio que de nuevo volvían a apaciguarse un poco, con un gesto de mofa expresó:

—¡No cabe duda! La indisciplina, la obstinación... la terquedad y el ciego orgullo son los mayores defectos de los españoles.

—¡Y claro!, ¡usted, por haber vivido en Francia ya no se considera español y se cree con derecho a cuestionarnos! —masculló don Antonio, mirándolo como si quisiera fulminarlo.

—¡Soy español, y muy orgulloso de serlo! —prorrumpió el madrileño—.

¡Pero veo las cosas desde otro punto de vista! Esos defectos que os acabo de enumerar harán que todo sea doble de doloroso y que el número de muertes inútiles resulte aún más elevado.

—¡Pero al menos moriremos luchando! —volvió a gritar el señor Pimentel furioso, tal como si echara lumbre por los ojos.

—¡España sucumbirá! —rebatía el señor Iglesias obstinado. Sin cambiar de actitud, adicionó—: ¡Tal como ha sucumbido Austria y Prusia! ¡Y recuerden que esas naciones eran muy poderosas, provistas de soberbios ejércitos...!

—¡Señor... no se olvide de que aquí estamos en España! —volvió a replicar don Antonio Pimentel—. ¡Y le rogaría a usted que no nos compare con los austriacos ni con los *prusiacos*! —concluyó con un gesto de cómica furia

Enseguida se escucharon sofocadas carcajadas. Carlos Temple miró al alterado amigo de don Pedro y, sonriéndole cariñoso, le corrigió:

—Don Antonio, no se dice «prusiacos», sino prusianos.

El nombrado, sin cambiar su expresión, prorrumpió lleno de exaltación:

—¡Cómo sea; *prucios*, *prusiacos* o prusianos es lo mismo! ¡Mataremos a todos los intrusos franceses!, ¡y así les haremos pagar las muertes de nuestros hermanos madrileños! ¡Ellos demostraron un sublime ejemplo de valor al dar sus vidas por la patria y por nosotros, y ahora todos tenemos que imitarlos!

—¡Fue un valor inútil! —añadió el señor Iglesias.

Diego y su padre se mantenían silenciosos mientras observaban aquel cruce de palabras.

—¿Un valor inútil? ¿Cómo se atreve usted a decir eso? —inquirió don José Luis de mal talante.

—Porque es la verdad —replicó el madrileño—. A pesar de la valerosa resistencia de los militares, al defender con la vida el Parque de Artillería de Monteleón, fue un valor inútil. Sabemos muy bien que muchos otros militares permanecieron en los cuarteles sin intervenir decididos a acatar solo las órdenes del Capitán General Francisco Javier Negrete, quien se negaba a

exponer a sus hombres...

Llegado a este punto don Ramón, a la vez que levantaba los brazos, rebatió:  
—¡El señor Iglesias tiene razón! ¡Lo de Madrid fue una proclama de temeridad y patriotismo exaltado! ¡Con un montón de muertes inútiles... que se podrían haber evitado! Nuestros patriotas actuaron con valentía... eso nadie puede negarlo, pero con escaso sentido común; de esa manera han muerto infinidad de buenos ciudadanos e instruidos militares, entre ellos mi pobre hermano y sus hijos... que ahora nos harían mucha falta para formar un gran ejército de hombre valientes... —acabó casi sin voz.

—¡Lamentablemente, esa es la realidad! —continuó el señor Iglesias—. Y créanme que tampoco está en mi ánimo desprestigiar a nadie. ¡Pero conozco el proceder de Napoleón Bonaparte y sus generales para las guerras! ¡Los ejércitos españoles serán formados... vuelvo a repetirlo, con hombres acostumbrados a hacer la guerra en palacios! ¡Y junto a ellos estarán los estudiantes, los paletos... los contrabandistas, los truhanes y toda clase de pillos y malhechores! ¡Señores, ya no estamos en época de pasadas grandezas bélicas! ¡Ahora los españoles no tenemos nada! ¡Y tampoco podremos batirnos con los franceses!

—¡Cállese, afrancesado! ¡Usted qué sabe...! —profirió don Antonio como salido de quicio.

El padre Manuel, con gesto apaciguador, opinó:

—¡Orden! ¡Por favor, mantengan la calma! ¡Dejen hablar al señor Iglesias, nadie mejor que él para darnos su parecer y sus acertados criterios!

El nombrado volvió a ponerse de pie. Luego de mirar al sacerdote con simpatía, alegó:

—Gracias, padre. Como acabo de decir... por desgracia esta es ahora nuestra triste realidad. Qué importa que se arme una multitud de paisanos indisciplinados porque... ¿qué obstáculos podemos ofrecerles a los que han sometido a Europa entera? ¿Tienen ustedes idea de lo que significa la previsión, la táctica y el genio de un jefe experto para decidir la victoria? ¡Y

ya es bastante triste y desolador haber llegado a tal extremo por la torpeza de nuestros reyes! ¡España no podrá resistir la invasión! —acabó como un gran orador.

—¿Y cómo puede asegurarlo con tanta certeza? —rebatió don Antonio dirigiéndole una mirada incendiaria—. ¡Nosotros lucharemos hasta vencer! ¡Y a usted, señor, debería darle vergüenza hablar así siendo español! ¡Los asesinos de Madrid lo pagarán muy caro! ¡Lamentarán el haberse atrevido a invadirnos! ¡Usted dice que aún estamos sin tropas! ¡Ya verá la que se formará en Andalucía... y en toda España! —En los rostros de todos los presentes se veía una expresión de exaltado orgullo. Las mujeres, aunque sin intervenir, observaban atentas el ardoroso debate. Con parsimonioso ademán, el madrileño miraba impávido a toda la concurrencia. Apenas los ánimos volvieron a calmarse, el señor Iglesias, tras dirigir sus ojos a todos los presentes, con voz vibrante aseveró:

—¡Escuchen, señores! ¡Permítanme darles mi último alegato para recordarles que... miles de soldados franceses han entrado a España... como perros por su casa! ¡Todos al mando de los jefes más experimentados y queridos del emperador! ¿Saben ustedes quién es Lefebvre? Pues nada menos que el vencedor de Dantzig. ¿Saben quién es Pedro Dupont de l'Étang?, ese es el héroe de Friedland. ¿Han escuchado hablar del duque de Istria?, ¡él fue quien dirigió la victoria de Rivoli! Y a Joaquín Murat, ya lo conocen, ¿verdad? ¡Pues el cuñadito del emperador fue el gran jefe de las Pirámides! ¡El mismo que mandó a la caballería en Marengo, y hay más...!

—¡Virgen Santísima del Parto Belén! —irrumpió Pastora horrorizada con las manos en alto—. ¿Pero qué gavilla de desalmados sinvergüenzas se han metido en nuestra España?

—¡Jesús! —se escuchó junto a ella las voces de las demás criadas, persignándose.

La mayoría de los presentes mantenían la inmovilidad de las estatuas. En ese momento el señor Iglesias añadió:



—¡Y... por si esto fuera poco, la villa de Valdepeñas arde ya por los cuatro costados!

—¡Es verdad, nos enteramos de eso en el viaje hacia aquí! —reafirmó don Ramón.

El dueño de casa levantó el puño y con expresión exaltada gritó:

—¡Mueran Napoleón y todos sus generales! ¡Y vivan los héroes de Móstoles, encabezados por don Andrés Torrejón...!

Un coro de voces vitoreó las palabras de don Pedro Ibáñez. Rato después la acalorada conversación decayó de bríos; todos parecieron darse cuenta de que se estaba hablando de algo impredecible..., algo de lo que nadie sabía aún con certeza cómo iba a ocurrir realmente aquella inminente invasión. Poco a poco la gente comenzó a retirarse hasta que la reunión acabó. Esa noche, Diego se quedó en su casa para atender a los visitantes. Al día siguiente, muy temprano, don Ramón, mientras charlaba a solas con su sobrino, le preguntó:

—Bueno y qué, ¿cómo están tus cosas? ¿Aún continuas con... esa joven de la que me hablaste en Madrid?

A la vez que movía afirmativamente la cabeza, respondió:

—Sí, tío, todavía estamos juntos. Y me temo que lo nuestro... ya será para siempre.

—Entonces... tendrás que decidirte a hacerla tu esposa.

Con sonrisa irónica, Diego replicó:

—Aunque cueste creerlo, es ella la que no desea casarse. Siempre me repite que quiere seguir siendo solo mi amante.

Don Ramón, con expresión incrédula, se rascó la cabeza al expresar:

—Vaya, por Dios; de verdad cuesta creerlo. Pero... como sea, esta situación es muy difícil de sobrellevar, sobre todo dentro de la sociedad. Estáis viviendo en perpetuo pecado...

—Por lo que a mí concierne, eso poco me importa. Y creo que a Trinidad tampoco le preocupa.

—Pero para toda la familia, esto no deja de ser una vergüenza; sin contar

con la Iglesia.

Luego de unos minutos de silencio Diego, en medio de un hondo suspiro, expresó:

—Apenas las cosas en España se tranquilicen, hablaré con ella, y veré si la convenzo de formalizar nuestra unión, y así dejar contentos a todos.

—Es lo más acertado; imagínate si esa joven se quedara encinta: sería todo mucho más complicado para ti y para ella. —Mirándolo a los ojos, con sonrisa apagada, agregó—: Con esto que acabas de decirme, me doy por convencido de que realmente estás muy enamorado de ella. Sobrino, ojalá encuentres pronto la solución a tu complicada vida sentimental: lo importante es que no dejes pasar mucho más tiempo en formalizar ante Dios y ante los hombres tu relación con esa joven. Te deseo mucha suerte...

—Gracias, tío —respondió Diego dándole un abrazo.

Antes de partir a Granada, don Ramón les prometió regresar junto a su familia, y con mejores ánimos, en cuanto las cosas se tranquilizaran.

Dos días después, una noticia corrió de boca en boca: «¡Las tropas de toda España se han sublevado! ¡No ha quedado fuera del conflicto ni un solo hombre! ¡Las ciudades españolas han declarado la guerra a Francia!». Por las calles se escuchaban voces que gritaban a todo pulmón: «¡Hay que salir a luchar! ¡A matar franceses se ha dicho!».

En las bodegas de don Pedro los trabajadores se mostraban excitados y atentos a los hechos que, minuto a minuto, iban produciéndose. Esa mañana Gustavo entró al escritorio de Diego y, mirándolo con gravedad, exclamó:

—Las noticias son muy preocupantes. El señor Iglesias tenía razón; además de eso... hay muchos rumores que aseguran de que en estos momentos el General Dupont ha recibido órdenes de seguir hasta aquí... hasta nuestra Andalucía. —Sacó un papel del bolsillo, y comenzó a leer apellidos franceses —: Moncey ya salió para Valencia, y Lefebvre, que se hallaba en Pamplona, se extenderá por Cataluña y... un tal Bessieres lo hará en dirección a Valladolid... y vienen a toda prisa.

Diego depositó la pluma en el tintero y miró a Gustavo. Con desanimado semblante, expresó:

—No nos queda otra opción que... la de alistarnos; no sé si lo sabes ya, pero mañana saldré con mi padre hacia Cádiz para arreglarlo todo; Carlos también partirá con el suyo y allí nos encontraremos. No hará falta que tú dejes tu casa, yo lo arreglaré todo allí. ¿Qué te dice Rosario de todo esto?

Gustavo, luego de unos instantes de silencio, contestó:

—Está muy triste, no hace más que rezar y llorar. —Mirándolo con aire triste, inquirió—: Y a ti, ¿qué te dice Trini?

—Absolutamente nada; creo que aún no sabe nada. Esta noche se lo explicaré todo... —concluyó Diego con un hilo de voz.

Pero Trinidad, a través de Pepín, continuaba enterándose de todo lo que sucedía y también de muchos de los planes de Diego. Y, aunque intentaba enmascarar su desesperación, le costaba un gran esfuerzo asumir la realidad. ¡Iban a separarlos! ¿La maldita guerra lograría lo que ninguna otra mujer, ni siquiera con la que Diego soñaba tanto, había conseguido? Y ella sabía que ante esa temible «rival» no podría hacer nada.

Cuando esa noche Diego fue a verla, ella, a la vez que escondía sus nervios, con expresión atormentada se abrazó a su cintura y comenzó a besarlo.

—Te quiero tanto... tanto. Y tú, ¿me quieres? —le preguntó susurrante.

—Claro que sí. Y eso... lo sabes muy bien...

Mientras se restregaba insinuante contra su cuerpo, ella murmuró:

—Ay... yo solo sé que tú durante unas horas, me amas con loca pasión... pero sin embargo sigues repitiendo en sueños ese extraño nombre de mujer de la que nunca quieres hablar.

Diego desvió los ojos posándolos en un punto inexistente.

—Ya te dije que cuando despierto no lo recuerdo —murmuró serio y, tal como si buscara escape a su estado mental, paseó la mirada en derredor. Luego volvió a posar sus ojos en Trini; con voz cansada, le dijo—: Ahora... hay otras cosas más preocupantes para nosotros... de las que tendríamos que

hablar.

Ella bajó los ojos consternada, y musitó:

—Sí, sé que vas a partir a... a esa maldita guerra. —Con voz rota, preguntó —: Dime, ¿cuándo te alistarás?

—No lo sé con certeza; mañana saldré hacia Cádiz junto a mi padre para ponerme al corriente de todo. Esta noche no podré quedarme. Comprende que la realidad que estamos viviendo es muy cruel y muy preocupante.

Ella lo miró con los ojos agrandados.

—¿Mañana te vas a Cádiz de nuevo?, Oh, Dios mío —sollozó convulsa. A la vez que alineaba sus ojos a los de él, inquirió—: Entonces... ¿eso... de alistarte... ya es un hecho?

—Me temo que sí—respondió él.

—¿Vas a marcharte... a la guerra sin buscar otra opción... como la que tus padres te proponen aceptar; trabajar desde el Ayuntamiento de Cádiz? —Al ver que Diego la miraba sorprendido, agregó—: Sí... yo lo sé todo... todo.

Él asintió con la cabeza; tomándola de las manos, exclamó:

—Lo siento... mi deber como hombre es salir a defender mi tierra en el campo de batalla.

—¡Ay!, ¿cómo podré soportarlo? ¡Amor mío! ¡júrame que regresaras a mí! ¡Júralo! —repitió echándose a sus brazos.

Diego, pellizcándole la mejilla, musitó:

—Eso... no puedo jurarlo, pero trataré de regresar junto a ti... y junto a mi familia. —Mirándola con desaliento, agregó—: Trini, hay tantos secretos entre nosotros; me gustaría que me contaras cosas tuyas... todo lo que yo ignoro; como por ejemplo, tus ilusiones, tus anhelos... que te abrieras a mí plenamente. Apenas te conozco, y yo...

—Pero... ¿cómo dices eso?, me conoces muy bien. En mi cuerpo no hay un solo ángulo que no hayas explorado —prorrumpió a la vez que le desataba los cordones de la camisa; llena de ansias le acarició el pecho—. Y ahora calla, no perdamos tiempo... pensemos solo en amarnos.

Cuando horas más tarde Diego se despidió de ella, la escuchó sollozar.

—Cálmate, por favor, solo voy a Cádiz a hacer averiguaciones, dentro de unos días regresaré —la calmó acariciándole la mejilla.

Al salir de allí respiró profundamente; no pudo evitar reconocer que junto a Trinidad continuaba sintiéndose asfixiado. Apenas llegó a Cádiz, Diego se enteró por uno de los criados de que Dionisio de nuevo se hallaba enfermo. Después de saludar a su tía Nati y de charlar un largo rato con ella, mientras su padre concretaba un embarque de vino para América del Sur, se marchó a visitar a su viejo amigo, al que encontró postrado en su cama. Cuando lo tuvo delante, le recriminó:

—¿Por qué no le pediste al criado de mi tía Natalia que me avisara?

Dionisio movió la cabeza.

—Porque no quería preocuparte... y porque solo se trata de un catarro. Además, el médico que me trajiste aquella vez que me cogió el dolor de gota viene siempre a visitarme y ya somos muy buenos camaradas. Amiguito, no te preocupes por mí; como ya lo sabes, otras veces he estado peor y he sobrevivido —le sonrió cariñoso y añadió—: Ahora cuéntame, ¿cómo está tu pobre padre, después de la tragedia que os ha tocado vivir?

—Mejor... poco a poco va resignándose. Ha venido conmigo; apenas termine su reunión con unos clientes, vendrá a saludarte.

—¿Y qué me cuentas... de ti?, ¿también vas a enrolarte en el ejército? —inquirió con tono triste.

—Sí... esta tarde el nuevo gobernador de Cádiz nos recibirá a mi padre y a mí en su despacho; de paso aprovecharé a alistar también a mi amigo Gustavo.

Llevándose las manos a la cabeza, Dionisio le preguntó:

—¡Oh!, ¿y... qué opinas del reciente asesinato de don Francisco María Solano y Ortiz, marqués del Socorro, nuestro antiguo gobernador, a manos de esa perturbada y sangrienta turba? Yo me quedé patitieso; no me lo podía creer. Aunque en estos últimos tiempos don Francisco no tenía muy buena

imagen ante los gaditanos, no se merecía esa muerte. Y todo porque se negó a darles armas para luchar contra varios buques franceses anclados en la bahía. Ese día el general Solano intentó explicarle a su pueblo que no teníamos suficiente pólvora, ni armas para iniciar una batalla con terribles consecuencias para la ciudad y sus pobladores...

A la vez que ponía la mano sobre el hombro de su viejo amigo, Diego exclamó:

—Él tenía mucha razón, y actuó con eficiente cautela e idéntica sensatez; porque... ¿cómo se puede pensar obrar de una manera tan insensata y exponer a unos inexpertos hombres a luchar contra Coraceros, Guardias Imperiales y Granaderos con tanta experiencia? Los mismos que salieron victoriosos en los campos de Jena y Austerlitz...

—La mayoría del pueblo gaditano quería entrar en diálogo con los ingleses... que, como ya sabes, desde la batalla de Trafalgar, no dejan de rondar las aguas del Golfo de Cádiz, para que estos nos ayuden a apresar la escuadra francesa. Pero, como el general Solano también consideraba prematuro aliarse con Inglaterra, nuestra ancestral enemiga, les dejó claro que él no era partidario ni de lo uno ni de lo otro, ya que temía que una batalla naval en aguas de la Bahía... tal como tú acabas de decirlo, podía acarrear funestas consecuencias. Y claro... esto enfureció aún más al populacho, que reaccionó de una manera completamente irracional... —Mientras Dionisio seguía con su conversación, Diego lo observaba con fijeza, dándose cuenta de que su viejo y querido amigo mostraba un semblante muy alicaído. El exmarino, sin pausa, prosiguió con su relato—: Esa mañana del veintinueve de mayo, hace ahora unos... quince días, tras las palabras del general Solano en el balcón del Gobierno Militar el pueblo gaditano, que se arremolinaba en la Plaza del Pozo de las Nieves, no entendió... o no quiso entender, su decisión de impedir que la población tomase las armas para ajustar cuentas con los franceses... y de inmediato fue tachado de afrancesado, incluso de cobarde. El populacho, mostrándose encendido contra los *franchutes*, se

concentró a las puertas del Palacio de la Capitanía Militar; se dice que previamente algunos exaltados habían logrado entrar por la fuerza en los acuartelamientos y también en unos barcos, de los que pudieron llevarse varias piezas de artillería. Y, con estas en las manos, a la vez que amenazaban con ahorcarlo, intentaban entrar por la fuerza. Bueno, para simplificar un poco toda esta horrorosa actuación de muchos gaditanos, se dice que la guardia, al ver que la turba completamente enfurecida, luego de romper la puerta, lograba entrar, abandonó sus posiciones y dejó a merced de todos aquellos feroces exaltados el edificio. El gobernador, al darse cuenta de que su vida peligraba... y ante la obcecación de la turba por destruirlo todo, consiguió trepar a la azotea del edificio. Desde allí, a través de diversas terrazas, pudo llegar hasta la casa de una amiga, la señora María Tucker, viuda de un comerciante irlandés de apellido Strange...

—Sí, la conozco...—repuso Diego a la vez que asentía con la cabeza—, es muy amiga de mi tía Nati y esta mañana ella también nos contó, a mi padre y a mí que, cuando el desafortunado gobernador le pidió ayuda, ella incluso lo llevó a un cuarto inexpugnable para situaciones difíciles.

—Pero lamentablemente eso de nada valió —rebatía Dionisio—. Realmente aquel no era el día de suerte para el pobre general Solano. Se dice que alguien traicionó la confianza de la señora Tucker... y dio aviso de ese cuarto secreto, del que muy pocos sabían... incluso les señaló el lugar exacto. La dueña de casa intentó negar su colaboración con la ayuda al gobernador pero, al verse agredida por la multitud... el mismo general abandonó su escondite y se entregó a los revoltosos, que de inmediato lo prendieron. —Dionisio miró a su joven amigo, que permanecía atento a su relato. Tras un corto intervalo, prosiguió—: Y, como en la plaza de San Juan de Dios, tras el ahorcamiento de algunos malhechores estaba aún instalado el patíbulo... la enardecida muchedumbre obligó al Gobernador a caminar hasta allí para proceder a su ahorcamiento. Bueno... de acuerdo a lo que me enteré, por algunos de mis camaradas que me contaron toda esta situación con pelos y

señales... ya que ellos fueron testigos directos de tales atrocidades; dicen que, aunque no llegaron a colgarlo... al grito de «¡Muerte al traidor!», alguien le dio una puñalada en el pecho y le provocó una muerte inmediata. Seguido a eso, tras dejar allí mismo su cadáver en el suelo, la multitud se marchó dispersándose por todas partes. Recién al día siguiente le dieron cristiana sepultura. Te juro, amiguito, que, a raíz de todo esto, a mí se me revolviéron las tripas hasta provocarme una gran desazón y creo que todo eso me ha causado un gran bajón de ánimos...

Diego, con marcada pesadumbre, confesó:

—Yo también, en el momento de enterarme, me quedé atónito. A mí el general Solano me parecía una gran persona, con mucho sentido común y muy buen criterio. Y su cruel y trágica muerte me ha dejado abatido, y con mucha tristeza ante el intolerante accionar de algunas personas.

Dionisio, a la vez que hacía un gesto incrédulo, añadió:

—La furia desenfrenada de las masas es capaz de llegar a esos extremos. Lo que sí parece un hecho inexplicable... aunque todo eso está aún muy confuso, es pensar cómo una dotación militar pueda abandonar a su jefe en los momentos más difíciles, pero mucho más inexplicable es pensar que quien lo hizo fue un capitán sudamericano muy amigo del extinto gobernador... no sé si de la misma nacionalidad, que creo era venezolano, ¿verdad?

—Sí, el general Solano había nacido allí —repuso Diego a la vez que dejaba caer la cabeza sobre sus manos apoyadas en la mesa.

Tras unos minutos más de charla, Dionisio observándolo con detenimiento, replicó:

—Amiguito, te noto muy tenso... y lo que es peor, desanimado; se ve que las cosas van mal, ¿verdad? Por los rumores que siguen llegándome, ya todas las provincias se han alzado en armas, ¡maldito Napoleón! —concluyó con la voz impregnada de amargura.

—¡Sí, maldito sea! —repitió Diego—. Jugaba a ser amigo, y nos ha traicionado. Realmente, por tal como está ahora la situación a los españoles,



no nos va a quedar otro remedio que salir a defendernos.

Dionisio, con ademán admirativo, apostilló:

—¡Y qué valentía la de ese alcalde, de ese remoto pueblo de Madrid!, ¿no te parece?, ¡declararle él solito la guerra al gran Napoleón! ¡Vaya par de cojones tiene el tío! —se quedó unos instantes pensativo y tras un movimiento de cabeza, agregó—: ¡Ah, Dieguito!, mi joven amigo... qué tiempos tan malos y ruines te ha tocado vivir; aunque, bueno, el mundo siempre fue igual y seguirá así hasta que llegue el día del Juicio Final que será, seguramente, el fin del mundo. Pero, volviendo al ruinoso presente, me cuesta creer que ese sinvergüenza que él mismo se coronó emperador de los franceses haya tenido la osadía de invadirnos e imponernos a su hermano como nuestro legítimo rey. ¡Realmente, eso ha sido una gran falta a la dignidad a los nacidos en este suelo de libres! ¡Querer ponernos un yugo a nosotros... que fuimos dueños de casi el mundo entero! —Después de unos segundos de meditación, prosiguió—: Bueno, aunque también es justo reconocer que a lo largo de nuestra historia ya hemos sido invadidos de manera violenta muchas veces. Si no me falla la memoria, tenemos en nuestra cronología seis siglos de dominación romana, cinco siglos de dominación goda... y ocho de los moros. En ese momento, se escucharon unos golpes en la puerta. Desde su lecho, Dionisio gritó—:

—¡Adelante!

Enseguida la figura de don Pedro, custodiado por varios de los amistosos perros del dueño de casa, apareció en el umbral.

—Hola, Dionisio —saludó sonriente.

—Dichosos los ojos que lo ven, don Pedro —respondió el anciano.

—¿Cómo te encuentras?

—Pues, aquí me ve usted aún lleno de dolencias, pero ahora en muy buena compañía.

—¿Y de qué hablabais? —indagó el recién llegado mientras tomaba asiento en una vieja silla de esparto.

El anciano, echándose a reír, respondió:

—Su hijo y yo nos entreteníamos hablando de los benditos tiempos pasados, de la perversidad de los presentes... y de la terrible ruindad de los que han de venir trayendo, con seguridad, el final de los tiempos —signó una pausa y, mirándolo apenado, añadió—: Le diré, don Pedro, que sentí mucho la desgracia que le tocó vivir. Me imagino cómo debió de sufrir la muerte de su hermano y sus sobrinos juntos. Qué golpe tan terrible.

—Sí, fue algo de lo que a una persona le cuesta reponerse del todo.

Rato después, al despedirse de Dionisio, Diego le prometió regresar al día siguiente con más noticias sobre lo que ocurría en el país. Esa tarde de mediados de junio y luego de algunos papeleos, Diego se alistó en el ejército como voluntario y también apuntó a Gustavo. De ese modo ambos quedaron inscriptos a las fuerzas del general Francisco Javier Castaños, duque de Bailén.

El mismo día de su llegada a Cádiz, Diego se había reencontrado con Carlos, y otros amigos más de Jerez. Todos ellos, junto a otros grupos de avezados hombres, fueron seleccionados para trabajar varias horas al día en la instrucción sobre el manejo de las armas a cientos de campesinos que seguían sumándose, decididos a enrolarse a las filas de soldados. De ese modo la permanencia de los jerezanos en Cádiz se prolongó más de lo debido. Ante esa situación, don Pedro tuvo que regresar a casa solo. Unos días después, apenas Diego llegó a Jerez, se encaminó directamente a las bodegas. En cuanto tuvo delante suyo a Gustavo, le comunicó:

—Compañero, como seguramente mi padre ya te habrá dicho, ambos estamos enrolados en las Milicias para la defensa de Cádiz; bueno, mejor dicho, para toda Andalucía. Y me temo que para esto ya no habrá retroceso.

El aludido, levantándose de hombros, replicó:

—Entonces... de nada vale lamentarse. ¿Cuándo debemos partir?

—Pasado mañana. Hace unos días, me enteré de que La Junta de Sevilla le pidió al general Morla, el nuevo gobernador de Cádiz, que envíe allí sus

tropas. No obstante, eso, este último ha lanzado un bando con un análisis de la situación, que dice —Diego sacó de su bolsillo un papel arrugado y, tras desdoblarlo ante sus ojos, leyó—: «Advierto de lo peligroso que resultará mandar las tropas al interior dejando las costas desguarnecidas. Hay pocos soldados y todos carecen de buena instrucción: firmado el Gobernador». ¿Qué te hace recordar eso?

Gustavo se echó a reír.

—Sí, justamente lo que dijo el señor Iglesias aquel día en tu casa.

—Bueno... ya te imaginaras cómo está el patio. Durante todos estos días pasados allí Carlos y yo, junto a un montón más de hombres de diferentes pueblos, hemos estado enseñando a un gran número de paisanos el manejo de las bayonetas. —Sin esperar respuesta, miró a su amigo con preocupación y manifestó—: Lamento mucho que tengamos que salir juntos hacia una guerra; creo que... esto nos va a parecer algo demasiado penoso.

—No te quepa duda —repuso Gustavo casi sin voz.

Como cada vez que Diego se ausentaba, Trinidad esperaba ansiosa su regreso; cuando este abrió la puerta, se lanzó ciegamente a sus brazos. Y, tal como si presintiera lo que él iba a decirle, le tapó la boca con su mano, a la vez que le pedía:

—No digas nada... nada... solo abrázame fuerte.

Diego, pese a sus ruegos se zafó de ella. Tomándola por los hombros, expresó:

—Creo que... antes deberíamos hablar.

—¡No!, no quiero saber nada sobre la maldita guerra; de esa mala pécora que te va a separar mucho tiempo de mi lado. Ahora... solo ámame —le pidió con los ojos abnegados de lágrimas.

Ante su súplica... y ante su propio deseo de olvidarse también de la cruel realidad, además de alejar la tensión acumulada hasta dejar fluir solo la fuerza de la pasión, la levantó en brazos y, llevándola a la cama, la desvistió.

De pronto, como muchas veces le sucedía, y pese a los intentos que hacía

por desterrarla de sus pensamientos, a su mente volvió a acudir el recuerdo de Brunilda adueñándose de sus íntimos momentos junto a Trini. «¿Nunca podré quitármela de la mente? Vivir con este secreto es mortificante; ella está lejos de mí... quizás ya casada, y jamás volveremos a vernos. No puedo permitir que el recuerdo de Bruny siga transformándose dentro de mí en esta insana obsesión», pensó mientras intentaba concentrarse en su amante.

Rato después, cuando la pasión se extinguió, Diego permaneció muy quieto junto a su amante.

Con un gesto de agobio reconoció que aquella constante evocación de Brunilda era demasiado tortuosa de soportar: «Siempre escuché decir que la distancia ayuda al olvido, pero conmigo sucede todo lo contrario. Siento que en estos últimos tiempos... la sombra de ella va agudizándose cada vez más», se dijo en medio de un hondo suspiro.

—¿En qué piensas?

La voz de Trinidad lo sacó de sus pensamientos.

Con movimientos lentos se volvió hacia ella; a boca de jarro, le dijo:

—Tenemos que hablar... y no intentes hacerme callar de nuevo. Es necesario que sepas que dentro de... muy pocos días volveré a marcharme; esta vez por un largo tiempo.

Trinidad sepultó la cara en el pecho de su amante.

—¿Por qué tienen que ser así las cosas? ¡Maldita guerra! No podré resistir tu ausencia... y menos sabiéndote en peligro... y tan lejos de mí. —Luego de sollozar unos segundos más, en medio de agónicos espasmos, con un hilo de voz, agregó—: Solo me quedará el consuelo de rezar a la Virgen para que regreses pronto —se tapó la cara con las manos y prosiguió—: ¡Dios mío! ¡Tanto temer que otra mujer te apartara de mi vera... y ese momento ha llegado!, ¡y con una rival con la que no podré competir, ni a la que mucho menos podré vencer... y, de manera irremediable, tendré que dejarte marchar...!

Diego, con gesto maquinal, le acarició el pelo a la vez que murmuraba:

—Cálmate, no quiero que sufras ni que te desesperes. Ahora escucha bien lo que voy a decirte: si llegara a ocurrirme algo... —Ella le puso la mano en los labios. Diego, apartándola, continuó—: Por favor, Trinidad, déjame hablar. Si eso ocurriera, tú te quedarás dueña de esta casa y de las huertas que la circundan. Te lo brindo todo con mi sincero cariño; mañana firmaré el testamento que el notario ya tiene preparado...

De pronto ella palideció. Tomándose de la cabeza, gritó:

—¿Sincero cariño?, ¿solo eso sientes por mí? ¡Ah... ya no me quedan dudas! ¡No me quieres! ¡Lo acabas de confesar! ¿Sabes?, ¡si te ocurriera algo, no quiero nada! ¡Nada! ¡Yo también moriré! ¡Oh, has roto mi corazón! Quédate con tu «sincero cariño», con la casa y con todo lo demás —concluyó sollozando sin control.

Diego, ante aquella reacción de Trini, se quedó paralizado. En medio de su descontrol, ella prosiguió:

—¡Está claro como el agua! ¡Solo sientes cariño por mí!, ¡no soy nada para ti! ¡Nada!

Al fin Diego, dándose cuenta de que perdía la paciencia, la cogió del brazo. Sujetándola con fuerzas, le dijo:

—¡Trinidad, ya basta! Claro que te quiero... de lo contrario no estaría a tu lado; incluso tengo intención de casarme contigo, a pesar de que eso a ti no te ilusiona demasiado. —Mirándola a los ojos, le preguntó—: ¿Por qué te comportas como una niña? Tranquilízate, el día que no sienta nada por ti...

—Ese día me mataré... —lo interrumpió ella.

—Eres muy trágica —replicó Diego. Luego de mirarla muy serio, le recriminó—. Hace tiempo te dejé claro que no me gusta esa actitud tuya; nadie merece morir por eso, ni por ninguna otra causa parecida.

—¡Es que... es la verdad! Si te pasara algo, o dejaras de desearme, irremediamente me quitaría la vida —repitió con obstinación.

Él la observó fijamente; seguido a eso, se puso de pie y, en silencio comenzó a vestirse.

Trinidad abrió sus ojos, a la vez que decía:

—¿Ya te vas? ¿Estas enfadado?, perdóname, no volveré a decir eso nunca más. ¡Lo prometo!

Diego, con expresión lejana, murmuró:

—Te he pedido muchas veces que no te humilles ante mí... y también que no quiero ser el centro de tu idolatría. Tampoco debes pedirme tanto perdón.

—Con marcado gesto de ansiedad, acabó de vestirse. Tras eso agregó— : Lo siento Trinidad, debo marcharme... quiero estar sereno para empezar a arreglar mis cosas, y a tu lado es imposible tranquilizarme; mañana volveré.

—¿Y... pasarás la noche conmigo...? recuerda que será... como nuestra despedida, luego te irás y quizás nunca volvamos a estar juntos... nunca más... —repitió sacudida por los sollozos.

—Te prometo que mañana pasaré la noche entera contigo —aseveró él dándole un beso en la frente, a la vez que intentaba calmarla.

El núcleo de defensa de aquel recién formado ejército andaluz se hallaba dividido en tres cuerpos, y uno de reserva comandados respectivamente por los generales Reding, Compigni, Jones y Lapeña. Pero, contra los más de ciento cincuenta mil soldados bien equipados, y perfectamente adiestrados que poseía Napoleón dentro de la Península... España, tal como había pronosticado el señor Iglesias, en su totalidad apenas contaba con escasos sesenta mil hombres mal armados, mal agrupados y peor organizados. No obstante, el patriotismo más ardiente y exaltado suplía todas esas deficiencias.

En esos mismos días se tenía constancia de que el general inglés Collingwood había ofrecido a las autoridades de Cádiz el desembarco de una división de infantes con el fin de prestarles ayuda. Pero el general Morla, que reemplazaba al asesinado gobernador de la ciudad, y tal como había hecho este último, rehusó el ofrecimiento.

Realmente, nadie quería arriesgarse a transformar Cádiz en otro Peñón de Gibraltar. Las noticias que día a día llegaban a Cádiz, casi siempre

agrandadas, daban cuenta de que los generales y los soldados alentaban a los ciudadanos a enrolarse en sus ejércitos. Y ya innumerables pueblos y aldeas estaban colapsados por cientos de hombres llenos de bravura dispuestos a luchar hasta morir, llevándose con ellos al otro mundo a varios franceses.

Aunque todo aquello resultaba alentador, las personas más entendidas se daban cuenta de que con solo «la valentía y el entusiasmo», no se podría detener a tropas tan eficaces del mundo, ni mucho menos hacerles la guerra. Mientras tanto, en esos mismos días... y sin que nadie lo detuviera, el ejército francés al mando del general Dupont, seguía su avance hacia el sur.

Esa tarde, víspera de la partida de Diego, Úrsula ejecutaba al piano la partitura de *Les Barricades Mystérieux*, de François Couperin, de la que ella sabía que a su hermano mayor le gustaba mucho.

Las criadas seguían abocadas a arreglar el equipaje del primogénito de la familia Ibáñez. Mientras Pastora y Serafina, henchidas de tristeza, doblaban con sumo cuidado la ropa íntima, colocándola en las gruperas, Diego las observaba emocionado dándose cuenta de que irónicamente ambas parecían afanadas en los preparativos de enviar un niño pupilo al colegio, y no a un joven soldado a la guerra. De pronto se sintió abrumado por agoreros pensamientos.

Sabía que, por poco inclinado que fuera un hombre a sentimentalismos antes de un drástico cambio de vida, siempre acaba encontrándose en una peculiar indisposición de ánimos. Y él en ese momento estaba dominado por la inquietud: ¿Temía la posibilidad de caer herido, de quedar lisiado... o acaso de morir? Como no deseaba que nadie lo viese en aquel estado, apenas escuchaba ruido de pasos, retornaba a su máscara de burlona expresión. Úrsula había comenzado a interpretar un concierto de Mozart cuyos acordes emocionaban a los presentes.

La casa muy pronto se llenó de gente, entre ellos, el padre Manuel y don Sebastián Aguilar. Este último, con semblante serio, observaba a su exdiscípulo mientras iba dándole una serie de consejos recordándole, en

exagerados aforismos, las máximas de Alejandro el Grande sobre el valor y honor de un soldado en la guerra, recomendándole una y otra vez que, al luchar contra los invasores las pusiera en práctica y que también cuidara de sostener su rectitud y lealtad en la situación que fuera.

—Muchacho... no olvides nunca que eres español. Y que en todas y cada una de las batallas más celebres que participamos a lo largo de la historia... incluso desde que éramos una provincia romana, los íberos hemos luchado siempre con renombrada valentía y arrojo. —Tras componer un dramático gesto de orgullosa altanería, agregó—: Durante la célebre batalla de Nordlingen, según un coronel del bando sueco, que fue cronista de esa época, afirmaba que en esa contienda los españoles fueron los únicos que aguantaron seis horas enteras sin perder pie, mientras eran atacados dieciséis veces, defendiéndose con una furia y tesón increíbles. Sus propias palabras fueron estas: «Siempre firmes como si fueran paredes. Nunca nos habíamos enfrentado a un soldado de infantería como el español. Es una roca; no se derrumba, no desespera y resiste con demoledora paciencia hasta que logra derrotarte». Incluso los germanos dejaron escrito muchas crónicas sobre nosotros en las que aseguraban que los íberos peleaban como diablos, y no como hombres. Ya lo ves, querido discípulo, aunque todo eso sea cosa del pasado, ahora el deber de un joven español bien nacido es defender la tierra que nos vio nacer con la misma valentía que nuestros ancestros.

Diego, con semblante un tanto irónico, exclamó:

—No se preocupe, señor Aguilar, intentaré estar a la altura de todos mis valientes antecesores.

El padre Manuel, por su parte, después de tranquilizar a doña Clemencia y a Pastora, se llevó al joven soldado a la biblioteca.

Una vez allí, luego de mirarlo con preocupación, en un tono de voz triste, le dijo:

—Hijo mío, creo que ha llegado el momento de que te ocupes de arreglar esas cuentas pendientes que tienes con Dios. Sería penoso presentarte ante El



Santísimo con el libro de las deudas de tu conciencia, llena de tantos borrones.

Diego, asintió con la cabeza, y replicó:

—Padre, le prometo poner orden en mi libro de cuentas. Esta tarde iré a la iglesia a confesarme y a comulgar. Pero usted sabe que nunca cometí grandes pecados: jamás robé, ni maté... aún a nadie, ni tampoco levanté falsos testimonios. Si dije algunas mentirillas y juré en falso, fue por galantería o bien para salvar una mala situación. Y usted ya me absolvió de todo eso. Además, nunca traicioné a nadie, ni...

—¿Ni deseado a mujer ajena? —le cortó el sacerdote con una pose de beatitud.

Diego soltó una carcajada.

—¡Epa! Bueno padre, ahí sí me pilló usted —exclamó sin dejar de reír—, pero recuerde que hace ya mucho tiempo que dejé de cometer esos pecados.

—¡Qué pillo sigues siendo! Mantienes a esa jovencita como tu legítima esposa, sin serlo... y aseguras que hace tiempo no cometes pecados. ¿Pero acaso olvidas que eso, a los ojos de Dios, y también a los de la sociedad está muy mal visto? Tienes que arreglar «ese asunto» cuanto antes, o te quemarás en el Infierno.

—¡Padre Manuel! —ironizó Diego—, usted siempre amenazándome con el Infierno, el Purgatorio... Satanás y toda su corte, pero creo que ya soy mayorcito para temerles a esas cosas.

—Hijo mío, nunca se es demasiado viejo para temer a Satanás. Tienes que organizar de manera correcta cuanto antes tus asuntos con esa niña.

—De acuerdo, si regreso vivo lo remediaré todo, lo prometo —exclamó con la mano levantada. Seguido a eso, arrodillándose ante él, con actitud risueña, agregó—: Y ahora, padre, absuélvame porque... voy a volver a pecar.

El sacerdote lo miró atónito. Con expresión demudada, preguntó:

—¿Me estás pidiendo la absolución anticipada? Pero... ¿qué otros deslices estás pensando cometer? ¿Es que siempre estarás en perpetuo pecado?

Diego, echándose a reír con desparpajo, replicó:

—Vamos, padre Manuel, no se espante de ese modo. Lo de mi anticipado indulto solo es porque... bueno, recuerde que voy a una guerra... y, seguramente allí tendré que matar, ¿y acaso eso no es un pecado?

El sacerdote, visiblemente desarmado, asintió con la cabeza:

—Tienes razón... matar es el peor de los pecados...

—¿Lo ve, padre?, ¿no es acaso mejor pecar de libertino, que de eso... tan horrible?

En ese momento, desde el salón Diego escuchó que lo llamaban.

—Padre, debo dejarlo. Esta tarde en la sacristía hablaremos con más tranquilidad.

—De acuerdo, hijo, allí te esperaré.

La anticipada despedida de Pastora fue tan penosa para Diego que este, al escucharla llorar, sintió que se le desgarraba el corazón. Ella, luego de abrazarlo con los ojos arrasados por las lágrimas, le dijo:

—¡Ay, mi niño! Por favor... no te entregues a la metralla enemiga sin antes confesarte y descargar tu espíritu del peso de tantas faltas que llevas acumuladas encima. Siempre se ha dicho que los laureles solo caen bien sobre una frente serena y pura, que pueda alzarse ante el Tribunal de Dios sin las desvergüenzas del pecado. Y tú... ya lo sabes, el cuerpo que sirve de vaso en un alma limpia es respetado siempre por los Ángeles de la Muerte. Por eso la mejor coraza para el plomo de las bayonetas es una santa confesión, a la cual debes consagrarte de inmediato...

Diego, mirándola asombrado, exclamó:

—¡Pastora... pero... qué increíble sermón! —abrazándola afectuoso, añadió—: Vaya, aunque siempre has sido muy sabia, es la primera vez que te escucho hablar así... con tanta profundidad. Bueno, quédate tranquila; ya el padre Manuel también me ha echado una reprimenda hablándome de lo mismo. Y yo acabo de prometerle que esta tarde me confesaré con él. —Acto seguido, sonriéndole con pesadumbre, siguió—: ... y también meteré las

manos dentro de mi conciencia para sacar de ella buenos puñados de malezas. —Marcó otra pausa y, llevándose las manos al pecho en una pose teatral, añadió, burlón—: Pero... ¿tú sabes lo que pasaré allí... en el campo de batalla, bajo el inclemente sol? ¿y si la guerra se prolonga... y llegara el frío?, estaré perdido en la intemperie sin abrigo, bebiendo poco y comiendo aún menos, y sin... sin...

—Sí... dilo, mi niño; sin ninguna mujer a su lado que te consuele.

Diego, a su pesar, soltó una carcajada.

—Eso mismo. Tú lo has dicho. —En seguida, poniéndose serio, añadió pesaroso—: ¡Caramba! ¿Te das cuenta? Míralo de este modo: ¡careceré de todo! Teniendo por alimento la metralla, por cama el duro suelo... por descanso la fatiga y por cena la melancolía. Los que así viviremos ya tenemos ganado el cielo. ¿No lo crees tú?

—¡Oh, mi niño! Cuídate mucho, por favor! —tras ponerle en la mano un pequeño talismán, prosiguió—: Guárdalo muy bien dentro de tu ropa interior... eso te protegerá. Yo rezaré día y noche por tu pronto regreso sano y salvo —sollozó la vieja criada volviéndolo a abrazar.

Ese atardecer, después de la visita al padre Manuel, Diego se reencontró con sus amigos.

Durante un largo rato estuvieron charlando mientras cambiaban impresiones. A continuación, entre palmadas y risas, comenzaron las despedidas.

Antes de marcharse, Carlos Temple le dijo:

—Mi partida será el día siete. ¿Marcharás montado en Rayo?

—Sí, Gustavo y yo decidimos llevar nuestros caballos. En lo que respecta a mí, ya sabes que estoy muy unido a Rayo; además, siento que solo él podrá sacarme de alguna peligrosa situación en la que pudiera encontrarme.

—Yo también me llevo el mío —acotó el joven Temple.

Diego, con ademán melancólico, agregó:

—Ojalá regresemos vivos.

Carlos le palmeó la espalda y, en medio de una alentadora sonrisa, replicó:  
—Claro que sí. Todos volveremos sanos y salvos. Bueno, nos veremos en Cádiz..., o cuando regresemos. Y que Dios reparta suerte.

—Lo mismo digo. Adiós... hasta que volvamos a encontrarnos.

Al llegar la noche, Diego se fue directo a casa de su amante.

Trinidad, a pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse serena, apenas lo vio aparecer por la puerta, no pudo evitar echarse a llorar en sus brazos.

—Cálmate... no quiero ver tus ojos mojados de lágrimas. Despidámonos bien, como si yo no fuera a partir hacia una guerra.

—¿Cómo puedes bromear con algo tan serio?

Sin esperar respuesta, sumida en el desaliento, ella lo besó repetidas veces... hasta que los besos se transformaron en un doloroso tormento.

Luego, apretándose contra el pecho de Diego, balbuceó convulsa:

—Lo siento, no puedo soportar... la idea de pensar que te marchas... a un campo de batalla, y que por mucho tiempo ya no te veré... ¿qué será de mí?, ¿cómo lo soportaré?

Él, mirándola a los ojos, le dijo:

—De la misma manera que lo soportan las demás mujeres... con resignada serenidad...

—¡No podré...! ¡Yo no soy igual a las demás! —gritó sacudida por los sollozos. Y sin cambiar de actitud, agregó—: Siento que voy a morir...

Por unos instantes Diego dejó vagar sus ojos alrededor del cuarto. Seguido a eso le pidió:

—Por favor... ¿podrías ahora, durante unos minutos, brindarme una despedida más apropiada, olvidándote de las circunstancias tan tristes que nos rodean?, deja de llorar y lamentarte por cosas que ni tú ni yo podemos solucionar; con esto solo despiertas en mí los deseos de salir corriendo de aquí...

Ella tardó unos instantes en reaccionar. Cuando logró calmarse, miró a Diego a los ojos y, musitó:

—Amor mío... perdóname. Es tanta mi pena y mi desesperación que no tengo consuelo. Pero ya verás cómo tu Trini... te dará una despedida como tú te mereces... que no olvidarás nunca.

Despojándose de su bata, se recostó sobre él y comenzó a besar el rizado vello de su tórax paladeándolo con estremecida avidez. Entonces él, desfalleciente de anhelos, a la vez que sentía cómo se acrecentaban sus más primitivos deseos, y pese a seguir con el rostro de Bruny fijo en su mente, se apretó contra ella en una explosión de ardiente lujuria. Cuando Diego dejó los brazos de Trinidad, los tintes de la aurora ya comenzaban a disipar las sombras de la noche.

Al cerrar la puerta, escuchó su desconsolado llanto; tras alejarse unos metros, por espacio de unos segundos permaneció con los ojos clavados en la oscura simetría de aquella vivienda... y de pronto tuvo la sensación de que jamás volvería a cruzar ese umbral. A las seis y media de la mañana, la familia Ibáñez y Gustavo ya estaban preparados para emprender la travesía hasta Cádiz.

Los viajeros fueron despedidos por Rosario, don Sancho, Pastora y los demás sirvientes junto a varios vecinos. Todos les desearon la mejor de las suertes a los dos jóvenes patriotas. Rosario, la esposa de Gustavo, al despedirse de él, le dijo:

—Cuídate mucho... perdona que no tenga ánimos para acompañarte a Cádiz; prefiero esperarte aquí junto a tu padre. Ambos rezaremos para que nada malo te pase —acabó a la vez que colgaba un escapulario en su pecho. Luego, dándole un fuerte beso, agregó—: La Virgen te protegerá; regresa pronto, por favor.

Gustavo sepultó la cara entre la mata de su pelo y murmuró:

—Reza para que eso se cumpla. Por favor, consuela a mi padre... y no olvides que a cada instante pensaré en ti.

Rosario le cerró la boca con otro beso. Cerca de ellos don Sancho permanecía silencioso; por más esfuerzos que hacía, no podía pronunciar

palabra. Para él era demasiado doloroso ver partir a su único hijo a la guerra.

En ese momento Pepín, acercándose a Diego, con voz emocionada, exclamó:

—¡Señorito Diego! ¡Demuéstreles a todos esos malditos *franchutes* cómo pelean los españoles nacidos en Jerez de la Frontera! ¡Mucha suerte!

El joven le guiñó un ojo.

—¡Gracias, camarada, y tú cuida bien de Trini, ¿eh?, no dejes que nada le falte, y apenas me marche ve a reunirme con ella.

—Descuide, señorito, así lo haré —respondió Pepín, guiñándole también un ojo.

Minutos más tarde, a la vez que dejaban a Pastora, don Sancho y Rosario llorando desconsolados en el patio el coche, el grupo de viajeros, precedido por los dos jóvenes jinetes, a más de otros tres palafreneros, se puso en marcha.

Llegaron a Cádiz a la tarde en medio de una sofocante ola de calor. Natalia, entre muestras de cariño y alegría lo recibió convidándolos con limonada fresca. Al día siguiente, una terrible noticia sobresaltó a la familia Ibáñez. ¡El ejército napoleónico había ya irrumpido con furia en Andalucía! Y la ciudad de Córdoba acababa de ser saqueada por los franceses. Natalia y su hermana se quedaron consternadas al imaginar lo que podría haberles pasado a la prima Amaranta y su hijo Carlos.

Con el paso de las horas, las noticias que llegaban desde allí eran cada vez más estremecedoras; algunas causaban horror. «¡Numerosos pueblos y aldeas arden por los cuatro costados!» «¡La gente se defiende heroicamente!» «¡Es terrible ver lo que ha pasado en la vieja y hermosa Córdoba! Todo es un caos; por donde se mire se ven hombres, mujeres y niños cosidos a bayonetazos. Ni las casas de los grandes señores se han salvado del terrible saqueo».

A la mañana siguiente don Pedro, ante la desesperación de su esposa y su cuñada, de pensar en la suerte corrida por doña Amaranta y su hijo, después de hablar con Diego y Gustavo, decidieron partir de inmediato hacia

Córdoba, con la idea de que, apenas el ejército del general Castaños pasara por esa ciudad, ambos jóvenes se les unirían allí.

Ese mismo día Diego se entrevistó con sus amigos de Cádiz que ya estaban alistados en los diferentes ejércitos. Por la tarde se fue a visitar a Dionisio al que encontró, aunque ya bastante repuesto de sus problemas de salud, un tanto alicaído. Durante un largo rato, a la vez que ambos evitaban tocar el tema de la guerra, se dedicaron a charlar de diferentes temas. Cuando llegó la hora del adiós, el viejo marino, con notable emoción en la voz, susurró:

—Joven guerrero, cuídate mucho.

—Tú también viejo lobo de mar. A mi regreso quiero verte restablecido del todo —repuso Diego mientras trataba de aparentar alegría.

—Prometo cuidarme —respondió Dionisio—. Lo que siento es no poder salir a defender la patria codo a codo contigo; creo que los españoles vamos a estar en desventaja.

—Estoy seguro de que los venceremos —apostilló Diego con el brazo levantado—. Desde Sevilla y Granada ya han salido las fuerzas del general Castaños. Y, cuando lleguen a Córdoba, Gustavo y yo nos uniremos a ellas; además todos sabemos que, ante la aproximación de ese gran ejército, el general Dupont ha levantado su tropa y se ha refugiado en Andújar.

—Pero las noticias que me trajeron ayer algunos de mis viejos camaradas decían que ahora a esos ejércitos imperiales se les han unido más de mil quinientos soldados franceses, llegados desde Madrid.

Luego de unos segundos de silencio, Diego acotó:

—Eso es justamente lo malo; corren tantas versiones juntas a la vez que uno nunca sabe cuál es la cierta.

El viejo marino le puso la mano sobre el hombro y murmuró:

—Un viejo maestro mío siempre solía decirme: «Dionisio, ten presente que la mayoría de las guerras son inútiles... y, sobre todo, nefastas; pero, si un día ves una buena causa, no dudes entrar a batallar en ella». Y yo ahora me atrevo a decirte lo mismo a ti, pero al mismo tiempo quiero darte un consejo:

Querido amiguito... tú intenta no exponerte de manera innecesaria al fuego cruzado, de nada valen los heroísmos inútiles. Por favor, cuídate mucho...

—¡Sin valor no hay gloria! —exclamó Diego en un arranque divertido. Poniéndose serio agregó—: Sí, Dionisio, te prometo que me cuidaré... pero tú también cuídate mucho, y reza para que esta locura acabe pronto.

El marino lo abrazó en silencio; cuando el joven se alejaba, se quedó mirándolo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Ve con Dios, hijo mío, y que Él y su Santa Madre te protejan.

Esa mañana Ignacio, pletórico de orgullo, observaba a su hermano listo para marcharse a Córdoba. Cuadrándose ante él, comenzó a cantar:

—¡Mambrú se fue a la guerra! ¡Nadie sabe cuándo volverá! ¡Pero seguro será... después de matar a todos los franceses! ¡Tralalá... tralalá! —Sin dejar de reír clavó su mirada en Diego y en Gustavo y a viva voz gritó—: ¡Señores! ¡Aquí están dos de los bravos guerreros hispanos! ¡Listos para derrotar al gran Napoleón Bonaparte! ¡Con el mismo lema de los gladiadores romanos! ¡Vencer... o morir!

En ese momento la tía Nati, luego de hacer callar a Ignacio, le pidió a Diego hablar con él en privado. Cuando ambos entraron a la sala, ella, echándose a llorar, lo abrazó mientras él trataba de calmarla. Al fin, apenas su tía logró recomponerse, contempló el atuendo de su sobrino compuesto de calzones de ante, ceñidos a las rodillas, botas de cordobán con espuelas de plata y un grueso cinturón de cuero de diversos comportamientos en las que guardaba una pistola, un puñal y un cuchillo de monte. En la cabeza lucía su clásico sombrero portugués, dándole a toda su persona una peculiar elegancia.

—¡Querido sobrino!, qué guapo estás —ponderó Natalia en medio de un suspiro. Con ademán apesadumbrado, añadió—: Lástima que solo sea para marchar a esa maldita guerra. Cuídate mucho, por favor. Tu madre no casi duerme... y tengo miedo de que llegue a enfermar.

Diego, mirándola preocupado, le pidió:



—Por favor, tía, cuida mucho de ella; no permitas que se venga abajo del todo... lo mismo le pedí a tía Carmen cuando me despedí de ella.

—Descuida hijo, ambas estaremos siempre a su lado dándole ánimos. Pero tú no dejes que ninguna bala francesa te toque.

—Trataré de complacerte, tía.

Diego hubiera deseado no tener que despedirse de su progenitora. Doña Clemencia, apenas su hijo se le acercó, rompió en amargo llanto.

—¡No lo soportaré! No puedo creer que mi hijo mayor... tenga que marcharse a la guerra.

—Por favor madre, sea fuerte... no quiero verla sufrir...

—Cuídate mucho y... y, sobre todo, no cometas ningún acto de tonta e imprudente bravura.

Él la abrazó con ternura y, acariciándole la cabellera, susurró:

—No se preocupe, madre, me cuidaré...

—¡Promételo!

—Lo prometo.

En ese instante aparecieron Gustavo, Natalia y don Pedro, junto a Ignacio y a Gertrudis.

El señor Ibáñez se acercó a su esposa y le dijo:

—Clemen, tenemos que partir ya, tranquilízate. —Al observar su descompuesta expresión, añadió—: Por favor, sé fuerte. No olvides que, si tú enfermas, todos estaremos peor.

Tras secarse el llanto, ella, entre sollozos, exclamó:

—Lo intento... pero no puedo. La pena es más fuerte que mi voluntad. Por favor...trata de que Amaranta se venga contigo a Cádiz —le pidió—. Quizás su hijo se habrá enrolado ya a algún ejército, y ella estará sola. Entrégale mi carta, y dile que aquí estará a salvo...

—Así lo haré —murmuró él dándole un apretado beso.

Después don Pedro se acercó a su cuñada, y le pidió bajito:

—Adiós, Nati, ayuda a Clemen a soportar todo esto.

—Descuida, y tú... regresa pronto e intenta traerte a la prima Amaranta.

Gustavo, a la vez que abrazaba a la madre de su amigo, murmuró:

—Adiós, doña Clemencia, y no sufra: yo cuidaré de Diego.

—Por favor, cuídense ambos —le pidió ella dándole un beso en la mejilla.

Don Pedro, Gustavo y un grupo de caballerizos, armados con mosquetes, fusiles y alforjas, permanecían sobre sus caballos formados en el patio.

Gertrudis y Úrsula, sacudidas por el llanto, besaron a Diego y a Gustavo a la vez que les colocaban en los *marselleses* dos escapularios para que les dieran suerte. Diego se encaminó hacia Rayo, que un mozo de cuadra sostenía de las bridas. El animal, al verlo, dio un relincho mientras su amo lo montaba de un brinco. Gustavo hizo lo propio sobre su caballo Orión.

Antes de que todos se pusieran en marcha, Ignacio se plantó ante ellos.

Tras extender el brazo con gracioso ademán, exclamó:

—¡Salve, César! ¡Los que van a morir te saludan! ¡Recuerda Diego, igual que los gladiadores!, ¿eh?

—¡Igual que los gladiadores! —repitió Diego a la vez que levantaba su brazo.

Los viajeros, junto a los caballerizos armados de mosquetes, emprendieron la marcha hasta formar un pequeño grupo a caballo en la que Diego y Gustavo, erguidos sobre sus monturas, tomaban la delantera.

Poco a poco salieron de Cádiz en dirección a la ciudad de Córdoba.

## CAMINO AL INFIERNO

Tras un viaje agotador en el que, ante el temor de encontrarse con alguna tropa francesa, tuvieron que desviarse por el camino de Ecija, el grupo de viajeros divisó a lo lejos el inmenso caserío de la vieja Córdoba, que se destacaba entre infinidad de torres, minaretes, arcos, bóvedas y *espadañas*.

Al pasar junto a una alquería, los jerezanos detuvieron la marcha para mirar a la gente que caminaba confusa de un lado a otro, en medio de fúnebres actitudes.

—¡Vaya recibimiento! —exclamó Gustavo.

Diego, con los ojos fijos en aquel lúgubre panorama, expresó:

—¿Y a quién esperabas tú, a la Guardia Pretoriana? Recuerda lo que acaba de sufrir esta gente; aún deben de estar sepultando a sus muertos.

Silenciosos, siguieron unos kilómetros más.

Al entrar en la ciudad saqueada... incapaces de dar crédito a la masacre que se presentaba ante sus ojos, Diego y su grupo enmudecieron de horror.

—¡Madre de Dios! ¡Oh... no puede ser...! —exclamó don Pedro visiblemente impactado.

¡La Córdoba de *Averroes*, de *Maimónides*, de *Abdarran*, de *Salid ibn Rusch*, de *Musa ibn Maymun*! ¡La Meca de occidente! Aquella ciudad de emires, sultanes y califas, cuna de emperadores romanos, de filósofos, poetas, médicos y reyes. La vieja andaluza perfumada de azares... la que fuera maestra del mundo civilizado. Todavía hermosa a pesar de los siglos de cruentas batallas.

Ya sin academias, sin *pensiles*, sin califas, sin sabios... pero todavía orgullosa de su gran mezquita catedral, la de las ochocientas columnas. ¡Siempre poética y engalanada tanto en la decadencia cristiana como en el apogeo musulmán!

Esa era la ciudad que acababa de soportar impotente la brutal codicia de los soldados de Dupont que, temerosos de ser sorprendidos por las tropas de Castaños, acababan de escapar. Diego, con un gesto de horror pintado en su semblante, miró a su padre.

Gustavo apretó con furia los labios y masculló:

—¡Malditos! ¡Canallas!

Silenciosos, siguieron su marcha mientras pasaban por calles y más calles donde todo era igual; los ciudadanos aún no habían logrado sepultar a todos los muertos que yacían en las calles, ni borrar la sangre que manchaba las paredes y las piedras del pavimento en las que se denunciaba el vil atropello.

Hacía menos de veinticuatro horas que los franceses se habían marchado y

ningún cordobés sabía aún a ciencia cierta la cantidad de muertos que habían dejado a su paso, ni el dinero, ni las joyas que habían robado de los conventos, templos, palacios, castillos y casas particulares.

El grupo de jerezanos llegó al palacio de doña Amaranta y su hijo. Diego bajó del caballo; en el momento en que iba a dar los aldabonazos en la alta y maciza puerta, al ver varios lazos y crespones negros, que delataba que en esa casa estaban de duelo, se estremeció de pies a cabeza.

Don Pedro, en silencio se acercó a su hijo y, tras mover la cabeza con ademanes nerviosos, él mismo golpeó el aldabón. Dentro no se escuchaba nada. Después de unos instantes se abrió la mirilla y apareció el rostro de un criado mirándolos con desconfianza, a la vez que preguntaba:

—¿Quién anda ahí y qué quieren?

—Soy don Pedro Ibáñez y Carmona, primo de doña Amaranta. Vengo con mi hijo Diego... y otro joven junto a un grupo de palafreneros. Acabamos de llegar desde Jerez de la Frontera.

El criado, al reconocerlos, les gritó:

—¡Esperad! ¡Enseguida os abriré!

Tras escucharse el ruido de la llave al entrar en la cerradura, la pesada puerta, con un fuerte chirrido, se abrió, y el mayordomo les dio la bienvenida. Mientras atravesaban el largo y silencioso patio, repleto de palmeras en el que se podía ver rastros de sangre y varios destrozos, los recién llegados comprendieron que en esa casa había sucedido algo terrible.

Don Pedro, en voz baja, le preguntó al mayordomo:

—Pero... ¿qué ha pasado aquí?

El criado lo miró sin responder. En ese momento apareció en la puerta del salón principal una mujer toda vestida de negro. Don Pedro corrió hacia ella.

—¡Amaranta! —gritó con voz quebrada.

No pudo agregar nada más, quedándose paralizado. Realmente la prima de su esposa le pareció un espectro. Ella, luego de un ligero titubeo, se arrojó en sus brazos.

—¡Pedro, Diego! ¡Ay, Dios mío! —gritó desesperada—. ¡Es terrible lo que... ha pasado!, ¡esas hordas bárbaras asesinaron... a mi Carlos!

Don Pedro miró a su prima sin saber qué decir.

—Dios nos ampare, qué espanto —logró al fin expresar.

—¡Oh, tía!, ¡lo siento! —exclamó Diego, abrazándola conmovido.

—Fue pavoroso lo que vivimos aquí... os juro que desearía estar muerta, en vez de mi pobre hijo. Por favor... seguidme, en el oratorio podréis verlo — repuso la desconsolada madre sacudida por los espasmos del llanto a la vez que echaba a andar en dirección a la salida.

Al entrar al recinto de la capilla, los recién llegados no pudieron evitar estremecerse: los saqueadores no habían respetado nada de aquel sagrado lugar; por todas partes se veían destrozos, a la vez que una enorme cruz, labrada en fino ébano, yacía sobre el altar partida en dos. Para mayor impresión, en el centro de la capilla se veían... dos ataúdes.

—¡Como ya lo veis... esos ateos lo destruyeron todo! —gritó doña Amaranta—. Mataron a mi Carlos porque él trató de salvar el honor de una niña, a la que yo tenía bajo mi tutela. Carmencita era hija de una prima lejana de mi marido que, luego de morir sus padres, se vino a vivir conmigo. Mi hijo estaba enamorado de ella; ambos pensaban contraer matrimonio muy pronto. Pero, a pesar de que él dio la vida por salvarla, igualmente la mataron... luego de violentarla, como a todas las demás jóvenes criadas. — Sin dejar de llorar, se acercó a los féretros. En medio de un desborde emocional, agregó—: ¡Ahí los tenéis! ¡Miradlos, cuán guapos están... aun dentro de sus mortajas! ¡Acabamos de ponerlos en las cajas mortuorias!

Al mirar el cadáver de su primo, Diego experimentó una brusca sensación de impotencia.

Con ademán pesaroso, puso su mano sobre la del muerto y murmuró:

—Oh, primo Carlos, aunque nunca llegamos a conocernos a fondo, juro que tu muerte me ha provocado un gran quebranto. Prometo que te vengaré o al menos voy a intentarlo.

Gustavo, a su vez que colocaba la mano sobre la de Diego, expresó:

—¡Claro que sí! Y también vengaremos a esa pobre niña, que parece un ángel. Y a todos los que murieron en manos de esos malditos demonios.

Rato después, sentados en la sala principal del palacete de doña Amaranta el señor Ibáñez le entregó a ella la carta que su prima le enviaba. Luego de colocarse las lentes sobre su nariz, comenzó a leerla.

Al terminar, miró a su sobrino y le preguntó:

—¿De modo que formarás parte de los hombres del general Castaños?

Diego asintió con la cabeza.

—Así es, tía; apenas pasen por aquí, Gustavo y yo nos uniremos a su ejército.

—El general Castaños, duque de Bailen —siguió ella con actitud ausente— ... era muy amigo de mi difunto esposo.

De pronto don Pedro, mirándola fijamente, la interrogó:

—Amaranta, ¿cómo entraron aquí los soldados franceses? La puerta de calle no está forzada...

Ella pareció regresar a la realidad.

—No fue necesario que lo hicieran —musitó con gesto dolido. Seguido a eso, tras una honda inspiración, añadió—: Os contaré cómo pasó todo; necesito hacerlo... necesito desahogarme —Luego de secarse los ojos, comenzó con su relato—: Apenas los franceses entraron a Córdoba... ¡todo se transformó en... una salvaje orgía de crueldad y violencia! Mucha gente, apenas se enteró de que ese ejército venía hacia aquí, abandonó la ciudad, y los que decidimos quedarnos no hicimos ninguna renuencia. Cuando esa horda de demonios llegó a la Puerta Nueva, la derribaron a cañonazos, y de inmediato se desbandaron por las calles de nuestra ciudad asesinando a cuantos encontraban a su paso. Se metieron en las iglesias, ¡sin bajarse de los caballos!, y en las casas, saqueándolas y violando a cuanta mujer joven veían. Aquí, en nuestra casa... al enterarnos de esas atrocidades, todos nos quedamos mudos de espanto, atentos al menor ruido. Apenas escuchamos los

golpes en la puerta, a pesar de que Carlos intentó impedirlo, yo misma di la orden de que abrieran..., y de inmediato esa soldadesca bestial penetró con violencia en nuestra casa ordenándonos, de malas maneras, que les diéramos todo lo de valor. Sin rebelarnos, fuimos entregándoles adornos, alhajas, dinero, oro y plata... hasta la de mesa, entre bandejas, fuentes y candelabros, a la vez que otros soldados descolgaban los cuadros, rompían sus marcos y enrollaban las telas... frente a nosotros, con total impunidad. Yo sostenía la mano de mi Carlos, diciéndole en voz baja: «Por lo que más quieras, hijo, no digas nada, déjalos actuar y así pronto se irán», y, pese a toda su rabia, me obedeció. Después bajaron a la bodega y, varios toneles de nuestro añejo Montilla corrió por sus sedientas gargantas hasta que todos estuvieron borrachos... y entonces fue cuando enseguida se echaron sobre nuestras criadas, ultrajándolas a todas. Carmencita logró esconderse detrás de un armario... pero al fin fue descubierta. Y mi Carlos... ¡ay, mi Carlos! —sollozó estremecida de pena. Luego de secarse las lágrimas, prosiguió—: Él... dispuesto solo a salvar el honor de su enamorada, se abalanzó sobre el canalla que la tenía cogida de los brazos y allí... le dispararon en pleno pecho. Mi pobre hijo murió en el acto... —Mientras su tía hablaba, Diego, con las mandíbulas fuertemente apretadas y con los ojos húmedos de contenido llanto, la rodeó por los hombros. Seguido a eso, ella, con manos temblorosas volvió a secarse sus lágrimas, y continuó—: A la niña se la llevaron arriba y fue violentada por todos... Cuando esas bestias acabaron, Carmencita... también estaba muerta. Por fin... unas horas después de esas atrocidades, se marcharon.

—¡Canallas! —masculló Gustavo a la vez que se limpiaba el llanto que rodaba por sus mejillas.

—Realmente esto... es demoledor; ¿cómo es posible tanta brutalidad? —preguntó don Pedro a la vez que movía la cabeza.

—Dicen que... en las demás casas los horrores fueron iguales —continuó la dueña de casa—. También se robaron todo el dinero de la administración, la

plata y oro de los conventos... incluso los vasos sagrados, los cálices... las custodias, las alhajas de las sagradas imágenes. Mataron a infinidad de frailes; dicen que convirtieron la iglesia de Fuensanta en un abominable *lupanar* y... por tres días Córdoba dejó de ser una ciudad cristiana para transformarse en una nueva Sodoma y Gomorra. —Doña Amaranta levantó los ojos hacia Diego y exclamó sollozante:

—Querido sobrino, ¿tú crees que España podrá echar fuera a esos salvajes demonios?

Él la rodeó con sus brazos, reteniéndola unos instantes contra su pecho hasta que se calmó.

—Sí, tía, los echaremos a todos de aquí. Además de eso, le prometo que Gustavo y yo vengaremos la muerte de Carlos... y de esa pobre niña. Los vengaremos a todos los que han muerto de manera tan horrenda —le aseguró con voz serena, en la que apenas podía disimular su furia.

—Ojalá no te equivoques. Yo lo dudo mucho; los españoles estamos en desventaja y ya se sabe: no se puede atrapar a un león con una trampa para ratones. ¡Ay, Dios mío, que Él y su santa madre nos brinde el valor para resistir los demás tormentos que se nos vienen encima!

Tres días después, Gustavo y Diego, dominados por la ansiedad, comenzaron a recorrer las calles, algo más limpias y tranquilas, de la torturada Córdoba, con el deseo de averiguar las últimas noticias que llegaban desde distintos puntos de la península. Así se enteraron de que, en la batalla del Brezo, entre una columna de tres mil ochocientos franceses comandados por Duhesme, contra las tropas resistentes españolas que, en combinación con los guardias *valones*, a más de unos dos mil *somatenses* catalanes provenientes de Manresa, habían luchado hasta vencer a los imperiales. Y aquella victoria, aunque pequeña, les dio a los españoles la sensación de un ligero bienestar.

Ante la tensa espera del ejército del general Castaños, los cordobeses se encerraban en tabernas, ventas, posadas y secretas tertulias de amigos,



incluso dentro de la monumental Mezquita, para charlar, conspirar y organizar planes de ataque a la vez que señalaban en sus mapas, sitios y plazas.

Por su parte, don Pedro sentía que aquella larga espera estaba alterando sus nervios; tenía que regresar a Cádiz, pero el ejército de Castaños no llegaba y, además, doña Amaranta estaba empeñada en quedarse allí para cuidar la tumba de su hijo.

Mientras tanto, en toda la ciudad no se paraba de trabajar: mujeres y niños fundían plomo, cosían galones en los *marselleses*, emplumaban sombreros, guarnecían *charpas* y polainas, y seguían confeccionándose uniformes para equipar a varios regimientos, entre voluntarios y cuerpos francos. Además de eso, ya se había organizado la Junta de Córdoba, en la que estaban reclutados la mayoría de los delincuentes y contrabandistas de Sierra Morena y de Villamanrique junto a los del Pozo Alcon, a los que las autoridades les habían prometido, a casi todos ellos, el indulto, además del perdón. Se decía que incluso a aquel que tuviera contrabando para despachar se le pagaba para que no tuviera grandes pérdidas.

Y por fin llegó el día.

Ante el furor de toda la ciudad, bajo un sol de justicia, se hizo presente el ejército del general Castaños con la intención de salir de allí esa misma noche. Don Pedro se despidió de su hijo horas antes de que este se uniera a su ejército. Ambos, con notables gestos de pesar, se abrazaron. Diego escuchó conmovido cuando su progenitor, con apenas un hilo de voz, le decía:

—Hijo mío; ante todo recuerda que... eres mi primogénito y mi esperanza... y tu muerte no solo nos aniquilaría a nosotros; a toda nuestra familia, sino que también acabaría con nuestra dinastía. Estoy casi seguro de que otro padre en mi lugar te diría: «Diego, mucho te quiero, pero preferiría verte muerto, pisoteado por los caballos franceses, antes de que se diga que un hijo mío no disparó un tiro en defensa de su patria». Pero yo no puedo expresarme así... y solo tengo el valor de decirte esto: querido hijo, no te

expongas al plomo enemigo, ni intentes ser demasiado valiente; cuídate mucho.

Diego, con los ojos húmedos de lágrimas, se abrazó a él.

—Me cuidaré, padre, se lo prometo —murmuró emocionado. A continuación, luego de unos instantes de vacilación, le dijo—: Ahora... yo, le ruego que usted me prometa una cosa: si llegara a ocurrirme algo... quiero que la casa donde vive Trinidad Morales sea para ella, junto a las tierras que la circundan. Ya lo arreglé todo con el notario antes de partir, pero usted verifique que mis deseos se cumplan.

Por largos instantes don Pedro contempló fijamente a su hijo.

—¿Tanto la quieres, hijo? —inquirió sorprendido.

—Sí, aunque no sé de qué manera, la quiero. Desde que estamos juntos, Trinidad ha vivido solo para mí, y me siento en deuda con ella.

—¿En deuda?

—Sí, padre... por favor, ya no me pregunte nada más; solo prométame que cumplirá con lo que le pido.

Don Pedro asintió con la cabeza.

—Quédate tranquilo, si llegara a pasarte algo... yo cuidaré de que esa joven no se quede desamparada —le prometió a la vez que volvía a abrazarlo.

Rato después, cuando Diego se despidió de tía Amaranta, esta le dijo:

—Querido sobrino, te deseo mucha suerte. No permitas que ninguna bala francesa toque tu carne. Y si puedes... tal como me lo prometiste... venga la muerte de tu pobre primo y de Carmencita.

—Claro que las vengaremos —repuso Diego mientras la besaba en la frente.

Seguido a eso, se reunió con Gustavo, que lo aguardaba junto a sus caballos. Una hora después ambos jerezanos ya estaban unidos a las filas del ejército.

En ese momento el general Castaños, duque de Bailen, de mediana edad y aspecto agradable e ignota elegancia, pasaba revista a los nuevos batallones.

Diego, al observarlo con más detenimiento, notó que su cabeza tenía una visible inclinación hacia un lado; enseguida recordó haber escuchado que, durante la guerra del Rosellón, este había sufrido una grave herida en el cuello.

Minutos antes de partir, en el ocaso de la tarde, Diego buscó entre las filas, que acaban de llegar de diversos lugares, a sus amigos o a algún conocido de Cádiz... pero, por más que miró y miró, no pudo distinguir a nadie. Enseguida comprendió que era difícil reconocer a nadie entre tantos hombres cubiertos de polvo en esa hora crepuscular.

La salida de ese ejército cordobés apuntaba a ser ruidosa entre el repique de tambores y cornetas, además de la caravana de cientos de personas que, apostados a las orillas de los caminos, los aguardaban impacientes.

Era casi de noche, y la ciudad entera formó parte de aquella «fiesta» de despedida iluminada por cientos de antorchas junto a ruegos y voces que, entre llantos y plegarias, gritaban: «¡No dejéis ni a un solo francés vivo!». Al paso lento de los soldados se escuchaban aplausos mezclados con llantos y más vítores. Desde las rejas y los balcones una multitud de figuras femeninas agitaban pañuelos y tiraban besos y claveles, a la vez que un enjambre de chiquillos marchaban delante de los tambores. Y en los ribazos de los caminos una barahúnda formada por ancianos, entecos y mujeres con hijos en los brazos se agolpaba para ver mejor a la caravana de soldados que, entre nubes de polvo, levantadas por los cascos de los caballos, marchaban a los campos de batalla.

De pronto se escuchó la voz emocionada de un pregonero que gritaba:

—¡Valientes soldados que vais a morir! ¡Tened presente que vuestros nombres quedarán en nuestros corazones para ejemplo de las futuras generaciones!

Al instante otra voz aún más potente prorrumpió:

—¡Ejércitos como estos han luchado siempre con coraje y valor en esta bendita tierra de valientes! ¡Venciendo a romanos, árabes, cartagineses...!

¡En Sagunto, en Cannas, Numancia y Zama! ¡Siguiendo al mismo Aníbal!  
¡En Simancas, en Uclés, en Alarcos! ¡En las Navas de Tolosa, en Ecija, en  
Carmona! ¡Y también en Alcalá del Río de Guadaira donde, una vez  
expugnado el famoso castillo, pusieron a la vista la ciudad de los infieles, la  
que... —El eco de aquella voz fue perdiéndose mientras el ejército seguía su  
marcha.

El ensordecedor zumbido de tantas voces, junto al repique de los tambores,  
a Diego lo hacía sentirse como fuera de la realidad.

Gustavo, de pronto, echándose a reír nervioso, exclamó:

—No puedo creer que... tú y yo nos dirijamos hacia el campo de batalla  
dispuestos a matar o morir...

—Pues créelo, ambos seremos parte de toda esta locura —contestó Diego.  
Enseguida, con semblante intrigado, añadió—: Me gustaría saber dónde  
estarán mis amigos de Cádiz y de Jerez.

—Pues vaya uno a saber —replicó Gustavo—. A pesar de las bengalas hay  
demasiada oscuridad, y casi no se puede ver nada.

—Aunque fuera de día, sería mucha casualidad toparnos con alguno de  
ellos.

La base íntegra de los ejércitos de Andalucía estaba comandada por el  
general Castaños, que se había unido a las que llegaron desde Granada al  
mando de don Teodoro Reding, que era lo más selecto de la infantería de  
línea; con cientos de caballos y buena artillería. Su número excedía los  
catorce mil hombres. Después estaban los regimientos provinciales de  
paisanos que... de manera espontánea, o por imposición de las Juntas, iban  
enganchándose.

Pero en su totalidad estos solo eran regimientos provinciales... que  
ignoraban la guerra, aunque se disponían a aprenderla.

Las convocatorias habían llamado a todos los mozos de dieciocho a  
cuarenta y cinco años solteros, casados y viudos, sin hijos que mantener. Solo  
estaban exceptuados los inútiles, como cojos, mancos, ciegos etc., y los que

tenían mujeres encinta o cargos públicos.

Desde Sevilla habían salido cuatro batallones y dos regimientos de caballería. Cádiz envió el escuadrón de tiradores sumados al de todas las ciudades y villas, que unieron sus cuerpos de infantería de número regular. A Córdoba llegaron también muchos desertores españoles de las filas de Moncey, que habían sido obligados a hacer la campaña de Portugal con Junot. Con esos hombres, entre los que se encontraban guardias de los llamados *suizos* (soldados de infantería), *Corps*, *valones*, ingenieros y artilleros, se formó aquel peculiar ejército del sur... y aún creció más puesto que, como ya estaba dicho, el quince de mayo la Junta de Sevilla había indultado a todos los contrabandistas y penados sobre cuyas cabezas no pesaran delitos demasiado severos... aunque se decía que incluso estos últimos también estaban quedando libres favorecidos ante la suspensión de las ejecuciones a los reos.

Todos los pueblos, ciudades y aldeas... y hasta de las más lejanas y olvidadas villas seguían enviando escuadrones armados hasta los dientes; hombres fuertes y valerosos, la mayoría con la temeridad de los fanfarrones dispuestos a morir por la patria. Y, mezclados con todos ellos, estaban los truhanes, los contrabandistas, los merodeadores y los vagabundos de las sierras junto a los majos, chulillos e infinidad de granujas, holgazanes y pendencieros convertidos todos en guerreros al calor del fuego patriótico que inflamaba al país. Resultaba sorprendente ver cómo aquellos malhechores ponían al servicio de la causa nacional, con graciosa desvergüenza, sus malas artes aprendidas en las escuelas de la calle.

Allí estaba lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble que el país entero tenía: desde su general más hábil y el hombre más honrado... hasta el último inservible o malviviente. Esos eran los elementos de aquel ejército andaluz al que el primogénito de don Pedro Ibáñez pertenecía. «¡Han entrado a formar, en este infernal amasijo, la flor y la escoria del pueblo español!», se escuchaba exclamar a la gente mientras movía la cabeza con cierta inquietud.

¡Y era verdad!

Tal como luego, a través de los años, contarían los historiadores, «la venganza española» no dejó nada oculto; removido el seno de la patria, había echado afuera lo bueno y lo malo engendrado durante los siglos a través de su historia. Y, a sabiendas de que no alcanzaría a defenderse con un solo brazo, se dispuso a trabajar con el derecho y el izquierdo; con la verdad y la mentira, con el honor y el deshonor... con las uñas y con los dientes. La marcha de aquel dispar regimiento siguió toda la noche sin descansar.

Por donde pasaba, la gente salía a los caminos siguiéndolos entre cánticos y gritos de alegría, dando la impresión de que, ante la llegada de esos ejércitos, todos los males de la patria se eclipsaban.

Apenas arribaron a Cañetes de las Torres, en dirección al río Salado, el pelotón al fin tuvo un merecido descanso. Al momento de acampar, se acercaron a ellos una multitud de hombres, algunos demasiado jóvenes... casi niños, que pedían unirse a las filas. Los soldados más avezados los animaban a seguirlos a la vez que les enseñaban el manejo de las armas.

Por varios días aquella situación continuó igual... y junto a eso enseguida se improvisaron fiestas y bailes. De ese modo, cada vez que los ejércitos se detenían en algún pueblo o aldea, era lo mismo; apenas los jefes se descuidaban, el campamento se convertía en una verdadera feria, y de todas partes aparecían guitarras, bailarines, cantantes y mujeres... muchas mujeres. La situación caótica de la patria comenzaba a dar, a las relaciones entre ambos sexos, una peligrosa ausencia de decoro. Las viudas y las solteras se mostraban dispuestas a levantarles el ánimo y la moral a los soldados, conscientes de que iban camino a los campos de batallas; además, estaba comprobándose que las mujeres podían ser iguales a los hombres. Y cientos de féminas ya habían aprendido el manejo de las bayonetas y a valerse por sí mismas. Ante esos escandalosos hechos, los puritanos conservadores miraban alarmados cómo poco a poco la moral y la decencia se iban hacia el mismo infierno.

Durante la primera semana al ejército andaluz no le faltó entusiasmo; los víveres eran abundantes y, lo más importante, aún no se habían tropezado con los franceses... que se hallaban al otro lado del río. Diego no tardó en hacer buenas migas con sus compañeros más cercanos. Además de eso, junto a otros soldados, les enseñaba a los más inexpertos el manejo de las armas. Varios contrabandistas y algunos granujas, entre los que se contaban exsalteadores de caminos, reclutados desde diversos pueblos de Cádiz que conocían muy bien la fama del joven Ibáñez, le daban a este un tratamiento de honor que llegó a impresionar a todos los demás.

Por su parte Gustavo, seguía mostrándose triste y melancólico. Diego no se cansaba de consolarlo.

—Vamos, levanta el ánimo —le dijo esa tarde mientras le palmeaba la espalda—. Presiento que pronto volverás a estar con Rosario.

—Ojalá tuvieras razón —musitó Gustavo. Tras pasear la mirada en lontananza, agregó—: De verdad, intento levantar la moral, pero... no puedo. Además, siento que la impaciencia me carcome las entrañas.

—Eso solo es vacío en las tripas —replicó Diego mordaz.

—Es que todo esto es tan caótico... el supremo consejo celebra en la tienda del general una reunión, que ya está siendo demasiado larga, y a nosotros no nos dicen nada. —A la vez que señalaba en rededor, con visible intriga, siguió—: Mira a los soldados... unos jugando tranquilamente una partida de cartas por aquí, otros hablando de mujeres por allá. En aquel otro lado tomándose unos tragos a escondidas, y ese grupo de más allá duermen como angelitos ¡Ah, y aquella otra cuadrilla tocando la guitarra! Si observas bien, verás a un sudamericano llamado José, que entona canciones andaluzas. —Girándose hacia su amigo, con aire melancólico, añadió—: Bueno... como ya lo ves, y yo estoy muy... pero muy triste. Y también muy nervioso.

Diego, palmeándole la espalda, replicó:

—Por favor, tranquilízate; trata de dormir un rato para reponer fuerzas. —A la vez que daba una mirada en torno suyo, con ademán un tanto preocupado,

adicionó—: A mí lo que más me gustaría saber es dónde están nuestros amigos de Cádiz y mis primos de Sevilla.

—Quizás de un momento a otro lleguemos a encontrarnos y... si no es en este mundo, será en el otro ¿no? —La voz de Gustavo sonó a fatalismo.

—Pero qué pesimista estás, no te reconozco —observó su compañero mirándolo con fijeza.

—Claro, como tú no tienes esposa... Aunque Trinidad para ti es como si lo fuera, ¿verdad?, y a todo esto, ¿tú la extrañas a ella?

—Sí, claro que la echo de menos; pero me aguanto —respondió Diego sin mirarlo.

—Eso he notado... y muy bien, por cierto —replicó Gustavo ceñudo—. Poco amor y poco respeto le tienes; he visto con mis propios ojos cómo... cada vez que llegamos a un pueblo o a una aldea tú, sin hacerte de rogar, enseguida te vas detrás de los montes en compañía de alguna mujer; lo que me hace pensar que... has vuelto a recaer en tus vicios, ¿verdad? En los últimos tiempos parecías casi regenerado.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿negarme al placer? —preguntó Diego burlón.

—Eso es lo más lógico y lo más sensato. Es justo lo que yo hago.

Diego soltó una risa sarcástica y exclamó:

—Sabes muy bien que mi naturaleza no es como la tuya. Estamos a punto de enfrentarnos a una batalla en la que quizás no saldremos vivos de ella... y, ¿sabes lo que te digo?, ojalá pudiera pasar todas las noches que me quedan con mujeres..., ¡muchas mujeres!, ¡sofocado entre besos y abrazos que me impidieran pensar en nada!, sobre todo en el sitio en que me encuentro... —Acabó agitado mientras, con cierta crispación reconocía que él lo que realmente buscaba era olvidarse de Bruny... dejar de recordarla.

El ejército español se extendía por la izquierda del río Guadalquivir, en el que ocupaba los pueblos de Porcuna y de Lopera a lo largo del camino de Arjonella. Los franceses a su vez se hallaban en Andújar, con las primitivas fuerzas que habían vencido a los españoles en el Puente de Alcolea y habían



saqueado a Córdoba.

Ese mismo día la primera parte del regimiento español, comandada por el general Reding, recibió órdenes de salir de inmediato. Mientras Castaños, con la tercera y la de reserva, se dirigía hacia el puente de Marmolejo dispuesto a pasar a Andújar y atacar allí a Dupont.

Cuando el ejército pasó por Menjíbar, encontraron a su población desquiciada; hacía unos pocos días un destacamento francés había saqueado la ciudad y destruido todo lo que encontraba a su paso. Los pobladores acudían al encuentro de las tropas con lágrimas de ira y frustración. Las mujeres ultrajadas, entre sollozos, gritaban que no dejaran un solo francés vivo. En las plazas del pueblo algunos frailes, escapados de las ejecuciones, pedían el exterminio de los invasores llamándolos «hijos de Satanás». Lo peor de todo aquel panorama era que a su paso los imperiales no habían dejado un solo grano de trigo, ni un animal de granja, ni un carro, ni una mula... ni tampoco una sola gota de vino. Incluso se habían llevado las medicinas de todas las boticas y del hospital.

Ese anochecer, el ejército se dispuso a marchar río arriba y pasar al otro lado. El humor de la tropa era desapacible; había sido un largo y caluroso día sin probar bocado; además, a lo lejos se escuchaba el constante ruido de la metralla enemiga, y eso provocaba en todos los soldados más nerviosismo. Pero, en cuanto entraron al río, al sentir la grata frescura del agua, pareció que todos recuperaban el buen ánimo, por lo que Diego y Gustavo, junto a otros compañeros, aprovecharon para escribirles a sus familias. Cuando llegó la noche, pernoctaron allí mismo y, al estar tan cansados, casi todos se quedaron dormidos en el acto. Antes de que las primeras luces de la aurora iluminaran el horizonte, el batallón se puso de nuevo en marcha por la orilla derecha del río.

Después se replegaron en un lugar más bajo para aguardar las siguientes órdenes. Aunque aún no se avistaba por ningún lado al enemigo, el ruido de la metralla continuaba oyéndose cada vez más cerca. Dos horas después,

retomaron la marcha. El terreno era quebrado, lleno de matorrales, lo que dificultaba el movimiento de la tropa, que avanzaba en silencio, con los ojos fijos en el último término del suelo hacia la izquierda, desde donde se escuchaba la acción. De repente, al llegar a una loma y mirar hacia abajo, todos se quedaron paralizados. En aquel campo... franceses y españoles se enfrentaban con furia despiadada.

Junto a ese horroroso espectáculo, observaron el brillo de algo que le infundió mucho más miedo: era el escuadrón de coraceros franceses; la mejor caballería del ejército de Dupont. Los españoles inmóviles contemplaban el resplandor de las bruñidas armaduras, en las que el sol naciente producía plateados reflejos. El único rumor que turbaba el silencio del grupo era el sonido metálico que producían las espuelas; parecía como si hasta los caballos contuvieran el aliento a la vez que miraban aterrados la cruenta batalla de más abajo.

Diego, con disimulo, observó a Gustavo, que permanecía rígido sobre su montura en actitud impresionada, y no supo qué decirle. Tras eso acarició el tembloroso cuello de Rayo, que no dejaba de mover nervioso las patas, con el deseo de transmitirle confianza y aliento... los mismos que a él también comenzaban a faltarle.

De pronto, con un escalofrío se dio cuenta de que, en aquella batalla, de la que solo era espectador, podrían estar sus primos de Sevilla y sus amigos de Jerez o de Cádiz. El combate se hacía cada vez más encarnizado.

El frente español delantero comenzó a aumentar su tiroteo mientras resistía el férreo ataque de los galos que, al abrigo de sus posiciones y bien atrincherados, lanzaban un mortífero y constante fuego.

De manera repentina, una parte de la caballería recibió órdenes de ocupar un cerro a la derecha, desde donde se podía divisar con más claridad, entre chispazos de luces, la tremenda fila de corazas francesas. Los imperiales estaban en la vertiente de una loma... y todo su poderío se presentaba a la vista de los ibéricos; pero lo más asombroso para estos últimos consistía en

ver que en ese momento... ¡los coraceros eran muy pocos, incluso se los podía contar uno a uno!

Hasta ellos llegaban los relinchos de los caballos franceses a la vez que los españoles les respondían.

En ese preciso instante, desde el campo de batalla, entre un caos de hombres y bestias, la infantería francesa, resguardada por sus coraceros, se apostó delante de las nacionales mientras estos, a pesar de su inferioridad, invadieron precipitadamente la carretera. Ya nadie podía evitar la nueva contienda. El general español, entre el sonido alentador de los tambores, gritó:

—¡A la carga, mis valientes! ¡Muerte al enemigo invasor!

Ante aquella primera embestida de su ejército, y el fragor del fuego junto a la metralla y las voces de hombres y bestias, Diego sintió como si la tierra se sacudiera bajo las herraduras de su caballo. Los jefes gritaban a los soldados alentándolos al grito de «¡Viva España! ¡Viva el rey Fernando! ¡Muera Napoleón... y todos los franceses!».

En medio de un estremecimiento, a la vez que movía la cabeza, Diego le dijo a Gustavo.

—Esto se quedará grabado... en nuestro recuerdo. Y en caso de salir vivos, se lo podremos contar a nuestros nietos.

—Yo, por mi parte... creo que preferiré olvidarlo —repuso su amigo a la vez que movía frenético la cabeza. En medio de un bufido expresó—: Uffff... tengo una sensación horrible.

—No te preocupes, solo es hambre mezclada de miedo... y eso nos sucede a todos. Tranquilo, ya sabes que nadie se muere en la víspera —agregó Diego en un intento de bromear.

Gustavo, ceñudo, replicó:

—Esa es una de tus frases favoritas, pero en estos momentos no me sirve de consuelo; así que no te esmeres en alentarme.

En el terreno de abajo la batalla seguía presentándose, a los ojos de todos

los espectadores, con una ferocidad que ponía los pelos de punta; pero en esos instantes la «gloria» de cargar contra el enemigo pertenecía solo a las primeras filas. Daba la impresión de que todos esos soldados habían perdido el miedo y solo deseaban estar delante de aquellas líneas donde abatían a los franceses entre disparos y bayonetazos.

Diego y Gustavo, junto a todos los demás hombres del batallón de reserva, contemplaban expectantes aquel furioso combate en el que, llenos de bravura, los españoles causaban estragos entre los franceses y los obligaban tomar, a toda prisa, el camino hacia el pueblo de Bailen, mientras los nacionales iban detrás de ellos. Pero los caballos franceses corrían a todo escape; de ese modo, la infantería gala logró ponerse a salvo dispersándose a un lado y a otro de la carretera.

A media mañana el ejército español se detuvo para reordenar sus columnas y hacer un balance.

Los jefes se mostraban satisfechos: las pérdidas, prácticamente, eran nulas en la caballería, y con muy pocos muertos y heridos entre la infantería.

Después de recoger a los heridos y de dar una rápida misa por la paz eterna de los valientes muertos, con cautela continuaron la marcha hacia Bailen. Se tenía la presunción de que los franceses, reforzados en gran número de tropas, además de caballos y artillería, iban a presentarse de nuevo en mitad del camino para sorprender a los españoles en una triunfal carrera. Y así fue.

Al mediodía volvieron a recibir el fuego de los imperiales que, furiosos por el reciente desastre, acometieron con bríos a la vanguardia española a la vez que estos, de manera apresurada, tomaban posiciones.

La caballería de reserva donde se hallaban Gustavo y Diego aún continuaba lejos de la verdadera acción. Las tropas ligeras, ayudadas por un enjambre de envalentonados paisanos, se deslizaron por las escabrosidades más próximas. Y desde allí, escondidos entre los matorrales, comenzaron a mortificar a los franceses con fuego continuo.

De pronto la escaramuza terminó. Los nacionales, con notable sorpresa,

observaron cómo los franceses, poseídos por un súbito pavor, volvían a retroceder desbandados hacia la carretera a la vez que recogían de manera precipitada a sus heridos. ¿Qué habría ocurrido?, comenzaron a preguntarse todos: enseguida se supo que los galos habían sufrido la pérdida de un gran jefe, el general Golvert, que había caído mortalmente herido por la metralla nacional. ¡Los españoles eran los únicos dueños del campo! ¡Y sin franceses a la vista!

—¡El enemigo ha caído fulminado por las balas que salían de entre las malezas, dispuestas a taladrar el corazón del Imperio francés! —se escuchó gritar a algunas voces burlonas.

—¡Ahora, con toda seguridad, tendremos que seguir rumbo a Bailen! —afirmó otro.

Pero, para sorpresa de todo el regimiento, las órdenes recibidas fueron las de volver a Menjibar para repasar el río. Ante eso los hombres se miraron confusos... hasta que, a pesar del desconcierto, reemprendieron la marcha.

En ese momento, de entre las filas se escuchó una voz que decía: «¡Viva la Virgen del Carmen! ¡Y mueran todos los franceses!»». A esa proclama se le sumaron ruidosas exhortaciones.

Y junto a eso, una profunda fe religiosa pareció invadirlos.

Era el dieciséis de julio y en ese caluroso día, además de la evocación del Carmen, se festejaba la fiesta alusiva a la gran batalla de las Navas de Tolosa de 1212, ganada por el ejército aliado cristiano formado por los reyes Pedro II de Aragón, Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII de Navarra y Alfonso II de Portugal, contra el batallón, numéricamente superior, del califa almohade Muhammad an-Nasir. La coincidencia del lugar y la fecha inflamó de orgullo a los valientes soldados andaluces.

Minutos después se detuvieron a descansar junto al río; estaban desfallecidos de cansancio y de hambre, pero por suerte aún había un tercio de ración para cada hombre. Diego, mientras llevaba su escasa parte de comida en la mano, atravesó el campo entre los animados grupos. Al

descender hacia la orilla del río, se dejó caer sobre el suelo y, con semblante taciturno, observó impasible la marcha del agua. Gustavo lo siguió para tomar asiento a su lado.

A la vez que mordisqueaba un pedazo de pan duro, le preguntó:

—Oye, ahora soy yo el que está preocupado. Y mi deber como amigo es hacerte esta pregunta: ¿Qué te pasa? Te noto muy extraño.

—Nada... bueno, quizás también son los nervios que están jugándome una mala pasada... —respondió el aludido con ademán ausente.

—La batalla ha sido terrible, ¿verdad?, aunque nosotros no participamos en ella, no quiere decir que no nos hayamos horrorizado. Pero la alegría de haber ganado es la recompensa, ¿no crees?

—Esto solo ha sido una «fiestecilla de pólvora»; aún no ha comenzado lo peor —replicó Diego mientras comenzaba a comer—. ¿Tú crees que no hay más franceses que todos estos con los que nos hemos topado? Puede que a estas horas Vedel, que fue en auxilio de Dupont, esté ya en Bailen.

Gustavo dio un hondo resoplido y expresó:

—Hay algo que me tiene desorientado: ¿por qué volvemos a andar lo que ya habíamos andado?

—Por lo que escuché, creo que ahora iremos en busca del marqués de Coupigny para emprender juntos un nuevo ataque.

Tras unos instantes de silencio, Gustavo, a la vez que tragaba su porción, apostilló:

—¡Malditos sean!, hay momentos en que me cogen ganas de comenzar a matar... y matar franceses, ¿no sientes tú lo mismo?

—No —murmuró Diego—. Yo no siento deseos de matar a nadie. Pero, ya que tendremos que hacerlo, hagámoslo sin ensañamientos, con el lema que nos dejó el emperador Marco Aurelio: «En todo momento, en toda ocasión compórtate de tal modo que siempre se diga de ti que eres un hombre... y no una bestia».

Gustavo, con ademán despectivo, replicó:

—¡Diablos!, no creo que este sea momento para filosofar ni recitar poemas. Aquí tendremos que matar sin miramientos, porque el enemigo no nos preguntará si deseamos morir con misericordia... y sin ensañamientos.

Diego, con aire pensativo, musitó:

—Bueno, amigo, pronto llegará el momento de la verdad... y entonces cada cual hará lo que pueda y como pueda.

De pronto Gustavo, con desaliento, expresó:

—¡Dios!, cuánto extraño a mi mujer... y nuestra vida de antes. Aunque lo intento, no logro evitar sentirme tan desanimado. Y ahora... al verte a ti así, me siento aun mucho peor.

—Pues... ya lo ves; yo, al igual que tú, también siento miedo y... mucha rabia de tener que estar sometido a esta tensión tan desagradable —reconoció Diego con apenas un hilo de voz.

En ese momento uno de los soldados llamó a los jerezanos para jugar una partida de cartas. Diego, tras mirar a Gustavo, a la vez que hacia un gesto de negación, le dijo:

—Ve tú... yo ahora solo tengo ganas de echarme a dormir.

Al quedarse solo, Diego, ante la sofocación de aquel perenne sol que a su vez se reflejaba en el río, buscó cobijo entre las sombras de unos arbustos y allí se tiró sobre la caldeada tierra mientras dejaba que su mente comenzara a divagar.

Con semblante nostálgico recordó a sus padres y hermanos, a la tía Nati, a Dionisio... a Trinidad y comenzó a decirse: «¿Habrán recibido mis cartas?, ¿cómo estará Trini?, con seguridad extrañándome».

¿Y él?, ¿la extrañaba? La verdad era que, por más esfuerzos que hacía, le costaba evocar con claridad las líneas de su rostro... porque siempre, anteponiéndose a ella, a su mente le llegaba nítida la imagen de Brunilda... de la única mujer que había calado profundamente en su alma y de la que sabía era el amor perdido de su vida.

La lejana voz de un cantante interrumpió sus pensamientos. Sin moverse

Diego escuchó los graciosos versos de aquella copla:

*Ya te lo dije Fernando...  
que no vayas a Bayona.  
que Godoy y Bonaparte...  
te quitarían la corona...*

Tras permanecer un largo rato con los ojos cerrados, al fin se quedó dormido... a la vez que sus sueños volvían a poblarse de Bruny. Esa misma tarde, las tropas nacionales que acampaban a espaldas de Menjibar, se enteraron de que por algunas horas no pasaría nada. Y fue como si ante el efervescente júbilo la fatiga, aunque necesitada de descanso, desapareciera de golpe para echar un desahogo a sus corazones maltrechos.

Los cientos de hombres, desparramados por allí, volvieron a entretenerse con acertijos, cantos, dichos y adivinanzas. Algunos otros recordaban todos los incidentes de la acción de aquel último y glorioso día de batalla, mostrándose excitados al revivir lo que cada uno había hecho y lo que aún deseaban hacer, hasta que esa guerra fuera ganada por completo. Los más petulantes eran los paisanos, que creían haber protagonizado la mayor y la más gloriosa contienda de los últimos tiempos. Y, al contar a los franceses que habían mandado al otro mundo, subían las cifras, exagerando los números. Otros reían al recordar la precipitada retirada del enemigo entre divertidas carcajadas.

Al llegar la noche de verano, típica de Andalucía, con su cielo tachonado de estrellas, los hombres permanecían tendidos en la caldeada tierra a orillas del río. Había grupos que contaban anécdotas de duelos y amoríos; otros se explayaban con historias de fantasmas y hombres lobos. Los cantantes dejaban oír sus voces en románticas estrofas entre el rasgueo de una guitarra, y otros dormían con un sueño un tanto inquietos.

Gustavo, recostado cerca de Diego, hablaba con un grupo de compañeros, los mismos con los que habían confraternizado desde un principio; entre ellos



se hallaba un joven militar sudamericano oriundo de Argentina, llamado José de San Martín, el mismo al que días atrás los jerezanos habían escuchado interpretar con su guitarra, música andaluza.

Diego enseguida entabló charla con el indiano. El joven San Martín le contó que había nacido en una ciudad llamada Yapeyú, perteneciente al Virreinato del Río de la Plata. También le explicó que había estudiado la carrera militar en España en el regimiento de Murcia con asiento en la ciudad de Málaga.

—Mi bautismo de fuego fue en África, a la edad de quince años, durante el sitio de Orán —le explicó el argentino a Diego—. Y en 1795, con solo dieciocho años, luché en la Guerra del Rosellón junto al general Castaños, duque de Bailen, donde fui ascendido a Subteniente. Ahora soy Capitán del Regimiento de Borbón, encuadrado en la 2.<sup>a</sup> División bajo el mando del Marqués de Coupigny...

Diego, con notable admiración, exclamó:

—¡Vaya! Parece mentira que, siendo aún tan joven, tengas una trayectoria tan larga y fructífera, además de valiente guerrero, sobre todo por haber participado en guerras ajenas a tu país.

—Hasta ahora siempre he luchado en favor de la libertad y, espero seguir haciéndolo... —repuso el argentino con voz pausada.

Deseoso de seguir la conversación, Diego le comentó que él tenía un primo que vivía en Buenos Aires.

—Aníbal siempre me invita a partir hacia Argentina y, cada vez que recibo una carta suya, mi mente vuela hacia esos confines deseoso de ver toda esa bella tierra, con mis propios ojos. Todos los indianos que conozco me cuentan las mismas maravillas de esos países —acabó mirándolo con simpatía.

El joven criollo, sonriéndole amistoso, le dijo:

—Si tienes la oportunidad de ir a Argentina, no la dejes escapar. Porque, aunque ahora también por allí todo está muy convulsionado, es un país maravilloso.

—Si salgo vivo de aquí, quizás me decida a embarcarme hacia esos horizontes... —acotó Diego con mirada ilusionada a la vez que recordaba a Brunilda que, con toda seguridad, estaría ya por aquellas lejanas tierras del Nuevo Mundo.

—Tu ciudad también es muy hermosa —agregó el indiano.

—¿Has estado en Cádiz? Te lo pregunto porque tu cara me resulta familiar; es como si te conociera de alguna parte.

—A mí también me ha dado la impresión de conocerte.

—Quizás hayamos coincidido en alguna tertulia... —agregó el jerezano.

—Es muy posible; durante mi estadía en Cádiz estuve frecuentando muchas reuniones de camaradas, en su mayoría masones —confesó el americano en voz baja.

—¡Claro!, ahí debimos de vernos —exclamó Diego—. Algunos de mis amigos de allí pertenecen a una logia masónica y, en varias oportunidades, los he acompañado. En Cádiz hay muchos indianos como tú; entre ellos un diputado, y gran orador, ecuatoriano con el que he confraternizado mucho y al que le tengo un gran afecto; se llama José Mejía Lequerica, siempre que lo

veo nos ponemos a hablar de los problemas de América del Sur.

—Sí, lo conozco; también hemos coincidido en diversas reuniones. Tal como tú lo has dicho: la mayoría de todos los sudamericanos de Cádiz son amigos míos. En noviembre de 1803 llegó allí otro criollo nacido en Venezuela, de nombre Simón Bolívar y, como él no conocía la ciudad, le serví de cicerone mostrándosela de arriba abajo. —Tras establecer una breve pausa, el argentino agregó—: También... era muy amigo de otro venezolano, el general Solano... el extinto gobernador de Cádiz; lamentablemente, el día que lo asesinaron, yo estaba al mando de la guardia...

El jerezano lo miró sorprendido.

—Entonces... ¿tú, eras el capitán de su guarnición que...?

—Así es —lo interrumpió el sudamericano—. El mismo que, a pesar de que no pudo hacer absolutamente nada por impedir su trágica muerte, se culpó de toda esa desgracia; incluso han llegado a llamarme traidor.

Mientras el indiano, en un sorpresivo arranque sentimental se confesaba con él, Diego recordó los rumores que habían circulado luego del asesinato del gobernador de Cádiz en el que, tras ese lamentable episodio, los infundios hablaban de que el jefe de la guardia lo había dejado solo a merced de la exaltada turba.

—Ese fatídico día —prosiguió el indiano—, yo di orden de que dispararan al aire para dispersar a la enardecida horda de hombres armados e inmediatamente trancamos las puertas para evitar que entraran... pero aquello de nada valió; apenas nos dimos cuenta, la exaltada muchedumbre, arengada por cabecillas oportunistas, destrozaron la puerta de la Capitanía. Seguido a eso, por la alameda vimos venir a más de cien hombres también armados prorrumpiendo insultos al gobernador, mientras yo comenzaba a gritarle que huyera por los techos. La salvaje muchedumbre entró y destruyó todo... y, en cuanto llegaron arriba, dado que el general Solano y yo teníamos un gran parecido físico, al confundirme con él, la emprendieron a golpes contra mi persona; por suerte, algunos de mis hombres lograron sacarme de esa

situación. Luego de eso, aunque a un principio me negué a obedecer, al fin me obligaron a retirarme de allí... y ya no pude hacer nada más. Cuando me enteré de la muerte del gobernador, me quedé deshecho... sintiéndome culpable. Era un hombre de intachable honor y un incondicional amigo. Ambos teníamos una entrañable amistad de absoluto respeto. —Tras meter la mano en el bolsillo interior de su uniforme, sacó una miniatura con la esfinge del extinto general Solano; en medio de un solemne ademán, murmuró—: Me he hecho la promesa de no desprenderme de ella jamás...

Diego, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Yo creo que no deberías sentirte culpable... ni tú, ni nadie hubiera podido hacer nada por apaciguar a esos hombres ciegos de furia y sedientos de sangre, carentes de todo lo bueno que distingue a una persona bien nacida; es casi imposible detener a una masa exasperada, y fuera de control. Ni tampoco impedirles hacer lo que ya tenían en mente. Tú te viste envuelto por una situación puramente irracional y actuaste de acuerdo a tu criterio que, en ese momento, no podías saber si era bueno o malo...

—Agradezco tus palabras y tu comprensión. Te aseguro que hablar con vos de ese asunto me ha venido muy bien. Y créeme que no soy un hombre acostumbrado a desnudar sus sentimientos...

—Pues a veces viene bien hacerlo... aunque sea con un extraño —respondió Diego con una alentadora sonrisa.

No pudieron seguir con la charla; cerca de ellos un grupo compañeros comenzó a tañer guitarras y a cantar hasta causar, en torno a esa parte del campo, un gran alboroto. Rato después, en bullicioso parloteo, todos se dedicaron a cambiar opiniones de los aciertos, y los errores cometidos por ambos bandos... hasta que por último la conversación recayó en las mujeres. Y allí los semblantes de todos comenzaron a relajarse a la vez que recordaban cada uno a sus madres, novias, esposas y amantes.

Al día siguiente por la tarde, tras haber andado y desandado varios kilómetros sin llegar a encontrar al otro ejército, el batallón, exhausto, volvió

a detenerse para descansar echados, de cualquier manera, sobre la cálida tierra.

Gustavo, sentado al lado de Diego, con desanimado gesto, le susurró:

—Hace días... que no hago más que pensar en Rosario... y en mi padre. Los extraño tanto... pero más a mi mujer. Me gustaría tener tu aplomo y... — se quedó callado unos segundos y, mirándolo muy serio, con voz ansiosa agregó—: Diego, ¿qué significa para ti... la muerte?

Ante la inesperada pregunta de Gustavo, Diego contestó:

—Ufff... ¡pero qué pregunta más tenebrosa y retorcida me haces!

—Respóndeme, por favor.

Después de unos instantes de silencio, el amigo replicó:

—Pues no sé qué decirte: quizás sea algo... a lo que creo no debería temerle, ¿verdad? —Echándose a reír, siguió—: La muerte es mujer... y ya sabes lo bien que me llevo siempre con ellas. De modo que, cuando esa lúgubre y temida señora venga a por mí, que espero que tarde mucho, me esmeraré en conquistarla y formar con ella una placentera relación; porque esa sí que será una unión para toda la eternidad.

—¡Demonios! Contéstame sin chanzas —replicó Gustavo agitando los brazos.

—Tranquilo, compañero, y controla tus nervios —exclamó Diego, mirándolo preocupado—. Diablos, Gustavo, estás perdiendo del todo tu sentido del humor; te aconsejo que trates de conservarlo pues eso, en medio de un campo de batalla, es lo único que nos mantendrá cuerdos. Bueno... contestando a tu pregunta, te confesaré que para mí la muerte es... la nada; dormir un sueño eterno, solo eso.

—Yo también tengo esa sensación. Y de verdad, esa posibilidad me aterra un poco, creo que aún somos jóvenes y...

—Querido amigo... —lo interrumpió Diego—, ahora tratemos de relajarnos y no pensar en acertijos tan lúgubres, ni en cosas tristes. Lo que tenga que pasar pasará sin que tú ni yo... ni nadie, pueda impedirlo —acabó

Diego poniéndose de pie. A la vez que le extendía la mano, le pidió—: Ven, vamos a reunirnos con el grupo del argentino San Martín; realmente da gusto hablar con él. Su valentía y su arrojo es impresionante... incluso la forma que tiene de mirar la guerra resulta increíble.

En silencio Gustavo lo siguió. Mientras la noche avanzaba, el sonido de las conversaciones fue apagándose. Al llegar la alborada, el ejército retomó la marcha. En todos los pueblos por los que seguían deteniéndose encontraban a su gente en acciones reservadas, confabulados en conspiraciones justicieras contra los franceses, en las que intervenían hombres, mujeres y niños, deseosos de destrozar al invasor de una forma o de otra.

Por su parte, el cuerpo de los valientes paisanos perseguían implacables a los galos con tanta rapidez y astucia que, cuando estos querían defenderse o contraatacar, no veían a nadie. De ese modo el enemigo no encontraba asilo en ningún sitio, viéndose acorralado entre los límites del Cuartel General. En cada lugar de España el «Gigante» que había incendiado pueblos y destrozado ciudadanos no podía dar un paso sin encontrarse con un avispero que, con apagados zumbidos, insertaba sus mortíferos agujijones.

Ese día por la tarde, después de un largo camino, la tropa de Diego y Gustavo pudo al fin reunirse con la otra división. Seguido a eso, ambas unidades, tras cambiar informes, se abastecieron de comida. Ya en plena noche emprendieron el temido camino hacia el pueblo de Bailen.

Se sabía que el ejército imperial, comandado por Dupont, continuaba en Andújar, reforzado ahora por las divisiones del general Vedel, lo que hacía preguntarse a los nacionales si ya se habrían trabado en lucha con el tercer ejército español; la mayoría creía que sí.

Y, mientras aguardaban el momento del «verdadero drama», el batallón español de avanzada comenzó a desparramarse por las sierras al norte de Andújar y así llegar a todos los pueblos y caseríos que circundaban el Cuartel General Francés.

Cuando el ejército de Diego llegó a Bailen, era muy avanzada la noche.

Todos se quedaron sorprendidos de no ver al enemigo cerrándoles el paso. Y mientras el escuadrón terminaba de arribar al pueblo, sus habitantes se desbandaron al paso de la comitiva alertándolos, entre gritos y proclamas, que la división de Vedel ya había pasado por allí saqueándolo todo.

—¡Los malditos se llevaron hasta la paja de los caballos! —explicó el alcalde entre furioso y consternado.

Mientras tanto, en Cádiz, durante esos aciagos días, se respiraba una atmósfera de tristeza, nerviosismo e incertidumbre, que comenzaba a hacer estragos entre sus habitantes, por lo general alegres y despreocupados.

Los constantes rumores que llegaban hasta allí aseguraban que «¡los franceses, a excepción de Cádiz, recorren libremente los caminos de toda Andalucía!». En todos los barrios delante de las casas, de las iglesias o de los teatros se formaban corros de hombres y mujeres, comunicándose los últimos sucesos, a la vez que intentaban consolarse mutuamente unos a otros, dándose ánimos. Para peor, las noticias iban y venían con tanta rapidez que las personas siempre terminaban confundiendo las fechas, los lugares y las circunstancias.

A doña Clemencia, que junto a sus hijos aún seguía en casa de su hermana, la desesperación no la dejaba vivir. Por su parte, Gertrudis se pasaba las horas llorando por los rincones; desde que Wilbur se había reincorporado a su regimiento, no tenía noticias suyas, ya que su familia también había partido hacia Inglaterra.

El señor Ibáñez repartía su tiempo entre Jerez y Cádiz en un vertiginoso ir y venir. En las bodegas casi no habían quedado operarios jóvenes, por lo cual el trabajo allí era más difícil de llevar a cabo.

Ignacio, cada vez que su padre iba de visita, participaba junto a él de todos los coloquios y reuniones donde se hablaba de la guerra, sobre todo de las expectativas de posibles victorias. Y era él mismo quien, agachado sobre un gran mapa, movía, sacaba y volvía a poner las banderitas españolas y francesas, verificando las avanzadas y retrocesos de cada uno de los

regimientos; a la vez que se lamentaba por no poder aún salir a «matar franceses».

Cuando la primera carta de Diego llegó a Cádiz, doña Clemencia y su hermana se echaron a llorar. En la misiva el ausente solo les contaba anécdotas divertidas, asegurándoles que Gustavo y él se encontraban en perfectas condiciones, y bastante aburridos de cabalgar sin llegar a ningún destino, ni tampoco de participar en una sola batalla. Doña Clemencia, a la vez que elevaba la mirada al cielo, musitó:

—Hace ya varios días que la envié, ¿cómo estará ahora? Señor, devuélvemelo sano y salvo. Y que por favor... Diego y Gustavo acaben así... sin participar en ninguna contienda.

En Jerez, don Sancho y su nuera también habían recibido carta de su hijo. El primero de ellos, al terminar de leer la suya a la vez que juntaba las manos sobre el pecho, con lágrimas en los ojos expresó:

—¡Dios mío! ¡Por favor, que no le pase nada malo!

Rosario, aunque aún no estaba segura, tenía la sospecha de que esperaba un hijo, y en medio de sofocados llantos, leía y releía la carta de Gustavo.

Por su parte Trinidad Morales, sumida entre dolorosos presagios, pasaba los días recluida en la casa que había compartido con Diego... tantas horas de pasión. Y solo salía a dar cortos paseos por los alrededores o para ir a misa muy temprano, suplicándole a Dios que «el amor de su vida», regresara pronto a ella. Por las noches, a pesar de la ingesta de tisanas para aplacar la ansiedad, permanecía despierta entre plegarias y amargos llantos. Y, cuando lograba dormirse, sus sueños se poblaban de espantosas pesadillas. Para ella la vida sin Diego no era vida ni era nada. Y lo peor de todo era pensar que... ni siquiera había llegado a concebir un hijo suyo. Esa mañana Pura, al regresar de la Plaza del Mercado, entró corriendo a la casa.

Mientras sacudía un sobre en sus manos, le gritó:

—¡Es una carta del señorito don Diego! ¡Me la acaban de entregar!

Trinidad la miró con notable desazón. Luego, llena de tristeza, comenzó a



llorar.

Su doncella, asustada, le dijo:

—Ande, mi señora, léala usted antes de sufrir tanto; con seguridad se trata de buenas noticias.

Trini, sin ocultar el temblor de sus manos, despegó el lacre del sobre.

Tras observarla con inusitada congoja, se la extendió a Pura.

—Por favor, léela tú. Yo... no sé leer.

La criada la miró fijamente.

—Pues, sí que estamos aviadas. A buen monte viene usted a por leña, mi señora... que yo tampoco sé leer —respondió con una nerviosa sonrisa.

Desolada, Trinidad se mordió los labios.

—Esperaremos a que llegue Pepín —murmuró a la vez que se daba cuenta de que Diego nunca se había enterado de que ella era analfabeta.

Apenas el jovencito apareció por la puerta, ella, extendiéndole la carta, le ordenó:

—Tú sabes leer y escribir; dime lo que dice este papel. Es del señorito Diego.

Pepín cogió la carta y, dejándose caer en el sofá, comenzó con su lectura:

—*Arjonella, julio de 1808: mi querida Trini, ojalá que cuando recibas esta carta te encuentres bien. Solo tengo el tiempo suficiente para decirte lo mucho que te extraño, aunque hace apenas unas pocas semanas y tu recuerdo me hace anhelarte de manera continua. Por las noches dentro de mí se me despiertan los deseos de tenerte junto a mí y estrecharte entre mis brazos...* —Pepín se removió nervioso en su asiento, y prosiguió—: *Para luego fundirnos en medio de esa loca pasión que ambos sentimos en cada entrega de nuestros cuerpos. Y en este confinamiento en que me encuentro, las horas no pasan nunca y la ansiedad nos produce desesperadas ansias de regresar a casa. Cuídate; te besa apasionadamente, Diego.*

Al terminar, Pepín levantó la cabeza y observó a Trinidad. Esta parecía estar, más que contenta o avergonzada, sumida entre una maraña de

intrincados pensamientos. Con semblante angustiado, miró a Pepín y le preguntó:

—¿En ninguna parte... de ese papel dice: «Te quiero?».

—Pues no, aquí solo dice que desea estrecharla entre sus brazos... y fundirse en medio de... —el jovencito parecía gozoso de repetir aquellas palabras.

—¡Bueno, ya basta! —gritó ella interrumpiéndolo disgustada.

—Pero qué muchachito más atrevido eres; debería darte vergüenza, siendo aún tan niño...—lo amonestó la doncella mientras resoplaba con notable acaloramiento.

—Perdón, yo solo he repetido lo que dice la carta... y es lo que dice mi señor don Diego —murmuró Pepín entregándosela a su ama.

A Trini los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Cuanto le hubiera gustado escuchar: «¡Al estar lejos de ti, me doy cuenta de lo mucho que te quiero!».

¿Tanto le costaba a su amante pronunciar esas dos palabras? No obstante, ese detalle, se sentía dichosa de saber que él estaba bien, y de que al menos se hubiera acordado de ella.

## SANGRE, LÁGRIMAS Y DESALIENTO

Mucho antes del amanecer del día dieciocho de julio, en medio de la oscuridad, el ejército recibió la orden de salir al encuentro de Dupont. Apenas el batallón se puso en marcha, Diego, codo a codo con Gustavo, ante la difusa luz de la luna, observó la interminable procesión mientras serpenteaban el extenso terreno el cual se destacaba sobre la blanquecina tierra hasta confundirse con los oscuros olivares.

Hombres y animales marchaban silenciosos: delante iban unos cuatro mil hombres de infantería, escoltados por seis cañones y un gran número de carros, seguidos por otros grupos con sus generales, además de dos regimientos de coraceros y otros cuatro cañones. Después iba el escuadrón de caballos de reserva en el que se hallaban Diego y Gustavo... y al final, otra

cuadrilla de segundos jefes con quinientos hombres a pie, que avanzaban con precaución, mientras custodiaban las dos leguas del convoy.

De repente se escuchó un disparo, luego otro... y, simultáneamente estos se multiplicaron. Durante largos minutos todos se quedaron mudos a la vez que intentaban taladrar con la mirada, a través de la oscuridad. Tras eso comenzaron a oírse opiniones contradictorias mezcladas con nerviosos susurros. Los generales corrían hacia la izquierda del camino, mientras los jefes de los batallones aguardaban órdenes del Estado Mayor.

Diego oía a su corazón golpearle el pecho; «¿Estamos ya frente a las temibles tropas de Dupont?», se preguntó mientras experimentaba una punzada de resignada inquietud. Gustavo, acercándose a su lado, a la vez que exhalaba un suspiro, balbuceó:

—Amigo... presiento que... se nos acerca la hora decisiva. Bueno... quizás con la ayuda de Dios, podamos salir vivos de ella...

Diego lo miró entre serio y preocupado. Tocándole cariñoso el hombro, sin dejar de sujetar las riendas de su caballo, le dijo:

—Yo creo que... a nosotros aún no nos tocará salir. Pero tú, pase lo que pase, por favor... cuídate mucho y actúa con precaución. —Seguido a eso, mientras acariciaba el tembloroso cuello de Rayo, le susurró—: Sosiégate, compañero; espero que alguna vez puedas perdonarme por haberte arrastrado hasta este infierno provocado por la locura de los humanos.

En ese momento se oyó la estridente voz de un oficial que confirmaba lo que todos sospechaban: «¡Los franceses vienen a nuestro encuentro! ¡Soldados! ¡Frente a nosotros tenemos a Dupont!».

—¡Mira tú al señoritín! —se escuchó decir a alguien—. ¡Nosotros preparándonos para ir a buscarlo! ¡Y él solito llega a nuestro encuentro!

A continuación, comenzaron a escucharse los disparos cada vez más cerca.

—¡Sí! ¡Ahí están los malditos! —replicó Gustavo a la vez que miraba a ciegas hacia la oscuridad.

En aquel amanecer, ante las sombras de los árboles y de la serranía, aún era

muy difícil lograr distinguir nada de lo que ocurría a lo lejos. Solo se podía adivinar. Los generales comenzaron a impartir otras órdenes.

Ante esas nuevas disposiciones, el escuadrón de Diego y Gustavo volvió a quedar de reserva.

Las tropas que permanecían en las calles del pueblo se dispersaron mientras la caballería era sacada de la carretera por el lado derecho. Con la llegada del nuevo día, la oscuridad fue disipándose. La luz, única cosa que faltaba para comenzar la nueva batalla, había llegado. Y con esta todo pareció aún más terrible. Los hombres comenzaron a observarse entre sí junto a sus tropas.

El centro de la fuerza nacional permanecía junto a la carretera con la espalda hacia Bailen. La hilera de cañones ocupaba el centro a un lado y al otro del camino custodiado por la infantería.

A la izquierda estaba el general Coupigny con los regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y la Caballería de España: a la derecha la Caballería de Farnesio, los *tercios* de *tejas*, los *suizos*, los *valones*, el regimiento de Órdenes, el de Jaén y los voluntarios de Utrera.

Y... a lo lejos, moviéndose sin cesar, las imponentes masas enemigas. Los franceses ocupaban la carretera en dirección a Andújar junto a un espeso olivar situado frente a la derecha española, que servía de resguardo al ala izquierda. Habían invadido también los cerros del lado opuesto con la infantería y con un regimiento de coraceros. A su espalda se hallaba el arroyo Herrumblar.

La artillería española continuaba en silencio... y de pronto los imperiales, llenos de rabiosa fiereza, con el ánimo de aterrar a sus enemigos, acometieron a una columna de vanguardia y la aniquilaron casi por completo.

Ante esas escenas, en el semblante de casi todos los españoles se denotaba el miedo mientras los escapularios pasaban de mano en mano entre oraciones pidiéndoles ayuda al cielo. A continuación, justo en ese instante, un estruendo retumbó en el aire. Las columnas francesas del ala derecha, desplegándose raudas, rompieron el silencio entre reiterados disparos contra

la izquierda ibérica. Aquella nueva y brutal embestida de los franceses produjo confusión y pánico entre las filas españolas.

La táctica de los franceses consistía en atacar con saña los puntos más débiles para descolocar al enemigo... y pareció que iban consiguiéndolo. Los nacionales retrocedieron, pero enseguida, al amparo del fuego de la Caballería de España, que cargó contra los franceses, retomaron la ofensiva.

Ante eso, los imperiales parecieron vacilar. Pero enseguida una gran parte de las fuerzas, que habían salido de los olivares, pasaron al otro lado y sin dar tiempo a defenderse, la artillería enemiga provocó estragos entre los españoles. Ambos frentes se abatían con horroroso ensañamiento.

Diego y Gustavo, junto a sus compañeros que permanecían en la parte de mayor altura, observaban impávidos el encarnizado combate. Sin apartar la mirada de la sangrienta batalla, en la mente de Diego se formó de pronto un vacío carente de sonidos; solo eran movimientos haciéndole recordar las escenas de antiguos cuadros en los que se representaba feroces combates que los pintores, de manera cruda y estremecedora, habían dejado impresa. Poco a poco Diego volvió a escuchar los atronadores sonidos. Tras apartar los ojos de allí, los cerró con fuerzas.

A esa hora temprana del día, el sol caía de lleno sobre aquellos guerreros arrancando de las hojas de las bayonetas y las corazas chispas de plata a la vez que, ante el fragor de la batalla, los cañones descargaban su plomo en sonoros chasquidos a través del aire.

Rato después, a la orden de los jefes, las líneas ibéricas se reorganizaron hasta volverse compactas y comenzaron de nuevo a avanzar sin detenerse. En el momento en que las patas delanteras de los coraceros imperiales se precipitaban contra los pechos de los soldados españoles, se produjeron otros brutales enfrentamientos cuerpo a cuerpo mientras estos últimos rechazaban a los animales con haces de bayonetas hasta hacerlos caer... y ya en el suelo remataban a sus jinetes.

La tarde moría cuando el ala francesa se dispersó replegándose hacia la

carretera mientras que la derecha se sostenía a la defensiva. El centro español cañoneaba para mantener en jaque al enemigo a la vez que una parte de sus fuerzas acudían a la izquierda con gritos de júbilo posesionándose del lugar que... un poco antes había estado en poder del enemigo.

En ese momento, cuando los franceses vieron aglomerarse en su centro a las seis piezas de la línea española, fue presa del pánico. Para los españoles, aquellos momentos fueron álgidos. ¡Habían logrado hacer retroceder a los imperiales hasta el otro lado del puente del río Rumblar!

Finalmente, los soldados de ambos bandos entraron en una corta tregua. Mientras se tomaban decisiones para rechazar o soportar un segundo ataque, los nacionales retiraban apresuradamente a sus soldados heridos.

Se sospechaba que los franceses no tardarían en intentar la adquisición del puente perdido. Y así fue... enseguida llegó el segundo ataque. Y entonces... la infantería hispánica, desplegándose en guerrillas a un lado y a otro del camino, atacaron a los galos con incansable y mortífero tiroteo.

Seguido a eso, los franceses volvieron a lanzar sus cabalgaduras por el puente. Pero, tras una pequeña ventaja, tuvieron que retirarse mientras los soldados españoles los acribillaron a bayonetazos hasta dejar un tendal de caballos y jinetes en el suelo, y otros precipitados por encima de los pretilos al lecho del río.

A pesar de aquel desastre, los imperiales volvieron a poner en marcha a la caballería de reserva y atacaron a los desprevenidos nacionales con tanta fuerza que varios regimientos de línea retrocedieron aterrados. De ese modo, quizás con el único deseo de resguardar sus vidas, abandonaron aquel diminuto puente... disputado por dos naciones. El mal sabor de la derrota fue notable en la moral de los íberos.

Pasados unos minutos, los generales comenzaron a gritar dándoles ordenes con palabras fuertes y llenas de entusiasmo: «¡Arriba esos ánimos! ¡Sin valor no hay glorias!». «¡Somos españoles, y nuestra pasada grandeza nos obliga a luchar hasta morir! ¡Andalucía nunca será para Francia!».

Cada jefe iba inyectándoles energía, a la vez que restaban importancia a esa derrota. Finalmente pareció que aquellas proclamas hicieran efecto.

De manera repentina todo el batallón dio muestras de sentir de nuevo el suficiente valor para proseguir la lucha. En esos mismos instantes uno de los generales terminaba de dar su discurso y otro estruendoso «¡Hurra!» partió de miles de gargantas. Enseguida se pudo observar cómo se individualizaba un ejército ante el sentido del deber y de una posible victoria.

Por todas partes se escuchaban padrenuestros y avemarías, junto a plegarias oficiadas por algunos clérigos dirigidas a Dios. Ese espectador de las alturas que con toda seguridad miraría horrorizado las barbaridades que cometían los hombres... bajo el cielo.

Cuando dieron las seis de la mañana de aquel diecinueve de julio, el calor era sofocante. Los hombres se mostraban nerviosos; ninguno de ellos había comido nada desde hacía más de veinticuatro horas. Pero aquel malestar era insignificante, comparado con la sed y la sensación de agobio de pensar que el agua se hallaba muy lejos de ellos. Desde el pueblo de Bailen salían grupos de mujeres con cántaros y botijos; pero ese escaso auxilio solo alcanzaba a una pequeña parte de la tropa.

Aquellas valerosas mujeres, sin importarles estar expuestas al peligro del enemigo, llevaban sus alcarrazas a los artilleros del centro, que eran los puntos de mayor amenaza, puesto que a ellos les era necesario estar alertas. Todos se disputaban el preciado líquido y la mayoría de las veces, ante la obstrucción de tantas manos, los cántaros y los botijos se rompían.

Desde las fuerzas de reserva, Diego y Gustavo, junto a sus compañeros, miraban impresionados aquellas escenas. Rayo golpeaba su pata contra la tierra a la vez que desde su nariz dejaba escapar un nervioso bufido.

Al mismo tiempo todos los soldados ibéricos permanecían al acecho, atentos a cualquier movimiento anómalo, mientras se preguntaban cuál sería el sitio elegido de los franceses para atacar. Se tenía en claro que para Dupont intentar llegar hacia Bailen, por el ala izquierda, sería muy peligroso ya que

allí, en la Cuenca de Gardiel, la posición de los españoles era privilegiada.

De ese modo se esperaba que atacaran por el ala derecha. Y así fue... El combate comenzó bruscamente, con inusitada fuerza. Los artilleros franceses, deseosos de abrir un gran boquete que les diera paso, comenzaron a arrojar plomo sin interrupción para hostigar a los españoles, que se replegaron en líneas de varios batallones, mientras los de reserva avanzaron para restablecer las disposiciones.

La primera arremetida fue favorable para los íberos que, amparados por sus artilleros, lograron repeler al enemigo. Pero de pronto... de aquellos espesos olivares, que antes permanecían silenciosos, comenzaron a salir franceses... y más franceses los que caían sobre los desprevenidos españoles abatiéndolos sin misericordia. En un instante ambas líneas se confundieron en una nube de humo y polvo. Por largo rato no se pudo ver cuál llevaba ventaja.

Desde donde se encontraban, Gustavo y Diego, junto a sus compañeros, observaban impotentes la lucha cada vez más despiadada, creándose entre todos ellos síntomas de confusión mientras se entrechocaban unos con otros.

Los jefes españoles arengaban a sus soldados, que seguían enfrascados en la lucha, casi cuerpo a cuerpo, dándoles ánimos... recordándoles que no debían dejarse vencer; de lo contrario, los franceses serían dueños de toda Andalucía: «¡Recuerden a sus madres, sus hermanas, sus novias... sus esposas...!», les gritaban enardecidos. Y ellos mismos se ponían a las cabezas de sus columnas para contener a los que flaqueaban a la vez que excitaban con ardorosas palabras, a los más valientes que se lanzaban al ataque ciegos de furia.

El regimiento de Órdenes acabó arrojándose sobre los imperiales... con tal serenidad que dejó a todos sus compatriotas con la boca abierta. Pero la metralla y la fusilería enemiga arreció de tal modo que casi toda la primera fila del regimiento cayó aniquilada. Enseguida, sobre los cuerpos inertes de sus compañeros, pasó la segunda, para continuar con el fuego. Gustavo, con el rostro pálido y desencajado, se acercó a Diego.



—¡Dios mío! —exclamó a la vez que se secaba el sudor—. Estoy aterrado, creo que si me bajara del caballo, mis piernas no podrían sostenerme.

—Ya te lo dije; no hay soldado que no tenga miedo en una batalla —replicó su amigo un tanto compungido. Mientras intentaba continuar darle más ánimos, agregó—: ¿Y sabes algo más?, creo que siempre... detrás de un gran valiente se esconde un gran cobarde.

De pronto un estruendo infernal los interrumpió... era el crujido de las poderosas cureñas que muy cerca de ellos rebotaban en el suelo mientras las mulas, castigadas sin piedad, arrastraban los pesados cañones para enfilear el eje hacia las líneas enemigas. Seguido a eso, unas tras otras comenzaron a escupir un diluvio de puntas de hierro hasta contener la marcha del frente francés.

A continuación, las primeras filas donde se encontraban Diego y Gustavo recibieron órdenes de ponerse en marcha. Los caballos relinchaban frenéticos, algunos casi encabritados, mientras los hombres apretaban con fuerza la empuñadura de sus sables. ¡La caballería de reserva iba a salir a la carga!

Diego ciñó las riendas de Rayo agachándose hacia él para calmarlo. Al volver la cabeza, vio que se les acercaba un general que se plantó junto a ellos. Era el marqués de Coupigny, un hombre rubio, alto y fuerte; el batallón esperó que el general dijera un pequeño discurso, pero este, con ademanes enérgicos, tras disponer la dirección del movimiento, exclamó:

—¡Viva Andalucía! ¡Mueran los franceses y su emperador! ¡A la carga... mis valientes! ¡Nuestra tierra jamás será francesa...!

Y, al paso redoblado de los tambores, el batallón de reserva fue desplegándose. Aquel escuadrón de caballería española cayó sobre el enemigo como una avalancha, seguida de las restantes. La acción era encarnizada; los caballos bramaban de ciego furor, sintiéndose heridos a fuego y hierro. Algunos caían aprisionando con sus cuerpos a los jinetes, y otros se arrojaban con más fuerzas hasta despedazar todo cuanto hallaban

bajo sus patas. Los de la primera fila lograron provocar un gran destrozo entre los imperiales; la segunda se preparó dispuesta a lanzarse con doble furia sobre el enemigo.

Rayo, dando la impresión de hallarse desbocado, amenazaba con seguir de largo y atravesar las líneas francesas. Al fin Diego pudo contenerlo a tiempo, hasta hacerlo retroceder hacia su posición. Con el alma en vilo buscó a Gustavo, pero, por más que observó en rededor, no pudo distinguirlo.

De forma repentina... una ráfaga de metralla taladró los oídos de Diego, a la vez que otro sonido... más escalofriante, como de huesos rotos, lo dejaba paralizado; al volverse a mirar vio caer de sus caballos a varios hombres con las cabezas totalmente destrozadas, mientras los animales echaban a correr despavoridos. Y allí de pronto Diego volvió a sentir que se quedaba completamente sordo. Sus ojos miraban alucinados el fragor del combate: las gesticulaciones de horror de los hombres y de las bestias, el humo del fuego cruzado, las ramas y troncos de los árboles cayendo al suelo... todos eran movimientos sin ningún sonido.

Por unos instantes pensó que era presa de una atroz pesadilla... y, sin darse cuenta, un sollozo estalló en su garganta. Aunque no podía pensar con claridad, solo una cosa tuvo clara: estaba vivo de milagro. Y las ganas de salir huyendo de ese lugar, al igual que las de su caballo, parecieron apoderarse de él. Con una mueca de horror cerró los ojos... hasta que unos minutos después, lentamente comenzó a escuchar de nuevo el escalofriante fragor de la batalla... junto a los silbidos de las bombas y el destrozo de la metralla. Por varios segundos se quedó absorto con la vista fija en el suelo cubierto de cadáveres, en una confusión de hombres y caballos, algunos aún agonizantes. Rayo continuaba sacudiéndose nervioso con violentos corcoveos.

En ese preciso instante Diego escuchó que alguien lo llamaba; era el argentino José de San Martín que, en medio de señas, le gritaba:

—¡Cuidado! ¡Ahí... detrás de ti...!

Al volverse a mirar, Diego vio a varios franceses que, tras surgir de entre los olivos, se acercaban a él con las espadas en alto a la vez que el sudamericano, en compañía de otro grupo de españoles, avanzaban por la derecha. Tras proferir una maldición, el jerezano corrió a reunirse con sus compañeros trabándose junto a ellos en una encarnizada lucha. Los aceros de las espaldas despedían chispas que se esfumaban antes de caer al suelo. Diego manejó el sable con hábiles estocadas hasta lograr abatir a varios enemigos. Rayo intentaba cumplir las órdenes de su amo, pero había momentos en los que se encabritaba como si deseara salir en estampida de aquel infierno.

Los combates parciales entre españoles y franceses siguieron con implacable furia. Y fue necesario que la Caballería de España, traída desde el ala izquierda, reforzara la de ellos para no perderse sin remisión. En un corto intervalo de tiempo, Diego se vio próximo a la muerte varias veces. Pero tuvo suerte, ya que ni él ni su caballo fueron alcanzados por la metralla, ni por las bayonetas enemigas.

Y así continuó luchando hasta que él y los suyos acabaron con la mayoría de galos que atacaban en ese flanco. Apenas la batalla calmó su intensidad, Diego picó espuelas y guió a su corcel hacia donde suponía que estaba Gustavo. Tuvo suerte; al llegar pudo verlo de pie trabado en una lucha cuerpo a cuerpo con un imperial. Diego corrió en su ayuda y, tras dar pruebas una vez más de tener un formidable pulso en el manejo de su espada, la usó con destreza hasta abatir a varios galos. Cuando vio que su amigo estaba ya a salvo, le gritó:

—¡Allí hay un caballo sin jinete! ¡Corre, atrápalo!

Gustavo, tras recoger su sable del suelo y, luego de mirar con visible pena a su hermoso corcel que yacía sin vida, de un salto montó al otro animal.

Cuando se acercó al lado de Diego, con nervioso ademán, le dijo:

—¡Gracias, hermano! ¡Te... la debo, de no haber sido por ti...!

No pudo continuar; en ese momento el combate arreciaba con mayor

ímpetu, era como si cada vez hubiera más imperiales que salían de todos lados.

La batalla volvió a transformarse en un verdadero infierno en medio del asfixiante calor y el aire enrarecido por el polvo y el espeso humo. Cuando al fin el combate se extinguió, los supervivientes de aquel diezmado batallón se quedaron inmersos en un estado de completa lobreguez.

Diego, exhausto, con el pulso acelerado, la garganta seca y las ropas empapadas de sudor, buscó con la mirada a Gustavo, pero ya no pudo hallarlo. Al ver que en ese momento su grupo retrocedía, tras tirar con fuerzas de las bridas de Rayo, le gritó:

—¡Vamos, compañero! ¡Salgamos de aquí!

El animal, con las orejas plantadas, salió disparado.

Unos instantes después Diego lo detuvo al amparo de unos peñascos. Cauteloso, se dirigió hacia el otro extremo. Con el corazón oprimido y con cierto temor contempló aquellas inmediaciones: a su alrededor no había nadie con vida; todo era desolación y muerte. No quiso pensar que Gustavo podía estar entre los muertos desparramados por doquier.

Esa posibilidad se le hizo intolerable. Mientras evitaba desquiciarse, al volver a escuchar el ruido de continuos disparos, decidió regresar de nuevo al campo de batalla en el que españoles y galos aún seguían trabados en furiosos combates.

—Lo siento, Rayo, pero debemos entrar de nuevo en la lucha, ¡rápido...! — exclamó, mientras el penetrante silbido de las balas, muy cerca de ellos, taladraba sus oídos.

El caballo bajó de la loma al galope.

Pero de pronto, antes de llegar abajo, Diego notó que su cabalgadura flaqueaba de los cuartos traseros; un terrible miedo lo asaltó hasta nublarle la vista.

—¡Vamos, amigo! ¡Camina!, ¡camina! —le pidió desesperado mientras sentía que Rayo continuaba flaqueando— ¡Sostente, por favor...! —siguió

obligándolo a dar la vuelta en dirección a una planicie rodeada de altas rocas, pareciéndole un lugar más seguro.

Sabia que Rayo estaba herido, y el terror le aceleraba el corazón hasta causarle hondas dilataciones en la cabeza. Pero, asimismo, trató de convencerse de que solo era una rozadura sin importancia.

Por unos instantes el animal, a la vez que luchaba para no caer, continuó erguido con su marcha a trote corto en dirección opuesta al combate donde Diego lo guiaba. Y así continuó, quizás al comprender su deber y lealtad hacia su amo... hasta que ya no pudo más. Con notable inestabilidad dio algunos vacilantes botes y terminó vencido. Diego apenas tuvo tiempo de saltar, cuando su caballo caía pesadamente al suelo. Obligándose a contener el llanto, se quedó mirándolo perplejo.

Rayo tenía una herida en el vientre y otra en el cuello por donde, irremediablemente, se le escapaba la vida. Pero aun así el noble bruto intentaba incorporarse.

—¡No me dejes, compañero! ¡No te mueras! ¡Resiste... resiste por favor!  
—gritó tapándole el orificio del cuello mientras procuraba contener el flujo de sangre que manaba a chorros.

Su voz se perdió en un triste eco.

Con los ojos nublados por el llanto, lo vio quedarse muy quieto, indiferente al dolor y al rugido de la metralla. En medio de su inmensa pena, Diego dejó que las lágrimas corrieran por su cara hasta transformarse en sofocados sollozos.

Le pareció una verdadera perfidia llorar por su caballo, en medio de un campo de batalla donde estaban muriendo tantos hombres, pero no pudo evitarlo y, consciente de que a la vez lloraba también por todos ellos, se derrumbó del todo. Minutos después, temeroso de ser sorprendido por el enemigo, miró alrededor.

El aspecto siniestro de aquel campo, con las oscuras aves de rapiña que sobrevolaban a baja altura, lo desquiciaron. Y por un momento tuvo la

extraña sensación de haber perdido su propia identidad. Durante largos instantes luchó inútilmente para sobreponerse.

En un humilde acto de dolor miró el cadáver de su leal compañero y, tirándose a su lado, le acarició la cara.

—Rayo... perdóname, compañero. Perdóname por haberte traído a este maldito infierno, nunca pensé que sería así.

Sumido en el desconsuelo, permaneció de rodillas con las manos asidas a las largas crines de su caballo. En su mente una cosa tuvo clara: necesitaba huir de allí, escapar... olvidarse lo más pronto posible de las espantosas impresiones de aquella sangrienta jornada y retornar a sus habituales condiciones de vida; verse de nuevo montado sobre los lomos de su hermoso corcel y recorrer con despreocupada actitud, entre los viñedos de su padre. Porque él sabía que solo allí... únicamente allí podría seguir siendo la misma persona de siempre: el mismo joven de nobles ideales y alocados sueños.

¿Pero cómo volver...? ¿Cómo retomar su antigua vida...? Ensimismado en sus pensamientos, no pensó en lo indefenso que se hallaba. De pronto una sombra alargada junto a él lo alertó de un peligro inminente. Muy despacio volvió la cabeza encontrándose frente a un imperial observándolo con fijeza, a la vez que lo apuntaba con su fusil bayoneta.

A Diego la sangre se le heló en las venas, quedándose inmóvil. Todo a su alrededor se volvió oscuro. ¿Dónde estaban sus compañeros? ¿Dónde estaría Gustavo?, alcanzó a preguntarse.

Atontado por el terror que experimentaba, buscó con la mirada su bayoneta, pero esta estaba muy lejos de él. Pensó en intentar coger la pistola del comportamiento de su cinturón, pero sus manos no le obedecían.

A lo lejos seguía escuchándose el estruendo de la batalla. Y él estaba allí solo, a merced de un enemigo que lo miraba con furia asesina. Desmoralizado, observó que el soldado galo estaba a punto de dispararle.

—¿Vas a matarme... así, sin darme oportunidad... a defenderme o, al menos dejarme poner de pie? Sabes... que eso no es... de caballeros,

¿verdad? —le insinuó vacilante, en perfecto francés.

Durante unos instantes el imperial lo contempló con mirada inquisidora.

Tras sonreír burlón, rebatió:

—¿Hablas de caballerismo en este sangriento y hostil campo de batalla? ¡Ja, ja, ja! ¡Bueno, perro español, para que veas que los franceses no perdemos nuestro honor ni en momentos tan cruciales como este, te daré una pequeña ventaja! ¡Solo para que puedas levantarte y morir de pie! ¡Pero antes, tira lejos tu daga y tu pistola!

Diego obedeció y, quitándose el grueso cinturón, lo arrojó a los pies del francés. Después, de un salto se incorporó. Era la primera vez en su vida que sentía esa clase de miedo, casi de pánico. Supo que por parte del imperial esa iba a ser una llana y fría ejecución. Y que él no podría hacer nada para impedirlo. Su hora había llegado. El galo lo observó como si lo midiera con los ojos.

—¡Español, escribe ya tu epitafio! —exclamó fríamente—. ¡Tienes dos segundos para hacer las paces con tu Dios! ¡Di tus últimas oraciones, porque voy a matarte!

Y, sin agregar nada más, disparó su fusil. Diego sintió el impacto de la bala atravesarle el lateral del pecho. Al instante... a la vez que sorprendido por la mala puntería del francés, sin dudarlo se abalanzó sobre él, cogiéndolo por sorpresa. Y, mientras con una mano lo aferraba por cuello, con la otra le apresó la bayoneta hasta lograr hacer que él la soltara.

A continuación ambos se enzarzaron en una feroz lucha cuerpo a cuerpo, en medio del rocoso suelo. Con los músculos tensos, las venas hinchadas y los ojos encendidos por la furia, ambos adversarios se buscaban la garganta. El combate se alargó más de lo debido; segundos después, tras perder el equilibrio, los dos cayeron al suelo.

Diego notaba en su cuerpo algo caliente y viscoso. Y solo le llevó unos instantes darse cuenta de que era su propia sangre que manaba por las heridas de entrada y salida de la bala. No obstante, su debilitamiento, trató de seguir

la lucha con aquel hombre, pero este, de repente, luego de coger una piedra, le propinó un violento golpe en la cabeza. Y allí las fuerzas lo abandonaron del todo.

Seguido a eso, el imperial tomó la bayoneta del suelo y se abalanzó sobre Diego quien, pese a su aturdimiento, supo que la muerte lo miraba cara a cara. Sus ojos quedaron fijos en la afilada hoja que se acercaba a él. Quiso impedirlo, pero el acero, con un desagradable chasquido, se hundió en su pecho, causándole un agudo dolor... y allí se quedó tumbado en medio de un denso sopor. En ese momento, hacia lo lejos, seguían escuchándose los estruendos sonidos de la metralla. De manera rápida el francés echó a correr, mientras Diego se quedaba solo, en medio de su agonía.

Suspendido entre una sucesión vertiginosa de complicadas imágenes, por su mente comenzaron a pasar un tropel de siluetas: su madre, su padre, sus hermanos... su abuelo, Gustavo, Dionisio, Trinidad... y Bruny, en sucesivas escenas vividas junto a todos ellos.

Después aquellas figuras fueron disipándose hasta transformarse en brumosas sombras todas superpuestas. En la profundidad de su mente, Diego gritó asustado: «¡Estoy muriéndome...!» pero, aún sumido en el desahucio y ante su inesperada realidad, a sabiendas de que la vida se le escapaba minuto a minuto, experimentó una extraña y bienhechora sensación, tal como si flotara en las nubes de un cielo infinito.

—Qué serenidad. Qué paz —se oyó murmurar.

Tras eso se perdió en el abismo de la nada, suspendido en una inmensidad sin límites.

En esos instantes en el campo de batalla, los combates eran ventajosos para el ejército español.

Gustavo, a pesar de estar herido en una pierna, mientras intentaba superar el miedo, que a ratos lo dominaba, seguía enfrascado en aquella férrea lucha con asombrosa valentía, tanto que él mismo se sorprendió.

Cuando la batalla apaciguó un poco su furia, comenzó a preguntarse:



«¿Dónde estará Diego?»; rogaba a Dios que estuviera con vida. Sintiéndose extenuado, sin bajarse del caballo lo dirigió a un puesto de artilleros, que marchaban en medio de los tambores. Le costaba mantenerse despierto; sentía la garganta seca, y el calor sofocante hacía languidecer sus miembros. Apesadumbrado, volvió a recordar a Diego; con la esperanza de encontrarlo se encaminó hacia donde lo había visto por última vez y comenzó a buscarlo. Pese a su deterioro físico bajó de su montura y, a la vez que llevaba a su caballo de las bridas, caminó mientras oteaba hacia lo lejos. Con temor ante la posibilidad de encontrar a Diego muerto, Gustavo miró entre los cuerpos de hombres y caballos que yacían desparramados por el campo.

Después, tras exhalar un suspiro de alivio, dio por terminada su búsqueda. Al cabo de un rato, él y su grupo vieron cómo desde el pueblo llegaban mujeres y niños con cántaros, dispuestas a aliviar la horrible sed de los soldados. Luego de remojar su reseca garganta con el agua que una aldeana le ofrecía, Gustavo volvió a montar a caballo.

De pronto escuchó a alguien que decía: «¡Atención, camaradas! ¡Los cabrones *franchutes* harán el último esfuerzo, y nos atacarán con las tropas que todavía no han entrado a la lucha! ¡Y no olvidéis que son las mejores que Napoleón ha enviado a España!».

Con la mandíbula apretada, Gustavo observó que por la retaguardia, y por el centro, las columnas de Órdenes volvían a formarse para continuar la lucha. Un zumbido de maldiciones se espació por el aire mientras todos tomaban precipitadamente posesiones.

La nueva batalla se inició como todas las demás; entre el calor infernal, el retumbar de los obuses, el choque de las armas, el bramido de los caballos... y los gritos de los más de veinte mil hombres que se disputaban unos pocos metros de terreno.

Gustavo, sintiéndose aterrado, contempló el horroroso panorama que se presentaba ante sus ojos: «Vamos a perder —se dijo en medio de un gesto de extenuación—. Los imperiales se apoderarán de Andalucía... sin que

podamos evitarlo». Mientras se quedaba muy quieto en el sitio donde estaba, oculto entre los árboles, Gustavo miró a las nuevas y largas filas de combatientes franceses, enfundados en uniformes azules que, por la carretera, escoltaban a seis cañones.

Y allí de pronto, al observarlos con detenimiento... pareció que dejaba de respirar. ¡Era el batallón de Marineros de la Guardia Imperial aún intactos! Todos ellos, conducidos por el odiado DuPont, a la vez que blandían sus espadas, avanzaban sin titubeos hacia ellos. Los disparos de metralla de los nacionales no detenían la marcha de los marines que avanzaban implacables. De vez en cuando las tropas españolas, como una gigantesca segadora, arrebatava la mitad de las filas... pero al instante acudían otros soldados azules que, luego de pasar sobre los cuerpos de sus compañeros, seguían acercándose sin vacilaciones. ¡Iban a caer como una legión de demonios sobre los astilleros españoles! Los que asistían a aquel espectáculo permanecían mudos de estupor.

Gustavo, aunque completamente vencido, se unió a sus compañeros justo en el momento en que los marines llegaban a la boca de los cañones. Y acto seguido, todo se transformó en una indescriptible confusión. Los imperiales, resucitados ante la valentía de los Marineros de la Guardia Imperial, lograron habilitar otras dos piezas de cañón. Y, tras tomar por blanco la masa de la caballería española, disparaban sin dar tregua... en su larga trayectoria las balas pasaban por encima de las baterías, hiriendo de muerte a las primeras filas del regimiento de Gustavo. De pronto, se escucharon voces desesperadas que gritaban:

—¡Escasean las municiones...!

Y allí todos se miraron verdaderamente aterrados: ¡Si los cañones llegaban a carecer de pólvora, a los patriotas les aguardaba la muerte! ¿Andalucía sería al fin tomada por los enemigos? ¿Sucumbiría España?

Al presentir el horror que se avecinaba, Gustavo, vencido física y moralmente, se escabulló entre unos olivos y, a la vez que recordaba a Diego,

sintió vértigos: ¿dónde estarían él y su caballo?, alcanzó a preguntarse. Deseoso de aliviar el insoportable dolor de su pierna, desmontó tirándose al suelo. Con los ojos cerrados se quedó muy quieto... indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor.

No supo si habían pasado horas, o solo segundos cuando una voz a su lado lo despertó. En un primer instante Gustavo creyó que era Diego el que le hablaba. Al abrir los ojos vio a un soldado español que lo sacudía, gritándole con mofa:

—¡Oye tú! ¿Estas herido, o solo durmiendo la *mona*?

El jerezano intentó hablar, pero de su garganta reseca no salió ningún sonido. Los soldados siguieron de largo sin prestarle más atención. Al instante Gustavo se dio cuenta de que... ¡ya no se escuchaba el estruendoso sonido de los cañones! ¿Los españoles habrían perdido la guerra?, llegó a preguntarse. Pero... ¿por qué se oían risas y exclamaciones de júbilo entre sus camaradas?

Completamente desorientado, Gustavo se incorporó con lentitud y buscó a su caballo; pero este ya no estaba. Tras proferir una maldición, comenzó a caminar arrastrando la pierna herida. Con una mueca de dolor, se agachó a mirársela; pese a tenerla muy hinchada, siguió andando hasta la carretera... y allí se quedó atónito.

Los españoles, eufóricos, se abrazaban entre gritos de alegría a la vez que exclamaban: «¡Hurra! ¡Los vencimos! ¡Hemos vencido a los franceses! ¡Viva España! ¡Y viva nuestro ejército, comandado por el general Castaños, duque de Bailen!».

¡Era verdad! La batalla iba extinguiéndose con el sol que poco a poco se recortaba en el horizonte. Realmente, aquel había sido un ardiente e interminable día. Gustavo observó los cañones inmóviles y, un poco más atrás... en medio de una espesa nube de humo, que el aire comenzaba a esparcir, se podían ver los restos del destrozado batallón de Marinos Imperiales.

Y lo más sorprendente... ¡En el frente francés flameaba una bandera blanca, que avanzaba hacia ellos! El joven jerezano maldijo su cansancio y sus desesperados anhelos de dormir que le habían impedido ser testigo de aquella sorprendente e impensada victoria.

En la inflamación de aquel largo atardecer, de ese caluroso diecinueve de julio, Andalucía presenció la victoriosa batalla de Bailen contra los ejércitos napoleónicos. Los soldados, mezclados entre sí con los diversos regimientos, y los paisanos advenedizos con sus tropas, seguían abrazándose mientras reían felices. La gente acudía con cántaros y botijos de agua.

Hombres, mujeres y niños se agrupaban junto a los heridos para recogerlos. Los generales, confundidos con sus tropas, demostraban su alegría al grito de «¡Viva Andalucía y sus valientes defensores!».

Muy pronto el mundo se estremecería, con la victoria española, y con el desastre de la *Grande Francia*. ¡Por primera vez las tropas napoleónicas sufrían una gran derrota a campo abierto y dejaban ya de ser invencibles!

Gustavo, alejado de aquel alegre clamoreo, se marchó a recorrer el campamento en busca de Diego, a la vez que miraba entre los heridos que eran transportados, pero de su amigo no había rastros. «Vivo o muerto tengo que encontrarlo antes de que oscurezca», se dijo. Y, al ver que no había peligro de encontrarse con ningún francés vivo dispuesto a seguir la lucha, se dirigió hacia el extremo de una colina. Diego yacía moribundo, sumido en un largo «limbo celestial» del que poco a poco comenzaba a retornar.

—¡Estoy vivo!, mi corazón... aún late—, murmuró como si le costara creerlo.

Abrió los ojos, pero solo pudo distinguir sombras a su alrededor. De golpe, frente a él se condensó una espesa bruma, que lentamente tomó la forma de una mujer. Incluso le pareció oler su perfume; cuando la imagen se agachó hacia él, Diego se quedó alucinado. ¡Era Bruny mirándolo con una sonrisa!

—Oh, qué maravilla —susurró él—. Ven, acércate a mí —le pidió a la vez que le extendía su mano—. Estaba seguro de que muy pronto... volveríamos

a encontrarnos...

Ella se la cogió y, tras posar sus labios en los suyos le dijo:

—No te rindas —Seguido a eso, de manera inesperada ella comenzó a alejarse.

—Pero... ¿por qué te marchas? ¡Regresa... por favor, regresa a mí! —gritó Diego con desesperada ansiedad, mientras recordaba la apasionada noche de amor que ambos habían vivido en aquella fría noche de otoño en Madrid.

No obstante, su clamor y sus deseos de seguir asido a su mano fueron inútiles. Bruny desapareció y delante de sus ojos volvieron a imperar las sombras. Con la emoción aún sujeta en su corazón, se preguntó: «Pero... ¿por qué se ha ido?, ¿acaso no sabe que la quiero?, ¿que la necesito... que muero de amor por ella?». De pronto, dándose cuenta de la cruel realidad, Diego comprendió que aquello solo había sido una alucinación.

El dolor de su pecho se agudizó de golpe, impidiéndole casi respirar. Con las pocas fuerzas que le quedaban, intentó mantenerse lúcido y recordar todo lo que había pasado en esas últimas horas.

—¡Dios mío! ¡Rayo... mi leal compañero! Y Gustavo, ¿dónde estará? ¿Quizás muerto o malherido? —y ese pensamiento le atenazó el corazón.

No se oía ningún sonido, ¿habría alguien por allí cerca?, ¿quizás alguna aldeana a la que él había confundido con Brunilda? Volvió a abrir los ojos, pero no pudo distinguir nada; a su alrededor todo estaba en tinieblas. En ese instante escuchó ruido de pasos, y su corazón le dio un vuelco.

—¡Diego! ¡Gracias a Dios que te encuentro!

¡Era la voz de Gustavo! ¡Estaba vivo!

Un sentimiento de paz invadió por completo el espíritu del herido.

—¡No te muevas...! —oyó que le decía su amigo a la vez que lo abrazaba.

—Gustavo, ¿eres... tú? —alcanzó a murmurar Diego.

—Sí, soy yo... resiste por favor. ¡Virgen Santa! —exclamó el recién llegado con visible gesto de terror al ver la herida de su pecho.

—Qué... alegría, escu...charte. Ten... ten... go... mu... cha sed —

balbuceó Diego con un hilo de voz a la vez que se pasaba la lengua por los resecos labios.

—No te preocupes, iré a buscar agua... y te sacaré de aquí —aseguró Gustavo.

Había sido un milagro encontrarlo en ese lugar rodeado de enormes piedras.

El herido, sin abrir los ojos, con voz balbuceante preguntó:

—¿Esta... mos solos? ¿No... no ves... a nadie cerca? Hace... unos instantes me pareció... ver una mujer que... bueno; en realidad... no sé si me lo imagine o de verdad alguien se me acercó...

—No, Diego, estamos solos. «Al lado el cadáver de tu caballo», se dijo mientras miraba a Rayo con tristeza.

—Hay tanto... silencio. ¿Qué ha pasado?, ¿acaso... perdimos la batalla?

—¡Oh, no!, ¡la ganamos! —gritó Gustavo a la vez que reía nervioso—, ¿qué te parece? Hemos podido vencer al invencible ejército del gran Napoleón —prosiguió deseoso de transmitir ánimos y tranquilidad—. Este ha sido para todos ellos su primer tropiezo... contra una piedra muy dura llamada Andalucía. Y nosotros somos parte de eso... en el pueblo toda la gente está festejándolo. Y muy pronto... tú también lo festejarás.

Diego, en medio de una gran agitación, musitó:

—Cuánto... me... alegre. Pero... no creo que... yo pueda... festejar ya nada. Estoy muriéndome...

—¡Cállate! Te recuerdo que tú no eres Dios para asegurar eso. Por favor... quédate quieto y muy tranquilo. Iré a por ayuda para llevarte al pueblo de Bailen. Allí te atenderá un médico.

—Tengo... mucha sed.

—¡Aguanta!, ¡enseguida regreso! —gritó Gustavo mientras empezaba a andar, tan rápido como le permitía el dolor de su pierna.

Diego volvió a quedarse solo. La mortificadora sed parecía haberle secado del todo las entrañas, hasta provocarle deseos de echar a correr. En su torturante incomodidad se dio cuenta de que necesitaba cambiar de postura e

intentar aliviar el dolor de su maltrecho cuerpo. Cogiéndose a una roca, intentó ponerse de pie, pero la fatiga y el dolor de sus heridas se lo impidieron.

Tras unos segundos volvió a intentarlo. Con las pocas fuerzas que le quedaban se apoyó en una de las rocas y lentamente giró el cuerpo hasta que, al fin, pese al intenso dolor, logró incorporarse. Con extremada ansiedad observó que de sus heridas, incluso la de la cabeza, aún continuaba el flujo de sangre.

De pronto, un agudo y repentino mareo le hizo perder el equilibrio. Y, sin que pudiera evitarlo, cayó de bruces a la vez que su cabeza impactaba con brutal fuerza contra las piedras, lo que lo sumergió de nuevo en la inconsciencia. Un chorro de agua fría lo sacó de aquella absoluta oscuridad. Muy despacio entreabrió los ojos.

—¡Por favor, ayúdenme a levantarlo...! —escuchó que gritaba una voz familiar que enseguida reconoció.

Mientras le daban la vuelta, comenzó a preguntarse: «¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?». No podía recordar nada. El fuerte dolor del pecho y de la cabeza le hizo comprender que estaba muy malherido. ¿Se habría caído de su caballo? ¿O quizás había sido lesionado de gravedad en alguno de sus duelos? Quiso preguntar, pero no pudo articular palabra.

—Diego, ¿pero... qué te ha pasado? —volvió a escuchar que le decía Gustavo a la vez que agregaba—: ¿Has intentado levantarte tú... solo?, ¿no te pedí que te quedaras quieto? ¡Diablos, siempre tan tozudo! Lo que te faltaba ahora, menuda brecha tienes en la cabeza; casi te la partes. —Mientras le sostenía la cabeza, le acercó el pico del cántaro y le pidió—: Abre la boca... y por favor... bebe con cuidado. Enseguida te llevaremos a que te... curen.

Diego sorbió el agua con dificultad, atragantándose mientras de la herida de su pecho seguía manando sangre. A continuación, el herido volvió a perder el conocimiento. Esta vez notó que se iba por un largo y oscuro túnel. Aterrado, trató de detener su marcha; pero iba demasiado rápido y no podía parar.

Gustavo estaba desesperado: Diego se moría.

«No resistirá mucho tiempo, la herida de su pecho es muy grave. ¡Dios mío, ayúdalo!» rogó mientras, ayudado por dos hombres, lo transportaba al pueblo.

En el momento de llegar, se encontraron con la desagradable sorpresa de que el ejército corría de nuevo a ocupar sus posiciones. Cornetas, tambores y proclamas convocaban a los soldados y a la gente lugareña. Hombres, mujeres y niños, seguidos de algunos famélicos perros que ladraban enloquecidos, acudían presurosos a las atestadas calles de Bailen.

—Pero... ¿qué demonios pasa ahora? —preguntó Gustavo a un grupo de hombres.

—¡Han divisado las columnas del general Vedel que vienen en auxilio de Dupont! —le contestaron.

En ese momento se escuchó un cañonazo que anunciaba la presencia del nuevo ejército enemigo.

—¡Malditos *franchutes*! —vociferó Gustavo rabioso—. ¡Mil veces malditos!, ¡no quieren darse por vencidos! ¿Es que no nos dejarán en paz?

—Piensa que aun así tuvimos suerte —escuchó que le decía uno de los hombres que le ayudaban a transportar a Diego—. Si Vedel hubiera llegado unas horas antes, nuestro ejército habría estado entre dos fuegos, y no sé cómo hubiéramos acabado; Dios se puso de parte de España permitiendo que ese ejército llegara, pasada la tregua convenida.

—Y también cuando ya ha empezado a negociarse la capitulación francesa —aclaró otro de ellos a la vez que señalándole a Gustavo una enorme casona, le comunicó—: Esta es la mansión de la condesa de Miranda que ahora funciona de hospital; es una dama muy bondadosa y ha abierto su palacete para que los heridos puedan ser atendidos. La morada del duque de Bailen, y todas las iglesias están ya muy abarrotadas. Aquí tu compañero encontrará algo de alivio... o podrá morir en santa paz. Te ayudaremos a entrarlo y luego nosotros nos uniremos al ejército, y tú, ¿qué harás?



—Yo... lo mismo que vosotros —respondió Gustavo como un autómata.

Por toda esa parte de la calle se veían numerosas carretas de bueyes y carros de labranza repletos de heridos que goteaban su sangre sobre el reseco suelo. La mayoría de ellos, en medio un coro de murmullos, pedían agua mientras las mujeres del pueblo llegaban con cántaros y vasijas para intentar dar consuelo a todos aquellos moribundos.

Los jardines de la enorme mansión de la condesa de Miranda, pese al inmenso colorido de flores y plantas, presentaba una imagen de pavorosa tristeza; llena de hombres maltrechos, algunos muy graves, atendidos por algunas religiosas y voluntarias de rostros exhaustos las que, en medio de un enjambre de moscas, iban y venían sin darse tregua.

Los lastimosos gritos de ayes de dolor de todos los heridos taladraban los oídos de Gustavo. En ese momento junto a ellos pasaron dos hombres que portaban un enorme cubo con varios miembros cercenados, que Gustavo miró con repugnante expresión.

Una dama vestida de negro se acercó a ellos. Al observar la herida de Diego, de inmediato les señaló una gran sala recubierta de arena salpicada de sangre y moscas que revoloteaban por doquier. En el centro, había dos largas mesas ocupadas por hombres, muchos de ellos casi despedazados, a los que varios médicos atendían sin dar descanso a las manos. El hedor era insoportable.

Mientras caminaban por el largo salón, que con toda seguridad en otros tiempos había servido para fiestas y bailes, se escuchó un desesperado alarido. Gustavo se giró a mirar hacia el fondo; allí varios voluntarios, de ambos sexos, sostenían a un infortunado joven al que intentaban maniatar para que un médico le amputara una pierna. Con semblante impresionado, el jerezano apartó los ojos de esa desagradable escena. Apenas depositaron el cuerpo de Diego sobre un jergón, Gustavo comenzó a clamar:

—¡Rápido, aquí! ¡Necesitamos ayuda... por favor!, ¿hay algún medico?

Un hombre, de mediana edad con las mangas arremangadas y un delantal

manchado de sangre, se les acercó.

Luego de observar minuciosamente la herida del pecho de Diego, exclamó:

—Será mejor que llamen al sacerdote... —replicó con expresión contrariada.

Gustavo lo increpó furioso.

—¡No! ¡Aún tiene vida... solo está desmayado!

—Su herida es muy grave —replicó el galeno a la vez que secaba el sudor de su frente.

—¡Por lo que más quiera... haga algo por él! Hasta hace un momento ha estado hablando conmigo. Al parecer... cuando lo dejé solo para buscar ayuda... intentó levantarse y se dio un golpe en la cabeza contra unas piedras, y eso lo ha empeorado ¡Por favor, intenten salvarlo! Él no puede morir —acabó con voz angustiada.

Durante unos instantes el médico lo observó en silencio.

Luego, tras una honda inspiración, le dijo:

—Cálmese, haremos todo lo que esté a nuestro alcance. Pero usted mismo puede ver la cantidad de heridos que hay por doquier... y casi no damos a abasto. Y las lesiones de este joven... son muy graves.

Sin agregar nada más, tras volver a mirarle la herida de su pecho, que mostraba muy mal aspecto; el galeno le quitó la destrozada y sucia camisa y, ayudado por dos mujeres, lo limpiaron. Después de los primeros auxilios, se dirigió a Gustavo y sentenció:

—No quiero mentirle... no creo que pase de esta noche. El golpe de la cabeza ha sido fuerte y lo ha dejado sin conocimiento, pero no me parece que revista peligro. También tiene una herida de metralla que le ha traspasado el costado, aunque al parecer sin tocar ningún órgano vital. Pero la del pecho es terrible... —Dirigiéndose hacia una de las religiosas que permanecían a su lado, añadió—: Por favor, hermana, dígame al padre Lorenzo que venga a darle la extremaunción.

Gustavo, sin lograr contener el llanto, miró a su amigo. Durante largos

instantes permaneció apretándole la mano con fuerzas a la vez que, en medio de un hondo sollozo, rezaba una plegaria. Seguido a eso, al escuchar el descomunal jaleo de afuera, luego de mirar a su amigo con los ojos abnegados de lágrimas, optó por marcharse de allí.

En el momento en que Gustavo abandonaba la casa hospital, la situación del ejército era incierta; lo único claro era que, cuando menos se lo esperaran, podrían ser atacados por una nueva horda de imperiales que ya estaban muy cerca del pueblo.

Sin pérdida de tiempo, el general Reding envió un oficio al general Vedel, poniéndolo al corriente de todo lo ocurrido. De ese modo los enemigos que venían dispuestos a la lucha se detuvieron en mitad del camino a Bailén, preguntándose sorprendidos: ¿DuPont prisionero de las fuerzas españolas?

Rato después, un oficial imperial llegó al pueblo con un mensaje para el general Reding, y otro para DuPont. A pesar de que los españoles estaban seguros de que Vedel no atacaría, ya que en el Cuartel General estaban negociándose las bases para la capitulación de DuPont, varios regimientos españoles, entre ellos el de Órdenes Militares, ocupaban el camino frente a las tropas francesas que acababan de llegar... como dándoles a entender que, en caso de ser necesario, estaban listos para la lucha.

Gustavo había encontrado otro caballo sin dueño y, tras montarlo, se encaminó hacia la carretera. Desde allí buscó la columna de su regimiento que estaba colocada en la entrada oriental del pueblo y, sin dudarlo, galopó hasta allí. En ese preciso instante, de manera repentina y sin aguardar a que DuPont les contestara, las huestes de Vedel atacaron a uno de los batallones nacionales.

En las filas de Gustavo se armó un descomunal tumulto: los españoles, furiosos de ver cómo los imperiales habían violado las leyes de la guerra, querían salir a pasarlos a cuchillo. Durante la confusión que siguió al inesperado ataque, varias tropas ibéricas acudieron presurosas a cercar el campo francés vencido. Y otros más corrieron en auxilio de los ejércitos que

acababan de ser atacados.

Todo anunciaba que, a pesar de la inferioridad de las huestes españolas, ambos bandos iban a enzarzarse en un nuevo y demencial combate, decididos solo a vencer o morir. Pero, justo cuando sonaban los primeros tiros de las legiones de Vedel, a lo lejos sonaron otros cañonazos que desconcertaron a todos. En ese momento apareció un joven a caballo que gritaba:

—¡Es la división de don Manuel de la Peña... que viene de la Casa del Rey!

Era la tercera tropa española enviada desde Andújar por el general Castaños en seguimiento de DuPont que, aunque con retraso, llegaba en el momento justo.

De manera apresurada el general Vedel comenzó a dar órdenes para que cesara el fuego. Pero los íberos, cegados por la rabia, siguieron sobre las armas hostigándolos. Durante varias horas en la entrada de aldeas, pueblos y villas cercanos, continuaron las vigiliadas custodiadas por numerosas fuerzas que iban relevándose.

Gustavo, ante el nuevo cariz que tomaban las cosas, respiró más tranquilo. No obstante, el temor por el estado de Diego y el aspecto de la herida de su propia pierna lo hacían sentirse doblemente preocupado. En cuanto tuvo oportunidad de dejar la tropa, regresó al pueblo y se dirigió a la casa hospital.

Apenas llegó, fue abriéndose paso entre los cientos de heridos que abarcaban la entrada. Mientras procuraba no mirarlos, intentó darse prisa, pero, al igual que en las pesadillas donde se quiere correr y no se puede, a Gustavo le costó un gran esfuerzo avanzar hasta la entrada del gran salón. Cuando al fin logró llegar al sitio en que había dejado a Diego, no lo encontró. Con un nudo en el estómago y con la desagradable sensación de tener el cerebro y los pies embotados, comenzó a mirar, buscándolo entre los demás lesionados, la mayoría atendidos por grupos de monjas y jóvenes mujeres que se ocupaban de espantar las moscas, cambiar vendajes y poner paños mojados en las frentes de los heridos.

Arrastrando la pierna, se dirigió donde estaban los moribundos... y allí

divisó a su amigo. Diego yacía boca arriba con el pecho vendado y con los ojos cerrados. La palidez del rostro y su respiración entrecortada dejaba ver a las claras lo grave que se hallaba.

A su lado una mujer ya mayor, de aspecto distinguido, rezaba el rosario, mientras otra más joven le abanicaba el rostro. Al ver que Gustavo se acercaba al jergón del herido, la dama dejó de mover las cuentas y, con semblante triste, le dijo:

—Pobre joven... está muy mal. He rezado pidiendo por él.

Gustavo la miró implorante.

—Señora, no sé quién sois, pero quizás me pudierais ayudar; debo avisar a la familia de mi amigo. Es urgente que lo llevemos a Cádiz o, al menos a Córdoba... por favor.

Ella, con sonrisa afable, le respondió:

—Soy la condesa de Miranda, la dueña de esta casa. Y junto a mis doncellas y criados y demás trabajadores... bueno, solo los viejos, ya que los más jóvenes han tenido que salir a luchar, estamos ayudando en todo lo que podemos a mitigar el dolor de estos pobres y masacrados jóvenes. — Observándolo con dolorosa expresión, añadió—: Lo siento, pero esto que me pides, por ahora no puedo asegurarte nada.

—Por favor, al menos dígame qué puedo hacer para enviar un mensaje a su padre; él vendría enseguida a buscarlo, incluso la familia que tienen en Córdoba.

—Prometo ayudarte, aunque creo que para este joven, tal como está ahora, el traslado sería una imprudencia. Quizás no resistirá las fatigas de un viaje largo.

Gustavo, sin apartar la mirada de Diego, se quedó silencioso. Rato después agudizado por el hambre y la sed, que amenazaban tumbarlo, salió de allí en busca de alivio.

Mientras tanto, en el campo de los prisioneros franceses, estos, muertos de fatiga y con las entrañas reseca y vacías, aguardaban anhelantes a que la

capitulación se firmara de inmediato. Pero los trámites de la rendición iban demasiado lentos, ya que los parlamentarios se hallaban reunidos en Andújar. De ese modo la noche apuntaba a ser muy larga.

La artillería nacional permanecía con las mechas encendidas en los puestos más importantes. A la vez, miles de paisanos recorrían cerros y alturas mientras hostigaban a los prisioneros franceses de tal manera que a estos les era casi imposible moverse.

Gustavo, pese a su herida, junto a otros compañeros se ocupaba de reunir víveres y llevarlos a los campamentos, a la vez que ayudaba a trasladar a los heridos graves a las iglesias, casas y palacetes que servían de hospitales. Luego de pasar una espantosa noche, al día siguiente Gustavo, con el temor de recibir una mala noticia, fue a ver a Diego. Afortunadamente, este seguía con vida. A su lado una joven mujer que le abanicaba el rostro, al verlo llegar, le dijo:

—No nos explicamos cómo es que aún sigue con vida; incluso bebe toda el agua que le ofrecemos.

Gustavo, mirándola con ansiedad, le preguntó:

—¿No ha reaccionado en ningún momento... ni ha abierto los ojos?

—No, pero hay momentos en que se remueve y murmura incoherencias, pero nada más. Los médicos han dicho que no hay que ilusionarse demasiado; su herida es muy grave. —Tras acercar su mano a la frente del herido, añadió alarmista—: Oh, ahora arde de fiebre. Iré a buscar un perol con agua para refrescarle la frente; enseguida regreso.

En ese momento Diego empezó a mover la cabeza de un lado a otro, mientras dejaba salir de su boca apagados murmullos. Gustavo se arrodilló a su lado. Con los ojos abnegados de lágrimas, comenzó a hablarle.

—Resiste, Diego. Por favor... no te mueras. No te puedes morir... no, todavía. Recuerda que tú eres un vencedor; lucha por tu vida, no te des por vencido.

En el momento en que Gustavo se despedía de Diego, la condesa de

Miranda se le acercó.

Con una sonrisa esperanzadora, le dijo:

—Ya he dado aviso de tu pedido. Mañana me dirán el día que saldrá un convoy hacia Córdoba, quizás tu amigo... si aún sigue con vida, pueda ser trasladado allí junto a otros heridos. Ojalá mejore y puedas llevártelo a su pueblo.

Gustavo miró a la dama y, con semblante agradecido, le expresó:

—Gracias, señora... yo creo que él logrará salvarse, de eso estoy casi seguro. —Luego de una pausa, con un dejo de inquietud, levantó la pierna y agregó—: Yo... tengo aquí una herida que me duele mucho... y cada vez la veo más hinchada, ¿podría algún médico echarle una mirada?

La dama, con ademán solícito, se agachó a mirar. Luego de menear la cabeza, le pidió:

—Espera unos segundos, voy a buscar al doctor Lewis... es mi yerno, le pediré que te la cure.

Minutos más tarde Gustavo, recostado sobre una mesa, fue revisado por el médico. El galeno, de nacionalidad inglesa, examinó detenidamente la herida.

Luego, mirándolo serio, le dijo:

—Muchacho, tendré que abrirtela de inmediato para quitar la infección.

Rato después, mientras le vendaba la pierna, el médico le aconsejó:

—Tendrás que procurar descansar. No dejes de vigilarla; si vuelve a hincharse, habrá que volver a abrir y limpiarla de nuevo.

—Gracias doctor. Intentaré seguir su consejo —agradeció el joven con aire cansado.

Dos días después, con la ayuda de la condesa de Miranda, Gustavo logró obtener el permiso para llevarse a Diego a Córdoba, en compañía de otros heridos.

A opinión de Gustavo, Diego tenía momentos de cierta conciencia terrenal en los que se removía inquieto como dándole batalla a la muerte; incluso continuaba bebiendo abundante agua. Pero, aunque balbuceaba frases, no se

comunicaba con nadie, ni abría los ojos. Su débil gemido torturaba a Gustavo, que rezaba a su lado.

Pese al calamitoso estado de su amigo, Gustavo, con gesto seguro, no dejaba de repetirse: «¡No morirá!, ¿por qué, si no, ha aguantado tanto?».

Cuando al día siguiente lo trasladaron al carro junto a los otros heridos, Diego parecía haber perdido del todo el conocimiento. Gustavo pensó que era lo mejor que podía pasarle; de ese modo no sufriría la incomodidad del viaje. Pero el trayecto hacia Córdoba, bajo el ardoroso y perenne sol, se tornó difícil.

El pedregoso camino obligaba a que el vehículo se moviera incesantemente hasta causar, en todos los heridos, grandes molestias. El cochero solo se detuvo en una aldea, para refrescar a los caballos y a ellos mismos. Antes de llegar a Córdoba, Diego empezó a sufrir graves convulsiones. «Por favor, Dios mío... déjalo al menos morir junto a su familia», rogó Gustavo mientras intentaba no perder la calma. Lentamente Diego volvió a superar ese duro trance.

Rato después, al observarlo tan inmóvil, Gustavo apoyó el oído en su pecho. Tras sonreír esperanzado, comprobó que seguía con vida. Apenas pisaron tierra cordobesa, Gustavo, ayudado por el cochero, transportó al herido hasta el palacio de la tía de Diego. Esta, al verlos llegar en aquel estado, se horrorizó. Gustavo de inmediato la puso al corriente de todo lo que habían pasado. Doña Amaranta rompió a llorar, mientras exclamaba:

—Nunca pensé ver a mi sobrino... de esta manera, tan lamentable. ¡Oh, cuando sus padres se enteren! —Segundos después llamó a uno de los sirvientes, y le ordenó—: ¡Rápido, ve en busca del doctor Llanos! —Girándose hacia Gustavo, murmuró—: Es muy anciano, pero el único que no está en el frente.

—Gracias, lo importante es que Diego sea atendido por un médico de inmediato. También quisiera poder enviar un mensaje urgente a Cádiz, para que don Pedro venga a buscarnos —pidió Gustavo.



Doña Amaranta, tras asentir con la cabeza, exclamó:

—Claro... no te preocupes, enseguida mandaré un emisario a casa de mis primos.

Diego seguía aferrándose a la vida.

A pesar de su frágil aspecto y a su falta de afeitado, el rubor de la alta fiebre ponía en su bronceado rostro un aire de inocente fragilidad, que llegaba a impresionar.

En Cádiz, la familia Ibáñez veía pasar las horas y los días bajo la sombra de una posible calamidad que se cernía sobre Andalucía... y también sobre ellos mismos. En toda la ciudad seguían formándose corros de hombres y mujeres que, delante de las iglesias, casas particulares, negocios y calles, se reunían para contarse lo que cada uno sabía. En todas las plazas los pregoneros leían las últimas novedades.

Esa tarde Natalia y su hermana Clemencia, que aún permanecía en Cádiz junto a sus hijos, se hallaban sentadas en la plazoleta del jardín de la casa; cuando vieron llegar el carruaje de la prima Carmen, ambas fueron a su encuentro. La recién llegada, luego de los saludos, les preguntó:

—¿No sabéis nada aún?

—Nada —contestó doña Clemencia con alicaído ánimo—, tampoco la familia de Fabián ni de Roque, ni la de los demás amigos gaditanos de Diego, tienen noticias de sus hijos, ni buenas, ni malas.

—Todos estamos igual; mis hijas tampoco saben aún dónde ni cómo están sus esposos —aseveró la recién llegada con un hondo suspiro.

Una criada les trajo limonada.

Doña Carmen, de pronto, a la vez que miraba intrigada a su prima, inquirió:

—Clemen, ¿y Pedro? Hace tiempo que no sé nada de él.

—Creo que este sábado lo tendremos aquí —respondió la señora Ibáñez—, ya sabes que ahora tiene más trabajo; se ha quedado casi sin gente en las bodegas, y varios cargamentos de vino, con destino a Salamanca y otras ciudades, han sido requisados por las tropas francesas y trasladados a Madrid.

En ese instante llegó una vecina llamándolas de manera un tanto ansiosa.

—¡Doña Hortensia! ¡Pase usted! —gritó Natalia mientras agitaba las manos.

Apenas la mujer llegó hasta ellas, Clemencia y su hermana las saludaron afectuosas.

A continuación, tras ofrecerle un gran vaso de limonada fresca, que doña Hortensia se bebió de buena gana, esta les anunció:

—¡Les traigo noticias... muy recientes!

—¿Son buenas o malas? —preguntó Natalia con cierto temor.

—Muy buenas —exclamó la vecina mientras sacaba un papel de su bolso de mano—. Lo tengo todo apuntado aquí. Escuchad: ¡el día diecinueve nuestros paisanos andaluces, y las tropas de línea... han derrotado en Bailen al general Dupont y su gran ejército... obligándolo a capitular! En todas las plazas ya están los pregoneros, junto al alcalde y toda su comitiva, afónicos de tanto proclamar la buena nueva. ¡Y, según otros rumores, el rey José ya ha abandonado Madrid!

Natalia, su hermana y la prima Carmen se cogieron de la mano.

—¡Con seguridad en esa batalla, mi hijo ha estado... luchando! —prorrumpió doña Clemencia, con los ojos húmedos de llanto.

Doña Hortensia, con semblante ufano, continuó:

—Y, como era de esperarse, el rumor de nuestra victoria crece y crece, extendiéndose hacia otras latitudes, aunque nadie parece creerlo. A los españoles, por parecerles demasiado hermosa, y a los franceses por considerarla imposible.

—¡Yo sí lo creo! —gritó doña Clemencia.

—Yo también... —expresó su prima Carmen abrazándose a ella.

—¡Que vivan todos los heroicos soldados andaluces! ¡Y también el pueblo de Bailen! —prorrumpió Natalia riendo mientras se unía al abrazo.

Tres días después, llegó don Pedro un poco más animado ante la noticia de la derrota francesa en Bailen. Después de comer con bastante apetito,

acompañado de Ignacio se marchó a casa de unos amigos. Al regreso ambos entraron al salón con el rostro adornado de sonrisas. El señor Ibáñez, dirigiéndose a todos los presentes, exclamó:

—Tal como nos lo dijeron... ¡la batalla de Bailen la ganamos los españoles! Y acabo de leer un manifiesto que pone los pelos de punta. Aquí os lo he traído... —agregó enseñándoles un manuscrito—. A ver, Ignacio, léelo tú.

El jovencito tomó la hoja de papel y empezó la lectura:

—Andalucía ha rechazado la invasión con la bayoneta; con la espada, con la navaja, con la mentira, y con la verdad... con la astucia, la viveza y el ingenio. Con las uñas y hasta con los dientes. Reprobando aquello de que los ejércitos pueden sucumbir, pero las naciones, y sus ideales, siempre serán invencibles.

Don Pedro, con gesto emocionado, replicó:

—¡Ya han comenzado a retirarse los miles de soldados de Dupont y también las tropas de Vedel que por fortuna llegaron justo cuando ya los nuestros habían vencido! Se dice que todos ellos han desfilado delante de las divisiones españolas en número de nueve mil trescientos, y que fueron obligados a dejar sus armas en el pabellón junto a sus águilas y unos cuarenta cañones. El alcalde nos ha comunicado que un oficial que esta mañana llegó herido a Cádiz, desde Bailen, le contó que, al mirar a ese derrotado ejército, le parecía imposible que fueran los mismos vencedores de Europa, los causantes de haber borrado la geografía del continente... para hacer una nueva. Elevando banderas francesas donde mejor les parecía; los mismos que desbarataban imperios, tronos y reyes como en un juego de ajedrez. Y ahora han tropezado con una dura piedra llamada Andalucía: una tierra olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo.

—Entonces... Napoleón dejará ya en paz a España —exclamó Natalia alborozada.

—Oh, no, mi querida cuñada, eso ni lo sueñes. Esto es solo el comienzo... —respondió don Pedro a la vez que hacía un gesto de desagrado.

—¿De modo que... aún tendremos más batallas? —inquirió Natalia con expresión de espanto.

—Me temo que sí —replicó don Pedro—. España es un bocado muy sabroso para Bonaparte, y no va a olvidarse de él solo por haber perdido una batalla.

Gertrudis, que permanecía al lado de su hermana mayor, apoyada en el bastidor de bordar, exclamó:

—¡Qué pesadilla! ¡Y yo aún no tengo noticias de Wilbur...!

Ignacio, con una graciosa pose, argumentó burlón:

—Pues... como ya son casi las cinco de la tarde, con seguridad debe de estar a punto de tomarse un delicioso té... en una preciosa y esmaltada tacita de porcelana... con el dedo meñique levantado, mientras mira incommovible la Torre de Londres...

Gertrudis lo miró indignada.

—Tú siempre burlándote de mi infelicidad; sabes muy bien que él en estas fechas, no se halla en Londres, sino en... en algún campo de batalla español luchando a favor nuestro, y quizás muy malherido...

Doña Clemencia, retorciéndose las manos con ansiedad, preguntó a su esposo:

—Pedro... ¿cuándo sabremos algo de nuestro hijo?

—Muy pronto estimo. Dicen que ya han comenzado a llegar muchos combatientes, por lo general, los malheridos.

—Ay, Dios mío. ¿Cómo estará?, y ¿Gustavo? Qué suplicio no tener noticias de ellos.

—Tampoco los padres de Carlos Temple saben nada de él —añadió su esposo.

—Madre, no se preocupe. ¡Todos regresarán sanos y salvos, ya lo verá usted! —aseguró Ignacio.

—Yo también opino eso —rebatió don Pedro a la vez que trataba de convencerse a sí mismo.

—Padre, ¿cómo están todos por Jerez? —preguntó Úrsula, en un intento por cambiar de tema.

—Bueno, ya os imaginaréis; sufriendo bastante en especial don Sancho y su nuera. ¡Oh!, pero esa joven... con la que nuestro hijo tiene relaciones, según cuenta Pepín, está algo desquiciada. No hace más que llorar y llorar a la vez que repite sin cesar que... si a Diego le pasara algo malo, ella se quitaría la vida. La verdad es que ahora siento mucha pena por esa niña.

Doña Clemencia, con los ojos húmedos de lágrimas, murmuró:

—Yo también. Ojalá que, cuando nuestro hijo regrese, decida hacerla su esposa. La pobrecita ha demostrado quererlo más que a nada en este mundo.

—¿De quién habláis? —quiso saber Natalia.

Ignacio, mirándola burlón exclamó:

—¡Tía! ¿Aún no sabes que mi hermano tiene... una mujer con la que vive en...?

—¡Ignacio, cállate! —replicó su madre mirándolo furiosa.

—Perdón, madre, ya me callo.

Doña Clemencia, dirigiéndose a su hermana le contó:

—Se trata de... una joven que, según parece, está muy enamorada de nuestro hijo. Y todos creemos que él también lo está de ella. Se llama Trinidad Morales; a esa niña le debemos el cambio tan notorio en la conducta de Diego en estos últimos tiempos... —concluyó, ocultándole la manera tan licenciosa en la que ambos vivían ese amor.

Natalia, con los ojos muy abiertos, exclamó:

—¿De modo que toda esa bienhechora transformación en la alocada conducta de mi sobrino era a causa de una mujer?

—Así es, Natalia. Y esperamos que quizás Diego, cuando regrese, al fin se decida a casarse con ella —asintió doña Clemencia.

—Y ¿por qué no me dijisteis nada?

—Porque... al principio creímos que solo se trataba de otra loca aventura de tu sobrino —repuso don Pedro.

—¡Entonces, bendita sea esa niña que ha logrado enderezar la vida de nuestro Diego!

Dos días después, la desgarradora noticia traída a Cádiz por el mensajero enviado de la prima Amaranta enloqueció a la familia Ibáñez. Doña Clemencia y su hermana sufrieron sendos desmayos. Don Pedro, con el corazón oprimido a la vez que trataba de no perder la calma, organizó la rápida marcha hacia Córdoba en un cómodo carro al mando de José, su fiel cochero, junto a seis palafreneros a caballo y a un viejo médico, don Leandro de la Torre, muy amigo de Natalia, que gustoso aceptó hacer el viaje. El señor Ibáñez y su grupo llegaron a Córdoba casi sin haber descansado.

Cuando entraron al palacio de doña Amaranta, don Pedro, al ver el estado de su hijo, se quedó paralizado.

—¡Dios mío! ¡No! —gritó sacudido por los sollozos mientras la prima de su esposa lo consolaba.

Sin pérdida de tiempo, el doctor De la Torre procedió a atender a Diego. Tras quitarle las vendas, examinó la herida. Seguido a eso, a la vez que exhalaba un suspiro de desaliento, murmuró:

—Tiene muy mal aspecto, yo no me atrevería a... darles demasiadas esperanzas.

Gustavo lo miró consternado y replicó:

—Pero... si ha sobrevivido tantos días así, bien puede salvarse, ¿no?

—Claro, pese a que se trata de una lesión muy delicada, la esperanza nunca debe perderse —argumentó el viejo galeno—. Voy a limpiar la herida, que supura bastante... —y, con manos un tanto inseguras, se dispuso a hacer las curaciones.

Don Pedro, dirigiéndose a Gustavo, le dijo:

—Lo llevaremos enseguida a Cádiz, donde lo podrán ver otros médicos.

—Es lo mejor, incluso Pastora podrá hacer algo por él —acotó Gustavo con aire esperanzado. En medio de un ansioso gesto miró a don Pedro y preguntó —: ¿Cómo están mi esposa... y mi padre?

—Ambos muy bien; antes de venir envié a Jerez un mensaje alertándolos de tu próxima llegada sano y salvo. —De pronto, al observar que el hijo de su administrador cojeaba de una pierna, inquirió—: ¿Tú también estás herido?

—Sí, pero no sufra, ya me la atendieron... y estoy bien.

—Haré que don Leandro te la examine de nuevo a ver qué opina —repuso don Pedro con un hilo de voz.

Al día siguiente, después de haber pasado una angustiosa noche, el señor Ibáñez ordenó a sus palafreneros que subieran a Diego al carro. Doña Amaranta los despidió en medio de un desconsolado llanto, mientras aseguraba que rezaría para que Diego venciera a la muerte. Cuando el herido fue depositado sobre el camastro, tras unos instantes de agitación, se quedó muy quieto. Luego de que José se sentó en el pescante del coche y tomó las bridas, don Pedro, Gustavo y el médico se acomodaron al lado del herido. Segundos después el cochero blandió el látigo en el aire, dando la orden a los caballos de que emprendieran la marcha. Durante el viaje el médico procedió a controlar los signos vitales de Diego, mientras su padre lo observaba angustiado.

—No se preocupe, solo está privado de conocimiento —lo consolaba el galeno.

—Hay momentos en que se pierde del todo —explicó Gustavo. Con semblante mortificado, agregó—: Yo creo que... eso ha sido a consecuencia del golpe que se dio en la cabeza contra las rocas. Antes de eso, pudimos hablar largo rato de muchas cosas; después marché a por ayuda y cuando regresé me lo encontré tumbado de boca sobre las piedras, con una brecha en la cabeza, y a partir de ahí... ya no respondió a nada.

Mientras don Pedro y Gustavo hablaban, el médico movió la cabeza desanimado; no se atrevía a decirles que a Diego le quedaban pocas horas de vida.

ENTRE LA LOCURA Y LA DESESPERACIÓN

Pese a los desalentadores pronósticos, Diego llegó vivo a Cádiz.

Ante los desgarradores sollozos de su madre y hermanos, sumados a los de las tías Carmen y Natalia, además de los de los criados, colocaron al herido en el cuarto más cómodo y fresco de la casa, con los ventanales al jardín. Minutos más tarde toda la familia rodeaba a Diego que, por momentos, parecía próximo a expirar. Doña Clemencia, junto a sus hijas, hermana y prima, comenzaron a rezar el rosario.

Sin pérdida de tiempo, don Pedro llamó a otros dos médicos más. Estos, después de examinar a Diego en privado, cambiaron sus impresiones. La lesión causada por la filosa hoja de la bayoneta no había tocado el corazón de puro milagro. No obstante, consideraban remotas las probabilidades de que el joven lograra salvarse. Ambos dieron sus opiniones a la familia.

—De la manera tan delicada en que se encuentra, no nos explicamos cómo es que aún permanece con vida —reflexionó uno de ellos.

—Por fortuna, es joven y resistente —argumentó el otro—. Señor Ibáñez, nosotros haremos todo lo que podamos y esperaremos que Dios disponga su voluntad.

Gustavo, ceñudo, rebatió:

—Todos los médicos repiten lo mismo. Pero él sigue resistiendo y dándole batalla a la muerte; y, como todos sabemos que Diego es un luchador incansable, yo creo que vivirá.

Los galenos prodigaron al herido todos los recursos que la ciencia les ponía a disposición. Y luego permanecieron en espera de un milagro.

Ante la gravedad de su sobrino, Natalia, llamó a su confesor para que este oficiara una misa en la capilla de su casa, que se llenó de gente, entre sus más íntimas amigas y vecinas, además de la prima Carmen y sus hijas, que arrojaron a doña Clemencia, que no paraba de llorar.

Al día siguiente, Dionisio, con el rostro marcado por un gran abatimiento, se presentó allí. Cuando llegó a los pies de la cama de su joven amigo y mientras observaba su penoso estado, un torrente de lágrimas bañó sus



descarnadas mejillas. Le costaba creer que ese hombre barbudo, de rostro pálido y demacrado sumido en un estado de completa lobreguez, fuera el mismo joven lleno de vida y belleza que se había despedido de él unas semanas atrás. Con hondo pesar le cogió la mano y rezó una plegaria. Cuando Dionisio salió del cuarto del enfermo acompañado de Úrsula, parecía haber envejecido un montón de años.

Gustavo, con gran pesar al tener que dejar a su amigo en aquel estado tan calamitoso, emprendió la marcha a Jerez de la Frontera en el coche de la familia Ibáñez, para reunirse con su esposa y con su padre. Doña Clemencia le escribió a Pastora pidiéndole que viajara de inmediato a Cádiz con José, para ver si ella, con ayuda de Dios y su oculta ciencia, podía hacer algo más para devolverle la salud a Diego.

Toda la familia, sin dejar de rezar, permanecía temerosa de que de un momento a otro el herido dejara de respirar. Pero, como si se aferrara a la vida con uñas y dientes, este siguió resistiendo.

Desde la llegada de Diego a Cádiz, la casa de su tía Nati se llenaba de gente que venía a interesarse por la salud de su sobrino, entre ellos, su amigo Fabián, quien también había sido herido y ahora trabajaba en la Capitanía General.

Pastora llegó al día siguiente junto al cochero de don Pedro. Cuando esta vio el real estado de Diego, abrazándose a su patrona, se echó a llorar. Seguido a eso, mientras miraba a través de sus lágrimas la fea herida de su pecho, exclamó:

—¡Mi niño! ¡Tú no te puedes morir aún! Ya verás cómo la vieja Pastora te devuelve la salud.

Sin pérdida de tiempo, preparó sus fórmulas de emplastes con hierbas, cera, miel y otras secretas mezclas que iba poniéndole sobre la herida. Aquello, como era de esperar, disgustó a los médicos. Don Pedro, con semblante inflexible, les respondió:

—Usaremos todo lo que esté a nuestro alcance. Sea por la ciencia o por la

sabiduría de esa mujer que desde hace ya muchos años, igual que su madre en vida, está reconocida como una eficaz «sanadora».

Y Pastora siguió con sus arcaicas curaciones sin que nadie la interrumpiera. Dos días después la familia Ibáñez recibió una visita inesperada. Cuando la criada le anunció a doña Clemencia que una joven rubia, recién llegada de Jerez, rogaba que la dejaran ver al señorito Diego, se quedó paralizada.

—¿Cómo se llama la joven? —inquirió con notable ansiedad a la vez que se secaba los ojos.

—Trinidad Morales; me ha dado la impresión de no estar bien de la cabeza, ¿la dejo pasar, mi señora? —preguntó la criada con desconfianza.

Y, ante el asombro de la joven, doña Clemencia asintió:

—Sí, Petra, que pase... que pase. Condúcela de inmediato a la sala; enseguida la atenderé.

Después de arreglarse el pelo y aspirar una bocanada de aire, la señora Ibáñez bajó las escaleras. Al llegar al recibidor, vio a una joven rubia, enfundada en un vestido de batista azul. Cuando se le acercó, observó su rostro pálido, cuya blancura acentuaba la ropa oscura. Trinidad, al ver a la madre de Diego, caminó unos pasos hacia ella. Doña Clemencia, dándole un beso en la mejilla, murmuró:

—Oh, ansiaba mucho conocerte en persona; aunque... me hubiera gustado que fuese en otras circunstancias.

Trini, mirándola con expresión extraviada, prorrumpió:

—Deseo ver a Diego, por favor... permítame entrar a verlo.

—Claro que te lo permitiré. Pero tendrás que ser muy fuerte; el estado de mi hijo... es gravísimo. Los médicos... no creen que... se salve —balbuceó doña Clemencia en medio de un ahogado sollozo.

Al escuchar aquello, Trinidad sintió como si todo girara a su alrededor. Ante el temor de caer, se aferró con fuerzas al respaldo de un sofá.

—Dios... eso no puede ser... cierto —silabeó con la mirada perdida, a la vez que en sus pupilas amarillas se agolpaba un torrente de lágrimas.

Doña Clemencia, dirigiéndose a las escaleras, le pidió:

—Sígueme, por favor.

Cuando llegaron al cuarto del herido, Trinidad, a la vez que sobresaltaba a las mujeres que lo velaban mientras rezaban el rosario, se arrodilló a los pies de su lecho. Después de mirarlo durante un largo rato, movió la cabeza como una desquiciada. Cubriéndose la cara con las manos, comenzó a llorar sin contención. ¡Le parecía mentira que ese hombre casi sin vida, que yacía en aquella cama, fuese el mismo joven hermoso viril y pletórico al que había entregado su corazón, su cuerpo y sus sentidos!

Una oscuridad se abatió sobre su cabeza, causándole sucesivos estremecimientos hasta erizarle la piel de todo el cuerpo. En medio de un paroxismo demencial, gritó:

—¡No! ¡No! ¡Por favor Diego! ¡No abandones a tu Trini... de ese modo tan cruel! ¡Dios mío! ¿Por qué me castigas? ¿Es por mis pecados? Pero él no tiene la culpa. Yo... solo yo soy la única culpable.

Sus gritos fueron transformándose en apagados gemidos. Úrsula, Pastora y Natalia la miraban impactadas. Al fin Trinidad, después de murmurar otras palabras sin sentido que nadie supo interpretar, se puso de pie. Seguido a eso, sin mirar a nadie, salió de la habitación precipitadamente.

Doña Clemencia corrió tras ella; cuando llegaron al final de las escaleras, cogiéndola del brazo, le rogó:

—Por favor, ¿a dónde vas?, no te marches aún... y menos en ese estado. Puedes... quedarte aquí con nosotros. Te prepararemos un cuarto para que descanses y...

Trinidad no parecía escucharla; observándola con ojos carentes de brillo, pasión o sentimientos, se desprendió de sus manos y echó a correr.

El violento golpe de la puerta principal, al cerrarse detrás de ella, resonó en toda la casa; a doña Clemencia incluso le pareció sentir que la vibración la levantaba en el aire. Por unos instantes se quedó apoyada en el marco... hasta que al fin rompió a llorar desconsolada, a la vez que desde afuera se escuchó

cómo un carruaje se ponía en marcha. En las horas siguientes el estado de Diego continuó siendo el mismo: no empeoraba... pero tampoco se notaba ninguna mejoría.

Tanto Pastora como los dos médicos, cada uno con su ciencia, hacían todo lo posible por rescatarlo de las garras de la muerte que parecía seguir ahí... agazapada, a la espera del momento oportuno.

Los criados con expresión llorosa deambulaban por la casa, en medio de plegarias; no podían creer que el señorito don Diego tuviera que morir de aquella manera tan penosa. Para todos ellos esa posibilidad se les hacía intolerable y muy injusta. Dos días después, sin que las medicinas de Pastora ni la de los médicos lograran reanimar a Diego y rescatarlo del negro abismo en que se hallaba, Cristina, una de las criadas más joven de Natalia, acercándose a doña Clemencia, a boca de jarro le dijo:

—Perdón, mi señora... ¿usted no dejaría que... la pitonisa Cassandra, a la que todos llaman «La gitana milagrera», viniera a ver a su hijo? Sería bueno aprovechar que ahora ella se halla en Cádiz. Esa mujer tiene poderes increíbles; dicen que usa extraños conjuros, fórmulas cabalísticas y filtros mágicos. Y quizás ella... pueda hacer algo por el señorito Diego.

—Cristina, pero esa gitana es... considerada una bruja, y eso... es ir contra Dios —respondió doña Clemencia con voz vacilante.

—Mi señora, no olvide que las verdaderas brujas sanadoras conocen muchos secretos —insistió Cristina—. Cassandra trabaja con el bien y con el mal. Y sus filtros y conjuros son muy poderosos. Hace ahora dos años a mi hermano mayor lo rescató de las mismas puertas de la muerte, luego de que este recibió una puñalada en el pecho...

Úrsula, luego de mirar a su progenitora muy seria, con impaciente voz, replicó:

—Madre, si esa mujer tiene tantos poderes, acaso... ¿no podría ser Dios quien se los otorgó? —sin esperar a que doña Clemencia respondiera, añadió —: Sí, Cristina, corre a buscar a esa hechicera, y tráela aquí cuanto antes.

La joven fámula, sonriéndole entusiasta, manifestó:

—Entonces... le pediré a José, al cochero de don Pedro, que me lleve hacia las sierras donde ella vive; porque, si se lo pido al de la señorita Natalia, no querrá ir. La mayoría de la gente de por aquí tiene miedo de acercarse al lugar donde vive Cassandra porque opina que los bosques que lo rodean están encantados —concluyó a la vez que echaba a correr en dirección a la puerta.

La señora Ibáñez, dirigiéndose a su hija, con voz apenas audible, murmuró:

—Úrsula, tu padre ha ido a hablar con un médico que llegó ayer exiliado desde Madrid y que, según dicen, tiene mucho prestigio.

—Sí, claro, y como todos vendrá... mirará a mi hermano fijamente y, luego de revisarlo sacudirá la cabeza con desaliento y nos dirá: «Lo lamento, su herida es muy grave, no hay nada que podamos hacer, solo rezar».

Los ojos de doña Clemencia se llenaron de lágrimas.

Pastora, acercándose a su patrona, opinó:

—La niña Úrsula tiene razón, mi señora; quizás esa mujer pueda hacer algo más por mi niño. Algo que yo no soy capaz; usted misma ve que mi ciencia no alcanza a tanto.

Dos horas más tarde apareció la criada en compañía de una mujer de edad indefinida y mirada penetrante, con una bolsa de raído terciopelo negro al hombro. Todos la miraron asombrados.

Doña Clemencia, al observar aquellos ojos acerados, se estremeció; no obstante, llena de gentileza, la saludó:

—Bienvenida a mi casa.

—¿Dónde se encuentra el joven enfermo? —preguntó la gitana con una voz sin matices.

Úrsula, adelantándose a su madre, la vez que se tomaba las faldas, le pidió:

—Por favor... sígame. Yo la guiaré.

Al entrar a la habitación donde yacía Diego, la gitana, con pasmosa quietud comenzó a mirar alrededor mientras observaba cada detalle del mobiliario. Después, sin titubeos se acercó al lecho del enfermo, que se hallaba en

compañía de Natalia y de dos criadas. Estas, al ver a la bruja, se quedaron mirándola con notable sobresalto.

La enigmática sibila, ignorándolas a todas, destapó a Diego hasta dejar su cuerpo semidesnudo a la vista de las mujeres. Gertrudis, Úrsula y la tía Nati, ruborosas, se retiraron hacia la puerta. Cassandra le quitó las vendas del pecho y, después de palpar la herida la apretó; con gesto meditabundo observó el líquido que fluía de ella. Luego de olerlo, exclamó:

—Rápido, necesito vendas limpias, una palangana y agua hervida, además de unas...

A la vez que iba nombrando lo que precisaba, comenzó a sacar de su bolsa algunos frascos con emplastes además de otros varios objetos. Doña Clemencia se quedó con la mirada fija en aquellas extrañas figuras, muchas de ellas de aspecto demoníaco, junto a algunos cirios y velones de diversos colores... y también un oráculo, junto a otras cosas que no pudo precisar con claridad. Tras apartar la vista de allí, volviéndose hacia Cristina, le ordenó que trajera todo lo que la gitana le pedía.

En ese momento Diego empezó a moverse entre lastimosos gemidos. Cassandra le puso una mano sobre la frente, mientras comenzaba a murmurar palabras en una extraña lengua. Segundos después doña Clemencia, y las demás mujeres, con expresiones sorprendidas, observaron cómo el enfermo de inmediato pareció calmarse.

La sibila, mirándolas a todas con seria fijeza, les pidió:

—Dejadme a solas con el joven. Si me habéis llamado es porque confiáis en el poder de mis curaciones. Ahora no puedo daros esperanzas, pero trataré de salvarlo. No obstante, para que yo pueda intentar lograr eso, tenéis que hacer todo lo que... a partir de ahora, os pida. Cuando la criada me traiga lo que les solicité, que llame a la puerta. Y luego de dejar todo sobre ese taburete, que vuelva a salir sin pronunciar palabra. A partir de ahí nadie debe interrumpirme mientras estoy con él, ni tampoco tocar la puerta... aunque la casa se queme. —Y, sin agregar nada más, les dio la espalda.

Úrsula miró a su madre y a todas las demás. Visiblemente impresionada, murmuró:

—Salgamos de aquí de inmediato. Debemos hacer todo lo que ella nos pide.

Cuando Cristina regresó, después de haber subido las cosas que la gitana le había ordenado, se acercó a doña Clemencia; con sonrisa esperanzadora, aseveró:

—Estoy segura de que Cassandra, «La gitana milagrera», devolverá la salud al señorito Diego, ya lo verá usted, mi señora.

—Ojalá, Dios así lo quiera —respondió doña Clemencia, a la vez que juntaba sus manos sobre el pecho.

Los minutos comenzaron a pasar. Dos horas después llegó el señor Ibáñez acompañado de Ignacio. Al ver a toda la familia y a los criados, reunidos en la sala con actitud seria y expectante, don Pedro, temiéndose lo peor, se quedó paralizado.

—¿Qué... ha pasado...? —alcanzó a preguntar.

—Quédate tranquilo, no pasa nada malo... —respondió su esposa.

—¿Por qué estáis todos reunidos aquí... en actitud conspiratoria?, ¿cómo sigue Diego? —sin esperar a que le respondieran, con expresión cansada, prosiguió—: He hablado con ese prestigioso médico y me ha asegurado que quizás mañana pueda venir a verlo.

Doña Clemencia, un tanto indecisa, encarándose con él, le manifestó:

—Pedro, escúchame: Diego ahora... está con una curandera gitana; bueno, en realidad es una sibila a la que llaman Cassandra, «La gitana milagrera», que quizás la hayas oído nombrar. Según dicen, posee grandes poderes. Ella asegura que intentará salvar a... nuestro hijo.

Dos Pedro se quedó mirándola con evidente sorpresa.

—Pero sus poderes... son de origen satánico, ¿verdad? —replicó extenuado.

Úrsula se adelantó a responder:

—Padre, ¿no cree usted que en estos momentos, lo más importante es tratar

de salvar a Diego, sea por el medio que sea?

Ignacio, con notable impresión, dio un prolongado silbido y exclamó:

—¡Vaya! Esto de verdad impacta mucho.

El señor Ibáñez, tras un gesto de completo abatimiento, asintió con la cabeza y murmuró:

—Es verdad, hija. —Y al instante se dejó caer en un sofá, tapándose la cara con las manos.

Luego de eso todos permanecieron en silencio sin apartar los ojos de la escalera, mientras esperaban el momento en que la misteriosa mujer apareciera por allí. Segundos después, apenas se escucharon sus pasos, todos se pusieron de pie.

Cassandra, con andar lento descendió los últimos escalones. Dirigiéndose al grupo de personas que aguardaban en el salón, se quedó unos instantes observándolos. Doña Clemencia, presa de la ansiedad, le preguntó:

—¿Cómo... está mi hijo? ¿Podrá usted hacer algo... por él?

La pitonisa, con un tono de voz firme, replicó:

—Creo que sí; en estos momentos se encuentra en un largo viaje espiritual, del que tardará un largo tiempo en regresar. El joven no fue bien atendido desde un principio, pero por fortuna es fuerte y creo que podrá sanar. Su sangre ya está casi limpia, y en los próximos días la herida empezará a cerrarse. Tiene un golpe feo en la cabeza... y no sé qué consecuencias le acarrearán en el futuro; eso solo se podrá saber cuándo recupere la conciencia. —Extendiéndole una bolsita de tela añadió—: Deberá beber mucha agua, y por las noches una dosis diaria de estos polvos, disueltos en algún líquido, que mediréis con una cuchara pequeña por la mitad. Aquí os dejo las onzas suficientes para que os alcance. No toquéis nada de su habitación, ni abráis las ventanas hasta quince minutos antes de la limpieza, que se hará por la mañana. Durante unos días vendré a la misma hora hasta que él se encuentre lejos... de la muerte, que aún sigue a su lado acechándolo.

Sin agregar nada más, comenzó a caminar. Úrsula la siguió hasta la puerta.



Una vez allí, le dijo:

—Espere. Debemos pagarle por sus servicios.

—Me pagarán cuando el joven esté realmente fuera de peligro —respondió la gitana sin detenerse.

Don Pedro exclamó:

—¡Por lo menos deje que el cochero la lleve!

La gitana se detuvo; luego de hacer un gesto con la mano, alegó:

—No es necesario, me gusta caminar —y sin añadir nada más, salió de allí.

—¡Oh, vaya! ¡Qué mujer tan extraña! ¿Habéis visto sus ojos? —exclamó Ignacio con notable impresión—. Tiene más aspecto de marquesa que de bruja ¿verdad? —añadió mientras corría a la ventana para verla marchar.

Doña Clemencia, su hermana y todos los demás subieron apresurados las escaleras. El cuarto de Diego estaba lleno de un denso olor a hierbas desconocidas. Y sobre el reborde de la chimenea dos enormes cirios, uno rojo y otro blanco, continuaban encendidos.

Natalia arrugó el ceño a la vez que pensaba: «Con solo aspirar el aire de esta habitación, se puede adivinar lo que ha sucedido aquí: sortilegios, quizás encantamientos ocultos e invocaciones demoníacas. Ojalá esa mujer, al intentar curar a mi sobrino, no le robe el alma», acabó sacudida por un estremecimiento mientras se santiguaba repetidas veces.

Diego dormía con aparente serenidad. Su padre le tocó la frente y comprobó que la temperatura había bajado considerablemente. Con sumo cuidado doña Clemencia lo destapó; la herida estaba cubierta con una venda empapada de un emplaste bermellón. Y lo más sorprendente, su respiración era tranquila. Los esposos se miraron con una clara sensación de gozo.

Don Pedro no podía hablar; un nudo en la garganta se lo impedía.

Ignacio acercándose a ellos, exclamó:

—¿Qué les parece? Diego tiene un aspecto muy bueno, ¿verdad? Seguro que se pondrá muy bien enseguida.

La esperanza empezó a adueñarse de los corazones de toda la familia. Esa

noche el enfermo, al cuidado de dos criados y de su padre, permaneció sereno. Solo una vez su sueño llegó a tornarse inquieto en medio de convulsos espasmos; después, poco a poco, su respiración volvió a normalizarse. Aun en medio de su inconsciencia seguía bebiendo casi toda el agua que sus cuidadores le ofrecían, pero en ningún momento abrió los ojos. Al día siguiente fue de completa calma.

Por la tarde regresó la gitana. Mientras subían las escaleras, doña Clemencia le dijo:

—Mi hijo se encuentra... muy mejorado, y yo... con muchas más esperanzas. Siento que se salvará.

—Confió en que así sea —contestó ella.

En silencio entraron al cuarto de Diego, que se hallaba acompañado de Úrsula, Gertrudis y tía Nati quienes, al verlas llegar presurosas, salieron de la habitación.

Doña Clemencia miró a la sibila y le preguntó:

—¿Le traemos todo, como ayer?

—Sí, y recuerden que... luego de eso, nadie debe interrumpirme.

Así pasaron los cuatro días siguientes.

Diego permanecía suspendido en medio de tinieblas en un lugar desconocido del que no lograba salir. Aun así percibía, aunque de manera vaga, figuras y formas de esas que no pertenecen al mundo visible, sino más bien a una misteriosa geología que contradecía las leyes de la estática y de la dinámica.

En ese momento notaba la presencia de alguien a su lado, pero lo único que pudo llegar a preguntarse fue: «¿Quién escarba dentro de mi pecho... entre ese extraño murmullo?». No podía recordar nada, ni tampoco abrir los ojos. Y aquel ácido y penetrante perfume, totalmente desconocido para él, lo sofocaba. En ese momento el dolor era insoportable. ¡Lo estaban martirizando!

Tenía la clara percepción de que intentaban salvarlo, pero a él, eso, lejos de

alegrarlo, le provocaba un sentimiento de pesar; «¿Por qué no me dejan morir en paz?», se decía en medio de los dolorosos espasmos. De pronto el dolor poco a poco fue desapareciendo.

A continuación, tras un largo esfuerzo, logró abrir los ojos; ante él, en medio de estallidos de luces se irguió la imagen de una mujer que, a pesar de mantener su rostro en las sombras, supo que era hermosa.

En medio de un tremendo esfuerzo, logró balbucear:

—¿Quién... eres?, ¿te... conozco? —, pero su pregunta no obtuvo respuesta.

Con dificultad alargó la mano hasta su mejilla y la tocó. ¡Su contacto fue maravilloso!

Trasgado por esa emoción le acarició la cara, la frente y su oscuro pelo largo y sedoso.

De pronto, como en un desafío a la lógica, transgrediendo las leyes de la física, la imagen se elevó frente a él hasta quedarse suspendida en el aire a la vez que, tras descubrirse el rostro, le sonrió. ¡Qué hermosa era!

—¿Por... favor... dime quién... eres? Siento... que me recuerdas... a alguien, pero no... se a quién—, musitó extasiado con voz vacilante.

Y en el paroxismo de su dicha él la vio extender su mano; con exquisita tibieza ella le tocó la cara rozándosela apenas... y de pronto, la fugaz remembranza de una noche de amor acudió a su mente. Intentó recordar con más claridad, pero no pudo.

—Tú y yo.... nos conocemos, ¿verdad?, sí... sé que ya hemos estado juntos. ¿Has venido a buscarme...? —continuó preguntándole a la vez que intentaba tocarla—. Oh, siento tanta dicha... Mi corazón... ya es tuyo. Por favor... dame tu mano... necesito tocarte... acariciarte, no me rechaces... —acabó de decir en medio de un atormentado susurro.

De forma abrupta y repentina, la imagen comenzó a esfumarse... y frente a sus ojos todo volvió a ser oscuridad, dejándolo completamente desolado.

A continuación, Diego emitió un débil gemido; alguien reanudaba la labor

de meter las manos en su pecho causándole un dolor insoportable mientras una voz desconocida seguía hablándole en una extraña lengua. Luego, la persona que estaba a su lado le dio a beber agua con un fuerte sabor dulzón, que al instante le produjo un ligero bienestar. Poco a poco el dolor cesó, mientras él se sumergía en un pesado sueño.

Tres días más tarde don Pedro envió un mensaje a Jerez de la Frontera, para comunicarles el sorprendente restablecimiento de su heredero. Al recibir esa noticia, Gustavo lloró de alegría.

Esa tarde la familia Ibáñez al completo, además de Pastora, la prima Carmen y sus hijas acompañados de los criados de la casa, esperaban impacientes a que la gitana bajase de la habitación de Diego. Ella les había asegurado que esa sería su última visita. Por fin la vieron descender las escaleras con su habitual expresión impasible.

Al llegar al centro del salón, fijó sus ojos en doña Clemencia y, con voz serena le anunció:

—El joven, aunque muy débil, está casi curado. El peligro ha desaparecido, y ya la muerte se ha marchado de su lado sin lograr llevárselo. Pero aún pasará un tiempo muy largo en volver a ser el de antes; para eso necesita reponer fuerzas; su cuerpo se halla casi sin reservas de energías. Aunque subáis a verlo, por unas horas no lo molestéis, ni tampoco le toquéis la herida de la cabeza; se la he tenido que abrir para sacar la sangre que tenía acumulada allí. Ya ha abierto los ojos, y está algo perturbado y confuso a la vez que delira sin cesar. Al parecer, no se da cuenta de lo que le pasa ni recuerda nada con claridad, no obstante, creo que eso es bueno: la ausencia de recuerdos es necesaria para su curación definitiva. No os preocupéis si duerme mucho; en esos largos letargos él se aleja a lugares llenos de paz y de sosiego. A partir de unos días lo iréis notando mejor; no lo obliguéis a comer si él no quiere.

—Pero si no come... morirá. Hace ya mucho tiempo que fue herido —se lamentó don Pedro—. Y desde ese día no ha comido nada.

—No, el joven no se morirá por eso —repuso Cassandra serena. En el mismo tono, agregó—: Mientras continúe bebiendo agua, no le pasará nada, sobre todo porque es muy fuerte. Ahora lo que más importa es que beba todo el líquido que pueda; cuanto más sea, mucho mejor. Apenas se sienta bien, él mismo pedirá alimentos. Aquí os dejo esta medicina y un tónico que le daréis tres veces al día. Tal como les dije, yo ya no volveré porque he de partir lejos. Dentro de dos días tendréis que cambiarle las vendas de las heridas.

Don Pedro asintió con la cabeza, a la vez que reconocía que para él aquello era un verdadero milagro.

—¡No sé qué decir! —exclamó doña Clemencia restregándose las manos entre gestos nerviosos—, solo se me ocurre volver a darle de nuevo las gracias! ¡Y que Dios la bendiga!

—Le estaremos eternamente agradecidos —repuso don Pedro a la vez que le entregaba una bolsita llena de doblones—. Tome, esto es para usted en reconocimiento de toda la familia. Y, si no es suficiente, pídanos lo que necesite, y lo tendrá.

La bruja la cogió y, tras sopesarla, la abrió para ver su contenido; luego la guardó en el corpiño de su blusa. Sin sonreír, mientras observaba a don Pedro, asintió con la cabeza y le dijo:

—Gracias, es mucho más de lo que esperaba recibir. —Sin agregar otra palabra, cargó su bolsa de raído terciopelo sobre el hombro y, ante la mirada de todos, caminó hacia la puerta.

Úrsula, saludándola con la mano, exclamó:

—Vaya usted con Dios.

De manera precipitada don Pedro y su esposa, seguidos de todos los demás, subieron las escaleras y llegaron al cuarto de Diego. Este mantenía los ojos cerrados, sumido en un estado de duermevela. Su semblante, aunque pálido, denotaba una acentuada mejoría. Doña Clemencia le tocó la frente y él entreabrió los ojos, pero al instante los volvió a cerrar. Su madre, besándole la mejilla, murmuró:

—Diego, hijo mío... has vuelto... has vuelto a nosotros. Bendito sea Dios, que lo ha permitido.

Úrsula y sus hermanos la abrazaron a la vez que Carmen y Natalia se unían a ellos.

Don Pedro, con voz rota por la emoción, dirigiéndose a su esposa, le recordó:

—Clemen, recuerda lo que dijo Cassandra: hay que dejarlo descansar.

—Sí, es verdad... pero es tanta mi emoción...

—Realmente se lo ve tan bien que cuesta creerlo —admitió Natalia.

—Esa mujer... sí que sabe lo que hace; no en vano le llaman la «gitana milagrera» —replicó Ignacio con expresión entre alegre y admirativa.

Pastora, secándose las lágrimas, se santiguó.

—Dios ha escuchado nuestras plegarias... —repuso conmovida.

Úrsula, tras dirigirse a su madre, le manifestó:

—Esto se lo debemos a Cristina. Gracias a ella pudimos hacer que esa mujer, con tantos poderes... sean satánicos o de origen divino, haya salvado a nuestro Diego.

—Es verdad —agregó doña Clemencia—. Tenemos que recompensar a esa jovencita.

Natalia se acercó a ellas, y replicó:

—Sí, ya lo había pensado. Y, como está a punto de casarse, le haré un regalo de bodas muy importante y, sobre todo, muy útil para su vida de casada.

—Por mi parte yo también le obsequiaré una gran dote —agregó don Pedro con una sonrisa plena de felicidad.

Dos días después, Gustavo llegó a Cádiz de improviso. Al ver a su amigo en franca mejoría, empezó a reír y dar gracias al Todopoderoso.

—¡Virgen Santa! ¡Esto es algo increíble... y muy hermoso! Estaba seguro de que Diego lo conseguiría.

Don Pedro, dándole un abrazo, exclamó:

—Pues ya ves; una bruja... usando sabe Dios qué clase de poderes, le ha devuelto la vida.

—¡Bendita sea esa mujer! —prorrumpió Gustavo—. La recuperación de Diego me colma de dicha, sobre todo ahora que... voy a ser padre...

Don Pedro, palmeándole la espalda, sonrió con alegría.

—¡Te felicito, muchacho! Te confieso que yo ya lo sabía, pero no quise anunciarte nada para que fuera ella misma quien te diera la feliz noticia. Ya verás lo contento que se pondrá Diego cuando se entere. ¡Vamos abajo a comunicárselo a Clemen y a todos los demás!

Después de las felicitaciones, y cuando la euforia se calmó, Gustavo, con semblante apesadumbrado, les comunicó:

—Desgraciadamente, también os traigo una terrible noticia...

—Ay, Dios mío —exclamó doña Clemencia llevándose las manos al pecho.

—Seguro que ha muerto alguien, ¿verdad? —saltó Ignacio con expresión curiosa.

—Silencio... —manifestó don Pedro—. Dejemos que Gustavo nos cuente qué ha pasado.

El nombrado, luego de unos segundos de indecisión, con semblante triste explicó:

—Se trata de... Trinidad Morales —signó una pausa y añadió—: Y tal como ha insinuado Ignacio... ha muerto. Se ha quitado la vida ella misma; la encontramos hace unos días en su casa, en medio de un gran charco de sangre... con las venas cortadas.

—¡Jesús! —se escuchó gritar a un coro de voces.

—¡Virgen Santa! —exclamó doña Clemencia.

Gustavo prosiguió:

—A mí me tocó sacarla de la habitación; fue terrible, os juro que me sentí muy mal. Dicen que, cuando se marchó de aquí, obligó a su cochero a seguir viaje a toda prisa, mientras ella no dejaba de llorar a la vez que gritaba que Diego se moría, y que ella no podría vivir sin él. Al llegar, se tumbó en la

cama y, durante unos días pareció que su razón se extraviaba del todo, manteniéndose silenciosa y negándose incluso a comer. Una noche... tras despachar a Pura, obligándola a dejarla sola, se encerró en su habitación y... se cortó las venas. Al día siguiente, la doncella, al ver que no podía entrar al cuarto, le pidió a Pepín que forzara la puerta; pero este no pudo, y entonces... me llamaron a mí. Yo, tras darle unos golpes de hacha, logré derribarla, y me encontré con el horrible cuadro. Luego Pura mandó llamar a sus padres; todo fue muy penoso.

—¡Dios mío...! qué trágica determinación, ahora que Diego empieza a ponerse bien —musitó doña Clemencia.

—Los que la conocían —siguió Gustavo— aseguran que desde un tiempo atrás, casi desde el momento en que Diego había partido al frente, parecía haber perdido la cordura. Lo más penoso fue que la iglesia, al haberse ella quitado la vida, se negó a darle cristiana sepultura. Por suerte, el padre Manuel se apersonó a la casa de ella y allí, de manera secreta, le ofreció una misa. Y con eso dejó a la familia de Trinidad mucho más tranquila.

—Pobre niña. ¡Ojalá Dios la perdone por su pecado de suicidio! —alegó Natalia consternada—. Nosotras también le haremos una misa para que su alma no tenga impedimento en su ascensión al cielo.

El día que a Diego le quitaron las vendas del pecho, todos pudieron comprobar que la herida estaba parcialmente cerrada; incluso las de su cabeza. Ahora solo había que esperar a que la naturaleza fuerte y saludable del joven convaleciente hiciera el resto. Tímidamente, la sensación de alegría regresó a los salones de la casa de Natalia.

En la cocina las criadas, mostrándose eufóricas y parlanchinas, festejaban alborozadas, mientras bailaban entre ellas el milagroso restablecimiento del señorito Diego.

Gustavo se marchó dos días después y se llevó con él a Pastora que, aunque deseaba quedarse un tiempo más con su niño, no quiso retrasar el viaje ya que los tantos «pacientes» que tenía en Jerez requerían su presencia.



Y a continuación otra noticia volvió a entristecer a la familia Ibáñez. Al día siguiente de la partida de Gustavo y Pastora, encontraron muerto al viejo Dionisio. Don Pedro, al enterarse de su deceso, con semblante conmovido, murmuró:

—En estos últimos... tiempos ni siquiera me acerqué a verlo.

Su esposa, dándole un abrazo, lo consoló:

—No te sientas mal; nosotros teníamos nuestro propio padecimiento con Diego. Él era ya muy viejo y estaba enfermo.

—Aun así, no debí dejar de interesarme por él; Diego no me lo perdonará.

Don Pedro le preparó al marino, que en vida fue el dilecto amigo de su hijo mayor, un memorable funeral. Con el permiso de Natalia, Dionisio sería sepultado en el panteón de la familia Cisneros de Vargas.

En sus exequias se congregaron incontables personas entre viejos amigos suyos y también de Diego, además de vecinos y curiosos que expresaron sus condolencias a la familia Ibáñez y acompañaron al anciano en su viaje sin regreso.

La gente no dejaba de preguntarse cuál sería la reacción del joven Ibáñez cuando tomara conciencia de la desaparición física de su amigo más querido. Poco a poco Diego empezó a razonar a la vez que a reconocer los sonidos y las voces. Tenía la clara conciencia de que había estado herido de gravedad; sin embargo, no recordaba cuándo, cómo ni dónde había ocurrido. Y lo más sorprendente era que no deseaba saberlo.

Muy despacio abrió los ojos y miró a su alrededor... ante él solo había borrosas sombras, que lentamente fueron disipándose hasta dejarle distinguir los objetos: el dosel de la cama, una ornamentada cómoda con su espejo, el alto armario, los cortinados y, enfrente una inmensa cruz de fino ébano...

Muy cerca de él alguien velaba su sueño, aunque tampoco quiso saber de quién se trataba. Extenuado, volvió a cerrar los párpados. Pasados unos minutos, a la vez que sentía cómo su mente se despejaba un poco más, comenzó a decirse: «He regresado de la muerte... de eso no me quedan

dudas, pero... ¿por qué experimento esa sensación de total ambivalencia y frustración... junto a tantas emociones contrapuestas?». No pudo hallar una respuesta.

Con los ojos cerrados se quedó laxo hasta volver a perderse entre las brumas de su ensoñación.

De pronto, embargado por un sentimiento de irrealidad... ante él volvió a ver surgir la imagen de la mujer que continuaba visitándolo en sueños. Sin apartar los ojos de ella, se dijo: «¡Qué hermosa es! Ahora se acerca más a mí... me sonríe. Debo hablarle, expresarle mi admiración, preguntarle su nombre... porque estoy seguro de que ya hemos estado juntos, en completa intimidad».

Diego trataba de expresarse, pero de su boca no salía sonido alguno. «¿Por qué no puedo hablarle? ¡Si al menos pudiera tomarla entre mis brazos y volver a tocarla! ¡Ah, si pudiera hacerlo... no me importaría pagar luego una eternidad de penas!», gritó en su interior. Durante unos instantes continuó con su lucha interior, mientras trataba inútilmente de alcanzarla. De pronto, la adorable visión comenzó a difuminarse mientras él, desesperado, estiraba sus manos con la intención alcanzarla... pero no pudo; hasta que la imagen se diluyó del todo transformada en un punto luminoso dentro de su minúsculo mundo interior. «¡Quiero que vuelva!», volvió a decirse con un prolongado gemido.

Úrsula, sentada al lado del convaleciente, se entretenía en su labor de punto; de vez en cuando detenía los ojos en el perfil de su hermano que, en ese momento, dormía un sueño agitado. Sin apartar la mirada de él, lo escuchó murmurar algunas palabras mientras agitaba los brazos.

Intrigada, dejó la canastilla de bordado en el sofá y se acercó al lecho. En ese instante Diego dejó escapar un quejido.

—¡Hola hermanito! ¿Me escuchas? —le preguntó tocándole la frente. Él entreabrió los ojos y la miró fijamente. Úrsula sonrió dichosa—. ¡Oh, qué felicidad ver que al fin abres los ojos... y fijas tu mirada en mí! ¿Estás bien?

Vamos, respóndeme. ¿Por qué no me hablas? Por favor dime algo; las pocas palabras que tus labios pronuncian solo son en sueños. ¿Me puedes decir cómo te encuentras?

Diego seguía mirándola silencioso. Cómo decirle que no podía hablar... que su garganta había enmudecido y que, a pesar de esforzarse por modular alguna frase, no lo lograba. ¿Que hablaba en sueños? Bueno, de eso él no era consciente. Tras un gran esfuerzo, logró a sonreír, pero hasta ese gesto le produjo demasiado cansancio. Úrsula le ofreció agua. Cuando él terminó de beber, ella, con un tono de voz dulce, le dijo:

—Querido hermano... tendrías que empezar a alimentarte, o no podrás recobrar tus fuerzas. Por favor, si no quieres hablar, dime con los ojos si deseas que te traiga algo de comer. Si es un sí, ciérralos una vez y, si es no, dos veces...

Al cabo de unos instantes él los cerró y lentamente los volvió abrir. Úrsula con una sonrisa exclamó:

—¡Diego!, me alegro tanto... ¡ya verás la alegría que tendrán nuestros padres cuando se enteren! Yo misma te daré de comer como si fueras un niño pequeño, hasta que puedas valerte por ti mismo... y eso solo sucederá cuando comiences a nutrir tu cuerpo.

Cogió una campana agitándola; al instante apareció un hombre.

—¡Gervasio, mi hermano ya ha abierto los ojos y, aunque no habla, con señas me ha dicho que comenzará a ingerir alimentos! —expresó emocionada. Con el mismo tono de voz añadió—: Por favor... quédese unos momentos con él... yo iré a comunicarles a mis padres la buena nueva, y a pedir que le preparen una de sus comidas favoritas.

El sirviente la miró sorprendido. Seguido a eso, tras soltar una alegre risa, exclamó:

—¡Qué buena noticia! Si el señorito Diego comienza de nuevo a comer, muy pronto sanará del todo.

Mientras los escuchaba hablar, Diego volvió a cerrar los ojos.

Sí, a pesar de que no tenía apetito, comenzaría a alimentarse. Era preciso recuperar fuerzas y ponerse fuerte; fuera había una existencia que todavía era suya y necesitaba reincorporarse a ella para seguir con su destino. «Aunque no puedo recordar casi nada de lo que me ha pasado... sé que fue algo terrible... algo de lo que quizás por ahora es mejor no enterarme. Pero aun así tengo que recuperar fuerzas, volver a sentirme pletórico, para lograr soportar lo que sea».

De ese modo Diego, para alegría de toda la familia, comenzó a comer. A un principio muy lentamente, siempre ayudado por alguien, y luego poco a poco él solo. Como sabían lo mucho que él disfrutaba de los largos baños, apenas la herida se cerró del todo, los criados lo introducían en la tina. Y allí, sumergido en el agua tibia y perfumada, veían marcarse en su rostro un gesto de gozoso bienestar.

No obstante, aquellos progresos, con el paso de los días Diego continuó con su mente extraviada y el cuerpo exangüe. Parecía que todo el vigor y las fuerzas, que antaño lo adornaban, hubieran desaparecido para no regresar nunca jamás.

Lo más extraño a juicio de la familia Ibáñez era comprobar que tampoco Diego había preguntado, por señas o por escrito, nada de Trinidad, ni de Dionisio... ni de sus amigos... nada de nada, lo que les hacía preguntarse: ¿No tenía curiosidad de saber algo de ninguno de ellos?, ¿o sería que Diego, a más de sufrir esa incomprensible mudez, también había perdido la memoria?

Cuando sus padres, sus hermanos y la tía Nati rodeaban su cama, él solo los observaba con evidente complacencia a la vez que escuchaba sus palabras e incluso sonreía, pero nada más. Tras eso, quizás por agotamiento... y por desinterés hacia todo, se quedaba adormecido.

Doña Clemencia había enviado a Cristina de nuevo en busca de la bruja Cassandra, pero esta había abandonado Cádiz y nadie sabía su paradero ni tampoco su próximo regreso.

Y todo eso siguió igual hasta que unos días después, Diego vio a Gustavo de pie, frente a su cama. Con los ojos muy abiertos, se quedó mirándolo. Tras unos instantes de estupor le alargó la mano y, mientras cogía la de su amigo, intentó incorporarse. Después de un gran esfuerzo renunció a sus propósitos y, exhausto, dejó caer su cabeza sobre la almohada. Súbitamente sintió que algo estallaba en su cerebro. ¡Estaban en guerra!

Seguido a eso comenzó a visualizar algunos cruentos episodios: ¡Se hallaba en medio de una encarnizada batalla! En sus oídos retumbaba el sonido de las bombas y de los aceros, junto a los gritos de hombres y bramidos de caballos... de manera repentina, todo aquel horror se paralizó en su mente. Y, por más que intentó proseguir con aquellas vividas evocaciones, no pudo. Sin apartar los ojos de su amigo, procuró hablarle, pero de su garganta solo salió un gutural gemido.

Gustavo, con gesto afligido poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Diego, tranquilízate; por favor, no te agites ni te esfuerces demasiado. Poco a poco te irás sintiendo más fuerte y también podrás volver a hablar. ¡Hermano, cuanto me alegro de verte tan bien! Mira... he venido con Rosario y, como ves pronto me dará un hijo.

El convaleciente buscó con la mirada la figura de la esposa de su amigo.

Rosario, sonriéndole cariñosa se aproximó a él y le dijo:

—Don Diego, me alegro mucho verlo tan recuperado.

Él logró devolverle la sonrisa y, después de vanos intentos por mantenerse incorporado, volvió a dejar caer la cabeza sobre el blando almohadón.

—Por favor, quédate así... acostado —le pidió Gustavo, a la vez que le ahuecaba el cojín.

Diego cerró los ojos apretándolos con fuerza mientras en su mente de nuevo comenzaban a surgir trágicos recuerdos los que, a pesar de que procuró evitarlos... siguieron mostrándole con desalmada crudeza, los instantes previos a su única batalla. Un estremecimiento de horror lo sacudió: ¿cómo y cuando había caído herido? Y Rayo, ¿que había sido de él?, se preguntó

sacudido por un estremecimiento. «¿Por qué no puedo recordar bien todo lo que pasó? Y... ¿por qué ni Trini, ni Dionisio han venido a verme? ¿Por qué nadie me dice nada?», acabó extenuado.

—Por lo que más quieras... tranquilízate —volvió a pedirle Gustavo al verlo tan inquieto—. Trata de no pensar en nada que te traiga malestar ni desasosiego.

Diego meneó la cabeza desalentado; ni siquiera podía sostener la pluma entre sus dedos, para poder escribir y lograr comunicarse. Pero... ¿realmente quería enterarse de todo? ¡No! Aún no estaba preparado para eso.

—Mi padre vendrá muy pronto a visitarte. —La cálida voz de Gustavo interrumpió sus pensamientos—. Todos en Jerez ansían verte regresar; el padre Manuel no ha podido venir con nosotros porque tenía varias bodas y bautizos. Carlos Temple... también fue herido, y está reponiéndose en su casa, bueno y... —Gustavo se detuvo unos instantes; había estado a punto de decirle que Esteban Serrano había muerto, al igual que varios de sus amigos de las huertas, entre ellos Bartolo y Fermín, y que Andrés se hallaba herido de gravedad. Tras exhalar un hondo suspiro, con expresión optimista, añadió —: ¡Oh, Diego! Ya verás cuando vuelvas a sentirte fuerte y puedas hablar, todo... todo volverá a ser igual que antes... y entonces, a todos nosotros la vida nos sonreirá de nuevo... —acabó con un disimulado gesto de ansiedad.

Mientras Gustavo seguía con sus animadas palabras, Diego lo observaba fijamente dándose cuenta de que su amigo trataba de darle a su voz y sus expresiones un engañoso augurio de esperanza.

Pero él sabía muy bien que ya nada volvería a ser igual. Además, estaba seguro de que Gustavo le ocultaba muchas cosas... muchas situaciones, quizás demasiado dolorosas. De esa manera, sin que el convaleciente tampoco lograra comunicarse con Gustavo, este y su esposa regresaron a Jerez.

Decididamente el futuro del primogénito de don Pedro Ibáñez se presentaba negro... muy negro; o también como un gran desafío que solo el tiempo

lograría aclarar. Pero, a pesar de que Diego siempre había superado toda clase de obstáculos, ahora muy pocos apostaban por la posibilidad de que alguna vez podría volver a ser el mismo de antes.

Aunque, como muchas veces el viejo Dionisio solía repetir, en la vida todo puede llegar a pasar; hasta lo más increíble. Y el tiempo, inmutable, continuó transcurriendo.

FINAL DE LA SEGUNDA PARTE DE *EL PRIMOGÉNITO*

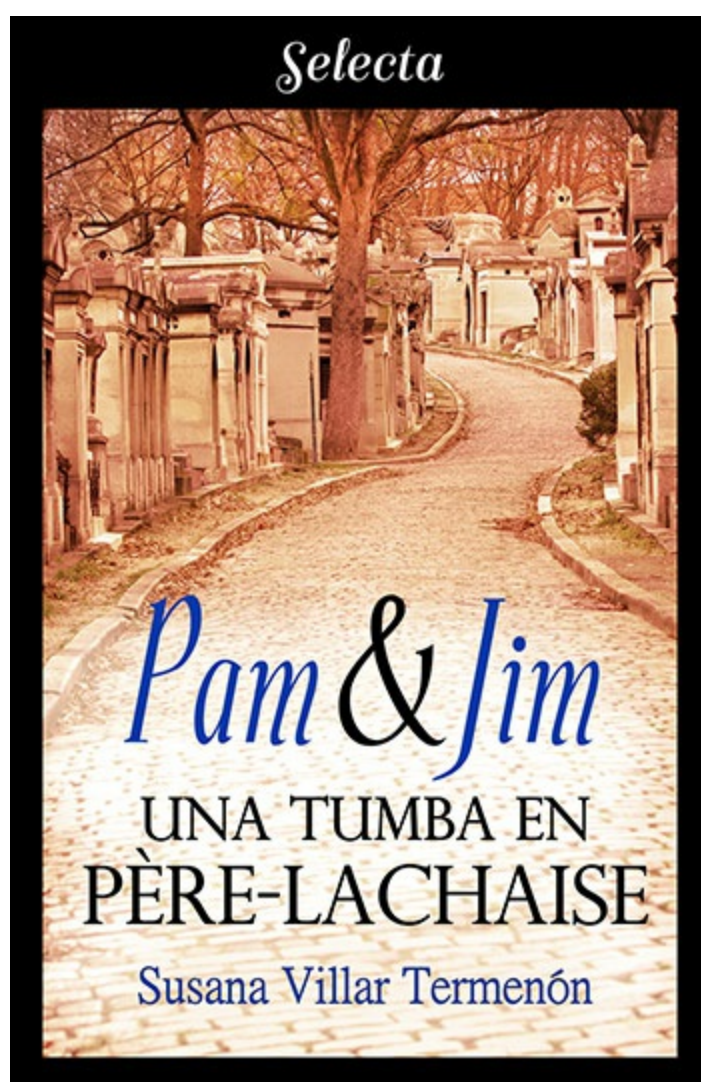
Si te ha gustado

*Bajo el cielo*

te recomendamos comenzar a leer

*Pam & Jim*

de *Susana Villar Termenón*





PARIS, CEMENTERIO DE PERE-LACHAISE,  
7 DE JULIO DE 1971

Jim se encontraba desorientado. Sin esperarlo, se había visto flotando por encima de su cuerpo, que habían encontrado tomando un baño plácidamente unas madrugadas atrás. Después había recorrido un túnel oscuro en cuyo final se atisbaba una potente luz. Varios seres, indios ataviados con ropas y motivos tribales y cuyas identidades no le eran del todo desconocidas, le habían salido al encuentro, pero él se había limitado a saludarlos con la cabeza y había continuado su camino hacia adelante. Cuando alcanzó la luz, se encontró en un sitio que, de algún modo extraño, ya conocía. No se sabía de memoria aquel lugar; sin embargo, había deambulado por allí algunas veces antes de haberse producido su traslado definitivo. Siempre le había parecido un lugar encantador. Sus paseos y los monumentos de todos esos artistas a quienes siempre había admirado lo habían atrapado sin remedio. Había algo en aquel cementerio que lo convertía, más que en un lugar del último reposo de miles de personas, en un parque, pleno de naturaleza y belleza incomparables. Le resultaban evocadoras algunas tumbas, como las de Abelard y Heloise por su magnificencia y grandiosidad, por la belleza y a la vez simplicidad de las líneas de su sepultura conjunta, adornada con sus estatuas yacentes, que destilaban tal emotividad de sus rostros que las imágenes de piedra aún parecían enamoradas. Durante aquellos paseos había pensado que Père-Lachaise era un sitio en el que se sentía cómodo.

Jim veía cómo su novia se alejaba de aquel lugar, y trató de seguirla, de irse con ella, pero algo lo retenía. Se situaba a su lado mientras ella se iba deshecha en lágrimas; ella y aquellas pocas personas trataban de sostenerla para que no se cayese por el dolor. Podía distinguir a Gerard, su amigo francés de los últimos meses en París; Bill, el manager de su grupo que al

parecer no había querido perderse aquel acto; Agnès, una amiga de la pareja; y la recién contratada secretaria para llevar sus asuntos mientras permaneciesen lejos de los Estados Unidos, Robin. Nadie más, ni siquiera Ray, había viajado en aquella ocasión. ¿Y Jean, aquel conde francés que les suministraba las drogas? Era extraño no verlo allí, siempre tan pegado a Pam, demasiado tal vez. No había asistido sacerdote alguno, y el acto no había durado más de ocho minutos. Quería besarla, pero su boca resbalaba y traspasaba la de ella, haciendo nulos todos sus esfuerzos por pedirle que dejase de llorar, quería consolarla, pero sus intentos resultaron infructuosos. Era inútil. Trataba de acariciar su largo cabello de tonos rojizos, pero su mano, una vez más, traspasaba el cuerpo de ella, negando el contacto.

—No lo intentes —le dijo alguien que lo observaba en su vano intento por hacerse visible—. No puede verte ni sentirte. Forma parte del juego. Has cruzado el túnel, y ya no perteneces a su mundo.

Alguien de aspecto anacrónico, ataviado con un traje negro, un corbatín pulcramente anudado y de notable estatura, se acercó a él. El hombre destilaba suficiencia; parecía salido de una novela del siglo xix. A Jim le pareció llamativo que el tipo no moviera los labios al hablar, pero él lo escuchaba perfectamente.

—¿Por qué? ¿Quién eres tú? ¡No me lo digas! Tu aspecto, tu cara me resultan muy familiares... Espera... ¡yo he leído libros tuyos! ¿Oscar Wilde? —le preguntó Jim también sin mover los labios.

—Tu cultura es innegable. Sí, soy Oscar.

—Pero... ¿por qué ella no me ve? —preguntó Jim un tanto extraño.

—¿Todavía no lo sabes? Hoy no has venido de visita. No estás aquí de paseo como otras veces. Esta es tu nueva casa.

—¡Espera! Yo vengo aquí a pensar muy a menudo. Su ambiente me resulta embriagador... Y ahora, dices que vivo aquí. ¿Estoy muerto?

—Aprendes deprisa. Has conseguido encontrarte con tu único amigo, El Fin, al fin, si me permites el juego de palabras.

—¡No! Yo amo la vida. Traté de vivirla con intensidad... solo quise ver hasta dónde podía llegar.

—Demasiada intensidad, amigo. Alcanzaste tu límite. Tu cuerpo no lo resistió.

—¿He muerto con veintisiete años?

—Veintisiete, como muchos otros. Es una edad delicada. Normalmente, quienes superan esa edad suelen llegar a la madurez.

—¡Pero tenía que regresar a mi país para ser juzgado! Aunque yo no quería pasar por eso, claro...

—Huiste. Conozco toda tu historia. No olvides que, cuando lees o disfrutas de la obra de un fallecido, atraes al espíritu del autor hacia ti. Tú tenías muchos creadores a tu alrededor. Todos seguíamos tus evoluciones con sumo interés. Has sido una celebridad con un final demasiado prematuro. Pero no te preocupes, ahí fuera te recordarán.

A lo lejos se oía una voz que llamaba a alguien: una voz femenina.

—¡Oscar! ¡Oscar! ¡Ven conmigo! ¿Dónde estás? ¡Las brumas extienden su manto para ocultar tu presencia, amado mío!

—¿Quién te llama? —preguntó el recién llegado con extrañeza.

—¡Oh, solo es Sarah! Me ama con desesperación. No lo veas como un signo de vanidad. Ella me pretende: es cierto. Ten cuidado; también podría encapricharse contigo. Tal vez sería lo mejor para mí. Su insistencia me resulta embarazosa.

—¿Sarah?

—Sarah Bernhardt, la actriz. Ya la conocerás. No asume que las mujeres no me inspiran especialmente. Se lo explicas, pero no entiende nada.

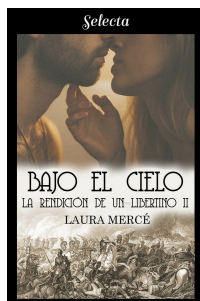
—¡Oh! Demasiados nuevos acontecimientos. Déjame ahora. Necesito pensar. Esto es mucho para mí. Me supera.

—Necesitas tiempo, como lo necesitamos los demás cuando llegamos aquí. Nos veremos. Adiós, Jim.

Oscar se marchó a la velocidad del pensamiento, dejando al joven allí,

sentado en el borde de su sencilla tumba, que no era más que una hilera cuadrada de bloques enfoscados recién puestos por el enterrador de turno de aquel día, cuyo cemento aún no había fraguado lo suficiente; bajo la tierra vista que encerraba aquel cuadrado, su cuerpo empezaba a hincharse por efectos del proceso de la muerte misma, a siete metros de profundidad, en la zona barata del cementerio. «Es una tumba muy pequeña para mi estatura, de todos modos —pensó—. Sexta División, Pasillo 2.º, Tumba N.º 5: así que ahí es donde descansa mi cuerpo». Jim cerró sus etéreos ojos, tratando de repasar los últimos acontecimientos. Recordaba a su chica en el acto del entierro recitando unos versos que él había compuesto en su momento pensando en ella: «La celebración del lagarto», y que sonaban emocionantemente extraños en los labios de Pamela. Se imaginaba que aquel solo era un sueño muy lúcido del que despertaría tarde o temprano. «Cerraré los ojos y me quedaré aquí hasta que despierte. Entonces saldré con Pam a comprar unos cruasanes para el desayuno», pensaba, con la esperanza de que sus deseos se hiciesen reales solo por el mero paso de las horas. Pero las horas pasaron, y se hizo de noche mientras él permanecía sentado sobre el borde de la tumba. Entonces comprendió que aquello no era un sueño y que, efectivamente, hacía unas horas Oscar Wilde había mantenido una extraña conversación con él sin mover los labios. Y eso corroboraba su temor: estaba muerto.

## Bajo el cielo



Tras la promesa hecha a su padre, Diego Ibáñez, contra todo pronóstico, logra enderezar su vida y se transforma en el hombre de trabajo que su familia esperaba de él.

Pero la reaparición de la mujer a la que no ha podido olvidar, Brunilda, trastoca la tranquilidad que había obtenido tras su partida. Asimismo, descubre un secreto sobre ella que lo inquieta y que lo hará verse, a posteriori, envuelto en una red de conspiración y engaños con la que no contaba.

Tiempo después, Diego se involucra sentimentalmente con Trinidad Morales, una mujer enigmática y controladora, la cual pasará a ser una de sus últimas amantes. Desde un comienzo, él sabe qué es ella en su vida, algo para lo cual aún no está preparado. Trata de resistirse a su hechizo, pero por más que lo intenta, no lo consigue. Y así, ante la confusión de todos, y el beneplácito de su familia (a pesar de que la jovencita en cuestión es solo una humilde huertera), Diego comienza a vivir otra etapa de su vida.

Los sucesos que asedian Madrid tras la invasión napoleónica en 1808 lo llevan a alistarse en el ejército, pero al producirse la gran batalla de Bailen, Diego cae malherido y nadie cree que pueda sobrevivir. No obstante, es rescatado de las garras de la muerte a efectos de los cuidados (y quizás conjuros) de una curandera bruja llamada Cassandra.

**Laura Mercé** nació en Barcelona, pero en época del franquismo, ella y sus padres tuvieron que emigrar a la Argentina. La mayor parte de su vida transcurrió en la ciudad de La Banda, en Santiago del Estero. Desde muy temprana edad fue una apasionada de la historia y la literatura. A los doce años comenzó a escribir cuentos, la mayoría fantásticos, y continuó luego con novelas del género esotérico, histórica-romántica y drama. Durante su niñez, hasta llegar a la adolescencia, tuvo algunos episodios reñidos con la lógica. Por ese motivo, comenzó a investigar el tema de la reencarnación y todo lo que tuviera que ver con sucesos paranormales... hasta llegar a escribir esta historia de amor y misterio. En el año 2001 regresó a España, donde vive actualmente.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Laura Mercé

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-40-1

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



# Índice

Bajo el cielo

Capítulo 1. El baile de gala

Capítulo 2. Entre el hastío y la exaltación

Capítulo 3. Vientos de guerra

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Laura Mercé

Créditos